



se



# VELO

DE

# SILENCIO

SILVIA BARBEITO

Lectulandia

Marta siempre ha sido una chica tímida, dulce e inocente, pero ahora que ha descubierto sus poderes mágicos necesita a su lado a alguien que la ayude a desarrollarlos y a liberarse. Alguien como Niall. Pasada la mágica noche de «Imbolc», Niall y Marta llevan a cabo un ritual ante la diosa Danu para reforzar las protecciones del Velo.

Pero en el complejo mundo de la magia nada es lo que parece, y todo lo que se presta es necesario devolverlo. A cambio de su favor, Danu pide un acto de vida: un apasionado encuentro que los sacudirá a ambos hasta los cimientos y provocará consecuencias indeseadas. La presión soportada revelará por fin los poderes de Marta, y, para sorpresa de todos, se convertirá en un ser demasiado poderoso y atractivo como para que Niall pueda resistirse a ella.

Mientras se enfrentan a los peligros que acechan desde el Otro Lado, Niall y Marta se ven envueltos en un juego de pasión donde sus corazones acabarán inmersos sin remedio.

**Lectulandia**

Silvia Barbeito

# **Velo de silencio**

**Trilogía del Velo - 2**

ePub r1.0

Titivillus 23-04-2018

Título original: Velo de silencio  
Silvia Barbeito, 2015

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

EDICION CONMEMORATIVA

PROYECTO · SCRIPTORIUM



"MAS LIBROS, MAS LIBRES"

Sometido, rendido.

Subyugado y humillado, la magia de sus cadenas rasgándole la voluntad y la piel, abriendo nuevas heridas en las heridas abiertas, llorando agonía, gimiendo sangre.

Rodeado de los despojos de sus sueños malogrados, de su esperanza perdida, yacía ahora rendido y destrozado, acariciando los rescoldos de su destino demorado, de la herencia que esperaba desesperando, clamando por él.

Durante una eternidad tan breve como un suspiro se debatió contra sus ataduras, se retorció en el fuego del dolor y la frustración, de los sueños rotos y las promesas no cumplidas.

Y odió.

Odió con la fuerza del viento, con el poder del mar, con la infinita paciencia de la tierra que lo ataba a esa realidad que aborrecía.

Sometido y subyugado.

Humillado.

Pero no vencido.

El odio daba nuevas alas a sus esperanzas, alentaba su espíritu, renovaba sus fuerzas. No todo estaba perdido. Solo habían podido contenerlo, limitarlo apenas, retrasar lo inevitable. Y no lo habían visto todo. No lo sabían todo. No podían someterlo todo.

Sus fuerzas crecerían al crecer el nuevo ciclo y el juego eterno no había hecho sino comenzar.

Y él perduraría en las llamas.

## **PARTE I**

Ahora mismo no me encuentro, pero me estoy buscando

# 1

La pálida luz de una luna tímida y creciente iluminaba el claro del bosque, arropándolo con su frío resplandor de plata y noche.

Con los pies descalzos sobre la hierba bendecida por el rocío, Niall sentía la esencia del bosque fluir a través de su cuerpo; criaturas que se arrastraban, que volaban, que corrían; presas que perecían bajo las garras de un cazador y cazadores que se convertían en cazados. El ciclo inacabable, el cambio, la magia de la vida y la muerte.

El olor del aire traía consigo el recuerdo de la lluvia, y eso, lejos de incomodarlo, lo hizo sentir todavía más vivo, más tranquilo.

—Adoro la lluvia —sonrió, hablándole a nadie en particular y a todas las criaturas del bosque en general.

Pero no iba a poder quedarse a esperarla, se dijo a sí mismo con un hondo suspiro. Ya había repuesto fuerzas gracias a la naturaleza que lo rodeaba, y ahora tocaba volver al trabajo... Y a los problemas. Y el maldito Aidan perdido en el Limbo durante quién sabía cuánto tiempo, mientras él tenía que usar todas sus reservas para intentar retrasar lo inevitable en un auténtico ejercicio de futilidad.

—Se me da fatal la magia de protección, *deartháir* —masculló mientras echaba a andar de regreso a casa. Molesto, pateó una piedra indefensa que tuvo la mala fortuna de encontrarse en su camino y alzó la vista hacia los cielos, como si el Limbo fuera un lugar físico que se escondiera tras las estrellas—. Me agota y no consigo nada. —Hundió las manos en los bolsillos de sus ajados pantalones vaqueros y siguió su camino—. Y Roi se está machacando y me pone muy nervioso. Joder, odio cuando se pone agonías y lo sabes. Y como la chica la palme, verás qué risa, *fiordhraoi*. Que ya sabes cómo es... Y no sé por qué hostias estoy hablando contigo si no puedes escucharme. Este maldito trabajo está acabando con mis nervios.

Y acabaría con los nervios de cualquiera. Desde que habían llegado al pueblo no habían encontrado más que dificultades. Lo que parecía una tarea sencilla — encontrar a quien había causado la ruptura en el Velo, repararlo y seguir adelante— se había convertido en un lío del tamaño de un bosque tropical. A pesar de que Aidan había encontrado a su mujer y, con ella, toda su magia, casi había perdido la vida siguiendo una pista que los ayudara a aclarar el embrollo; todavía no sabían qué o quién era el que acechaba desde el Otro Lado, y un simple ritual de atadura había dejado a Laura, una de las chicas, al borde de la muerte, por culpa de un puñado de asquerosos *canes de urco*.

Una tarea sencilla, sí. Ya.

Para serenarse, rozó con la punta de los dedos el tronco de un árbol hendido por un rayo y, pocos segundos después, nuevos brotes surgieron de sus formas retorcidas.



Las sombras de la noche, expectantes, se agitaron con inquieta avidez. Se encogió de hombros con indiferencia.

—Sí, ya sé —respondió a la pregunta que Aidan no podía formularle—. Pero, total, ya está jodida. Un poco más, ¿qué más da?

Casi sin darse cuenta llegó a las lindes del bosque y divisó la imponente silueta del pazo. Se recortaba contra el oscuro cielo, preludio de una tormenta inminente, y pudo ver cómo las protecciones que Aidan había colocado rodeándolo apenas contenían las fieras sombras que buscaban a la chica. Con mucha suerte, resistirían un día más.

Después de eso, los problemas que ya tenían se multiplicarían por un número demasiado largo para calcularlo de memoria, mientras que las probabilidades de ella se reducirían de forma drástica. Tan drástica que, si fueran cero, Niall pensaría que había motivos para ser optimista.

Intentando controlar su creciente mal humor, entró en la casa y se dirigió sin vacilar al piso superior. Si quería una prueba más de que estaban bien jodidos, el que las gemelas no hubieran salido a recibirlo ya sería bastante.

Se dirigió a la habitación en la que descansaba Laura, y no se sorprendió lo más mínimo al encontrarse a Roi velándola con expresión fiera y torturada. A quien no vio fue a la meiga. Y esperaba encontrarla, porque un plan estaba empezando a tomar forma en su mente y la necesitaba para llevarlo a cabo. No le importó demasiado. Unos minutos más no perjudicarían a nadie, por mucho que para la breve vida de un humano un minuto fuera una eternidad.

Sin alzar la vista de la chica, su amigo suspiró.

—Las runas se están borrando —informó en un tono tan neutro que, a la fuerza, tenía que ser falso—. Te advertí de que debías usar tatuajes.

—Esos eran tatuajes, *a'chara* —replicó Niall.

Roi alzó la cabeza de golpe para clavar en él una mirada cargada de acero, en lugar del oro que solía adornarla.

—Si es una broma, no tiene gracia —escupió.

—¿Bromearía yo sobre algo así? —inquirió Niall, disimulando una sonrisa que incluso él sabía que su colega no iba a apreciar. Tal y como esperaba, este lo miró con incrédulo reproche—. Vale, sí, lo haría. Pero no, no bromeaba. Eran tatuajes. —Se aproximó a la cama y giró las muñecas de la chica inconsciente. Los tatuajes se mantenían, pero, tal y como había señalado Roi, estaban empezando a desvanecerse. En realidad, se lo esperaba—. Ya te dije que la magia de protección no es lo mío. Y no te culpes —añadió en tono seco.

—Fue culpa mía —murmuró Roi, volviendo a clavar sus ojos en la chica. Apartó un mechón de pelo de su frente y sacudió la cabeza como queriendo apartar una idea incómoda.

—No, no lo fue —replicó Niall en tono práctico—. Hiciste lo que pudiste, y lo hiciste bien.

—¿Y de qué me va a servir ese consuelo si ella muere? —masculló Roi.

—Los humanos mueren, *a'chara*. Si no es hoy, será mañana o dentro de cincuenta años, pero morirá. Va implícito en su condición —intentó animarlo Niall.

Pero, como siempre que intentaba animar a alguien, no funcionó.

—Eres un maldito psicópata —espetó Roi, poniéndose en pie con actitud claramente agresiva.

—Oh, vamos, hombre, por favor —rio su amigo—. ¿En serio quieres pelea? Acabo de volver del bosque y tú estás en las últimas. Dejando al margen que eso no ayudaría en nada a tu amiguita —añadió con lógica implacable.

Roi se frenó en seco, conteniéndose, con los puños apretados bajo el encaje immaculado de su camisa. Después de unos minutos de evidente debate interno, al que Niall asistió con absoluta despreocupación, inspiró con fuerza y lo miró a los ojos.

—Intenta ser un poco menos *tú*, ¿de acuerdo? —pidió con una brusquedad impropia de él—. Sé que no... —vaciló—, que no sentirías su muerte como la podría sentir un humano, pero...

—Tú no eres humano —lo interrumpió Niall, viendo por dónde iba a ir una conversación que ya habían mantenido mil veces a lo largo de los años. De los siglos.

—Pero lo fui una vez —replicó Roi, siguiendo al pie de la letra ese guion que habían ensayado una y mil veces.

—Lo que ha sido ya no es y lo que no permanece muta. El ciclo es perpetuo, *a'chara*. Movimiento frente a inmutabilidad.

Roi se mesó el cabello con desesperación. Comprendía. Comprendía más que muchos, pero su testarudez le impedía librarse de sus cadenas y pensar con libertad. Niall no se alteró por ello; llevaba demasiado tiempo a su lado, y sabía que su equilibrio los hacía avanzar a todos.

—¿Por qué es más fácil hablar con Aidan? —murmuró Roi casi para sí mismo—. ¿Por qué él lo entiende mejor que tú? —añadió, ya en su dirección—. Es *Tuatha Dé*, al fin y al cabo. Debería ser más tú que... —Alzó la mano en un elegante gesto de negación que agitó la espuma de sus mangas—. Más tú que tú mismo. Pero entiende mejor.

—El río no entiende a la piedra, *a'chara*, sin embargo, consigue sortearla. —Niall alzó la mano desechando la idea con un gesto indiferente—. Y la doble naturaleza de Aidan siempre le ha otorgado un don para fluir. Comprender no es crear, es avanzar.

Roi dejó escapar un resoplido, mezcla de indignación y hastío.

—Haznos un favor a los dos, mi querido amigo, y ahórranos tus máximas de pensamiento *sídhe*, ¿de acuerdo?

Niall sonrió al ver que su amigo, gracias a la confrontación, volvía a comportarse como..., bueno, como él: un gilipollas estirado que hablaba con revueltas infinitas. Así que decidió mostrarse un poco menos como él mismo, e intentó imitar la actitud que Aidan llevaba tantísimo tiempo intentando inculcarle.

—Es importante para ti, ¿verdad? —inquirió Niall con suavidad—. Que se salve

—añadió de forma innecesaria.

Roi asintió, antes de volver junto a la cama, dejándose caer en el sillón con aire de derrota.

—Sí. Sé que no lo entiendes, así que no te lo explicaré, pero sí —musitó.

—Pues haré todo lo posible, ¿de acuerdo? —Su amigo esbozó una sonrisa irónica sin molestarse en mirarlo—. Lo digo en serio, *a'chara*. Sé que tenemos nuestras diferencias, pero cuidamos unos de los otros. —Antes de que Roi pudiera detenerse a descifrar sus palabras, o a pensar en lo que podía hacer a continuación, prosiguió—: ¿Dónde está la meiga?

—Descansando —respondió Roi al cabo de unos instantes—. Me ha costado un mundo convencerla, pero por fin he conseguido que duerma un poco.

—Bien —asintió Niall, girándose a tiempo de que Roi no llegara a ver su sonrisa depredadora.

—Te necesito, meiga.

Atrapada entre el sueño y la vigilia, Marta podía sentir cómo esa voz se deslizaba por su piel como miel caliente, como caramelo sobre helado, como la lengua de un amante complaciente. Presa en ese instante mágico, en esa espera expectante entre lo onírico y lo real, podía permitirse disfrutar del hechizo de sus cadencias y recordar la belleza irreal de su propietario, con su rostro de ángel caído, sus rizos dorados y los iris de ese azul clarísimo, imposible.

En cuanto abriera los ojos, todas sus barreras deberían alzarse de nuevo para protegerla, para permitirle considerarlo tan solo su maestro y su amigo, una criatura tan distinta a ella como ella podía serlo de un pez.

—Vamos, despierta —volvió a susurrar ese suave acento que prometía todos los pecados conocidos e incluso alguno en el que Marta jamás se había permitido pensar.

Ella gimió en protesta, deseando no despertar. Quería seguir escuchando, disfrutando, modelando la realidad a su antojo como solo podía hacerse en esos instantes de lúcida somnolencia; cuando era capaz de someter sus ensoñaciones a los dictados de la mente consciente; cuando lograba recordar cómo él le susurraba tentaciones al oído y conseguía creerlas.

«Libera tus barreras, meiga, la magia no tiene moral, tú tampoco debes tenerla».

«El bien y el mal son conceptos humanos, brujita. Olvídate de ellos y tu magia será libre».

Quería ser libre. O no. Quería ser fuerte, quería ser mágica, quería complacerlo... Pero no podía.

—Meiga, tu amiga necesita ayuda —insistió Niall en un tono ahora más perentorio que acariciador—. Laura te necesita.

Los párpados que tanto se había esforzado en mantener cerrados se abrieron de golpe para enfrentarse a la realidad. Laura. Laura corría peligro, la necesitaba.

Lo primero que vio fue el rostro que la había perseguido en sueños, demasiado cerca de sus labios para su salud mental. Parpadeó confusa y por fin consiguió establecer las conexiones mentales necesarias para hablar.

—¿Niall? ¿Laura está bien? Me he dormido, yo... —Reptó hacia atrás, intentando incorporarse, todavía adormecida y medio mareada.

—No, no está bien —replicó Niall, apartándose para permitirle salir de la cama. Tendió una mano hacia ella y tiró hasta ponerla en pie junto a él—. Vamos, meiga, tenemos trabajo que hacer. Tenemos que ir al bosque.

—¿Al bosque? —se sorprendió—. Me has dicho que Laura no estaba bien, ¿qué vamos a hacer en el...?

—Vamos a ver si podemos fortalecer las runas que le he tatuado —respondió el

hada con evidente impaciencia—. Mi magia de protección es muy débil y te necesito para llevar a cabo un ritual —explicó de forma acelerada, probablemente porque ella seguía mirándolo como si acabara de crecerle otra cabeza—. No tenemos mucho tiempo —la instó.

—Sí, vale —balbuceó, arrollada por el peso de sus explicaciones—. Déjame que me vista y yo...

Niall la miró de la cabeza a los pies, desde sus calcetines de florecitas hasta el revuelto cabello, pasando por el arrugado vestido que no se había animado a quitarse para dormir. Si fuera otro hombre, podría haberse sentido halagada, o avergonzada, o quizá podría haberlo tomado como una invitación. Viniendo de él, solo vio un escrutinio desinteresado para decidir si realmente merecía la pena esperar.

—No hace falta. Vamos —decidió por fin, arrastrándola hacia la puerta.

—¡Espera! —se resistió Marta. El hada se detuvo a regañadientes, con una expresión que decía a voz en grito que, si no lo convencía en los siguientes cinco segundos, iba a seguir caminando con o sin su aprobación—. No puedo salir al bosque descalza —declaró, soltándose de su mano.

Rebuscó bajo la cama y se calzó las botas, que ató con gestos apresurados. Apenas había conseguido sujetar los cordones de la segunda, cuando Niall perdió la paciencia y la sacó a rastras de la habitación, haciendo oídos sordos a sus gritos de protesta.

Poco después caminaba tras él hacia las profundidades del bosque, con la lluvia calando su fino vestido de otoño y el barro apelmazando los cordones de las botas que él no le había permitido atarse en condiciones.

Marta no era una persona dada al mal humor, pero corretear tras alguien que tenía las piernas muchísimo más largas que ella —y que no hacía ningún esfuerzo por adaptar su paso— la estaba poniendo al borde de un ataque de nervios. Y más teniendo en cuenta que el susodicho «piernaslargas» canturreaba feliz, como si la lluvia pudiera ser considerada una bendición en un lugar en el que llovía más de doscientos días al año.

Dejó escapar un hondo suspiro y se recordó una vez más que él era distinto, que disfrutaba de la lluvia, las tormentas y la naturaleza en estado puro, y cuanto más salvajes mejor. E incluso hacía algo más que disfrutar: para él, eso era vida, era energía y comunión, hasta un punto que ella no se sentía capaz de comprender, por mucho que él intentara explicarle que su propia magia, todavía bisoña e incontrolable, dependía de ese tipo de cosas.

Niall se detuvo y se giró hacia ella, animándola con una inmensa sonrisa. Marta apretó los dientes y se forzó a recordar los consejos de sus amigas, a superar el embrujo de su imagen. Pero era tan hermoso que casi dolía mirarlo, y más cuando en su rostro bailaba esa sonrisa infantil, encantada, que siempre mostraba al mundo cuando estaba en su elemento, cuando permitía que su magia volara libre o estaba a punto de permitirlo.

«Sí, es una monada —resonó la voz de Diana en su cabeza—, pero en su acervo genético hay un par de tiburones, varias pirañas y seis o siete clases distintas de serpientes venenosas, Marta. Es un depredador y tú, nena, eres una ovejita».

«No piensa como nosotros, Marta —la advirtió Laura—. No tiene moral. Ni siquiera sabe lo que es eso».

Y en algún sitio muy profundo en su interior, enterrado bajo capas y capas de estúpida bondad, de cortesía y dulzura, de ese optimismo que la hacía pensar bien de todo el mundo y justificar casi todo, sabía que tenían razón.

Niall *era* diferente y Marta lo sabía mejor que nadie. Escuchaba sus consejos y sospechaba lo que se escondía tras ellos; aprendía a usar su magia gracias a él y podía ver a qué la llevaría seguir sus indicaciones sin reservas. Él no entendía su moral humana, de la que se reía a carcajadas, porque para él no existían conceptos como el bien y el mal. O, al menos, no como fuerzas contrapuestas, sino como iguales necesarios junto a la tercera fuerza: la neutralidad.

Marta podía llegar a comprender casi de puntillas la manera de pensar de Niall, pero jamás conseguiría seguirla hasta sus últimas consecuencias, o abarcar el modo en que procesaba su mente.

«Y es por eso que jamás liberarás tu magia. Estás ciega y solo ves una parte de la realidad».

La voz de Niall, su crítica, resonó en su cabeza como una advertencia que la ayudó a esquivar la inevitable atracción que sentía por su belleza.

—Vamos, brujita —la animó él, tendiendo una mano que Marta aceptó porque, sin más, no se sentía capaz de rechazar eso también—. Ya no falta mucho —informó en tono alegre.

—¿Dónde vamos? —preguntó, mientras estudiaba el bosque a su alrededor, intentando encontrar un punto de referencia que le diera alguna pista de dónde se hallaba.

—Ahora lo verás —volvió a sonreír Niall. La arrastró a través de los árboles, bajo la lluvia y la luz tenue de la luna durante una eternidad. Por fin, llegaron a un claro que no aparecía en el mapa que ella llevaba dibujando toda la vida en su cabeza, y se detuvo en el centro, con las manos sobre sus hombros y esa sonrisa que parecía iluminar la noche—. Hemos llegado. ¿Puedes sentirlo?

—¿Sentir qué? —inquirió ella, confusa.

El hada dejó escapar un bufido despectivo.

—Vamos, meiga, cierra los ojos y mira con esa parte de ti que no es un cachorrito humano —la animó.

Ella obedeció. Cerró los ojos y se concentró en encontrar esa parte de sí misma que el *biosbardo*, Carlitos, la había ayudado a liberar hacía lo que ahora parecía una eternidad. Se olvidó de la lluvia, de las manos de Niall que todavía reposaban cálidas sobre sus hombros e intentó olvidarse hasta de su misma existencia, para dejar sitio a la magia que habitaba en ella.

Y lo sintió.

Muy débil al principio, pero ganando fuerza a medida que intentaba perseguirla, latía una sensación, una energía distinta, más pura, más poderosa. Feroz y femenina, violenta y sagaz, parecía contener toda la sabiduría y todos los hechizos del mundo. Era antigua, más antigua que el tiempo, y la llamaba, la seducía y la poseía. No intentaba hacerla suya, reclamarla, porque ya lo era, y lo había sido siempre.

Con la piel hormigueando y los sentidos colapsados, abrió los ojos y se encontró devolviéndole a Niall su abierta sonrisa.

—¿Qué es? —preguntó en un susurro, temiendo que un tono más alto espantara lo que acababa de percibir.

—Es su fuerza —sonrió él—. La magia de la Diosa. Si en algún sitio puede escucharnos, tiene que ser aquí. Si es que está de humor, claro —añadió con una expresión irónica que a ella se le antojó un tanto hereje.

—¿Vamos a invocar a Danu? —preguntó Marta con voz temblorosa.

—No pongas esa cara, brujita —rio el hada—. Será divertido, ya verás.

Divertido. De todas las palabras que habían acudido a la mente de Marta al pensar que iban a intentar invocar a la Diosa, divertido no era la última, pero sí estaba muy cerca de las diez últimas. Sacudió la cabeza, desistiendo una vez más —y ya iban millones— de entender la absurda manera de pensar de los *Tuatha Dé* y los *sídhe*, y dio un salto de fe hacia la sonrisa de Niall.

—¿Vamos a pedirle que ayude a Laura? —inquirió—. ¿Puede hacerlo?

—Claro que puede —contestó Niall, distraído, mientras la ayudaba a tomar asiento en la húmeda hierba. La lluvia parecía haberles dado un respiro, pero amenazaba con volver con más fuerza en cualquier momento y ella intentó no pensar en cómo iban a terminar su vestido... o sus defensas—. Pedirá algo a cambio, claro, pero no te preocupes por eso —añadió al ver que lo miraba con aprensión. Marta había leído demasiado sobre rituales célticos en los últimos tiempos y las palabras «sacrificio humano» resonaron con fuerza por cada rincón disponible de su mente—. No rechazará lo que le vamos a ofrecer. Es su ofrenda favorita, al fin y al cabo. Ahora calla y concéntrate —la interrumpió antes de que ella llegara a formular su siguiente pregunta—. Solo tienes que sentir su magia y dejarte llevar. Yo haré el resto.

Se sentó frente a ella, con las piernas cruzadas en la postura del loto y los ojos cerrados. La sonrisa seguía bailando en sus labios cuando le recordó con un veloz susurro que se concentrara y siguiera su ejemplo.

Durante unos minutos eternos, no pasó nada. Marta sentía la magia del claro fluyendo a través de su cuerpo, pero ningún cambio, ningún movimiento, ninguna señal.

Y, entonces, fue como si alguien subiera el volumen hasta el punto de reventarle los tímpanos.

Toda esa suave vibración que la recorría, y que llamaba a su naturaleza de meiga, se elevó mil enteros y la golpeó con la fuerza de una galerna. Cada una de sus

terminaciones nerviosas enloqueció, debatiéndose entre el placer y el dolor, entre la risa y el llanto, entre el delirio y la angustia.

Todas las emociones humanas —y alguna que ni siquiera reconocía— se agolparon en su interior, sacudiendo hasta los cimientos de su existencia y, de pronto, desaparecieron y solo quedó paz. Una paz infinita, inabarcable, preparada para escuchar y recibir. Como si la Diosa se hubiera abierto paso en su interior apartando todo lo innecesario, y ahora solo estuviera su serena presencia llenándola por completo.

Oyó la risa encantada de Niall y se dispuso a escuchar un ruego solemne.

No podía haber estado más equivocada.

Niall hablaba en gaélico y Marta no podía entender sus palabras, pero su tono no era respetuoso ni sumiso. Más bien parecía estar sosteniendo una charla con una vieja amiga que hacía mucho que no había visto y a quien se alegraba de tener de nuevo al alcance de su voz y sus sentidos.

La Diosa respondía en igual tono, con un matiz juguetón y coqueto que Niall no tardó en imitar. Después de unas cuantas frases, unas cuantas risas y lo que Marta estaba segura de que habían sido unos cuantos coqueteos más o menos frívolos, la presencia de la Diosa se escabulló tan rápidamente como había llegado, dejándola aturdida y desorientada, temerosa de mirar y descubrir que el mundo había cambiado a su alrededor.

—Vamos, brujita, abre los ojos, no seas cobarde —rio Niall. Ella parpadeó y se encontró contemplando la enorme sonrisa del hada—. Listo. Me ha llevado un poco regatear con ella, pero va a reforzar las protecciones de tu amiga y de la casa.

—¿Y aguantarán hasta que vuelva Aidan? —preguntó Marta, esperanzada. Habían invocado a una diosa y habían salvado a su amiga, ¿qué más podía pedir?

—Aguantarán hasta el fin de los tiempos y el nuevo comienzo —replicó Niall con una carcajada—. Siempre y cuando se realice el ritual al completo... —añadió con intención.

—Oh, claro —aceptó Marta—. El ritual. ¿Qué? Quiero decir...

Antes de que pudiera seguir preguntando, Niall se inclinó sobre sus labios y los atrapó en un beso lánguido y provocador. Demasiado sorprendida para devolvérselo, Marta se quedó inmóvil, expectante, buscando un sentido a sus acciones.

—Vamos, meiga —la incitó él, mordisqueando sus labios. Sus dedos descendieron hasta su cintura y la pincharon con cosquillas juguetonas. A su pesar, ella se retorció sin poder contener una risita—. Vamos —volvió a animarla, deslizando sus labios hacia su cuello—, esto no funciona si no me ayudas un poco.

Su cordura se revolvió en brazos de Niall y le dio una fuerte colleja a la lujuria que empezaba a poseerla. Le llevó todavía unos segundos reaccionar y, cuando por fin lo logró, él se separaba de ella y se arrancaba la camiseta sin apagar ni por un instante su sempiterna sonrisa, ahora cargada de malicia.

—Pero ¿qué haces? —exclamó Marta.



—¿A ti qué te parece? —preguntó, irónico.

—No lo sé, dímelo tú —replicó. Al ver su pecho gloriosamente desnudo frente a ella, el calor ascendió hasta sus mejillas y bajó la vista para que el hada no pudiera reírse de su pudor y su vergüenza—. ¿Por qué te estás desnudando?

—Prefiero piel contra piel, brujita. Pero si tienes otro capricho...

—Piel contra... —Las piezas encajaron de golpe en su mente con un crujido que la hizo parpadear. Alzó la vista y se obstinó en mirarlo a los ojos—. ¿Qué le has ofrecido a la Diosa, Niall?

—Un acto de vida —respondió él sin alterarse—. Podía haberle ofrecido cincuenta cosas más, pero con eso siempre te aseguras su ayuda —explicó con una sonrisa que decía «¿Ves lo listo que soy?».

Marta, en cambio, se sintió muy tentada a llamarlo imbécil de veinte formas distintas, pero su natural timidez y el miedo a los enfrentamientos que traía aparejado la mantuvieron callada con absoluta eficacia. Bajó la vista de nuevo y la concentró en sus manos, que Niall tomó y enlazó sobre su regazo.

¿En serio pretendía que...? Pero ¿cómo se le había ocurrido pensarlo? ¿Cómo...? Detuvo su airado discurso mental, suspirando por la súbita comprensión. Se le había ocurrido porque era él y era como era. Para Niall esto no significaba nada. Un medio para alcanzar un fin, quizá, o solo un momento más de diversión entre los muchos que intentaba procurarse a diario.

Pero ella no podía verlo de ese modo. Para Marta el sexo significaba algo. No juzgaba a aquellos que lo consideraban solo una diversión, ni le importaba que la gente que la rodeaba coleccionara amantes como quien colecciona sellos —incluso intercambiándose los repetidos—, ni le preocupaba que no creyeran que el amor era una parte necesaria de la ecuación. Ella no había sido así jamás y no veía el motivo para cambiar, dijeran los demás lo que dijeran.

—Vamos, meiga, tu amiga no puede esperar mucho más —la animó Niall.

Salvo la vida de Laura, claro. Ese sí era un motivo para cambiar o, al menos, para hacer una excepción. El caso era: ¿podría hacerla?

—Mujer, parece que voy a matarte —se burló Niall—. Deja esa cara de resignación, brujita, o lastimarás mi ego. ¿No te parezco guapo? —preguntó risueño.

—Sabes que eres muy guapo —masculló Marta. Sus bromas no la estaban ayudando en lo más mínimo—. Ese no es el problema.

—Deja a un lado todas esas limitaciones humanas que te rondan por la cabeza, meiga —protestó él, con un suspiro resignado—. Esto no va de eso, no sigue esas reglas absurdas. Es lo que tenemos que hacer para salvar a tu amiga, aunque no funcionará si no quieres hacerlo de verdad. Pero quieres hacerlo. Yo lo sé y tú lo sabes. Y yo también quiero. Es más, ahora mismo me apetece mucho —concluyó en un tono que sonaba peligrosamente a victoria, acariciando su mejilla con dedos suaves como alas de mariposa.

Marta quería decirle que a ella le gustaba tomar las cosas con calma. Conocer a

un hombre, quedar unas cuantas veces, tener un par de charlas agradables, empezar por unos cuantos besos e ir subiendo de nivel. Pero, claro, Niall no le estaba pidiendo una cita ni nada parecido. Para él esto no era diferente del ritual que habían llevado a cabo la noche de *Imbolc*: un modo de usar su magia, de devolver a la Diosa lo que ella les había dado.

Y Marta no estaba en absoluto convencida de poder verlo así.

Sí, se sentía atraída por él, claro. ¿Qué mujer con una sola gota de estrógenos en su cuerpo no se sentiría aturdida por su belleza? Pero para ella eso nunca había sido suficiente y no creía poder derribar todos los cimientos que había ido construyendo con paciencia a lo largo de su vida, todos los tabiques que sostenían sus creencias.

Y, aunque lo hiciera —y sabía que por Laura terminaría por lanzarse a los brazos del hada—, ¿qué pasaría después? Esa era la auténtica pregunta, y la respuesta daba forma a todos sus miedos. Si ella no era capaz de separar los sentimientos del sexo y esos sentimientos no existían antes, ¿no se volvería loco su cerebro intentando adaptar a sus principios morales lo que harían los dos, y el sentimiento surgiría después? ¿Y qué haría ella entonces? Porque...

—Puedo oír desde aquí el ruido que hace tu cabeza al pensar, brujita —se burló Niall con lo que ella quiso interpretar como dulzura, si tal sentimiento era posible en él—. Y no lo entiendo. Supongo que es una de esas cosas humanas tuyas —meditó, sin dejar de pasear los dedos por su cara y su cuello, en una caricia tan suave que Marta casi podía fingir que no la estaba sintiendo—. Una de esas limitaciones, como las que te impiden usar tu magia en condiciones. ¿Tengo razón? —Ella asintió, sin atreverse ahora a mirarlo a los ojos—. Pues ayúdame a entenderlo —pidió él. Al ver que no contestaba, inspiró con fuerza, con un sonido impaciente—. Es un ritual, meiga. Una dádiva a la Diosa. Miles de hombres y mujeres se lo han ofrecido antes que tú. Es una celebración de vida. Y una mucho más divertida si se comparte con una mujer tan guapa como tú.

—No me halagues —protestó—. No hace falta que...

—Muy guapa —la interrumpió Niall con suavidad, atrayéndola hacia sí. Marta terminó en su regazo, con los brazos de él enroscados en torno a su cintura y sus labios acariciando los de ella sin dejar de dibujar una amplia sonrisa—. Vamos, brujita, juega conmigo. Laura nos necesita y yo te necesito a ti para esto. Juega conmigo, *a'ghrá* —musitó contra su boca.

Ella cerró los ojos y permitió que su cerebro registrara solo lo que quería oír. Sabía que Laura la necesitaba, pero dejó que el final de la frase de Niall resbalara por alguna recóndita esquina de su mente, así que escuchó solo que la necesitaba. Sin más, sin motivos ocultos, sin magia ni rituales. La necesitaba a ella, a la mujer, su cuerpo y sus caricias. Se convenció de que en su sonrisa había afecto y no victoria, que sus besos eran cariño y no lujuria...

Y sus defensas cayeron sin remedio y quedaron abandonadas sobre la hierba húmeda, junto al vestido que él le quitó de un tirón con una carcajada alegre.

«Por fin».

Niall no acababa de comprender cómo era posible que se hubiera resistido tanto, ni tampoco por qué había conseguido rendirla al final. No tenía más que mirarla para saber que el cuerpo de la chica respondía al de él como el suyo respondía al de ella, y no tenía más que tocarla para saber que esa respuesta no era tan tímida y callada como se mostraba siempre.

Entonces, ¿a qué venían tantas vueltas? Pero, teniendo en cuenta que la Diosa no aceptaba una ofrenda si no era compartida y consentida, no iba a molestarse en pensar en ello. Y mucho menos cuando tenía entre sus brazos un hermoso cuerpo femenino, que olía a hierba fresca y sabía como el aire en las tormentas.

Los humanos y sus absurdas teorías morales. Le daban dolor de cabeza.

«Con lo divertido que es el sexo», sonrió para sus adentros, apartándose para mirarla.

Marta tenía los ojos cerrados y las mejillas ruborizadas en lo que cualquier otro hombre habría tomado por una muestra de pasión. Pero aunque él jamás comprendería a los mortales, sí se preciaba de entender a las mujeres, y se daba cuenta de que, al igual que hacía con su magia, la meiga estaba reprimiendo una parte de sí misma, manteniéndola sujeta y dominada en su interior. Bajaba los párpados para no dejarse llevar y sus mejillas se encendían por la timidez y no por el desenfreno.

Niall detestaba que la gente se refrenara.

El recuerdo de una de las muchísimas conversaciones —o casi debería decir «lecciones»— que había sostenido con Aidan sobre la forma de pensar de los nacidos a este lado del Velo le llegó de repente con su voz, como una epifanía.

«Algunas mujeres humanas necesitan tomarse las cosas con calma, Niall. Es como un juego».

«Con calma —se dijo—. Estupendo. Me gusta con calma. Y me gusta jugar».

—Abre los ojos, brujita —pidió.

Ella tardó unos segundos en obedecer y, cuando por fin lo hizo, lo miró con timidez a través de sus pestañas. Él sonrió, alzó la vista hacia el cielo y ella lo imitó. La lluvia que los empapaba formó un paraguas sobre ellos y una brisa cálida y suave envolvió el pequeño refugio que su magia había conjurado. La chica abrió los ojos de par en par.

—Chulo, ¿eh? —rio Niall.

—Práctico —respondió la meiga con una sonrisa avergonzada.

—Es mucho más práctico de lo que piensas —replicó.

Alzó una mano hacia el cielo y cinco brillantes gotas respondieron a su llamada.

La bruja dejó escapar una risita encantada y él reprimió una malévola sonrisa de anticipación.

Con suavidad y lentitud, llevó un dedo hasta la boca de ella y una tenue lluvia la humedeció como rocío. La meiga mostró de nuevo esa expresión de maravillada sorpresa y una lengua pequeña y rosada apareció entre sus labios para capturar el agua que los salpicaba.

Niall volvió a posar los dedos sobre ella y, antes de que pudiera hacer nada, fueron sus labios los que capturaron la escarcha de su boca. Cuando terminó de saborearla, los ojos de Marta se mostraban un poco menos precavidos y un poco más nublados por la pasión.

Animado por su reacción, Niall deslizó la mano por su cuello hasta el hueco entre sus pechos y una gota formó un fino riachuelo que él siguió con su lengua. La brusca inspiración de la meiga le supo a pura victoria.

Jugó un poco más con la lluvia y con su piel, la provocó con besos y caricias cada vez más osadas antes de deshacerse del encaje blanco que frenaba sus avances. Sin darle tiempo a pensar y a esconderse una vez más bajo su extraño pudor, convocó otras dos gotas de agua helada que cayeron sobre sus pezones, endureciéndolos al instante, y una brisa cálida que los acarició, aliviando la quemadura del frío.

—Práctico, ¿verdad? —preguntó burlón antes de atrapar uno de los fruncidos brotes con sus labios. La única respuesta que pudo darle la meiga fue un largo gemido.

Sabía a mujer y a lluvia, a magia y desenfreno. Su piel era suave, cálida, y tenía el tacto del terciopelo y la seda, de oscuros secretos susurrados en la Hora Indeterminada bajo el calor de la pasión. Poco a poco fue descubriendo más lugares sensibles, más formas de excitarla y excitarse, más secretos y más magia. Era tan divertido como arrollador, y Danu estaría más que satisfecha con su ofrenda.

Pero el juego estaba empezando a no ser suficiente, así que Niall decidió que ya había llegado el momento de aumentar un poco más las apuestas. Sin dejar de besarla, sin detener las cosquillas suaves que la hacían retorcerse y reír entre gemidos, la tumbó sobre la húmeda hierba y se deshizo de la ropa de ambos con un golpe de su mágica voluntad.

Había probado el rocío de su boca y ahora quería catar la miel entre sus piernas. Reptó sobre ella y hundió la cabeza entre sus muslos, saboreando su calidez. Al primer roce, la meiga arqueó el cuerpo como si una corriente eléctrica la hubiera sacudido y un sonoro jadeo escapó de sus labios hinchados por sus besos.

Sin embargo, aún no era suficiente. Todavía estaba atada, todavía se guardaba mucho para sí, todavía se sacudía contra sus cadenas en lugar de librarse de ellas. La sujetó con firmeza contra el verde tapiz de la hierba y aceleró las caricias de su lengua, provocando con sus dedos el interior de su cuerpo.

Ella gritó e intentó escapar de la presa de su abrazo.

—Dámelo todo, meiga —ordenó—. Solo estamos tú y yo, no te guardes nada

para ti.

—Niall... Quiero... Necesito... —lloriqueó ella, aferrándose a sus cabellos.

—Deséalo de verdad y lo tendrás, *a'ghrá* —murmuró entre caricias—. La voluntad puede crear mundos. Rompe las cadenas, libera a la bruja. Libera la magia.

Siguiendo su propio consejo, Niall dejó caer los conjuros que le hacían parecer más humano y los límites que, a la fuerza y tras muchas discusiones, él mismo se había impuesto. Su poder corrió sin trabas y acarició el de la meiga, con tanta avidez como su lengua bebía de ella y sus dedos provocaban sus entrañas.

Sintió cómo cada terminación nerviosa del cuerpo de ella respondía, cómo su poder quería rozar el de él y unirse en un lazo perfecto de hombre, mujer y hechizos.

Y sintió cuándo ella se estalló por fin en un orgasmo que hizo caer sus barreras, dejando frente a él solo a la mujer y su mágica naturaleza.

Sin embargo, y para su sorpresa, ni aun así fue capaz de distinguir la marca de sus poderes. Desde el principio, el elemento que los dominaba se había mostrado esquivo a sus intentos de revelarlo y, aunque no se había planteado usar el sexo para saber por fin si la meiga era más sensible al agua, a la tierra o al aire, confiaba en que la conexión de energías que el sexo traía consigo lo ayudara. Pero no había sido así. Su magia se presentaba ante él, vibrante, pura y hermosa, se ligaba a la de Niall con confianza y desenfreno, pero seguía resistiéndose a ser encasillada y clasificada.

Pero no iba a pensar en eso ahora. No cuando ella lo aguardaba, cuando su cuerpo, su mente y su poder se ofrecían a él sin reservas.

Se arrodilló entre sus muslos y la atrajo hacia sí. Ella se agarró a él enfebrecida, libre por fin, deseosa y ávida y cuando se hundió en su interior, fue la magia de él la que conjuró al rayo y la tormenta en la distancia para celebrar la fiereza que esperaba de la unión.

La meiga se sobresaltó un instante por el sonido del trueno y miró hacia el cielo, pero él la serenó calmando el ardor de su piel con una lluvia fina y suave. Los ojos de la chica se volvieron de nuevo hacia su rostro, abriéndose de par en par.

—Eres... Tú no... Oh, por la Diosa... —gimió.

—Tú tampoco eres la misma, brujita —sonrió—. Nunca has estado más bonita ni más salvaje. —Y era cierto. Al desatar la magia que habitaba en ella, habían desaparecido de su rostro toda la tensión, todos los fingimientos y la timidez. Era pura Naturaleza viva y pulsante, puro encanto y pura vida. Era la Madre y la Tierra, y el *sídhe* en él se moría por entrar en comunión con esa fuerza primigenia y amoral—. Muéstramelo, *a'ghrá*. Muéstrame de lo que eres capaz —exigió, aferrándose a sus caderas para obligarla a cabalgarlo.

Entre los dos conjuraron un ritmo frenético, desesperados por sentirse y compartir, por liberarse. Las uñas de la meiga desgarraban su piel y su esencia se abría paso a través de la de Niall a empujones, exigiendo tanto como ofrecía, robándole el sentido, aunque no la voluntad. Lo cabalgó sin piedad y él resistió el ritmo de sus embates, riendo a carcajadas por la pura alegría de la vida y la pasión.

Cuando ella volvió a estallar entre sus brazos, la sujetó por las corvas y la tendió en el suelo sin abandonar su interior; fue entonces su turno de exigir y ofrecer, mientras ella se retorció bajo su peso, apremiándolo sin control.

El aire se llenó de magia en estado puro. La de ella. La de él. En el claro bendecido por la Diosa estallaron sus relámpagos y nacieron los arcoíris de la meiga. Volaron las mariposas y la lluvia creó charcos de colores imposibles, mientras la maravillada presencia de Danu se unía a su acto de vida, acariciándolos con su risa infantil.

Y cuando el orgasmo lo alcanzó por fin en una marea imparable, sacudiendo hasta los cimientos del ser que había sido, el *sídhe* en él se resistió a dejar marchar toda esa pasión y conservó parte del poder de la bruja en su interior.

Lo primero que apartó a Marta del dulce abrazo del sueño fue el frío. El pálido sol de febrero apenas alcanzaba a iluminar el día, demasiado perezoso para intentar nada más tras haberse molestado en atravesar la densa capa de nubes que había cubierto el cielo en los días pasados.

Pero lo que le hizo abrir los ojos más allá de una diminuta rendija fue darse cuenta de que su cama no era su cama, sino un lecho de hierba salpicada por el rocío de la mañana.

Los recuerdos de la noche anterior la inundaron como una cascada y sus ojos volvieron a cerrarse con fuerza mientras reprimía un gemido avergonzado. Había esperado que acostarse con Niall removiera un poco sus cimientos, pero no que los rompiera en pedacitos diminutos y los hiciera saltar por los aires.

Ni siquiera sabía que el sexo podía ser así, por mucho que escuchara con avidez los detalles que se le escapaban a Diana cuando tomaba un par de copas; para Marta siempre había sido algo agradable, civilizado y dulce, sin gritos ni sudor, y lo que había ocurrido entre el hada y ella no se parecía ni por asomo.

La garganta le ardía por las veces que había gritado su nombre —entre otras cosas que prefería no recordar— y se sentía lánguida y dolorida en lugares en los que apenas había pensado hasta entonces. Se notaba pegajosa por el sudor y la saliva, y todos sus nervios estaban más alerta que nunca antes, como si se hubieran vuelto adictos a las caricias y suplicaran por más.

Jamás había sido tan consciente de su propio cuerpo y, por algún motivo que prefería no detenerse a analizar, se sentía más cómoda en él de lo que se había sentido nunca.

—Sé que estás despierta, brujita —ronroneó a sus espaldas la voz de Niall—. Y por mucho que me guste ese precioso culo tuyo, llevo mirándolo una hora y empiezo a tener hambre. Deberíamos volver al pazo a ver cómo está tu amiga.

La Marta «A. N.» (Antes de Niall) habría querido que se la tragara la tierra, se habría encogido sobre sí misma, lloriqueando abochornada. Y una parte de ella todavía quería hacerlo, todavía le gritaba al oído que se tapara, que se escondiera, que huyera de él.

Pero algo se había despertado en su interior, algún tipo de poder femenino, de autoconsciencia y orgullo, así que acalló los gritos de su modestia, se obligó a girarse para mirar a —su amante—. Niall, estirándose como una gata perezosa tumbada al sol. Él la premió con una sonrisa traviesa, mientras estudiaba su cuerpo con lentitud, sentado en el suelo. Y, no sabía si por suerte o por desgracia, totalmente vestido.

—Podría quedarme otra hora más mirando eso —decidió Niall por fin—. Quién lo iba a decir, debajo de esa ropa horrible que llevas siempre. —La sonrisa

complacida que había aparecido en el rostro de Marta tras el halago murió con el insulto. Le habría encantado decirle cuatro cosas, pero, al parecer, todo ese recién descubierto poder femenino no llegaba tan lejos. Él la observó y dejó escapar una risita maliciosa—. No te enfades, brujita —sonrió, estirando una mano para acariciar uno de sus muslos. El roce era tan delicioso para sus alteradas terminaciones nerviosas, que no fue capaz de apartarle la mano de un golpe, aunque le habría encantado hacerlo—. No quería insultarte. Pero reconoce que te escondes debajo de esos trapos, como escondes tu magia bajo tus barreras. Y deberías lucir los dos a todas horas —concluyó.

Se puso en pie y le tendió una mano que ella aceptó tras unos instantes de vacilación. Por algún motivo, estar desnuda delante de él no le resultaba tan difícil como había esperado. Y eso que ella siempre había sido de las que se envolvía en las sábanas o se ponía una camiseta para levantarse si dormía acompañada. Ese hombre la había vuelto del revés en solo una noche y temía el momento en el que se quedaría sola y tendría todo el tiempo del mundo para analizar cómo se sentía al respecto.

—¿Ves? Lo que yo decía. Un cuerpo de infarto —aprobó Niall, contemplándola sin ningún recato.

—¿Dónde está mi vestido? —preguntó mirando a su alrededor, en parte para localizar su ropa, pero también para esconder el rubor de sus mejillas.

—Oh, vamos —protestó el hada, sonriente—. ¿No has escuchado nada de lo que acabo de decirte? Estás mucho mejor desnuda.

Decirle que sería incapaz de sentirse tan cómoda desnuda como podría estarlo él resultaría absurdo. Lo conocía lo suficiente como para saber que rechazaría todos sus argumentos con esa lógica suya tan surrealista e inmoral y acabarían en un cruce de idioteces que terminaría por dejarlos en el mismo punto en el que estaban en ese instante.

—Niall, en este lado del Velo, detienen a la gente si va desnuda por la calle. Y sabes cuánto se iba a cabrear todo el mundo si me detienen, ¿verdad? —La sonrisa especulativa de él le dijo que quizá había cometido un error táctico al comentar lo de «cabrear a todo el mundo». A Niall le encantaba cabrear a todo el mundo—. Ni lo sueñes. No pienso acabar en la cárcel porque tú has escondido mi vestido.

—No lo he escondido —protestó él—. Está ahí, junto a tu sujetador. —Señaló un charco de barro a pocos metros de ellos—. Eso sí, no tengo ni la más remota idea de dónde están tus bragas —añadió, con la expresión de inocencia más falsa que le había visto jamás. Y el listón estaba alto.

Marta lo miró de la cabeza los pies.

—¿Asomando de tu bolsillo? —gruñó con un violento sonrojo.

—Vaya —fingió sorprenderse el hada, sin molestarse en hacer ademán alguno para devolverle su ropa interior—. No tengo ni la menor idea de cómo han llegado ahí. De todos modos, no quieres ponértelas. Están llenas de barro —explicó con indiferencia.



—Como mi vestido —suspiró Marta acercándose a la arruinada prenda—. Qué asco... —musitó mientras estrujaba entre sus dedos la tela embarrada—. No puedo ponerme esto. Y tengo frío —gimoteó, mirando a Niall como si pudiera conjurar ropa para ella.

Y probablemente podría, aunque seguro que no encontraba ningún motivo válido para hacerlo. Pedírselo no sería más que un ejercicio de futilidad, que los conduciría al habitual combate dialéctico, y Marta tenía demasiado frío y estaba demasiado abrumada como para enfrentarse al ingenio ácido del hada. Irritada y agobiada a partes iguales, le dio la espalda y contempló con desesperación el desastre en que se había convertido su vestido.

—Toma —ordenó una voz tras ella.

Sobre su hombro, apareció la arrugada camiseta de Niall. No la abrigaría demasiado, pero sí sería mejor que recorrer el bosque desnuda. La tomó tras dedicarle una sonrisa de agradecimiento por encima del hombro y se apresuró a ponérsela. Le quedaba tan grande que el bajo llegaba más cerca de sus rodillas que alguna de sus faldas, y las mangas le caían hasta los antebrazos. Aun así, seguía teniendo frío. Y necesitaba darse un baño. Y no tenía zapatos. Y...

La situación estaba empezando a superarla. Odiaba comportarse como una niña tonta, pero estaba sufriendo una sobrecarga emocional y sensorial, con él desnudo de cintura para arriba, mirándola tan tranquilo, como si no hubiera puesto boca abajo horas antes.

—No tengo botas —protestó Marta, maldiciéndose por el temblor de su voz—. Yo no soy como tú, no puedo pasear descalza por el bosque. Y esto no abriga nada y tengo frío. Y...

Niall dejó escapar una larguísima frase en gaélico que a ella no le costó interpretar como uno de los juramentos que Aidan siempre le alababa por lo imaginativos y, antes de que pudiera reaccionar, la cargaba en brazos y echaba a andar por el bosque.

Caminaron un buen rato, pero, apretada contra el calor de su cuerpo, que recordaba muy bien cómo se había sentido en sus brazos, a Marta el paseo se le hizo demasiado breve. Cuando el pazo apareció frente a sus ojos, se retorció para que Niall la dejara en el suelo, pero él ignoró sus esfuerzos hasta llegar a la puerta principal. Apenas habían entrado en la casa, cuando en lo alto de las escaleras apareció una figura más que familiar.

—¡Laura! —chilló Marta, apresurándose a correr junto a ella—. ¡Estás bien! —exclamó, abrazándola.

Laura le devolvió el abrazo con incomodidad y la apartó después de unos breves segundos.

—Sí, estoy bien y más «decorada» —ironizó, mostrándole los tatuajes de sus muñecas. Miró por encima de su hombro hacia Niall—. Me han dicho que te lo debo a ti. Gracias —dijo como si le costara pronunciar esa palabra para ofrecérsela

precisamente a él.

Y seguro que le costaba, meditó Marta. Laura soportaba a duras penas el humor del hada y lo que solía llamar con desprecio su falta de ética. Diana, a pesar de pasarse media vida discutiendo con él y proclamando que lo detestaba, en el fondo lo toleraba mejor porque apreciaba su lealtad hacia sus compañeros; su otra amiga no era capaz ni de concederle eso.

—Dale las gracias a la meiga, cariño. —Laura frunció el ceño ante el apelativo que le dedicó Niall, lo que le garantizó que el hada seguiría usándolo hasta el fin de los tiempos—. No lo habría conseguido sin ella.

—¿Qué cojones has hecho, *sídhe*? —bramó Roi desde la puerta del salón.

Las tazas que llevaba en las manos cayeron al suelo y se hicieron añicos con un tintineo que resultó atronador en el silencio que siguió a su exabrupto.

—No sé..., déjame que piense —fingió meditar Niall en tono irónico—. ¿Salvarle la vida? —ofreció.

Roi clavó los ojos en Marta que, avergonzada por el peso de su intensa mirada, retrocedió un par de pasos al abrigo del cuerpo de su amiga. Una cosa era estar desnuda frente al hombre con quien había compartido una noche fuera del tiempo, fuera de las normas, y otra muy distinta aguantar que la observaran y leyeran en su rostro y en su aspecto lo que había ocurrido.

La acerada mirada de Roi se apartó de ella para fijarse en los arañazos que recorrían el pecho —y la espalda, comprobó azorada— de Niall y en su expresión satisfecha. A diferencia de Marta, Niall resistió el escrutinio con indiferencia: hundió las manos en los bolsillos, esbozó una sonrisa maliciosa y se encogió de hombros.

Después, todo sucedió casi con demasiada rapidez para captarlo en toda su amplitud. Roi cerró los ojos, inspiró hondo y, antes de que Marta tuviera tiempo de parpadear, se abalanzaba sobre Niall, enviándolo de un puñetazo al otro extremo del vestíbulo.

El hada se incorporó sobre sus codos sin dejar de sonreír y se limpió la boca con el dorso de la mano, contemplando la sangre que se le había quedado impregnada ahí. Después, alzó la vista hacia Roi, que se acercaba a él con la actitud de un depredador asesino.

—Cuidado, *a'chara* —dijo Niall en tono indolente—. Te consiento una porque sé cómo eres, pero si me pones la mano encima otra vez, vas a pasar el día buscando tus dientes.

—Veremos lo que buscas tú, puto cabrón —gruñó Roi.

Si la escena no la hubiera aterrorizado ya lo bastante, escuchar un juramento en labios del siempre correcto Roi llevó a Marta al borde de un ataque de nervios. Sin pensar en lo que hacía, se interpuso en su camino e intentó detenerlo.

—Déjame pasar, querida —pidió Roi con los puños apretados y una expresión feroz en el rostro.

De algún modo, supo que Roi se había detenido solo por cortesía hacia ella,

porque no había forma alguna de que pudiera frenar la furia que ardía en sus ojos.

—No. —Sacando fuerzas de no sabía dónde, Marta plantó los pies frente a él y cruzó los brazos en un gesto obstinado—. No sé lo que crees que ha pasado, pero...

—Lo que sé que ha pasado —la corrigió Roi con suavidad. Después, su rostro se endureció y miró por encima del hombro al hada, que ya se había puesto en pie y caminaba hacia ellos con aire hastiado—. No pudiste evitarlo, ¿verdad? —espetó en tono cruel—. Ves algo puro y tienes que corromperlo. No puedes resistirte.

—¡Oye! —se indignó ella.

—Marta, ¿qué ha pasado? —preguntó Laura al mismo tiempo—. ¿Qué le has hecho? —espetó hacia Niall.

—Oh, por la Diosa, qué fastidio —protestó el hada—. Vamos, brujita —dijo, apartando a Marta de su camino para encararse con Roi—, deja que intente pegarme. Va a ser divertido...

La puerta se abrió de golpe y un vendaval de magia pura envió volando a Niall y a Roi por el vestíbulo, uno hacia cada extremo. Marta trastabilló por la energía que los había sacudido a ambos y vio a Aidan sosteniendo a Diana contra su cuerpo, airado, furioso y terrorífico.

—¿Es que no se os puede dejar solos ni un puto minuto, joder? —bramó.

Sin decir palabra, Niall aceptó el botellín de cerveza que Aidan sacó de la moderna nevera tras coger otro para él. Se sentó sobre la encimera de la cocina para abrirlo, con las piernas recogidas, sujetas por sus brazos, y los pies descalzos sobre el frío mármol, mientras su amigo se recostaba contra la puerta. Se moría de hambre y la cerveza no era un buen sustitutivo, pero las conversaciones complicadas con Aidan siempre fluían mejor con un par de copas de por medio.

En el fondo, era una pena que hubiera llegado de forma tan oportuna. Niall nunca decía que no a una buena pelea, y tomarla con Roi siempre era divertido. Y no podía decir que no lo estuviera esperando. De hecho, sabía que iba a reaccionar mal cuando se enterara del ritual, como sabía, casi con la misma certeza, que Aidan no iba criticarlo por ello.

Observó a su amigo mientras daba un par de tragos a su bebida. Parecía relajado y tranquilo, pero Niall lo conocía bastante mejor. En su interior se estaba librando una batalla entre lo que pensaba que debía hacer en el mundo humano y lo que su naturaleza y toda una larguísima vida le habían enseñado a considerar como válido.

Ganaría lo segundo, por supuesto. Aidan podía parecer lo que quisiera, pero su pensamiento no estaba tan lejos del suyo propio como todos los demás parecían creer, y menos ahora, que con Diana a su lado podía tener toda su inmensa magia al alcance de la mano, sin límites ni restricciones.

Había cambiado. No de forma evidente, quizá, no de un modo que alguien que no lo conociera tan bien como él pudiera percibir, pero el cambio estaba ahí, tan claro ante sus ojos como el horror en acero y vinilo de la cocina. Se había convertido en puro poder, y si las cosas iban a ser como prometían, todos agradecerían mil veces ese cambio.

Por el momento, ya había librado a Roi de perder todos sus dientes y quizá un par de dedos. El druida jamás había podido reclamar antes tanta autoridad, pero en esta ocasión, y sin apenas esfuerzo, había enviado a Roi a dormir y a las chicas arriba para serenar a Marta. Después se había dirigido a la cocina, sabiendo de sobra que Niall lo seguiría, tal y como había hecho. Al fin y al cabo, a Niall no le importaba hablar con Aidan, y eso lo ayudaría a no darles vueltas a ciertas dudas que lo estaban incordiando desde su revolcón con la meiga.

Con estudiada lentitud, Aidan dejó la botella sobre la encimera y lo miró.

—Te la has follado —dijo.

No era una pregunta, y no necesitaba de una respuesta, pero Niall se sintió tentado de hacer una puntualización.

—Y ella se me ha follado —sonrió.

Su amigo asintió inexpresivo, comprendiendo más allá de sus simples palabras.

—Y, viendo que las protecciones de Danu son todavía más fuertes de las que yo podría haber conjurado, estoy tentado de pedirte detalles —comentó en tono neutro.

Niall sonrió contra el cuello de su botellín de cerveza.

—Y yo te los daré sin problemas —replicó Niall con los ojos fijos en la pared. Al ver que Aidan guardaba silencio, tomó un sorbo, dejó la botella junto a él y lo miró sonriente—. Ni te imaginas cómo es, *deartháir*. Una vez que quitas todas las barreras, toda la humanidad, es tan fuerte, tan libre... Parece increíble que un frágil cuerpecito humano como ese pueda contenerla. —Dio golpecitos con los pies descalzos en la encimera, siguiendo el ritmo de las imágenes que su cabeza le devolvía, una tras otra—. Y cuando me metí dentro de ella... Creí que iba a partirme en dos —rio—. Es mucho más de lo que habíamos imaginado. Mucho más de lo que prometía el diario de su abuela. —Aidan asintió con expresión meditabunda, animándolo a continuar—. Eso en cuanto a la magia. ¿Quieres detalles del polvo también?

—Oh, sí, por favor —sonrió el druida con malicia—. En cuanto Diana hable con ella va a pedir tu cabeza y, de paso, la mía, así que tendrás que compensarme de algún modo.

—¿No te ha compensado bastante la Diosa quitándote el trabajo, *fiordhraoi*? —bromeó.

—¿Cómo está, por cierto? —inquirió Aidan, dando un sorbo distraído a su cerveza—. ¿Tan coqueta como siempre?

—Más que de costumbre —rio Niall—. Algún día me pedirá la ofrenda directamente y sin intermediarias, ya lo verás. Ayer estuvo a punto.

—No eres tan guapo, *anamchara* —se burló su amigo.

—Sí, sí lo soy —refutó el hada, complacido como siempre que Aidan ponía en voz alta el nombre que demostraba la fuerza de su amistad—. Bueno, ¿quieres esos detalles, o qué?

—Los quiero, los quiero —aceptó el druida—. Pero sácame de una duda: ¿cuál es el elemento que rige los poderes de Marta? Supongo que después de vuestro... cara a cara, lo habrás averiguado por fin, ¿no?

Niall frunció el ceño en un gesto de incomodidad. Había tocado a la mujer y a su magia, había estado en el interior de una y de la otra, y había conservado la esencia de ambas en su interior, pero ni aun así había conseguido desentrañar sus misterios. Una parte de él, la que se volvía loca con los enigmas y las novedades, estaba entusiasmada. La otra se sentía irritada, confusa, un poco humillada y más que dispuesta a seguir estudiando el asunto hasta que la meiga no fuera capaz de esconder ni un ápice de sí misma ante él.

—No tengo ni idea, *deartháir* —contestó Niall, molesto.

—No me vaciles, Niall —gruñó Aidan—. Ya sé que te encantan los secretos, pero...

—¡No te estoy vacilando, joder! —lo interrumpió Niall de malos modos—. La sentí, la acaricié, disfruté de ella...

—Y de su magia también... —apostilló Aidan con una sonrisa maliciosa que el otro no tardó en devolverle.

—Sí, y de su magia también. —Suspiró y dio un breve sorbo a la cerveza—. Pero hay algo que la esconde, que la camufla incluso después de haberla unido a mí.

Aidan consideró la idea unos segundos, con el ceño fruncido en un gesto de profunda concentración. Por fin, se encogió de hombros.

—Bueno, tiempo al tiempo —decidió—. No puede esconderse para siempre, así que tarde o temprano nos enteraremos de qué fuerza la alimenta y por qué está oculta.

—Esa es la actitud —sonrió Niall, regodeándose ya con la idea de seguir adentrándose en los poderes de la meiga. Y en la meiga—. ¿Qué? ¿Nos ponemos entonces con los detalles del polvo? —provocó al druida.

—Ya lo creo —respondió Aidan con la más maliciosa de sus expresiones—. Pero me parece que necesito algo más fuerte que una cerveza y, conociéndote, un sitio más cómodo que una cocina. Algo me dice que esta charla va para largo. —Lanzó la botella hacia el cubo de basura cerrado, que se abrió justo a tiempo para recibirla como una boca hambrienta.

Niall no hizo ningún comentario sobre la forma en que Aidan había usado la magia sin casi percatarse, pero sonrió para sus adentros. La vida iba a ser mucho más divertida desde ese momento en adelante.

—Qué bien me conoces, *deartháir* —dijo en cambio, siguiéndolo hasta el salón.

—Dime otra cosa antes —pidió Aidan. Atravesó el vestíbulo y entró en la amplia y caldeada estancia, dirigiéndose hacia la licorera—. ¿Por qué Danu? Podías haber pedido la ayuda de cualquiera, pero la elegiste a ella. ¿Por qué?

Niall se dejó caer desmadejado en el sofá, en una postura que le habría ganado una ceja enarcada de Roi. O, viendo cómo estaban las cosas, un par de sopapos.

—¿Por qué no? —replicó—. No me molestan la sangre ni la muerte, pero el sexo es muchísimo más divertido.

Su amigo le tendió una copa de *whisky* bien colmada y se sentó frente a él, agitando la suya, con los ojos clavados en el ambarino licor.

—Y, además, te morías por probar su magia desde que la viste por primera vez —comentó, irónico.

Niall asintió. No tenía ningún sentido negar lo evidente.

—Por corromperla, que diría Roi —sonrió. Dio un breve sorbo al *whisky* y agradeció el calor que se extendió por su garganta hasta su vientre.

—No debiste provocarlo así —protestó Aidan—. Eres muy consciente de cómo...

—Lo sé, pero reconoce que tú habrías hecho lo mismo en mi lugar —lo interrumpió. Hablar de sexo era muchísimo más divertido que discutir sobre Roi, y no estaba dispuesto a dejar esa línea de la conversación aparcada. Así que lo mejor era quitarse la otra de en medio cuanto antes—. No tenía ni idea de cuándo ibas a volver, las protecciones se estaban cayendo más rápido de lo que podía levantarlas y Roi estaba a punto de tener uno de sus brotes psicóticos —enumeró de forma acelerada

—. Joder, si la chica la llega a palmar, se habría vuelto loco y lo sabes. Así que no me mires así. Los dos comprendemos que hice lo que tenía que hacer.

—Para salvar a la chica y para echar un polvo, sí —replicó su amigo.

Él resopló, indignado.

—Vamos, hombre, no me jodas —protestó—. Si solo quisiera tirármela, lo habría hecho hace mucho y lo sabes.

Aidan asintió de nuevo y miró unos segundos su copa antes de dar un breve sorbo.

—Ya. Pero piensas volver a hacerlo —dedujo.

Una vez más, tampoco era una pregunta. Y, una vez más, Niall tampoco se molestó en responder, solo en aclarar.

—Varias y repetidas veces —puntualizó.

Aidan inspiró con fuerza y apuró el resto de su *whisky* de un trago.

—Pues más vale que esos detalles sean buenos, *sídhe*, porque como Diana se cabree la mitad de lo que espero, ese va a ser todo el sexo que voy a tener en meses —gimió.

Niall echó la cabeza hacia atrás para soltar una sonora carcajada. En eso todas las mujeres eran iguales fueran de la especie que fueran: si una estaba enfadada, todas estaban enfadadas. Y si la que debería estarlo no lo estaba, el cabreo se repartía entre todas sus amigas, aumentado y corregido. Niall podía tenerlo mal con Roi, pero no sería nada comparado con lo que la mujer de Aidan podría hacer pasar al druida sobre todo si no se esforzaba en parecer, al menos, tan indignado como ella.

—Bueno, míralo de esta forma, *deartháir*: al menos tienes toda la eternidad para tranquilizarla.

Aidan enarcó las cejas y lo miró con expresión inquisitiva. Niall dejó escapar un resoplido de indignación.

—Vamos, Aidan, no me vengas con disimulos a estas alturas —protestó Niall con expresión hastiada—. Tú también lo sabías: la magia siempre es inmortal. Pero está bien, lo entiendo —se apresuró a añadir—. Ella tenía que escucharlo de labios de alguien más. Yo habría hecho lo mismo.

Aidan lo consideró un instante, observando la danza del licor en su copa.

—¿Lo sabe Roi? —inquirió sin apartar la vista de su *whisky*.

—¿Por quién me tomas? —gruñó Niall, ultrajado—. Claro que no. Aunque debería decírselo, así estaría mosqueado con alguien más que conmigo —añadió con una risotada tras pensárselo unos segundos.

—No lo entendería —meditó Aidan.

—No, no lo entendería —confirmó Niall.

Es más, se molestaría con Aidan por haber perdido unos días preciosos en el Limbo solo para serenar a su mujer. Y más teniendo en cuenta lo que había ocurrido con Laura y los estúpidos remordimientos que eso había causado en Roi.

Pero Niall lo veía claro: la mujer del druida y su magia eran lo primero. El resto

ya cambiaría de un modo u otro. O no. Se movió para buscar una postura más cómoda y una de las costuras del sofá rozó un arañazo particularmente profundo que tenía en el hombro. Siseó y se llevó los dedos a la herida para aliviar el escozor. Aidan lo miró con una sonrisa a mitad de camino entre la exasperación y la depravación.

—Siempre te ha encantado mostrar tus heridas de guerra —dijo burlón.

—Me he ganado todas y cada una de ellas, te lo aseguro —rio Niall, mientras decenas de imágenes de cómo había conseguido cada uno de esos rasguños atravesaban su cabeza a toda velocidad—. Y en la espalda es peor...

—Vale —gruñó Aidan recostándose en el sofá—. Dejémonos de mariconadas: quiero todos y cada uno de los depravados detalles de tu historia. Y procura no dejarte nada en el tintero.

Niall acompañó la malicia de su sonrisa con más perversidad de su propia cosecha, se acomodó también en su asiento y se dispuso a desgranar una narración de las que su amigo sabría apreciar: casi pornográfica, repleta de exagerados detalles de atlético erotismo y adornada con multitud de descripciones anatómicamente precisas.



El agua de la ducha caía sobre la espalda de Marta a la temperatura perfecta para deshacer los nudos de sus músculos y aliviar el frío que se había pegado a su piel como una capa de barniz. Sin embargo, no era capaz de disfrutar de ella, a pesar de lo mucho que siempre había adorado las duchas calientes con la presión suficiente como para dejar su piel enrojecida.

Las gotas sobre su cuerpo le recordaban demasiado al cálido *orbello* que Niall había invocado en el claro, y sus nervios hipersensibilizados se volvían locos suspirando por sus caricias. Mientras, sus amigas, sentadas en el dormitorio que ahora compartían Diana y Aidan, esperaban con impaciencia a que saliera. Y no había forma humana de que pudiera enfrentarse a ellas tal y como se sentía, tan confundida y... desesperada.

Con un lloriqueo de frustración se preguntó a sí misma si a partir de entonces siempre iba a ser de esa manera, si siempre se iba a ser tan consciente de su propio cuerpo, si siempre iba a tener los recuerdos de esas horas pasadas con el hada en la cabeza y si iban a ser la medida con la que juzgaría todas sus relaciones futuras.

—Pues si es así, estoy fastidiada —musitó.

Sus barreras mentales se mantenían lo bastante fuertes como para impedirle analizar cualquier emoción que pudiera haber surgido en ella con respecto al hada — y daba gracias a cada minuto por que así fuera—, pero su cuerpo era otra historia. Nunca había sentido la necesidad de controlarlo, y no tenía las herramientas necesarias para hacer frente a la sobrecarga sensorial que todavía la tenía con los nervios de punta, preguntándose si podía repetir la experiencia. En los próximos cinco minutos, a ser posible. Y Marta sabía que, de darse la oportunidad, no iba a ser capaz de negarse a sí misma todo ese desenfreno.

—Maldita sea, Niall, ¿qué has hecho conmigo? —gruñó.

Su exabrupto rebotó en los blancos azulejos del baño y atrajo la atención de sus amigas.

—¡Marta Graíño, sal de la ducha de una vez y habla con nosotras! —fue la seca orden de Laura.

Sabiendo que no podía quedarse eternamente bajo el agua, y que sus amigas eran más que capaces de sacarla a rastras de la bañera, cerró el grifo con un suspiro de resignación y se secó con apresuramiento. Pensó en envolverse con la toalla, pero cuando quitó el vaho del espejo con un gesto brusco de la mano, y vio las tenues marcas de un mordisco en su hombro y los moratones que los dedos de Niall habían dejado en sus nalgas, se decidió por su camiseta como mal menor.

Claro que el aroma de él impregnado en la tela no iba a ayudar demasiado a su concentración...

Apoyó la mano sobre la manija de la puerta, inspiró hondo para serenarse y salió para enfrentarse a sus amigas, que la esperaban sentadas sobre la cama, con los brazos cruzados y el rostro tenso, en la viva imagen de «Esto es una intervención».

—Empieza a desembuchar —ordenó Diana sin darle tiempo siquiera a sentarse. Le tendió un puñado de ropa que sostenía sobre su regazo y la miró con mala cara—. Y ponte algo que no sea la camiseta de ese imbécil. Esto es mío, así que te quedará un poco pequeño, pero solo nos faltaba que pillaras un catarro.

Marta aceptó lo que le tendía Diana con un suspiro y se vistió de espaldas a ellas, aunque podía sentir cómo la vista de ambas seguía cada uno de sus movimientos. Para evitar que la discusión subiera de tono antes de tiempo, conservó la camiseta de Niall debajo del jersey, confiando en que no vieran ninguna de las marcas que las atenciones del hada habían dejado en su piel. Cuando hubo acabado, permaneció unos instantes sin mirarlas para armarse de valor.

—Empieza a hablar de una vez, Marta —insistió Diana.

—No hay nada que decir —replicó, encarándolas por fin—. Laura estaba muy mal y las protecciones de la casa se estaban viniendo abajo. —Tomó asiento en el arcón que había a los pies de la cama y las contempló con lo que esperaba que fuera su expresión más indiferente—. Niall me dijo que debíamos invocar a Danu para que nos ayudara, y eso fue lo que hicimos. —Se volvió hacia Diana—. ¿Los padres de Aidan os han dado alguna solución?

El rostro de su amiga se iluminó con una enorme sonrisa.

—Sí —respondió en tono enfático—. Estaremos juntos para siempre —palmoteó—. Al parecer...

—Me alegro mucho por ti, Diana, ya te lo he dicho —la cortó Laura, doña Práctica—, pero... —Señaló en su dirección con la barbilla en un gesto que no tenía nada de disimulado.

Diana cerró la boca al instante y endureció su gesto.

—Cierto —masculló—. Intentabas distraerme —la acusó con los ojos entrecerrados, apenas visibles bajo la sombra del flequillo rojo como el fuego.

—No, yo... —negó Marta de forma bastante estúpida—. Bueno, vale, sí —reconoció ante la expresión de bulldog de sus amigas—. Pero es que no veo de qué vamos a hablar —añadió con rapidez, maldiciéndose por la súplica implícita en su voz.

—Pues, para empezar, podrías contarnos por qué Niall estaba casi desnudo, tú tenías su camiseta y Roi le partió la cara al veros —enumeró Diana.

Apenas tuvo que pensarlo un instante. Siempre había confiado en sus amigas para todo y no había nada que no pudiera compartir con ellas, pero todavía tenía demasiados nudos que desentrañar en su cerebro como para ser capaz de mantener una charla coherente sobre lo que había pasado, así que optó por la solución más práctica: el escaqueo descarado.

—Niall estaba casi desnudo porque yo llevaba su camiseta, que me dejó porque

tenía frío. Y no tengo ni idea de por qué Roi le partió la cara —contestó con fingida serenidad.

—Vale —asintió Laura—. Eso tiene mucho sentido. —Marta reprimió un suspiro de alivio, aunque no podía creerse que escapar fuera tan fácil, como confirmaron las siguientes palabras de Laura—: Solo hay una cosita que no me encaja —dijo con falsa amabilidad—. ¿Dónde está tu ropa? —preguntó cambiando el tono a uno acusador.

—Manchada de barro —respondió sin arredrarse.

Sus amigas cruzaron una larga mirada de entendimiento, y Marta supo que estaba a dos minutos de empezar a soltarlo todo.

—¿Y la tenías puesta cuando se manchó de barro, Martita, querida? —inquirió Diana con esa voz acaramelada que, en su caso, siempre auguraba tormenta.

—Bueno...

—Y si no la tenías puesta, ¿cuándo y por qué te la quitaste? —medió Laura.

—Esto...

—¿Y Niall? —volvió a intervenir Diana—. ¿Ese gilipollas llevaba algo puesto cuando tú te quitaste el vestido?

—¡Basta! —gritó. El bombardeo de preguntas estaba agotándola y bastante lío tenía ya en la cabeza como para añadir todavía más. Se puso en pie de un salto porque la energía nerviosa que recorría su cuerpo era demasiado fuerte para mantenerla quieta, y echó a andar sin rumbo por la habitación en un fútil intento de serenarse. Cuando creyó tener controlada al menos la voz, se volvió a sus amigas—. ¡Sí, lo hicimos! ¿Vale? —chilló—. ¿Es eso lo que queríais oír? ¡Pues ya está! ¡No veo a qué viene todo esto! —se apresuró a añadir para no permitirles hacer comentarios—. Cuando Diana se llevó a la cama a Aidan, no montamos la Santa Inquisición para interrogarla...

—Sí lo hicisteis —interrumpió Diana.

—Es verdad, lo hicimos —confirmó Laura con serenidad.

—Y Aidan no es Niall —refutó Diana, recibiendo un asentimiento seco por parte de Laura—. Marta —suspiró con aire agobiado—, te dijimos que ese tío era un peligro. Te advertimos que...

—¡Lo hice por salvar a Laura! —la frenó, fuera de sí—. Danu exigía una ofrenda y fue lo que le dimos. No significó nada, ¿entendéis? Solo fue magia, nada más. Lo hice por salvarla. ¡Vosotras habríais hecho lo mismo por mí!

Un pesado silencio se extendió por la habitación mientras sus amigas consideraban sus palabras. Diana asintió como si hablara para sí misma y después se volvió hacia Laura, que la observó con preocupación.

Agotada por el exabrupto, Marta volvió a dejarse caer sobre el arcón y hundió la cabeza en las manos, incapaz de comprender cómo su bien estructurado universo se había descontrolado tanto en tan poco tiempo.

Una mano consoladora se posó en su hombro.

—Sí, habríamos hecho lo mismo por ti —susurró Diana—. Pero, igual que Aidan no es Niall, tú no eres nosotras, Marta.

—Para ti el sexo siempre ha significado algo más —intervino Laura—. Y lo último que necesitas es enamorarte de ese capullo.

—No voy a enamorarme de él —replicó Marta. Para su desesperación, las lágrimas empezaron a caer por sus mejillas sin que ella supiera cuál de las diecisiete emociones distintas que se agolpaban en su interior las había invocado—. No fue nada —insistió con un lloriqueo—. Solo... —Las palabras se agolparon en su garganta, pero ninguna parecía adecuada para expresar todo lo que quería decir, así que calló.

—¿Solo qué, cariño? —la instó Diana con suavidad después de unos segundos, acariciándole la espalda como si fuera un gatito mimoso que ronroneara junto a ella.

Marta levantó la cara anegada en esas lágrimas incomprensibles y las miró.

—Ni siquiera sabía que el sexo podía ser así —gimió.

Sus amigas volvieron a cruzar una mirada entre ellas antes de ponerse en pie.

—Helado —dijo Diana, obligándola a levantarse también.

—Con virutas de chocolate —añadió Laura mientras abría la puerta.

—Y *licor café* —completó Diana empujándola al pasillo.

—Por litros —suspiró Laura con resignación al cerrar el dormitorio tras ellas.

Aidan se quedó paralizado unos instantes, mirándolo con expresión estupefacta y, por fin, estalló en sonoras carcajadas a las que Niall asistió con una sonrisa de autocomplacencia. Llevaba un buen rato desgranando cada detalle del ritual con la meiga y el asombro de Aidan no había hecho sino aumentar hasta culminar en esas carcajadas incrédulas que ahora le sacudían el cuerpo.

—¿En serio? ¿Marta? —exclamó entre risas.

Niall se limitó a mirarlo complacido, con una expresión que pretendía dar a entender: «¿Qué quieres? Soy bueno, ¿qué más puedo decir?».

—Pues todavía no he llegado a lo mejor —comentó, disimulando con su tono ligero lo mucho que lo confundía esa magia prestada que latía en su interior desde la noche anterior, llamándolo y provocándolo.

Había oído hablar de cosas así, por supuesto, pero...

Una bienvenida interrupción en forma de explosión de luz y puntillas estalló en el centro de la habitación, quebrando el curso de sus pensamientos. Aidan dejó escapar un gemido de desesperación, pero Niall rio a carcajadas, abriendo los brazos para recibir a los fantasmas, que se abalanzaron sobre él sin dudarle un instante, cubriéndolo de besos pegajosos.

Adoraba a esas crías. Si bien al principio se había acercado a ellas solo para fastidiar a sus compañeros, poco a poco se había ido sintiendo más y más fascinado por la extraña mezcla de poder, maldad e inocencia que habitaba en ellas. Las chicas habían sugerido que deberían investigar qué había causado su muerte y «liberarlas», pero Niall se había opuesto con todas sus fuerzas. Para él estaban perfectas tal cual eran en ese momento: dos inmaculadas criaturas, con una malevolencia tan pura e infantil que casi cegaba contemplarla, atrapadas para siempre en un limbo intemporal.

—¡Anoche te estuvimos esperando!

—¡Fuimos a cazar ranas y a Margarita le saltó una a la cara!

—¡Dijiste que vendrías con nosotras!

—Sí, dijiste que vendrías con nosotras, Niall, ¿dónde estabas?

—Ya te lo he dicho, tonta, estaba dándole besos a la meiga. —Al ver que Niall enarcaba las cejas en una expresión interrogativa, el fantasma esquivó sus ojos—. Me lo ha dicho Carlitos —aclaró con un falso tono de disculpa.

—Yo también quiero un beso —protestó Violeta en tono lastimero—. ¿Me das un beso a mí?

—Claro que sí, *a'ghrá* —sonrió Niall. Se inclinó hacia el fantasma y le dio un sonoro beso en la mejilla que le arrancó una carcajada infantil. Después, sabiendo de sobra cómo era la rivalidad entre las hermanas, besó también a Margarita, que le sacó la lengua a Violeta musitando algo que sonaba como «Chincha rabiña»—. Y ahora id

a jugar por ahí, ¿de acuerdo? Aidan y yo estamos hablando de cosas de mayores.

—Hablabais de besos —soltó Margarita con ese aire resabiado que solo una niña que ni siquiera había alcanzado la preadolescencia podía invocar—. Las chicas también están hablando de besos, pero ellas están más enfadadas.

—Genial —murmuró Aidan desde su sofá—. ¿Cómo de enfadadas?

Los fantasmas se volvieron a mirarlo con expresión precavida. Aidan les había gritado demasiadas veces como para que se dignaran a responder a sus preguntas así como así, aunque era evidente que se morían por comentar las novedades.

Por fin, Violeta lo resolvió como de costumbre: contestó a la pregunta, pero mirando hacia Niall, como si él fuera quien la había pronunciado.

—Muy enfadadas —dijo en tono de conspiración.

—Y te han llamado «cabrón» —intervino Margarita—. ¿Qué es un «cabrón», Niall?

—Un tipo guapísimo y encantador —contestó este sin inmutarse, haciendo oídos sordos al bufido burlón de Aidan—. Vamos, id a jugar. Si os portáis bien, por la noche os mostraré cómo hacer una lámpara con luciérnagas. —Los fantasmas palmotearon felices y le hicieron prometer mil veces que iría con ellas antes de desaparecer en una explosión de luz.

—Están muy enfadadas y te han llamado «cabrón» —expuso el druida con una sonrisa irónica—. Si yo estuviera en tu pellejo, desaparecería en el bosque antes de que vengan —sugirió con una amabilidad más falsa que el pecado—, porque si conozco un poco a Diana, y me consta que la conozco más que un poco, no tardarán en aparecer por aquí para...

—Ponerse ciegas de chocolate, licor y odio al género masculino, sí —concluyó Niall por él—. Y como los cabreos de las mujeres no hacen distinciones, *deartháir*, igual quieres acompañarme.

—Bah, como tú mismo dirías: ¿qué es la vida sin un poco de riesgo? —decidió Aidan con una sonrisa maliciosa—. Además, es demasiado tarde —comentó, apoltronándose todavía más en el sofá—, vienen hacia aquí.

Antes de que Niall pudiera abrir la boca para hacer cualquier comentario que, con toda probabilidad, los habría metido a ambos en problemas, la puerta se abrió y Diana apareció ante sus ojos, rodeando los hombros de Marta con uno de sus brazos; tras ellas, Laura tecleaba furiosamente en su iPhone, perdida en su universo tecnológico.

Niall ignoró la mirada furiosa que la mujer de Aidan clavó en él, y apenas fue consciente de la que Laura le dirigió cuando dejó el teléfono y se percató de dónde y frente a quién estaba. Él solo tenía ojos para la meiga, que, todavía con el pelo húmedo de una ducha reciente, tiritaba con la cabeza baja y los hombros caídos, apoyándose en su amiga como si fuera incapaz de mantenerse en pie por sí sola.

La irritación empezó a dominarlo, apartando a empujones el humor juguetón y relajado que lo había acompañado desde la noche anterior. ¿Qué había sido de la mujer que había estado con él en el ritual a Danu? ¿Dónde estaba su fuego, su

vitalidad? ¿Dónde estaba su magia? ¿Quién era ese ratoncito asustado y por qué estaba así? ¿Qué cojones le habían hecho esas dos?

—Aidan, deberías llamar a un servicio de exterminio —estaba diciendo Diana en tono hiriente—. Se nos están colando ratas —escupió en dirección a Niall.

—Yo no me preocuparía, calabacita —replicó Niall, dominando a duras penas su mal genio con las ataduras de la ironía—. Seguro que aparecen docenas de gatitas dispuestas a cazarme.

—Niall, por favor —susurró Aidan, llevándose una mano a los ojos en un gesto de desesperación.

Ignorando la advertencia de su amigo y el exabrupto irritado de Diana ante su respuesta, Niall se puso en pie obligándose a adoptar un aire perezoso que estaba muy lejos de encajar con su estado de ánimo. Se acercó a las chicas y Diana se apresuró a colocarse delante de Marta para esconderla con su cuerpo.

—Quítate de en medio, calabacita, o te harás daño —ordenó él con lo que, estaba seguro, era una sonrisa brutal.

—Quítate de en medio tú, imbécil —estalló Diana—. ¡Aidan!

—No amenazas a mi mujer, *sídhe* —suspiró Aidan, hastiado.

—Dile que se quite de en medio, *deartháir*. O la voy a quitar yo y entonces acabaremos todos a hostias. —Como siempre que estaba furioso, su voz sonaba controlada y suave incluso a sus propios oídos. Sabía que no duraría, que en cualquier momento perdería el control y las cosas se pondrían feas, pero la meiga ya parecía bastante aterrorizada en ese instante como para aumentar más lo que quiera que la hubiera obligado a volver a comportarse como un ratoncito, todavía más tímido y amedrentado de lo que ya era cuando la había conocido—. Brujita —la llamó con suavidad. Ella se estremeció y alzó esos ojos de cervatillo asustado hacia él. Al ver en ellos la señal de las lágrimas, nuevas fisuras aparecieron en su frágil dominio de sí mismo—. Ven aquí, brujita —insistió, tendiendo una mano hacia ella.

Diana se la apartó de un manotazo.

—No la toques —exigió.

—¡Diana, no! —gritó Aidan. Tardó apenas un segundo en llegar junto a ellos y, aun así, no habría podido hacer nada para evitar que Niall la arrollara, de no ser porque Marta extendió la mano hacia él.

Niall la tomó con suavidad y estrechó a la meiga contra su cuerpo.

—Marta, ¿qué haces? —preguntó Laura con serenidad—. No quieres...

Ella se volvió hacia su amiga y una parte del fuego que Niall había visto en su interior volvió a sus ojos.

—Si no quisiera, no lo haría, Laura —dijo en un susurro—. Deja de tratarme como a una niña, ¿vale?

—Eso, Laura —remedó Niall, burlón—, deja de tratarla como a una niña.

—¿Pero tú lo estás oyendo? —exclamó Diana mirando a Aidan.

Este le dirigió una mirada a Niall que decía a gritos: «Me debes una» y se

interpuso entre las chicas y él, que seguía sosteniendo a Marta acurrucada bajo su brazo.

—Sí, *a'ghrá*, lo oigo. Llevo siglos oyéndolo. Y tú no vas a arreglar en dos minutos lo que ha llevado eones estropear. Anda, vamos —la instó—. Os llevaré al pueblo y así podréis coger algo de ropa para todas.

—No pienso dejarlos solos —se obstinó Diana—. No pienso...

—Diana —la frenó Aidan. No estaba usando su voz de druida, pero, aun así, la autoridad que transmitía era innegable e irresistible. Niall lo miró con curiosidad. Su amigo no parecía consciente del truco de magia de salón que estaba utilizando, y eso lo hacía todo muchísimo más interesante—. Escúchame, te lo explicaré por el camino, pero tus amigas tienen que pasar aquí unos días, ¿entiendes? —Diana asintió con la expresión ausente de quien acaba de despertar de un largo sueño. Niall disimuló su sonrisa. Debería haber imaginado antes que Aidan sabía mucho más de lo que decía, como acababa de confirmar al exigir que las chicas se quedaran en el pazo para poder protegerlas—. Bien, pues vamos. Marta estará bien. —Se volvió hacia Niall—. ¿Verdad? —dijo en un tono que sonaba más a orden que a pregunta.

—Claro que estará bien —rezongó Niall, ultrajado.

—*An bhfuil tú?* —inquirió Aidan con suavidad hacia él.

—*Tá mé* —respondió Niall, sin saber siquiera si estaba diciendo la verdad.

En cuanto Aidan hubo cerrado la puerta tras de sí, la meiga se escabulló de su abrazo y se dirigió a la ventana, dándole la espalda. Niall rechinó los dientes, irritado. Estaba otra vez conteniéndose y escondiéndose y no le gustaba nada. La había desencadenado, le había mostrado la magia que escondía bajo sus barreras y la libertad que podía hallar en ella. ¿Por qué entonces volvía a reprimirse de ese modo? ¿Por qué diablos tenía que ser tan... humana?

—¿Qué te ha dicho? —preguntó ella con un hilo de voz, abrazándose a sí misma.

—Me ha preguntado si estaba bien —respondió, forzándose a mantener un tono neutro.

Marta asintió, con un gesto que parecía más dedicado a sí misma que a él.

—¿Y tú que le has contestado? —inquirió, sin volverse a mirarlo.

—Una mentira —gruñó. Eso sí pareció captar por fin la dispersa atención de la meiga, que se giró hacia él y lo miró con curiosidad, con el rostro convertido en una pregunta en sí mismo—. Le he dicho que sí.

—¿Y no es verdad?

—No, no lo es —replicó, al tiempo que recorría la distancia que los separaba—. ¿Qué ha pasado, meiga? No parecías tener ningún problema cuando te dejé con tus amigas.

—Y no lo tengo —contestó ella en tono seco, dándole la espalda para volver a mirar por la ventana.

Un sol pálido y débil iluminaba el día, arrancando destellos de oro de la tierra todavía húmeda; los pájaros celebraban el respiro que les daba el clima cantando



alegremente en las ramas, y la vida del bosque latía con fuerza en cada rincón. En cualquier otro momento, Niall estaría ahí, perdido en esa energía pura, disfrutando del abrazo de esa naturaleza apenas domesticada, embebiéndose de su fuerza.

«¿Y por qué no?», se preguntó.

Quizá a la meiga también le vendría bien sentir la magia de la vida fluyendo por su cuerpo. Quizá eso la haría recordar y la fortalecería. Era una criatura mágica, al fin y al cabo, a pesar de su envoltorio humano, y la magia adoraba la naturaleza.

—Vamos, brujita —la animó. Abrió la ventana y se deslizó al exterior, tendiendo los brazos hacia ella—. Vamos al bosque.

La meiga dudó durante unos segundos eternos y, por fin, apoyó los brazos en sus hombros y se dejó arrastrar junto a él.

Si sus amigas se molestaran en preguntarle por qué había elegido quedarse con Niall sin apenas dudarlo un segundo, Marta no tendría que rebuscar en su interior y tocar lugares a los que no quería acceder para darles una respuesta. Se había quedado con él porque era la única persona —entendiendo «persona» en un sentido muy amplio, por supuesto— que, lejos de cuidarla y protegerla, la instaba a valerse por sí misma.

Marta no se engañaba: sabía que era tímida y frágil, siempre educada, siempre correcta. Odiaba los enfrentamientos y le daban pavor las discusiones, aunque, después de bajar la cabeza ante alguien que le gritaba o se mostraba grosero con ella, podía pasar horas desgranando una conversación en su mente con todo lo que debería haber dicho. Por eso sus amigas siempre la escudaban y ella agradecía que la aceptaran tal como era o, al menos, siempre lo había agradecido hasta que descubrió su magia y Niall la tomó bajo su ala.

Él no la consideraba débil, ni quería protegerla. Más bien al contrario, la obligaba siempre a desafiar sus límites, la instaba a superarse, a liberar su poder, no porque quisiera cambiarla, sino porque veía a la persona que se escondía en su interior, ahogada bajo capas y más capas de vergüenza y buenos modales. Cuando estaba con él, Marta casi podía creer que era esa otra persona que el hada veía en ella.

Y si en algún momento había necesitado sentirse como otra persona, otra más fuerte, más decidida que ella, sin duda tenía que ser ese. Sabía de sobra que cuando volviera con sus amigas la acusarían de estar colándose por él, le darían millones de consejos sobre cómo evitarlo, sobre cómo analizar sus sentimientos y librarse de ellos, pero eso no era en lo que estaba pensando Marta cuando aceptó la mano que, de forma literal, Niall había tendido hacia ella. En lo único que pensaba era en que si alguien podía devolverle la sensación de sentirse a gusto en su propia piel, la fuerza que nunca creía haber tenido, ese tenía que ser él.

Alzó la vista hacia el cielo y cerró los párpados para sentir la caricia del sol. El bosque olía a lluvia, a eucalipto y a hierba fresca, y cada vaharada que entraba en sus pulmones parecía despertarla y alejar la melancolía que se había apoderado de ella minutos antes.

—Lo sientes, ¿verdad? —preguntó Niall—. La fuerza del bosque.

Marta se giró para encontrarse con su sempiterna sonrisa. Si algo bueno podía decirse de él era que sabía cómo sonreír. El gesto en el hada era siempre feliz, siempre auténtico, sin trabas ni disimulos, y alcanzaba cada milímetro de su rostro hasta iluminar sus ojos imposiblemente azules. Ella daría cualquier cosa por sentirse lo bastante confiada como para poder sonreír de ese modo.

—No sé a qué te refieres, pero siempre me ha gustado pasear por el bosque —dijo—. Sobre todo después de la lluvia. Huele tan bien...

Niall asintió, como si esperara esa respuesta.

—Es la magia en ti, meiga —explicó. La agarró de la mano y la guio hacia el interior del bosque. Por un momento, Marta se sintió tentada a protestar, pero sabía que no habría forma de razonar con él si había tomado una decisión, así que se limitó a seguirlo—. Nuestra fuerza viene de la naturaleza, del eterno ciclo de la vida. El bosque nos recarga, nos devuelve la tranquilidad.

—Entiendo —aceptó Marta, esquivando una raíz traicionera que se había interpuesto en su camino.

Niall se frenó en seco y la miró con severidad.

—No, no lo entiendes. Pero lo entenderás.

Miró a su alrededor y, después de unos segundos, se dejó caer sobre la hierba, sin preocuparse lo más mínimo de la tierra mojada. Palmeó el suelo a su lado y ella lo miró con incredulidad. ¿En serio pensaba que iba a sentarse ahí con solo unos finos pantalones para evitarle una cistitis de proporciones apocalípticas? Niall resopló al ver su indecisión.

—¿Ves cómo no lo entiendes? Necesitas la energía de la tierra, meiga —explicó Niall de mal humor—. Siempre sales al bosque tapada hasta el cuello y con unos zapatos absurdos que no te dejan sentir la magia bajo tus pies.

—Pero me evitan un catarro —replicó ella, cruzándose de brazos en un gesto tan obstinado como defensivo.

—Te acatarras porque luchas contra lo que eres en lugar de aceptarlo —espetó Niall. En un movimiento veloz, se abalanzó sobre ella y la sentó en el suelo, a su lado. Marta dejó escapar un grito de protesta que él ignoró—. No te resistas —insistió.

—¡Me estoy congelando! —protestó.

—Y no me estás escuchando —gruñó él—. Te estoy diciendo que tienes que sentir con tu magia, no con tu frágil y limitado cuerpo mortal, joder.

Ya había perdido la paciencia. El humor de Niall cambiaba como el viento en invierno y se movía en fuertes ráfagas que arrasaban con todo lo que se encontraban a su paso. Asustada por su intensidad, Marta retrocedió y se encerró un poco más en sí misma.

—No te enfades —murmuró, bajando la vista hasta sus pies.

Lejos de tranquilizarlo, su capitulación pareció irritarlo todavía más. Dejó escapar una larga retahíla de palabras en gaélico —una de sus maldiciones, sin duda— y se frotó la cara en un gesto de desesperación. Cuando volvió a mirarla, parecía más sereno, pero un fuego preocupante latía en sus ojos, como si se estuviera conteniendo apenas y en cualquier momento pudiera volver a estallar.

—¿Por qué estabas tan apagada hace un rato? —inquirió, sorprendiéndola con el súbito cambio de tema. Marta parpadeó, intentando seguir la lógica de su conversación, mientras boqueaba como un pez fuera del agua para obligar a su lengua a pronunciar alguna frase coherente—. Estabas bien cuando te dejé. Estabas

magnífica ayer por la noche. ¿Qué pasó? —Ella permaneció en silencio, sin saber muy bien qué contestar—. ¿Por qué te estabas escondiendo? —insistió.

A pesar de que, en cierta forma, Niall debía de tener parte de razón, porque desde que se habían adentrado en el bosque su humor había mejorado de forma considerable, sus preguntas le devolvieron todos sus miedos ocultos y la obligaron a encerrarse en sí misma, a no pensar. A no remover cosas que estaban mucho mejor enterradas y escondidas.

—No quiero hablar de eso —murmuró—. No quiero pensar en eso. ¿No podemos hablar de otra cosa? ¿Por qué no me cuentas algo sobre ti?

Niall permaneció contemplándola en silencio tanto tiempo que ella llegó a pensar que no volvería a hablar, o que si volvía a hacerlo sería para retomar el mismo tema. Por fin, después de una eternidad, alzó la vista al cielo, sacudió la cabeza, exasperado, e inspiró con fuerza.

—Sabes todo lo que tienes que saber sobre mí. Has tenido en tu interior mi cuerpo y mi magia. ¿Qué más necesitas saber? —añadió con un gesto que decía bien a las claras que eso lo explicaba todo.

Aunque para ella no explicaba nada en absoluto.

—Pues no sé... —se exasperó Marta—. Cuéntame algo, lo que sea. —Gesticuló ante él, agitando las manos como le gustaría agitarlo a él por su obcecada actitud. Al ver que el hada continuaba sin reaccionar a sus palabras, se forzó a serenarse y a intentar explicar lo que le pasaba por la cabeza—. Nos hemos acostado —añadió tras debatirse con su timidez largo rato—. Y no sé nada de ti. Nada antes de que llegaras al pazo. Nada de quién eres, de quiénes fueron tus padres, de qué te...

—No hay nada que contar sobre mis padres —la interrumpió Niall en tono brusco—. Ya no son.

Marta parpadeó confusa, hasta que su mente tradujo a castellano común el significado oculto que tenía la frase en labios de un *sídhe*.

—Lo siento —murmuró contrita—. No sabía que...

—No hay nada que sentir —volvió a interrumpirla el hada, sonriendo en esa ocasión, como si su incomodidad y su aparente furia nunca hubieran existido—. Ona me acogió, y Aidan y yo nos convertimos en hermanos. Fue un giro de la Rueda que disfruté mucho.

—¿Cómo...? —intentó indagar ella.

—No quiero hablar de eso ahora —replicó Niall—. Te lo contaré algún día, brujita —suavizó su tono al ver la expresión dolida que Marta era consciente de haber permitido que apareciera en su rostro—. Pero ahora no. Ahora quiero gozar del día y del bosque. Y de ti, si te apetece... —añadió en un susurro, mientras se inclinaba para acercar los labios a su cuello.

—No. Ahora no hay ningún ritual que llevar a cabo, así que no. ¡De ninguna manera! —protestó al sentirse presionada. En su cabeza se vio a sí misma como una gata rabiosa, defendiéndose panza arriba, y quiso volver atrás, pero algo se lo

impidió. Algo la empujó a seguir hablando—. ¡Yo no me tomo las cosas como tú, no siento como tú!

—Porque no te da la gana —contestó Niall sin alterarse en lo más mínimo por su airada reacción.

—¡Porque no puedo! —chilló Marta, incapaz de reconocer a esa mujer histérica que se estaba haciendo cargo de su cuerpo.

—¿Por qué no? —replicó el hada—. Eres magia y vida, meiga. Y la magia no quiere que la repriman. Quieres tenerme, quieres tener mi magia. ¿Por qué nos niegas eso a los dos? ¿Por qué no te liberas de una vez?

—Hago lo que puedo —murmuró Marta.

—No haces lo suficiente —espetó Niall—. Piensas que hay cosas que están bien y cosas que están mal, que debes buscar las primeras y escapar de las segundas, y eso te frena, te limita.

—Es que hay cosas que están bien y cosas que están mal —protestó, esquivando su mano para mirar sus rodillas, que cubrió con el jersey, estirándolo hasta lo imposible.

Diana iba a matarla por arruinarle la prenda, pero Marta se sentía como si necesitara una armadura ante la mirada y las palabras de Niall. Y si bien un fino suéter de lana no era precisamente una cota de malla, de un modo metafórico la ayudaba a sentirse oculta y protegida.

—El bien y el mal son dos amantes que cuidan de su hijo indeciso, meiga —sentenció el hada—. Los tres son necesarios, los tres importan. La magia no es buena, mala o neutral, solo es. Y tú eres tu magia. Si la niegas, te niegas a ti misma. Te estancas, rompes el ciclo, no avanzas.

Marta lo miró, con la cabeza dándole vueltas mientras enloquecía intentando descifrar su forma de entender la vida y su manera de pensar. Por mucho que leyera acerca del pensamiento en tríadas, por mucho que hablara con él e intentara abstraerse de lo que sus amigas clasificaban sin dudarlo como «falta de moral», nunca se sentía capaz de percibir el cuadro completo. Podía llegar a atisbar de reojo lo que quería decirle, como si estuviera mirando una de esas imágenes ocultas que solo se pueden ver con claridad cuando fijas la vista y dejas los ojos casi bizcos. Y su cerebro estaba completamente bizco intentando discernir lo que él intentaba explicarle.

—Entonces, ¿te has molestado porque no muestro mi magia o porque no quiero compartirla haciendo...? Ya sabes —dijo con hilo de voz.

—Ni una cosa ni otra —respondió él, y Marta quiso gemir de pura desesperación—. Me molesta que no quieras mostrarla, que no es lo mismo. Que te frenes a ti misma hasta el punto de reprimirla. Mancillas el don que tienes y te hieres a ti misma.

—Y eso es malo —intentó razonar Marta.

Niall dejó escapar un rugido de desesperación.

—Malo, bueno... —canturreó en tono agresivo—. Odio esa cantinela. No es malo

ni es bueno, joder. Solo *no es*, ¿entiendes? Estás parada, no avanzas. Tienes... —Se detuvo en seco y volvió la cabeza hacia la espesura. Todo su lenguaje corporal gritaba «alerta», y Marta se envaró junto a él, asustada—. Mierda. ¿Sabrás trepar a un árbol?

—Claro —contestó con un punto de indignación. Se había criado en el monte, por supuesto que sabía trepar—. Pero ¿qué...?

—Sube —ordenó Niall mientras se ponía en pie con un movimiento fluido y veloz—. ¡Ahora! —bramó al ver que no lo obedecía.

Espoleada por su apremio, Marta corrió hacia el árbol más cercano y obligó a su cuerpo a recordar los tiempos en que era una *cativa* que corría por el monte haciendo travesuras. La corteza desgarró sus manos y sus pies descalzos, pero consiguió aferrarse a una rama baja y empezar el ascenso. A velocidad de tortuga, sí, pero al menos estaba trepando. Apenas había conseguido subir un metro escaso, cuando una mano se posó en su trasero y empujó con suavidad.

Fue como perder el anclaje a la tierra, como desafiar a la Gravedad. En un instante estaba esforzándose por mantenerse sujeta al tronco del árbol, y un segundo más tarde se posaba con suavidad sobre una gruesa rama a unos tres metros del suelo. Se inclinó para mirar hacia abajo y se encontró con la sonrisa más traviesa que jamás había visto en la cara del hada.

—Por si te lo preguntas más adelante: sí, podría haberte empujado sin tocarte, pero ¿dónde estaría la gracia entonces? —comentó Niall con malicia—. ¿Estás bien? —preguntó antes de que Marta reuniera valor suficiente como para insultarlo. Cuando ella asintió, él se giró de nuevo hacia la espesura. Pocos segundos después, su voz llegaba junto a ella como si le estuviera hablando al oído—. *Pase lo que pase, no te muevas de ahí, brujita. Aunque me esté muriendo, aunque se abran los infiernos, ni se te ocurra moverte de ese árbol.*

—Pero... —balbuceó Marta.

—*Calla. No hables. Y una cosa más, meiga...* —La voz en su oído hizo una pausa y Marta pudo ver cómo, bajo ella, Niall tomaba un profundo aliento—. *Si ves que caigo, intenta llamar a Aidan.* —¿Llamar a Aidan? Pero si ni siquiera llevaba un bolso encima, si no tenía un móvil. Y le había dicho que no se moviera del árbol pasara lo que pasase. ¿Cómo iba a llamar a Aidan?—. *¡Usa tu puta magia, joder!* —exclamó Niall como si hubiera oído el fluir de sus pensamientos—. *Hazlo. Ya vienen.*

Marta sintió más que vio cómo la espesura se agitaba a lo lejos. La parte de ella que estaba conectada a la tierra y a la vida del bosque —esa que Niall siempre se empeñaba en que dejara libre— se estremeció de terror. Al parecer, ese pedazo de sí misma sabía lo que se estaba aproximando mucho mejor de lo que lo sabían sus tristes ojos mortales. Temblando, se aferró al tronco del árbol, como si su corteza pudiera transmitirle la valentía suficiente para seguir mirando. Pocos segundos después, los árboles frente a Niall se tambalearon y por fin pudo ver por qué su lado mágico estaba tan aterrorizado.

Si había creído saber lo que era una pesadilla, estaba muy equivocada. Nunca, ni

en sus peores noches, había llegado a imaginar que pudieran existir dos seres como los que ahora estaban parados frente a Niall, dubitativos y furiosos, refrenados apenas por una indecisión que, a todas luces, no iba a durar.

Supo —como se saben las cosas en los sueños, de esa forma que solo el subconsciente es capaz de mostrar— que eran un macho y una hembra, aunque maldita fuera si era capaz de decir cuál de los dos aparentaba ser más aterrador. Gigantescas y retorcidas, las dos criaturas tenían un solo ojo reluciente de malicia en el centro mismo de su frente. De su cráneo deforme nacían dos orejas puntiagudas, que ambos llevaban perforadas con lo que parecían huesos de algún animal o —los dioses no lo permitieran— de un humano. Los largos brazos simiescos del que parecía el macho cargaban una pesada porra, del tamaño de un árbol pequeño. La hembra, en cambio, llevaba en sus manos acartonadas sendas piedras, que sostenía como si estuviera a punto de lanzarlas de un momento a otro.

Ambos estaban paralizados, indecisos, contemplando a Niall desde muy, muy arriba. A pesar de su estatura, el hada se veía insignificante frente a ellos, como un gatito junto a un humano inmenso. Sin embargo, parecía relajado, y nada en su lenguaje corporal indicaba tensión, o tan siquiera que se estuviera preparando para un ataque.

—Vamos, bichitos —los llamó con una sonrisa brutal—. A ver lo que sabéis hacer.

«¡No los provoques!», quiso gritar Marta, pero la frase se quedó congelada en sus labios, paralizados por el terror.

La criatura macho abrió una boca oscura como un túnel —y casi tan grande como uno—, en la que destacaban dos largos caninos, afilados y amarillentos. El hedor de su aliento —a putrefacción, a sangre y carne cruda— llegó hasta ella, estremeciéndola con náuseas casi incontrolables.

Niall se limitó a reír.

—¿Eso es todo? —preguntó con lo que solo se podía clasificar como chulería—. Muy bien, olláparos, mi turno.

Echó la cabeza hacia atrás y Marta pudo sentir el poder puro que manaba de él. Si se esforzaba, si conectaba con su propia magia, incluso podría jurar que veía las líneas de energía que fluían de la tierra, de los árboles y del aire hacia su cuerpo. Era como contemplar un temporal desde un abrigo seguro, como mirar la fuerza de la naturaleza en su estado más salvaje. Era hermoso y terrible... Y en absoluto humano.

Cuando toda esa energía, ese poder, pareció alcanzar su culmen, Niall extendió los brazos y lo lanzó contra los cíclopes. Un torbellino de luz los envolvió, girando enloquecido a su alrededor, crepitando como electricidad estática, como si lo hubiera generado la fuerza de un rayo.

Y, tan rápidamente como había aparecido, cesó.

Marta parpadeó, cegada por la repentina explosión de luz, y, cuando sus ojos recuperaron el dominio de sí mismos, fueron sus entrañas las que sintió desfallecer.

No había ocurrido nada. Nada en absoluto. Los dos gigantes estaban en el mismo lugar, sin inmutarse, sin que nada los hubiera afectado. Miraron a Niall y sendas sonrisas depredadoras se mostraron en sus rostros de pesadilla.

—*Creo que ha llegado el momento de llamar a la caballería*, meiga —resonó la voz de Niall en su cabeza. El tono preocupado que esa voz fantasmal llevaba consigo casi logró que Marta perdiera la razón.

¿Cómo iba a ayudarlo? Si ni él era capaz de enfrentarse a esas criaturas, ¿qué podía hacer ella? No podía llamar a Aidan. No tenía teléfono, ni sabía cómo usar su magia. Nadie le había enseñado a hacer una cosa así. Nadie ni nada la había preparado para algo como eso. Y ni siquiera podía intentar correr hacia la casa para buscar su móvil, porque las palabras de Niall obligándola a permanecer en su lugar pasara lo que pasase todavía resonaban en su consciencia, manteniéndola en su sitio como si la hubieran anclado con bridas de acero a la gruesa rama del árbol.

Unas gruesas lágrimas de impotencia comenzaron a manar de sus ojos, aunque seguía esforzándose en llamar a la magia en su interior, en buscar una salida. Mientras tanto, bajo ella, los gigantes habían dejado su actitud indecisa y se aproximaban a Niall, que los aguardaba en actitud de combate. El macho alzó el mazo y él lo esquivó por milímetros, rodando por el suelo.

La tierra tembló y se estremeció por la fuerza del golpe.

Las lágrimas de Marta arrieron y cerró los ojos para concentrarse, porque, si veía cómo el hada caía, sabía que no sería capaz de hacer nada. Se quedaría ahí, destruida y vacía hasta que alguien consiguiera encontrarla.

El canto de un pájaro rompió su breve momento de meditación. Abrió los ojos y se encontró mirando las dos diminutas canicas negras de un merlo, que parecían observarla con curiosidad. Con los pensamientos corriendo enloquecidos por su mente, la adrenalina empujando su magia y su sangre, Marta recordó en rápidas escenas cómo Niall solía llamar a los pájaros y las ardillas para que lo acompañaran en sus paseos por el bosque. ¿Podía ella hacer lo mismo?

—Por favor —le rogó al merlo en un murmullo tan bajo que casi no llegó ni a sus propios oídos—, por favor, busca a Aidan. —El pájaro torció su diminuta cabeza en un gesto curioso, como si intentara descifrar lo que esa humana medio loca intentaba decirle. Que el pájaro hiciera eso en lugar de espantarse junto a que se oyera un grito de dolor de Niall que no se atrevió a mirar a qué se debía le dio fuerzas. Conjuró la magia en su interior y volvió a suplicar—. Por favor...

Sintió el poder removerse dentro de ella, intentando liberarse, y se relajó para dejarlo fluir libre, mientras cerraba los ojos una vez más para que nada distrajera su concentración. Cuando volvió a abrirlos, se contempló a sí misma desmadejada sobre el árbol. Aterrorizada, braceó para despertar de la pesadilla, pero fueron las alas del merlo las que se agitaron en su lugar. Dejó escapar un grito incontrolable, pero lo único que salió de ella fue un gorjeo musical.

—*¡Vuela, pajarito! ¡Vuela!* —ordenó Niall.



Y Marta alzó el vuelo.

Podía sentir el nervioso cerebro del pájaro latiendo en algún lugar de su cráneo, tan claramente como sentía el aire bajo sus alas, como oía los sonidos del bosque y del viento. Voló como hubiera corrido, sin pensar, sin detenerse. Sin molestarse en considerar cómo iba a llevar a Aidan hacia el bosque encerrada en ese cuerpecillo emplumado que no tenía el don del habla para explicarse. Voló hasta que sus alas casi no le respondieron y llegó por fin al pueblo, planeando hasta encontrar a sus amigas. Y a Aidan.

El druida estaba guardando una maleta en el coche, aparcado frente a la que, a pesar de su prestado cerebro de pájaro, reconoció como su casa. Se lanzó en picado hacia él, despeinándolo con sus patitas ganchudas.

—¿Pero qué cojones...? —exclamó Aidan. Junto a él, Diana celebró su enfado con una carcajada. Desesperada, Marta volvió a abalanzarse contra él, piando porque no podía hablar, aleteando porque no podía llorar de desesperación. Pasó sobre su cabeza y se posó en el techo del coche, canturreando con histerismo. Aidan miró atónito al merlo—. No puede ser... —dijo en un murmullo reverente.

—¿Qué? —replicó Diana, burlona—. ¿No puede ser que el gran druida todopoderoso sea atacado por un pajarito? —rio.

—Calla —susurró Aidan.

Diana abrió la boca para protestar, pero, al ver la expresión concentrada de Aidan, volvió a cerrarla al instante, adoptando un gesto preocupado. Él caminó hacia Marta despacio, mirándola como si pudiera traspasarla, como si pudiera leer más allá de su forma o sus chillidos. Se paró hasta que su nariz casi rozó el pico del merlo y, después de unos segundos de silencioso escrutinio, abrió los ojos de par en par.

—¿Marta? —exclamó estupefacto.

Ella pio y agitó las alas a modo de confirmación.

—¿Marta? —se espantó Diana—. ¡Esto ha sido cosa de Niall! ¿Qué diablos le ha hecho ese cabrón, Aidan? ¿Qué...?

—Creo que Niall tiene problemas —la frenó Aidan en tono decidido. Marta volvió a chillar—. Si tiene problemas, pósate en mi hombro, Marta —pidió Aidan. El ave que era Marta revoloteó hasta colocarse sobre el hombro de Aidan. Tras él, Diana dejó escapar un grito ahogado—. Guíanos, meiga —ordenó—. Sube al coche —añadió en dirección a Diana, que obedeció al instante.

—Bueno —sonrió Niall, invocando la energía de la tierra para volver a colocar el hombro dislocado en su lugar—. Ahora que la meiga se ha ido por fin, vamos a jugar de verdad vosotros y yo. —Se puso en pie, giró el cuello para aliviar la tensión de sus hombros y se llevó la mano a la espalda. Su mano se cerró en torno a la empuñadura de su espada y esta apareció de la nada ante los aterrorizados ojos de los *olláparos*—. A ver, ¿quién va a ser el primero en permitirme leer en su sangre? —Los gigantes gruñeron y retrocedieron, intentando batirse en retirada—. No, no, no —los detuvo Niall—. Nada de escapar. No antes de que yo vea quién os anima.

Sonriendo, se abalanzó sobre las criaturas. Una explosión de movimiento, un par de rápidos giros, y la espada probó la sangre del macho, que dejó escapar un rugido de dolor. Niall se apartó unos pasos y lamió el filo, probando el sabor de su magia.

—Ahora, corred —ordenó, tumbándose sobre la hierba.

Apenas escuchó los pasos de los cíclopes alejándose a la carrera mientras cerraba los ojos y se dejaba llevar por la magia de la sangre. Resistió la rápida sucesión de imágenes, el caleidoscopio de sentimientos, emociones y hechos, amontonándose uno sobre otro con un ritmo infernal.

Quizá pasaron minutos desde que el conocimiento llegó a él, quizá fueron horas, pero estaba casi adormecido y muy aburrido cuando percibió que Aidan se acuclillaba junto a su cuerpo. Notó la vibración de su magia recorriéndolo, y se forzó a permanecer inmóvil, aguardando.

—Esta vez te has pasado, *sídhe* —gruñó Aidan en su oído. Niall abrió un ojo y esbozó una breve sonrisa antes de volver a fingir que se había desmayado. Aidan apretó los puños y envió un golpe de magia contra su estómago que le cortó el aliento y lo obligó a doblarse sobre sí mismo. Estaba a punto de reaccionar y saltar sobre Aidan, cuando la mano del druida se posó en su hombro—. Quieto o no te cubriré las espaldas. Voy a ayudar a la bruja. Tú quédate aquí.

«La bruja». Niall sonrió, satisfecho. Las cosas habían salido todavía mejor de lo que esperaba. Sospechaba que, sometida a presión, ella liberaría de nuevo su magia para rescatarlo, pero había contado con algo menos impresionante. Que conectara con Diana, tal vez. O que usara la voz del viento. Pero ¿un préstamo? Eso sí que había sido digno de verse. Un préstamo en una bruja tan joven y tan inexperta. Estaba claro que no se había equivocado con ella, aunque ¿cómo podría? Había saboreado su magia, había estado dentro de ella —«y de la meiga también», añadió para sus adentros con una sonrisa maliciosa— y sabía lo poderosa que podía llegar a ser una vez liberada de sus cadenas.

Satisfecho, se quedó tumbado en el suelo, absorbiendo la energía de la tierra y la hierba húmeda. Escuchó cómo Aidan aleccionaba a la meiga para que pudiera volver

a su propio cuerpo y cómo la ayudaba a bajar del árbol. Pocos segundos después, ella se abalanzaba sobre el hada.

Niall tuvo que hacer un esfuerzo monumental para no atraparla bajo su cuerpo y premiarla con mil besos por su esfuerzo. Reprimiendo una risa complacida, siguió con su pequeño teatro, fingiéndose desmayado.

—¡Niall! —lloriqueó Marta—. ¿Está bien? —le preguntó a Aidan.

—Eh... Sí, no te preocupes —respondió este tras unos segundos de vacilación—. Solo necesita... reponer fuerzas.

«Eres el peor mentiroso del mundo, cabrón», lo increpó Niall para sus adentros, sin saber muy bien si sentirse divertido o indignado por su falta de habilidad.

—Vale —aceptó Marta, apartándole el pelo de la frente con una suave caricia. Niall contuvo el deseo de ronronear. Pocas cosas le gustaban más que el tacto suave de una mujer, y estaba convirtiéndose en un adicto al tacto de esa mujer en concreto con mucha rapidez—. Me quedo con él hasta que esté bien.

—No, no puedes. Tienes que regresar a casa —la contradijo Aidan con suavidad—. Y es mejor que llaméis a Laura. Sé que le dije que podía quedarse en el pueblo hasta que arreglara sus asuntos, pero...

—Yo la llamo —intervino Diana—. Anda, Marta. —Su voz sonó mucho más cerca y Niall supo que estaba apartando a la bruja de él. Se sintió sorprendido por lo mucho que le costó contenerse para no extender una mano y retenerla para que siguiera mimándolo—. Vamos a llamar a Laura y a preparar un té o algo así...

—No, yo... —protestó la meiga.

—Tienes que ir con Diana, Marta —repitió Aidan en tono paciente—. La casa es segura. El resto del pueblo no, y menos el bosque. Y yo tengo que cuidar de Niall, no puedo distraerme cuidando también de ti. Y, Diana... —llamó en voz alta cuando por fin su mujer consiguió apartar a Marta de su lado—, procurad que Laura llegue antes del anochecer —dijo en tono ominoso—. Si ya hemos tenido problemas a la luz del día, no quiero imaginarme lo que serán las noches.

—Vale. Pero tienes mucho que explicarme, O’Cleary —rezongó Diana. Una vez más, Niall se esforzó por reprimir una risita. Aidan no podía haberse buscado una mujer con más carácter, y a él le encantaba provocarla y desatar su lengua. Una pena que no pudiera intervenir en esa ocasión—. Cuando volváis a casa hablaremos largo y tendido.

—Preferiría que fuera «tendidos», *a’chuisle* —replicó Aidan.

—No vas a tener tanta suerte —masculló Diana, alejándose.

Cuando sus pasos se perdieron en el bosque, Niall se estiró con pereza y se alzó sobre sus codos para mirar a Aidan, esperando el momento en que este explotara por fin.

—No sé qué voy a hacer contigo, de verdad —gruñó su amigo, todavía de espaldas a él.

—Lo de costumbre, *deartháir*: quererme, comprenderme y tolerarme —rio Niall.

Aidan dejó caer los hombros en un gesto de derrota y se sentó junto a él con un exagerado suspiro.

—Te arriesgaste demasiado —le recriminó en tono crítico—. La chica podía haberse quedado paralizada.

—¿Para qué preocuparse por lo que no ha pasado? —sonrió Niall—. Fue increíble, *fiordhraoi*. ¿La viste? ¡Un préstamo, nada menos!

—Sí, Niall, la vi —replicó Aidan con infinita paciencia—. Pero ya fue bastante arriesgado negociar con Danu, porque sabías que las puertas se abrirían y estaríamos rodeados de...

—De un montón de criaturas con el sello mágico de nuestro misterioso enemigo —lo interrumpió, desaparecida ya su sonrisa—. No teníamos ninguna pista. —Aidan sacudió la cabeza, indeciso—. Ni una, Aidan, joder... Y ahora ya tenemos algo más —lo picó con aire de travesura.

Aidan se giró a la velocidad del rayo para mirarlo.

—¿Has visto algo? ¿Qué has visto? —preguntó de forma acelerada.

Niall cerró los ojos para concentrarse. No había legado a ver gran cosa —al menos, no tanto como esperaba—, pero sí podía darle al druida algo a lo que aferrarse y que lo predispondría a cubrirle las espaldas con la meiga y sus amigas.

—Puedo decirte que no es *Tuatha Dé* —explicó con calma—. Su aura es distinta, más oscura y menos visible. Apenas he podido vislumbrar nada, pero es un comienzo. Y es tan fuerte como imaginábamos. Puede que más.

—Debe de serlo —meditó Aidan—. ¿*Fomore* o hijo de Míl? —preguntó. Niall sacudió la cabeza en un gesto negativo—. Pero ¿por qué apostarías? —insistió.

—No sé. Cualquiera de ellos. No puedo decirte lo que es, *deartháir*. Solo lo que no es. Pero ya tendremos más oportunidades —lo animó, dándole una palmada en la espalda—. Va a haber mucho movimiento estos días.

—Y te encanta —suspiró Aidan—. Eres feliz cuando hay problemas.

—Vivo por ellos.

—Ya. Y si vives por ellos, ¿por qué estás intentando evitarlos con la meiga, dime? —preguntó con un tonillo malicioso. Niall no respondió. Si no lo pensaba mucho, podría decir que los evitaba porque así ella confiaría más en él y estaría más preparada para librarse de sus barreras, pero la verdad era que no estaba completamente seguro—. Cuidado, *sídhe* —advirtió Aidan—. Estás jugando a un juego muy peligroso con esa chica.

—Bah —rechazó Niall—. No corrió ningún riesgo y lo sabes. Si la saqué al bosque fue porque...

—No hablo de eso, Niall —lo interrumpió su amigo, mirándolo con gesto astuto—. La veo en ti. —Niall enarcó las cejas con curiosidad, reacio a decir más de lo imprescindible, por si se estaba equivocando al interpretar esas palabras. Aidan resopló con irritación—. La has vinculado a ti. Te volvió tan loco su magia que has tenido que quedarte con algo.

—Se lo devolveré cuando lo necesite, no te preocupes.

—Ya, pero es que ella también te ha ligado, y eso... —Aidan se frenó en seco al ver su expresión estupefacta. Segundos después, estallaba en carcajadas—. ¡No lo sabías! —exclamó, mientras se secaba las lágrimas que la risa le había provocado—. ¡Es genial!

—No tiene puta gracia —masculló Niall, debatiéndose entre la ira y la sorpresa.

—Oh, sí, sí la tiene —replicó su amigo, rompiendo de nuevo a reír—. Ni siquiera te diste cuenta. Tú todo satisfecho, todo pagado de ti mismo y... Ay, no puedo más... ¡Espera a que se lo cuente a Roi!

Incapaz de soportarlo más, Niall se puso en pie de un salto y, tras enviarle una mirada amenazadora al druida —que no le afectó lo más mínimo—, echó a andar hacia el pazo, maldiciendo entre dientes, y más que dispuesto a tener unas palabritas con la bruja.

En la lejanía, resonaron los truenos alentados por su magia y su mal humor, en un extraño contrapunto con las carcajadas imparables de Aidan.

Sentada en la sala de mando del *Enterprise* —también conocida como «la cocina de los chicos»—, Marta jugueteaba con la taza de tila que Diana había puesto frente a ella, mientras trataba de colocar su universo de vuelta en su lugar.

Su cabeza todavía no había terminado de encontrar todos los conectores correctos después de la experiencia que acababa de atravesar, y no estaba segura de que volviera a tener todo el uso de su cerebro en un futuro inmediato. Había sido el momento más aterrador e intenso de toda su vida. A pesar del miedo y el desconcierto de encontrarse en un cuerpo prestado, a pesar del pánico por la vida de Niall, la criatura mágica de la que tanto le hablaba el hada, y que tanto se esforzaba por que ella dejase escapar, había gozado de cada segundo volando por los cielos, de la comunión con el ave, del poder liberador que recorría ese cuerpecillo diminuto.

Todavía podía sentir ese otro yo latiendo en su interior, incitándola a abrazarlo, animándola a ser algo más. Algo que no fuera la pequeña Marta, la peluquera, tan tímida y frágil que todo el mundo parecía a punto de darle palmaditas en la cabeza y pellizcarle las mejillas cada vez que la veían.

Sin embargo, no se atrevía a escuchar los dictados de ese otro yo, porque, en lo más profundo de sí misma, sabía que sería un camino sin retorno que desconocía adónde la conduciría. Quizá a ser una criatura sin conciencia y sin moral, ávida de poder, como un villano de cómic... O como Niall.

Pensar en él la hizo estremecerse de preocupación, porque, por mucho que Aidan le hubiera dicho que se pondría bien, Marta no se quitaba de la cabeza la imagen del hada tirado en el suelo, inconsciente, y de los terroríficos monstruos que lo habían atacado.

¿Y si no se recuperaba? ¿Y si, a pesar de que ella había conseguido avisar a Aidan, su esfuerzo resultaba ser en vano? ¿Y si...?

Diana le quitó la infusión y dejó caer frente a ella un bocadillo de jamón con tomate partido al medio.

—Come —ordenó, señalando lo que en el particular universo de su amiga era el máximo exponente de su cocina, y casi lo único que se podía comer de ella.

—No tengo hambre —contestó Marta, apartando el plato con la punta de los dedos.

Diana volvió a coger el bocadillo y a colocarlo donde estaba.

—Come —repitió en tono seco—. ¿Cenaste ayer? —Marta negó con la cabeza, mirando la mesa y sin atreverse a levantar la vista hacia ella—. Vale. Y tampoco habrás desayunado. —Con un suspiro, Marta volvió a negar—. Pues ya son casi las cuatro, así que llevas más de veinticuatro horas sin probar bocado. —Al no recibir respuesta, Diana dejó escapar un bufido exasperado. Tomó asiento frente a ella y

cruzó las manos sobre la encimera—. Cuando uno hace ejercicio tiene que comer, nena —dijo, con un tono a mitad de camino entre el enfado y la malicia.

Marta se sintió enrojecer hasta la raíz del cabello y bajó todavía más la cabeza, lo que le ganó una risa irónica de Diana.

—No tiene gracia. Y no tengo hambre —se empecinó, apartando de nuevo el plato.

—Muy bien. Pues esperaremos a que venga Laura, que, para que lo sepas, no va a tardar, y le dejaremos que te dé uno de sus discursos sobre nutrición, calorías, proteínas y demás gaitas —amenazó Diana.

Y era una amenaza terrorífica, a decir verdad. Si tenía que quedarse mucho más tiempo sentada en esa cocina, escuchando la palabrería infinita de Laura en su modo ex cátedra, lo más probable era que acabara encerrada en un psiquiátrico. Bastante tenía con sus propios y confusos pensamientos, como para aguantar las divagaciones de su amiga. De hecho, estaba tan perdida dentro de sí misma, analizando, esquivando y, sobre todo, preocupándose por cómo estaría Niall, que apenas era capaz de recordar cómo había terminado sentada ahí, frente a un bocadillo que le apetecía menos que una visita al dentista, y vestida de los pies a la cabeza con uno de esos conjuntos que el hada había criticado.

—Marta —suspiró Diana frente a ella—. Oye, no quiero darte la charla, pero...

—Pues no me la des —susurró Marta.

En realidad, si ella fuera otra persona, ese susurro habría sido un grito irritado, pero, por algún motivo, jamás conseguía gritar en los escasos enfrentamientos en los que se veía envuelta. Lo que, por supuesto, hacía que la gente intentara llevársela por delante, aunque Marta era mucho más cabezota de lo que los demás pensaban. No discutía, pero eso tampoco significaba que hiciera sin más lo que se esperaba de ella. No siempre, al menos. Solo la mayor parte de las veces, tuvo que reconocer ante sí misma con frustración.

—Pero es que me preocupo por ti —replicó Diana en tono suave, extendiendo una mano para tomar la suya.

—Ya lo sé, Diana —aceptó ella, devolviéndole el apretón de su mano—. Pero estoy bien, de verdad. Yo... —Se interrumpió de golpe al escuchar el sonido de la puerta y las risas de las gemelas, recibiendo a Niall.

El corazón de Marta dio un salto en el pecho, feliz, agradeciendo no solo que él estuviera bien, sino también la interrupción, porque no tenía ni la más remota idea de lo que iba a decir a continuación para que su amiga la dejara en paz.

Después de unos cuantos segundos escuchando los apagados saludos del trío, Niall entró en la cocina como una furia vengadora. Casi al instante, sus ojos se clavaron en ella y atraparon su mirada, manteniéndola cautiva en su sitio.

—Quiero hablar con la meiga —declaró—. A solas.

—¡Ja! ¡Que te crees tú eso! —exclamó Diana, poniéndose en pie frente a él con los brazos en jarras.

Marta se preguntó, no por primera vez, cómo se las arreglaba su amiga con ese cuerpo diminuto, que apenas le llegaba a Niall a la mitad del pecho, para parecer tan amenazadora cuando se lo proponía.

El hada ni se molestó en mirarla. Estiró los brazos, la alzó en vilo y la puso al otro lado de la puerta, que cerró en sus narices sin miramientos, para apoyarse a continuación en ella. Diana golpeó una y otra vez y, cuando debió de convencerse de que no había manera de mover esa puerta ni un milímetro, dio un último golpe furioso, que solo consiguió arrancar una sonrisa sarcástica de Niall.

—¡Ya hablaremos tú y yo más tarde, imbécil! —exclamó Diana.

—Lo estoy deseando, calabacita —gritó él hacia la puerta con una mueca irónica, tan alejada de su habitual sonrisa que Marta reprimió un escalofrío.

Estaba enfadado. Muy enfadado. Y, por extraño que pudiera parecer, pensó Marta, teniendo en cuenta que acababa de salvarle la vida, parecía enfadado *con ella*. «Un momento —se dijo, sorprendida—. Es verdad. Le he salvado la vida», palmoteó para sus adentros. Su seguridad en sí misma creció un poco y se sintió con fuerzas para esbozar una débil sonrisa y enfrentarse al evidente enfado del hada.

—Estás bien —dijo, felicitándose para sus adentros por haber conseguido dominar el temblor de su voz.

—Sí. —Fue una palabra seca y casi sin entonación, que Niall pronunció sin apartar la vista de ella. Después de unos segundos eternos, bajó la mirada para fijarse en el bocado que descansaba sin tocar siquiera sobre la encimera—. ¿No has comido?

—No... No tengo hambre, yo... —balbuceó Marta, con la mente corriendo a toda velocidad, intentando descubrir qué podía haber hecho para que él estuviera de tan mal humor.

—Pues yo sí. —Extendió la mano y agarró la mitad del bocado, al que dio un bocado enorme—. Come —ordenó.

—Pero ¿qué os ha entrado a todos con la comida? —se revolvió ella—. No tengo hambre —repitió despacio, como si estuviera hablando con un niño con problemas de aprendizaje que estaba a punto de hacerle perder la paciencia.

Mala técnica con Niall, desde luego.

Él la miró, masticando con calma y, por fin, agarró el trozo de bocado que quedaba y lo tendió hacia ella.

—He dicho que comas —dijo en ese tono monocorde que a duras penas escondía su enfado—. O te haré comer yo. Has gastado demasiadas energías y necesitas reponer fuerzas. Y tenemos que hablar —añadió en tono ominoso.

Marta sujetó el bocado y se obligó a darle un bocado. Cuando comenzó a masticar, su estómago rugió y sus papilas gustativas aplaudieron emocionadas. «Vale, sí tenía hambre, después de todo», reconoció para sus adentros, tragando a toda velocidad para poder dar otro bocado.

Comieron en silencio durante unos minutos y, cuando hubo satisfecho lo peor de



su apetito, Marta se atrevió a hablar de nuevo.

—¿Estás enfadado conmigo? —preguntó con un hilo de voz—. Sé que me dijiste que no me moviera del sitio, pero es que... —empezó a explicarse de forma apresurada, atropellando las palabras en su ansia por hacerse entender.

—No estoy enfadado *contigo* —la interrumpió Niall, remarcando la última palabra.

—Entonces, ¿qué...?

—¿Quieres helado? —preguntó el hada de pronto, poniéndose en pie.

Sin esperar respuesta, Niall se dirigió al congelador y sacó una tarrina de helado de chocolate. Rebuscó en el cajón y volvió con dos cucharas. Le tendió una a Marta y clavó la suya en el postre tras quitarle la tapa y tirarla al cubo de basura, que se abrió solo para recogerla.

Marta sintió una punzada de envidia por primera vez desde que había conseguido usar sus poderes, después de años sin saber que los poseía. Para él la magia era algo tan cotidiano, tan normal, como para ella podía ser respirar. Y, después de la experiencia al tomar prestado el cuerpo del merlo, se descubrió a sí misma, y para su sorpresa, anhelando poder comportarse así, tomarse sus poderes con tanta naturalidad. Pero no era momento para pensar en eso. Era el momento de enfrentarse a un tipo que, cuando se enfadaba, podía invocar huracanes. Y optó por lo que solía funcionar con él: el humor.

—¿Vamos a comer de la tarrina? Qué femenino y decadente —fingió escandalizarse, confiando en hacerlo reír. No funcionó. Él llenó la cuchara hasta los topes y se la metió en la boca con el rostro inexpresivo—. Vale, nada de bromas, lo pillo —suspiró.

—Lo hiciste bien, meiga —reconoció Niall—. El préstamo —explicó al ver su cara dubitativa—. Lo hiciste muy bien.

—Gracias —sonrió Marta.

El halago apenas había hecho mella en sus defensas, porque él lo había pronunciado sin poner ninguna emoción en ello, como si no tuviera ningún mérito o, en realidad, no necesitara que la halagaran por hacer, ni más ni menos, lo que tenía que haber hecho.

—Ahora, dime: ¿cómo hostias te vinculaste a mi magia? —preguntó Niall con agresividad. Marta parpadeó, atónita por el cambio de tono y de rumbo de la conversación—. No me mires con esos ojos de ratita asustada, meiga. ¿Cómo cojones lo hiciste? —insistió.

—Yo... No sé de qué me estás hablando —tartamudeó—. ¿Que yo hice qué?

Niall inspiró hondo, se metió en la boca otra enorme cucharada de helado y volvió a mirarla.

—Cuando follamos mi magia tocó la tuya —explicó con crudeza—. Y la tuya tocó la mía y vinculaste parte de ella a ti. Y quiero saber cómo lo hiciste.

—Yo no hice eso —se defendió Marta, sintiendo la quemazón de las lágrimas tras

los párpados. Su tono hiriente le dolía más de lo que había imaginado—. Ni siquiera sé lo que quieres decir, yo no sé cómo... No sé lo que dices...

—¡Joder, bruja, deja de tartamudear! —exclamó Niall.

Dio una palmada en la mesa que hizo vibrar el plato en el que había estado el bocadillo; las migas se dispersaron como una prueba condenatoria de su ataque de furia, formando un diseño al que el cerebro de Marta, quizá para mantenerse alejado de la discusión, se empeñó en encontrar un significado. El hada dejó escapar un gruñido y cerró los ojos con fuerza, como si intentara buscar en su interior algo del control que acababa de escapársele.

Las lágrimas que Marta había conseguido reprimir se derramaron por fin y corrieron por sus mejillas.

—Lo siento, yo... Dime qué tengo que hacer para devolverte lo que sea —rogó, secándose esas humillantes lágrimas con un gesto brusco de su mano—. Yo no quise... No sé...

Se detuvo porque no sabía qué más decir para arreglar las cosas, para entender lo que estaba ocurriendo. Niall inspiró hondo y se pasó una mano por la cara en lo que parecía un gesto inútil para serenarse.

—No llores. ¡Joder, meiga, no llores! Odio las putas lágrimas —reconoció a regañadientes—. Solo quiero saber cómo lo hiciste, eso es todo. Tú no deberías poder hacer eso. Eres humana —añadió como si la palabra fuera un insulto que lo incomodara.

—¡Pero es que no sé lo que he hecho! —exclamó Marta, al borde de un ataque de nervios—. Dices que fue cuando... —agitó la mano, incapaz de repetir la palabra que él había usado, pero sin encontrar ningún sinónimo que le encajara en realidad con lo que había pasado—. Cuando... —repitió.

—Cuando follamos, meiga —completó Niall por ella, esbozando una sonrisa cruel—. Cuando echamos un polvo en el bosque para complacer a la Diosa.

—Sé lo que estás haciendo —gruñó, poseída por un valor que ni sabía que tenía, pero que había aparecido acicateado por la evidente intención del hada de provocar—. Intentas escandalizarme y que me enfade, pero eso no va a pasar —dijo con serenidad.

—Lo único que intento es que me digas cómo lo hiciste —replicó él, pero algo en su tono le dijo a Marta que había acertado de pleno con su suposición.

Reprimiendo una sonrisa rascó dentro de la tarrina con la cuchara, se llevó esta a la boca y a continuación la dejó junto a ella con cuidado. Los ojos de él siguieron el movimiento con total atención, de principio a fin.

—No lo sé —respondió Marta con calma—. Pero si me dices qué tengo que hacer para... —Agitó la cabeza para ver si un par de neuronas chocaban y le daban una frase que pudiera utilizar en medio de todo ese caos—. Para devolverte lo que sea que crees que te he quitado...

—No me lo has quitado —la corrigió Niall de mal humor—. Solo lo has atado a

ti. No podrías quitarme lo que es mío aunque quisieras.

—Vale, lo que sea —rechazó Marta con una indiferencia que estaba muy lejos de sentir—. Pues lo que tengo que hacer para desatarlo.

—No es tan sencillo —dijo una voz desde la puerta.

Ella alzó la vista para encontrarse con la imponente figura de Roi recostada contra el marco, observándolos con expresión irónica.

—¿Por qué no te vas a tomar por culo un rato, *a'chara*? —espetó Niall—. Esto es una conversación privada.

Roi esbozó una sonrisa cargada de sorna, se apartó de la puerta despacio con esa elegancia natural de la que siempre hacía gala y se deslizó dentro de la cocina. Ignorando los puñales que le enviaban los ojos de Niall, abrió la nevera y sacó un botellín de agua que abrió con calma. Se apoyó contra la encimera, frente a ellos, junto al inmenso frigorífico, dio un largo trago y volvió a sonreír.

—Imagino que quieres que sea privada, sí —meditó—. Pero, teniendo en cuenta que mis oídos son lo suficientemente finos como para oírte de todos modos, tampoco creo que sea una conclusión apresurada aseverar que quieres estar a solas con ella para darle únicamente las piezas de información que te interesan a ti.

—Te contestaría, pero cuando hablas como si te hubieras tragado un diccionario, me pierdo antes de llegar a la primera coma —ironizó Niall.

Parecía relajado, pero Marta había aprendido a observar las sutiles señales que indicaban que se estaba conteniendo, utilizando ese humor agresivo e irritante para ocultar lo que de verdad estaba pensando. Lo que quería decir que...

—¿Qué me quiere ocultar? —inquirió Marta en dirección a Roi.

—¿Por qué iba a querer ocultarte nada? —preguntó Niall al instante con su mejor cara de inocencia.

Roi rio entre dientes.

—Porque es tu naturaleza, amigo mío —replicó en un tono en el que las palabras «amigo mío» no encajaban lo más mínimo—. Siempre tienes tus propios planes. —Se separó de la nevera y se aproximó a donde Marta estaba sentada. Se colocó a su lado, plantando los codos en la encimera y sin apartar la vista de Niall—. Pero parece que esta vez se te han ido un poco de las manos, ¿verdad? —inquirió con fingida amabilidad.

—¿Tú crees? —devolvió Niall con una sonrisa depredadora.

Roi se encogió de hombros y le dedicó una rápida mirada de aliento a Marta, antes de volver a clavar sus ojos dorados en el hada.

—No lo creo. Lo sé —contestó en tono ligero—. Y es hilarante, en serio —comentó imitando la sonrisa de Niall—. Al rey de los secretos se le ha escapado uno que le afecta —se burló.

—Aidan habla demasiado.

—Y tú demasiado poco.

Por un instante, Marta se vio a sí misma ya no como la espectadora de un partido

de tenis, sino como la pelota. Golpeada de un extremo a otro del terreno de juego y sin saber cómo había terminado ahí, ni por qué.

—Si os estorbo... —dijo malhumorada.

—Oh, discúlpanos, querida —se lamentó Roi—. Esto no es más que otro episodio en una pelea que ya dura mucho tiempo —explicó contrito—. Pero no te preocupes, ya me voy.

Se incorporó con elegancia y echó a andar hacia la puerta. Apenas la había alcanzado, cuando se giró y miró hacia Marta.

—Permíteme un consejo, querida: sería conveniente que, antes de contestar a nada, le preguntaras cómo ató él *tus* poderes —sugirió.

Sin esperar respuesta, salió y cerró la puerta tras él.

Marta miró a Niall, que sacudía la cabeza en un gesto irritado. No estaba entendiendo nada desde que había entrado en la cocina, y algo le decía que, o sacaba ese genio que estaba segura que guardaba en algún lugar de su interior, o saldría de ahí con más preguntas que respuestas. Así que decidió seguir el consejo de Roi, más que nada porque no sabía qué otra cosa hacer.

—¿Ataste mis poderes? —preguntó, sabiendo que Niall le daría una respuesta.

Ya había comprobado hacía mucho tiempo que el hada no solía mentir. Sin duda se guardaba para él información relevante, pero si encontraba la pregunta correcta, obtenía una respuesta sincera. El caso era dar con esa pregunta, lo que no suponía una tarea sencilla, teniendo en cuenta la gran cantidad de secretos que Niall era capaz de guardar.

—No —respondió, y ella supo que, una vez más, estaba planteando mal la cuestión.

Para darse tiempo para pensar, Marta cogió la cuchara y raspó el helado con aire indiferente, mientras su mente se lanzaba a tumba abierta intentando recuperar los retazos perdidos de la confusa conversación que había mantenido Niall con ella nada más entrar hecho una fiera en la cocina. Y no resultaba tan fácil, porque apenas recordaba nada que no fueran las sensaciones, la confusión y las ganas de esconderse y de que terminara ese día larguísimo y horrible. Se llevó el cubierto a los labios y, de pronto —quizá por el sabor del chocolate, quizá porque tenía mucha mejor memoria de lo que esperaba—, la luz se hizo en su cerebro.

—¿Te vinculaste a mi magia? —inquirió, consciente de que había dado con la pregunta cuando Niall inspiró hondo y tomó su propia cuchara para meterla dentro del tarro de helado.

—Ni siquiera comprendes lo que es eso —dijo, después de tragar una cucharada del tamaño equivalente a la dosis mínima recomendada para todo un día.

Marta estaba demasiado cansada, demasiado nerviosa y demasiado harta como para dejar que él se escapara respondiendo algo que no tenía nada que ver con lo que ella quería saber. Dejó la cuchara con cuidado sobre la encimera y lo miró con severidad.

—Eso no es lo que te he preguntado —se empecinó, imprimiendo a su voz todo el mal humor y la irritación que llevaba dominándola por oleadas desde hacía ya demasiado tiempo.

—¿Y por qué debería responderte a lo que me has preguntado, pajarito? —devolvió Niall con lo que casi parecía su sonrisa habitual.

«Típico. Si es que Aidan tiene razón —se dijo Marta—. Con este tío funciona mejor el vinagre que la miel».

Con esa idea en mente, Marta inspiró hondo y se preparó para hacer algo que, hasta ese momento, casi nunca había conseguido: mostrarse enfadada.

—Porque estoy empezando a hartarme, Niall —gruñó, colocándose un mechón de cabello tras la oreja con un gesto nervioso—. Porque estoy harta de misterios, de medias verdades y de que me tomes el pelo —añadió, orgullosa de sí misma al comprobar que, incluso, había conseguido alzar un poco la voz al final de la frase.

La sonrisa de Niall se amplió de forma considerable. Se echó hacia atrás y cruzó los brazos sobre el pecho, en una pose más divertida que defensiva.

—Así que el ratoncito tiene carácter —sonrió—. Quién lo iba a decir...

—¿Te vinculaste a mis poderes o no, Niall? —insistió Marta, resistiéndose a seguir los inacabables afluentes de la charla del hada—. Sí o no. Es una pregunta fácil y una respuesta fácil.

—Sí —contestó Niall, para su sorpresa.

Marta no contaba con que le contestara. Esperaba que siguiera respondiendo a preguntas que no le había dirigido, o metiéndose con ella, o... En realidad, esperaba cualquier cosa menos esa afirmación breve y directa, expuesta con su habitual sonrisa burlona. Así que, confusa, se quedó boqueando sin saber qué más decir a continuación.

Niall celebró su aturdimiento con una carcajada.

—No tiene gracia —masculló Marta—. Por lo menos explícame qué quiere decir eso. ¡Sin *reviravoltas*! —exclamó, molesta, tras ver que él parecía meditar una vez más su respuesta.

—¿*Reviravoltas*? —preguntó Niall, enarcando las cejas en un gesto de curiosidad. Ella abrió la boca para responder, pero él la frenó con un gesto de su mano—. Sé lo que quieres decir: sin divagaciones. Pero es difícil de explicar sin dar un rodeo —concluyó.

—Pues inténtalo —exigió Marta.

—Muy bien —asintió Niall después de pensarlo un rato—. Pero cuando te arrepientas de todo esto, recuerda que fuiste tú quien me exigió una explicación.

Antes de que Marta pudiera detenerse a pensar qué quería decir con esa suerte de amenaza, él recorrió la distancia que los atravesaba, la levantó del taburete y se apoderó de sus labios con un beso feroz.

Cada vez que Niall le escuchaba a algún humano una expresión tipo «la magia de un beso», sentía unos terribles deseos de echarse a reír a carcajadas. Y, siendo como era, solía hacerlo.

Para empezar, porque los mortales se besaban poquísimo. Una vez que superaban la adolescencia, era muy raro encontrarse a dos de ellos jugando con sus labios durante horas, sin hacer nada más que explorar el sabor de sus compañeros y sus amantes, como si los besos solo fueran un paso previo hasta llegar a lo divertido de verdad, un trámite que hubiera que cumplir, no del todo desagradable, pero sin ninguna finalidad en sí mismo. Entre los suyos eso no ocurría: su gente consideraba el beso como un placer que no necesariamente debía conducir a nada más, y no era extraño tropezar con alguien comiéndose a besos a su pareja. A veces de forma literal, cierto, pero otras solo por el gusto de besar.

Y en cuanto a la magia... Bueno, ¿qué sabían los humanos de magia, al fin y al cabo?

Pero la meiga estaba a punto de saber lo que quería decir la expresión de una vez y para siempre.

La primera parte fue fácil: después de envararse unos segundos, ella se dejó llevar. Niall pudo sentir el momento en que dejaba de preguntarse por qué la estaba besando y se rendía a la pasión. Su cuerpo se relajó entre sus brazos, sus manos se hundieron en su pelo y su lengua salió con timidez al encuentro de la de él.

Había llegado la hora de responder a sus preguntas.

Se apartó de sus labios lo justo para alzarla en brazos y sentarla sobre la encimera. Antes de que ella pudiera reaccionar y su mente diera el típico salto mental femenino, en que se olvidaría de lo que tenían entre manos y volvería a la conversación anterior, Niall se colocó entre sus piernas y volvió a sus labios, saboreando cada recoveco de su boca antes de extender su poder para tocar el de ella.

Fue una explosión, un terremoto. Fue como si un rayo hubiera caído en el centro mismo de la cocina y los hubiera hecho estallar en mil pedazos, para volverlos a unir de nuevo a fuego y magia. La meiga jadeó sin aliento y el propio Niall no pudo reprimir un gruñido de sorpresa y placer.

Esperaba algo semejante, sí. Con los poderes de ambos vinculados, tanto en él como en ella, esperaba algo más que el simple hormigueo de la magia. Quizá una vibración más fuerte, quizá... Pero no ese asalto a sus sentidos, ese fuego repentino y voraz que lo consumía todo sin dejar espacio a nada más que al ansia por seguir experimentándolo.

Con los dedos ardiendo por probar la magia de la piel y del sudor, deslizó las manos bajo el amorfo jersey de Marta, enloquecido y febril como no recordaba

haberlo estado nunca. No le sorprendió descubrir que ella no solo no lo apartaba, sino que sus propias manos se aferraban a su espalda y se deslizaban ansiosas hacia la cintura de sus pantalones.

—¡Mis ojos! ¡Mis ojos! —exclamó Aidan en tono burlón.

—Lárgate, *deartháir* —masculló Niall sin apartarse ni un milímetro de la bruja que, por una vez, lejos de mostrarse mortificada, parecía tan ansiosa como él de seguir con lo que tenían entre manos.

—No puedo —replicó el druida. Se adentró en la cocina y cerró la puerta tras él, con una sonrisa malvada—. Primero, porque Diana está ahí fuera pidiéndome que te mate y que te castre, no sé si en ese orden en concreto. Y, segundo, porque en medio de un montón de tacos que hasta yo me niego a repetir, también me ha exigido saber qué está pasando. —Se acercó al frutero, de donde sacó una manzana que limpió sin miramientos contra su manga antes de darle un buen bocado—. Y como Roi se ha unido a la petición... Bueno, a ambas, en realidad —meditó. Sacudió la cabeza como si apartara una idea y continuó—: El caso es que entre los dos me están dando mucho por saco, así que yo he venido a incordiarte a ti —explicó con una enorme sonrisa de satisfacción.

—Pues ya te puedes ir largando por donde has venido, *fiordhraoi*. Estoy un poquito ocupado ahora mismo, como puedes ver —replicó Niall, aun sabiendo que la meiga ya había despertado de su arrebato de pasión mágica y estaba más que dispuesta a aceptar la salida que Aidan le estaba ofreciendo.

—A ver, espera, déjame que lo piense... —fingió considerar Aidan—. No.

—Es mejor que vayamos, Niall —susurró Marta, intentando liberarse de su abrazo.

—Sí, Niall, es mejor que vengáis —remedó su amigo, burlón—. Y, para la próxima vez, como diría Roi, podríais buscaros una habitación, si eso...

La meiga dejó escapar un gemido avergonzado, se escurrió como una anguila de sus brazos y salió corriendo de la cocina. Niall resopló de mal humor y miró a Aidan con lo que esperaba que fuera una expresión amenazadora, aunque los músculos de su cara se sentían más tentados a contraerse en una sonrisa de entusiasmo por la reciente experiencia.

—Estarás contento —masculló Niall.

—Bueno, estaría más contento si te hubiera pillado con los pantalones bajados. Te habría jodido más —puntualizó Aidan con una sonrisa malvada.

—Cuidado, *deartháir* —advirtió el hada, divertido—. Un pasito más y serás tan tocapelotas como yo.

El druida rio entre dientes y agarró otra manzana antes de abrir la puerta. Dejó pasar a Niall, pero cuando lo alcanzó en el recibidor, colocó una mano sobre su hombro para detenerlo antes de que llegara al salón. Niall suspiró para sus adentros. Por un momento había llegado a pensar que sería capaz de evitar el interrogatorio.

—¿Cómo ha sido? —inquirió Aidan con más curiosidad que crítica.

Niall volvió a suspirar, esa vez sin disimulo. ¿Que cómo había sido? Como si hubiera palabras para describir algo así. Había escuchado hablar de cómo era vincular la magia con otro, pero nunca se había sentido tentado a hacerlo, a pesar de las maravillas que se contaban sobre ello. Si hubiera sabido que todo lo que se decía se quedaba corto, habría probado muchísimo antes. Sacudió la cabeza, incapaz de encontrar una forma de responder a la pregunta o, al menos, un chiste con el que evitarla. Aidan abrió los ojos de par en par.

—¿Tanto? —preguntó atónito.

—Y más —replicó Niall—. Pero ya te lo contaré más tarde, *deartháir*. O tu mujer va a pedir tus pelotas en lugar de las mías y tu madre se enfadará porque no podrás seguir con la tradición familiar de los siete hijos.

Aidan fingió un estremecimiento y luego pareció pensarlo mejor.

—Bueno, sería una forma de echarte la culpa a ti, en lugar de que me la eche a mí —replicó—. Que no estoy muy por la labor de tener siete bestias correteando a mi alrededor y llamándote «tío Niall». No hay más que ver cómo intentas educar a las gemelas para deducir que no sería muy buena idea.

—Claro, si la culpa siempre es mía, cómo no —rio Niall—. Es mi misión en la vida: tener la culpa de todo.

—Al menos, es lo que mejor se te da —apostilló Aidan—. Anda, vamos a que te carguen con la culpa un poquito más.

—Vale —aceptó Niall, caminando de nuevo hacia el salón—. Pero si después esta noche no triunfas porque tu mujer está cabreada conmigo... —Se detuvo un instante a considerarlo—. Bah, deja, si la culpa será mía de todos modos.

Aidan soltó una carcajada que convirtió en un rostro inexpresivo antes de abrir la puerta, lo que le dio una buena pista a Niall de lo que iba a encontrarse al otro lado. No se equivocó ni un poquito: Diana, Laura y Roi se habían sentado en el sofá, dejando a Marta en un sillón junto a ellos. Frente al improvisado tribunal quedaba el otro sofá, donde, en teoría, deberían sentarse Aidan y él. Niall se dirigió sin dudar hacia el orejero de Roi, lo que le valió una mirada fulminante del druida, a la que se limitó a responder con una amplia sonrisa.

Cuando estuvieron acomodados, Niall esperaba que la primera en hablar fuera Diana, o tal vez Roi; sin embargo, fue Laura la que, alzando la vista de su inseparable teléfono, los miró uno por uno.

—Bueno, ¿alguien quiere decirme por qué he tenido que cancelar todas mis citas de esta semana y traerme aquí una maleta? —preguntó con evidente irritación.

Aidan se aferró al cable que le había tendido la chica sin darse cuenta, apresurándose a intervenir antes de que cualquiera de los otros preguntara algo más.

—Al reforzar las protecciones de la casa, Danu utilizó una magia poderosa que había que devolver de algún modo —explicó con aire paciente—. Así que, sí, aquí estamos seguros, pero fuera la cosa está muchísimo peor, porque ha tenido que dejar escapar a unas cuantas criaturas a cambio de lo que ha hecho por nosotros. —Se



encogió los hombros en son de disculpa, como queriendo serenar a Laura por todas las molestias que le estaba causando que quisieran salvarle la vida.

—Dime una cosa, Aidan —intervino la pelirroja, y Niall supo que la tregua que le habían dado estaba a punto de terminarse. En absoluto preocupado, y hasta agradeciendo el entretenimiento, se recostó en el sofá y cruzó las manos sobre el vientre, esperando—, si tú hubieras reforzado las protecciones, ¿habría pasado lo mismo? —preguntó.

—Bueno, es posible.

—¿Es posible o es así? —insistió Diana, demasiado acostumbrada al modo que tenía Aidan de salirse por la tangente como para permitirle escapar con tanta facilidad.

—Yo también tendría que haber devuelto algo de lo que tomaba, claro —respondió.

«No va a colar», canturreó Niall para sus adentros, divertido.

—O’Cleary, sí o no —gruñó Diana.

—Probablemente no —reconoció Aidan por fin.

La pelirroja asintió con una expresión que era a partes iguales ira y satisfacción antes de volverse hacia Niall.

—Es decir, que tú —dijo, señalándolo con un dedo acusatorio— nos has vuelto a meter a todos en un follón del quince. —Niall se encogió de hombros por toda respuesta, lo que, tal y como esperaba, enfureció todavía más a la chica—. ¿Eso es todo lo que tienes que decir? ¿Encogerte de hombros en plan «me importa un huevo»?

—Bueno, es que me importa un huevo, calabacita —replicó.

—¿Nos pones a todos en peligro y te importa un huevo? —se indignó Diana.

—Pelirroja, por favor —rogó Aidan.

—¡Ni pelirroja ni hostias! —replicó enfurecida—. ¡Estoy hasta los mismísimos de que este bebé psicótico haga las cosas sin pensar!

—Y, por una vez, O’Cleary, no puedo por menos que darle la razón —se unió Roi con esa languidez tan suya que Niall, después de tanto tiempo, todavía no había decidido si lo irritaba o lo divertía.

Niall estaba preparándose para defender su posición con alguna salida de tono, cuando la ayuda vino del sitio más inesperado posible: Laura. La chica alzó la vista como si acabara de interesarse por la conversación y, con un suspiro, guardó el teléfono en el bolso.

—Yo os doy la razón en que es un psicópata —comentó, apartándose de los hombros su cabello perfectamente peinado con un gesto tan elegante como seductor —, pero hay que tener en cuenta que yo estaba a punto de morir, que estábamos rodeados de... —Miró hacia Niall en busca de la palabra adecuada.

—Sombras de muerte —ofreció este, fascinado por el modo en que la mente de Laura iba directa a lo lógico y se saltaba todos los parámetros innecesarios.

—Sombras de muerte, gracias —repitió Laura—. Pues eso: yo iba a morir, estábamos rodeados de sombras de muerte y no teníamos ni idea de cuándo ibais a volver. —No añadió nada más, como si la situación estuviera tan clara, que ofrecer más aclaraciones resultaría banal.

—¡Pero llegamos enseguida! —protestó Diana.

—¿Y? —replicó Laura con esa lógica implacable—. Por lo que nosotros sabíamos, podíais tardar días. O semanas. Y entonces yo estaría muerta y los demás en un lío terrible. O muertos también. Así que, sí, es un cabrón y un impresentable, pero no por esto.

—Creo que te estás dejando influir por el hecho de que te ha salvado la vida, querida, y eso... —empezó Roi.

—Nunca me dejó influir —lo frenó Laura en tono seco—. Los datos están ahí y las conclusiones son las correctas. Ahora, si quieres, podemos hablar del modo que eligió para salvarnos —añadió, cambiando de bando en un momento y sin despeinarse—. Ahí sí que no le encuentro excusa ni razonamiento posibles —opinó, fulminándolo con su mirada de «diosa sobre los hombres».

—Laura, ya os lo expliqué —medió la meiga—. Fue un ritual, lo que Danu eligió.

—El problema, querida —intervino Roi, atusándose las mangas con elegancia—, no es el ritual en sí, sino el hecho de que eligiera precisamente a Danu de entre todo el panteón celta, cuando disponía de muchas más opciones a su alcance. Desde mi modesta opinión, su elección no fue más que un modo bastante ruin de aprovecharse de tu bondad y tu buena disposición.

Marta parpadeó, con toda probabilidad intentando traducir el discurso de Roi a un lenguaje inteligible y, por fin, dejó escapar un suspiro que tenía mucho de indignación.

—Pero ¿por qué todos pensáis que soy idiota? —preguntó con un hilo de voz.

—Yo no pienso que seas idiota, pajarito —se apresuró a contestar Niall—. De hecho, los idiotas...

—¡Niall! ¡Basta! —bramó Aidan, mirando a todo el grupo, uno por uno—. Niall hizo lo que tenía que hacer. —Al ver que Diana se disponía a replicar, alzó una mano autoritaria para detenerla. Al contrario de lo que solía ocurrir, la pelirroja cerró la boca al instante y Niall reprimió su sonrisa de «tengo un secreto genial»—. Hizo lo que tenía que hacer —repitió—. Quizá no escogiera el mejor modo o, al menos, el que os habría gustado a la mayoría, pero ahí ya no pienso meterme. Los dos son adultos... —vaciló—. Bueno, al menos Marta lo es..., y los dos tienen derecho a tomar sus propias decisiones.

—Gracias —respondieron Niall y Marta al unísono, él con sorna, ella con un hilillo de voz.

—De nada —concedió Aidan de malos modos—. Ahora, de lo que quiero hablar es de las criaturas que se enfrentaron a Niall y de lo que sacó de ellas. Eso me interesa bastante más que su vida sexual —remató.

—Mi vida sexual te interesa mucho, *deartháir*, no me vengas con cuentos a estas alturas —replicó Niall, porque ya estaba empezando a aburrirse de toda la charla, y provocar a Aidan siempre era divertido.

—Por favor —se desesperó el druida—, ¿es que no eres capaz de tomarte nada en serio ni un maldito minuto? —preguntó, apretándose el puente de la nariz, como siempre que estaba a punto de perder los nervios.

—Claro —contestó divertido—. Me tomo mi vida sexual muy en serio. ¿O no recuerdas cuando...?

—¡Niall! —rugió Aidan.

El hada sonrió satisfecho al sentir la corriente de magia pura fluyendo en su dirección. Quizá no fuera su intención conseguir esa reacción al provocarlo, pero a veces las cosas salían bastante mejor de lo que uno esperaba. Y, como era quien era, no pudo evitar presionar un poco más.

—Gran truco, *fiordhraoi* —comentó aprobador—. Lástima que no funcione conmigo.

Aidan lo miró confuso unos cuantos segundos y, por fin, la comprensión inundó su rostro.

—Yo... —balbuceó—. Pero... Oh, joder.

—¿No habíamos dejado el tema del sexo? —lo provocó Niall—. No me malinterpretes, es un tema que me entusiasma, pero creo que lo que acaba de ocurrir es mucho más interesante.

Diana se incorporó en su asiento, mirando primero a Niall y después a Aidan con nerviosismo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó inquieta—. Aidan, ¿qué...?

—No es nada, *a'ghrá* —respondió el druida al momento. Por supuesto, no funcionó. Con ella nunca funcionaba el intentar dar media respuesta o salirse por la tangente, pero, aun así, Aidan parecía empeñado en intentarlo una y otra vez. Al ver que Diana se limitaba a mirarlo con su mejor expresión de «voy a quedarme aquí mirándote mal hasta que me respondas», su amigo suspiró y sacudió la cabeza con aire confuso—. No lo sé, de verdad. Es solo que... No sé. Es como si...

—Son sus poderes —intervino Niall, impaciente—. Se han hecho mucho más fuertes y no los controla, porque no está acostumbrado a disponer de ellos cuando no está bajo presión.

—¿Y eso qué quiere decir? —preguntó la pelirroja tras pensarlo unos segundos.

—Que la vida va a ser muchísimo más interesante a partir de ahora, calabacita —concluyó Niall, satisfecho.

Marta nunca había pensado de sí misma que era la típica persona capaz de regodearse con la desgracia ajena, pero ver la cara confusa de Aidan la hizo sentirse un poco menos sola y ajena a todo. Se sentía fatal por ello, pero la verdad era que estaba un poco cansada de ser la única a la que el mundo se le había vuelto del revés, la única a la que la vida había atrapado, masticado y escupido convertida en un amasijo de dudas y desconcierto.

Era muy injusto, sí, pero llevaba veinticuatro horas de locos y agradecía que la atención se dirigiera a alguien que no fuera ella, para variar. Y si, de paso, había alguien más en la habitación que tuviera problemas con la magia no asumida ni comprendida, mejor que mejor. Aunque eso significara que Aidan tuviera cara de estar preguntándose dónde estaba el tren que lo había atropellado, que Diana lo mirara con el rostro lleno de preguntas, y que Laura y Roi parecieran perdidos en sus respectivos universos de datos y lógica.

Al menos, Niall demostraba estar encantado de la vida con la situación, pero, claro, era Niall: si no había problemas, buscaba la forma de crearlos solo para no aburrirse.

—¿Qué quiere decir exactamente que no controla su magia? —preguntó Laura—. Había entendido que, aunque la tuviera Diana, él podía acceder a ella cuando estaba en peligro.

—Eso es correcto, querida —intervino Roi, ganándose una mirada fulminante de Laura. Marta todavía no tenía ni idea de cómo habían pasado de entenderse a la perfección a ser incapaces de estar en la misma habitación sin lanzarse pullas, pero sospechaba que tenía mucho que ver con la evidente tensión sexual entre los dos. Evidente para todos menos para ellos, por supuesto—. Y tengo la ligera sospecha de que, precisamente por eso, ahora mismo que puede tener acceso a su magia a todas horas y sin restricciones, esta ansía liberarse. —Dio un sorbo al botellín de agua que tenía entre las manos y miró a Aidan con algo semejante a la desesperación—. Lo que significa que ahora mismo es un poco menos él y un poco más... —Se volvió y señaló a Niall con la botella—. Un poco más *eso*.

—¿No es estupendo? —aplaudió Niall—. Así me comeré menos broncas por usar la magia «de forma innecesaria» —comentó, trazando con sus dedos unas comillas en el aire.

—Por favor —suspiró Roi, poniendo los ojos en blanco—. ¿De verdad alguien hace eso? ¿Dibujar comillas con los dedos? Es un cliché tan ...

—Y me lo dice un tipo vestido con ropa gótica y que habla como si se hubiera escapado de quién sabe qué siglo pasado —replicó Niall con una enorme sonrisa—. El caso es —continuó, ignorándolo— que todo ese poder nos va a venir

estupendamente si nuestro misterioso amigo es *Fomore* o... —vaciló un instante, mirando a Roi de soslayo—. O hijo de Míl —concluyó.

Tal y como Marta había esperado, al ver la mirada subrepticia de Niall, Roi se incorporó en su asiento a la velocidad del rayo, olvidada su habitual afectación.

—¿Cómo has dicho? —escupió, con sus ojos adquiriendo a toda velocidad el color de la plata que siempre los adornaba cuando se enfurecía.

—Lo siento, *a'chara* —dijo Niall—. Es lo que he visto.

Los chicos permanecieron mirándose en un tenso silencio mientras Marta y sus amigas cruzaban expresiones de extrañeza entre ellas, cada vez más confundidas. Por fin, Roi inspiró profundamente y se puso en pie.

—Tengo que salir —anunció sin más antes de abrir la puerta y atravesarla a toda prisa, acicateado por quién sabía qué demonios internos.

Aidan y Niall volvieron a cruzar una breve mirada.

—Mierda —maldijo Niall—. Voy con él —dijo en un tono que desafiaba a Aidan a contradecirlo.

—De acuerdo —asintió este después de unos breves segundos de comunicación sin palabras. El hada se levantó de un salto y se dirigió a la puerta esquivando piernas y muebles con ágiles zancadas. Antes de que pudiera salir, Aidan volvió a hablar—: *Anamchara*. —Niall se giró con la impaciencia pintada en su rostro de ángel caído—. Asegúrate de que...

—No te preocupes —lo frenó Niall—. Sé lo que tengo que hacer —anunció antes de salir y cerrar con un fuerte portazo.

—Pero ¿qué demonios ha pasado? —preguntó Diana, con los ojos abiertos como los de un gato que acaba de oler un bocado especialmente sabroso.

—¿No vas a ir con ellos? —inquirió Laura—. Quiero decir, ¿no se matarán, o algo?

Aidan miró a Marta con una expresión indescifrable antes de volverse hacia sus amigas.

—No, no se matarán —respondió con aire agobiado—. Esos dos se llevan bastante mejor de lo que parece. Y no, no puedo contaros lo que ha pasado, es... —Diana abrió la boca para protestar, pero Aidan la frenó con una mirada severa. Y Marta volvió a percibir con claridad la magia que fluía a través de él hacia Diana, como la había sentido fluyendo hacia Niall antes de que las cosas se volvieran más incomprensibles que de costumbre—. No, *a'chuisle* —dijo con suavidad—, es un secreto de Roi, y no me corresponde a mí contártelo. Si él quiere, lo hará. Si no, tendrás que quedarte con la duda —explicó contrito. Diana asintió y, tras unos breves segundos de vacilación, también lo hizo Laura. Aidan se volvió hacia Marta—. Sé que no tengo derecho a pedirte esto, pero si no te importa tranquilizar a Niall, yo... —Dejó la frase colgando, como si no se atreviera a decir nada más y ella supo que, en realidad, era más una súplica que una petición.

—Claro, voy ahora mismo —respondió sin dudar, incorporándose ya.

—No —la detuvo Aidan—. No ahora mismo. Aún tardará un rato, y yo necesito explicaros unas cuantas cosas. Solo procura estar para él cuando regrese. Puede que le haga falta.

—Vale —concedió—, pero ¿qué se supone que...?

—Lo sabrás, créeme —replicó con apresuramiento, como si quisiera librarse de ese tema lo antes posible y pasar a otras cosas que le interesaban más... O que sospechaba que le iban a dar menos problemas—. Vale, a ver —cambió rápidamente de asunto, sin darle tiempo a Marta a considerar sus palabras—, como os ha dicho Niall, ya sabemos que nuestro enemigo no es *Tuatha Dé Danann*, lo que ayuda, aunque no demasiado.

—Sé lo que son los *Fomore* —empezó Laura, ganándose un gesto entre sorprendido y burlón de Aidan—. No me mires así. Después de que los nombrarais por primera vez busqué información sobre ellos. De lo que no tengo ni idea es de qué son los hijos de... ¿cómo los has llamado?

—Los hijos de Míl —sonrió Aidan—. Y es curioso que no sepas de ellos y sí de los *Fomore*, porque los hijos de Míl son gallegos.

—Fueron los últimos habitantes de Irlanda, ¿no? —preguntó Marta, tras rebuscar en su memoria para intentar atrapar algún dato más que, estaba segura, estaría archivado en algún lugar muy profundo de su cerebro—. Hubo algo... No recuerdo bien. ¿Una tormenta? Los *Tuatha Dé* invocaron una tormenta y...

—Sí —asintió el druida—. Eso fue casi al final. Antes, Ith, hijo de Breogan, vio Irlanda desde lo que hoy conocéis como la Torre de Hércules y viajó hasta nosotros. Al principio fue bienvenido por los reyes, pero después de un tiempo los nobles lo asesinaron. Sus sobrinos, los ocho hijos de Míl Espáine, decidieron cobrarse venganza e invadieron Irlanda. Los reyes de los *Tuatha Dé* decretaron que los hijos de Míl deberían alejarse a una distancia de nueve olas de la costa y, si conseguían volver a tierra, la isla sería suya. Pero los *Tuatha Dé* alzaron una tormenta y solo pudieron llegar tres de los ocho. El resto se ahogó.

—Y de los que llegaron, uno gobernó el norte y otro el sur —recordó Marta.

—Eso es —confirmó Aidan, aprobador—. Ellos se quedaron con Irlanda y los *Tuatha Dé* se retiraron al Otro Lado. Tenemos nuestras... pequeñas diferencias desde entonces —comentó con tono ligero, aunque su rostro daba a entender que esas «pequeñas» diferencias no eran tan pequeñas en realidad.

—Pero ¿los hijos de Míl también tenían poderes mágicos? —preguntó Diana, con un punto de hastío en su voz.

—¿Por qué te resulta tan extraño, *a'ghrá*? ¿No los tiene Marta? —replicó, irónico—. Sí, claro que tenían poderes. Había mucha magia drúidica entre ellos.

—Vale, pero si los que os largasteis al Otro Lado fuisteis vosotros, ¿cómo va a ser la criatura que andamos buscando un hijo de Míl? —preguntó Laura.

—He dicho que hemos tenido nuestras pequeñas diferencias, no que no nos relacionáramos —sonrió Aidan—. Tampoco nos llevamos de maravilla con los

*Fomore* y conozco unas cuantas parejas de *Tuatha Dé* y *Fomore*. De hecho, cuando puedas, pregúntale a Niall por Ithna —sugirió con una maliciosa sonrisa que a Marta le provocó una incómoda punzada con el sospechoso sabor de los celos.

—¿Le va a joder? —preguntó Diana, imitando la sonrisa de Aidan.

—Oh, sí —canturreó este, con la misma expresión de un gato relamiéndose tras devorar un plato de nata—. Bueno, el caso es que podemos limitar la búsqueda un poco. Solo un poco, pero ayudará. Deberíamos centrarnos en las leyendas de la zona que recuerden, aunque sea de forma vaga, a las historias de los hijos de Míl.

—Yo me encargo —se ofreció Laura—. Si tengo que quedarme aquí sin hacer nada me volveré loca, así que puedo conectarme a los archivos de la biblioteca y buscar información.

—Yo puedo ayudar a Roi con sus textos —sugirió Diana, pensativa—. Y puedo llamar a Chisco. Sabe casi tantas historias como Marta.

—Yo...

—Tú tienes otros problemas, Marta. Y parte de ellos volverán dentro de un rato a través del bosque. Y no, no me preguntes —la interrumpió Aidan, al ver que abría la boca—. Y no pongas esa carita compungida. Podrás ayudar, no te preocupes. Pero no rebuscando en libros.

Diana se envaró de forma ostensible.

—Aidan, si lo que estás sugiriendo es que tiene que dejar que Niall la tome por el pito de un sereno, no creo que...

Él la miró con esa expresión entre encantada y feliz que siempre había en su rostro cuando pensaba que nadie lo estaba observando y su atención estaba fija en la mujer que guardaba parte de su magia.

—Tú siempre tan peleona, *a'chuisle* —dijo con afecto—. ¿Crees que yo dejaría que le hiciera eso? —Antes de que Diana pudiera contestar, continuó—: No te preocupes. Como la meiga podrá comprobar, a veces el equilibrio se gana sin quererlo —concluyó con una misteriosa sonrisa, que dejó a Marta preguntándose en qué nuevo lío se había metido.

La tranquilidad de la noche, con su clara luna y sus nubes cargadas de lluvia volando a otro lugar, dispuestas a bendecir la tierra con sus lágrimas, contrastaba hasta el delirio con los negros nubarrones que revoloteaban en el ánimo de Roi.

Niall resistió el impulso de acercarse a él y poner una mano reconfortante sobre su hombro, porque sabía de sobra que acabaría con esa mano retorcida detrás de la espalda y, después de eso, no les quedaría más remedio que enzarzarse en la enésima pelea desde que se conocían. No le importaba demasiado, porque pelear siempre le había parecido una actividad de lo más divertida y que, además, ayudaba a liberar tensión, pero después de haberlo acompañado toda la noche, lo que de verdad le apetecía era perderse un rato dentro del bosque y recargar las pilas.

O quizá tocar la magia de la meiga un poco.

Y a la meiga, de paso.

Claro que, puestos a perderse dentro de algo...

—Te agradecería inmensamente que borraras esa estúpida sonrisa de tu cara, amigo —sugirió Roi con brusquedad.

—¿Por algún motivo en especial, *a'chara*? —preguntó Niall imitando su habitual tono exquisitamente cortés.

—Porque me dan ganas de borrarla de un puñetazo —masculló.

—Vamos, ya lo hemos hablado. Ya te has «desahogado» —dijo en un tono en el que casi se podían escuchar las comillas—, ya te sientes mejor y todo ha salido bien. Y seguimos sin saber si es hijo de...

Roi se detuvo en el estrecho camino apenas iluminado que conducía al pazo y dejó escapar un gruñido de protesta.

—Sí, ya lo hemos hablado —replicó en un susurro que Niall había aprendido por las malas a considerar más peligroso que sus gritos—. Y hasta te agradezco tu ayuda y lo sabes —reconoció a regañadientes—. Pero no hemos hablado todavía de cómo te has comportado con Marta.

—Pues cómo me iba a comportar, hombre. Como un campeón —sonrió Niall, aun sabiendo que su amigo no apreciaría el comentario.

De forma casi inconsciente, se preparó para encajar el golpe, pero este nunca llegó. Roi se limitó a sacudir la cabeza con aire agotado y volvió a caminar, empujándolo con el hombro al pasar junto a él.

—*Paspán* —masculló entre dientes.

—Vamos, *a'chara*, no me insultes —protestó Niall de buen humor, mientras apresuraba el paso para alcanzarlo—. Los dos sabemos que hice lo que tenía que hacer. Si no hubiera salvado a la chica, hoy las cosas habrían sido muy distintas y lo sabes.



—No te critico el que la hayas salvado —dijo Roi, deteniéndose de nuevo para clavar en él una mirada acusadora. La luz de la luna iluminó sus pálidos rasgos, otorgándole un aspecto fantasmal—. Lo que te critico es la forma que elegiste para ello. Y aunque pudiera aceptar que tu maldita naturaleza te empujara a actuar tal y como lo hiciste... —Hizo una pausa para inspirar hondo, como si fuera a lanzarse a una piscina virtual y necesitara de ese aliento—. Aunque pudiera aceptar eso, ¿cómo esperas que pase por alto lo que pretendes hacer?

Niall enarcó las cejas con curiosidad.

—¿Y qué crees que pretendo hacer exactamente? —inquirió, interesado.

En el rostro de Roi se pintó una expresión de incredulidad absoluta. Dejó escapar un resoplido y sacudió la cabeza en un gesto de negación. Niall no supo muy bien si para refutar lo que había escuchado o para borrarlo de su mente sin más.

—No te llegó con vincular su magia a la tuya, ¿verdad? Ni con seducirla la primera vez —respondió, indignado—. Quieres acabar con todo lo humano que hay en ella. Buscas destruirla y volver a construirla otra vez según los dictados de su magia. Convertirla en algo que no es, porque no soportas ver algo sin mácula sin intentar destrozarlo.

—No seas dramático, hombre —protestó Niall, molesto a pesar de haber escuchado ese mismo discurso unas mil trescientas veces en el pasado—. Lo único que quiero ahora mismo es echar un polvo. —Sonrió ante la mirada ofendida de Roi—. Y ella ya es mayorcita para decidir si lo desea o no. Y créeme, lo hace.

—Ya —replicó Roi después de unos segundos fulminándolo con la mirada y considerando su respuesta—. Y dime, mi querido amigo, después de eso, ¿qué?

—No sé. ¿Dormir un rato? —sugirió. Roi tardó un momento en reaccionar, como si su respuesta fuera tan extraña como para necesitar que la tradujera y la analizara con cautela. Después volvió a resoplar con enojo y echó a andar a grandes zancadas hacia la casa—. Espera, hombre —lo llamó Niall. Su amigo se limitó a ignorarlo y él tuvo que correr un par de metros para llegar a su altura—. Te juro que no sé de qué me estás hablando. Después, ¿qué? ¿Qué quieres decir?

Sin dejar de caminar, Roi lo miró de reojo y se llevó la mano a la frente en un gesto de exasperación.

—Realmente no tienes ni idea de lo que intento explicarte, ¿verdad? —inquirió irritado.

—No, no tengo ni idea.

—Me refiero a después, cuando te hartes de su magia como te hartas de todo —empezó a enumerar—. Después, cuando ya no haya más cambios que te atraigan, cuando ya la hayas convertido en lo que ambicionas y ya no avance más. A ese «después» me refiero.

—Ah, pues, no sé —respondió Niall, confuso—. ¿Dedicarme a otra cosa? —ofreció. Al ver que Roi parecía de nuevo a punto de abalanzarse sobre su cuello, y muy consciente de que eso retrasaría sus planes de visitar a la meiga en su cama,

intentó explicarse—. ¿Qué tengo que decir, *a'chara*? No sé qué respuesta puedo darte que no te ofenda. Nada permanece. Todo cambia y fluye.

—¡Pero tú no tienes por qué provocar ese cambio! —estalló Roi. Niall lo miró estupefacto, incapaz de comprender—. Lo sé —reconoció tras unos momentos de tensión—. Lo sé, es tu naturaleza. Tu voluntad crea mundos y todas esas locuras *sídhe*.

—No son locuras —protestó Niall—. Es lo que soy. Yo...

—Lo sé —repitió Roi con aire cansado—. Pero, Niall, piénsalo, ¿de acuerdo? —rogó—. Puedes destruirla en el proceso. —Niall parpadeó sin comprender. Claro que iba a destruirla. ¿Cómo iba a crearla si no?—. Olvídalo —se rindió por fin—. Solo te pido que pienses por qué te has vinculado con la magia de esa chica y por qué ella ha podido hacer lo mismo contigo, ¿de acuerdo?

—Vale, eso sí puedo hacerlo —se animó Niall—. Créeme, no se me va de la cabeza. No alcanzo a imaginar cómo diablos una humana pudo...

—Pues sigue pensándolo, amigo —lo interrumpió con una misteriosa sonrisa—. Sigue pensándolo —sugirió, con una afectuosa palmada en la espalda que casi consiguió sobresaltar a Niall. Roi nunca lo tocaba si podía evitarlo, a no ser que fuera para sacudirle. Ese gesto en él era tan raro como verlo vestido con un chándal de mercadillo—. Aquí se separan nuestros caminos —dijo, señalando la bifurcación que llevaba a la playa por un lado y al pazo por el otro. Al ver la mirada interrogativa de Niall, desechó la pregunta que él no había llegado a formularle con un gesto elegante de su mano—. Estoy bien y estaré bien. Solo necesito sentir la fuerza del mar. Nos veremos en casa dentro de un par de horas.

—Muy bien —aceptó Niall tras considerarlo unos instantes—. Pero si en dos horas no has vuelto, voy a mandar a toda la caballería tras de ti —amenazó.

—Mi querido amigo, algunos no rechazamos las ventajas de la modernidad, no te preocupes —rio, sacando del bolsillo de su levita uno de esos absurdos teléfonos móviles—. Si hay problemas, llamaré a Aidan. Porque imagino que tú no querrás ser molestado —añadió con un tono que era a partes iguales malicia y reprobación.

Niall se quedó unos instantes observándolo con curiosidad. No había entendido nada de la conversación, pero tampoco iba a darle demasiadas vueltas. Si se trataba de averiguar cómo la meiga había conseguido vincularse con su magia, no iba a costarle demasiado ponerse a ello. Y, además, para eso tendría que estar cerca de ella, lo que convenía a sus planes para esa noche.

Sonriendo con anticipación se adentró en el sendero que llevaba a la entrada principal del pazo. Para su sorpresa, ahí, sentada en las escaleras, estaba la meiga, acompañada de las gemelas, que bailoteaban a su alrededor, dejando pequeñas margaritas en su falda. Ella reía feliz y aceptaba los regalos con elegantes inclinaciones de cabeza, adornada con una guirnalda de las mismas flores, a modo de reverencia. Y, por una vez, parecía relajada, libre de pantallas, como si no necesitara mantenerlas ante unos seres tan pequeños y tan juguetones. Estaba muy bonita y, de

pronto, sus planes le parecieron a Niall muchísimo más atractivos.

Canturreando para sí se aproximó al pequeño aquelarre. Las gemelas se abalanzaron sobre él, llenándolo de explicaciones apresuradas que Niall escuchó solo a medias, con la mitad de su cerebro pensando en el resto de la noche y toda su magia concentrada en la de la meiga. Así que, tras un par de besos pegajosos despidió a los fantasmas y se acercó despacio a las escaleras, estudiando la postura de la chica, que lo recibió con una acogedora —y prometedora— sonrisa.

—Hola, ¿cómo está Roi? —preguntó.

—Bien —respondió, sin dar más aclaraciones. No sentía el menor deseo de hablar de Roi en ese momento—. No deberías estar fuera, brujita.

—Aidan dijo que podía salir mientras me mantuviera bajo techo —contestó con una sonrisilla de disculpa—. Y bueno... —vaciló, jugueteando con las margaritas que se desperdigaban por su regazo—. La verdad es que desde que dijo que no podía salir a pasear, me apetece mucho más. Así que me he venido aquí a respirar aire fresco, por lo menos.

Niall sonrió encantado. Estaba cambiando. Ya necesitaba sentirse en contacto con la naturaleza y eso solo era el principio. Divertido y fascinado a partes iguales, tomó asiento junto a ella.

—Eso es porque necesitas reponer tu magia, y sentir los elementos, ya te lo he dicho —sonrió—. Por eso las gemelas te estaban dando flores. Ellas lo perciben —explicó. Marta lo miró como si estuviera estudiando su respuesta, con la carita inclinada en un ángulo que indicaba curiosidad, y las margaritas ornando los lacios mechones de su cabello dorado. «Muy bonita», pensó Niall con una punzada de deseo. Y si liberaba un poco su magia esa noche, estaría más bonita todavía, así que, llevado por un impulso que Aidan le obligaría a lamentar, se puso en pie y tendió una mano hacia ella—. Ven —pidió.

Marta sacudió la cabeza en un gesto negativo, después de vacilar unos segundos.

—No, no puedo —respondió con un toque lastimero en su voz, que le indicó a Niall que tenía media batalla ganada—. Aidan me repitió como diez millones de veces que no pusiera ni un hilo del vestido fuera de casa.

—Pero seguro que se refería a que no lo hicieras si estabas sola —la tentó—. Vamos, brujita, te mueres por hacerlo. Vamos —volvió a animarla al ver que ella estaba a punto de rendirse—. Será solo un momento. Pones los pies en la hierba, sientes la magia de la tierra y entramos.

Ella lo pensó durante tanto tiempo que Niall llegó a convencerse de que había malinterpretado sus gestos, pero, por fin, alzó la cabeza, se puso en pie, se sacudió la falda —dejando un charco de margaritas regadas a su alrededor— y esbozó una sonrisa pícara.

—Vale, pero como después me eche la bronca, te cargaré con toda la culpa —amenazó sonriente.

—Me parece justo —aceptó Niall con una carcajada—. Al fin y al cabo, la culpa

siempre es mía, de todos modos. Vamos, ven aquí, pajarito.

Antes de que ella pudiera hacer un solo movimiento —o volverse atrás, incluso—, la tomó de la cintura y la depositó al final de las escaleras, fuera del abrigo de la casa. Se arrodilló junto a sus pies y le quitó los zapatos despacio, saboreando el roce de la magia en su piel. Cuando estuvo descalza sobre la hierba humedecida por la helada nocturna, la estrechó entre sus brazos, no para confortarla por el frío, como ella pareció creer, ya que susurró un suave «gracias», sino porque quería sentir el instante en que el flujo de energía atravesara su cuerpo.

Y fue todavía mejor de lo que había imaginado, no solo por la fuerza con que la tierra recargó su magia, sino por la maravillada expresión de la meiga, que primero abrió los ojos de par en par, como si no acabara de creerse lo que estaba sintiendo, y después los cerró en una expresión de éxtasis, riendo de felicidad.

—¡Es increíble! —exclamó cuando el flujo de poder dejó de atravesarla. Se colgó del cuello de Niall y dejó escapar de nuevo una carcajada de alegría infantil—. ¡Es genial! Pero nunca había sentido nada igual antes, y mira que he caminado veces por el monte descalza —dijo en tono interrogativo, sin apagar ni por un instante esa enorme sonrisa que le iluminaba el rostro.

—Es que hasta ahora no habías liberado tu magia, pajarito —sonrió Niall—. No necesitaba alimentarse. —Al ver que ella lo miraba con expresión confusa, intentó encontrar la forma de explicarse—. Cuando haces ejercicio, tu cuerpo se agota, descansas y comes. Cuando usas la magia de la naturaleza, ella te devuelve lo que has perdido. Los elementos y el mago mantienen una relación tan estrecha como la de dos amantes, llena de necesidad mutua.

—Suenas casi poético —meditó la meiga.

—Supongo. Saqué la frase de una novela de Aidan —reconoció Niall con expresión traviesa—. El caso es que cuando uses magia puedes caminar bajo la lluvia, sentir la tierra bajo tus pies, dejar que el viento te azote... Cualquiera de esas cosas te pondrá las pilas.

—Curioso, porque Aidan odia la lluvia y el viento —meditó Marta—. Y jamás lo he visto descalzo.

—Pero es que Aidan no necesita nada de eso, pajarito —explicó Niall, sonriendo ante su inocencia—. Su magia viene de Danu; la nuestra, de los elementos y de nuestra unión con ellos.

—Entonces, ¿él es más poderoso? —preguntó Marta, y él soltó una carcajada al percibir el tono de traviesa provocación en su voz.

—Nadie es más poderoso que Aidan, así que no vas a pincharme con eso, brujita —rio, castigándola por su osadía con unas cosquillas que la hicieron retorcerse en sus brazos entre carcajadas—. Esto no es una competición de a ver quién la tiene más larga.

—Porque la tiene él, ¿no? —replicó la meiga, risueña.

Al darse cuenta de lo que acababa de decir, enrojeció hasta la raíz de sus rubios

cabellos y se atragantó con sus risas. Niall se hizo cargo entonces de animar la noche con sus risotadas.

—No sé, pajarito, ¿las chicas no habláis de esas cosas? ¿Qué dice Diana? —preguntó con malicia. Ella enrojció todavía más y bajó la mirada hasta sus pies, negando con la cabeza—. ¡No me digas que he salido perdiendo con la comparación! ¡Eso puede destrozar el orgullo de un hombre, *a'ghrá!* —se quejó en tono lastimero.

—¡Yo no he dicho que salieras perdiendo!

—¿Salgo ganando, entonces?

—¡No! Digo, sí... No, yo... ¡Tampoco he dicho eso! —balbuceó la meiga, mortificada.

Las carcajadas de Niall arreciaron todavía más. Sin embargo, estaba en el punto justo para dejarse de bromas, así que aprovechó la oportunidad.

Podía sentir la magia pura de la bruja vibrando en cada poro de su piel, corriendo por sus nervios, ansiosa por encontrar la comunión con la suya, y estaba seguro de que ella notaba también ese impulso, aunque era demasiado nueva, demasiado inocente como para reconocerlo como lo que era.

—Creo que tienes un problema de memoria, brujita —susurró en su oído. El estremecimiento que le provocó a Niall su aliento lo incitó a ir un paso más allá. Deslizó las manos hacia su cintura y volvió a atraerla hacia sí—. Así que te voy a ayudar a recordar, ¿te parece?

Como de costumbre, ella abrió la boca para protestar, pero Niall la selló con sus labios sin darle tiempo a reaccionar. Sabía a mujer, a frío y a noche, y, cuando por fin se rindió al beso, la mezcla de inocencia y avidez que ponía al devolvérselo le resultó tan dulce como el licor casero que ella hacía. E igual de embriagadora.

Sus labios tenían la suavidad de las alas de una ninfa y, como ellas, podían atrapar a un hombre y retenerlo hasta conseguir que ardiera en el fuego de su propia lujuria. Deseoso por verla rendirse más a la pasión, por saborear más de su abandono, Niall deslizó las manos por sus costados, recorriendo sus curvas sin prisa hasta acariciar la piel de sus clavículas con la yema de los dedos. Despacio, ascendió hasta su rostro y, acunándolo entre sus manos, la incitó a inclinar la cabeza para profundizar todavía más en ese beso que, poco a poco, estaba volviéndolo loco, emborrachándolo con su sabor y su aroma.

Cuando ella languideció en sus brazos y gimió contra sus labios, su cabeza y su autocontrol dieron otro salto mortal. Ansioso por sentir piel contra piel, volvió a bajar las manos hasta su ropa, loco por encontrar un sendero a su cuerpo desnudo... Y entonces fue cuando se dio cuenta.

Ni tan siquiera había pensado en tantear su magia.

Marta había oído cientos de veces a Diana comentar que Aidan besaba mejor que ningún otro hombre que hubiera conocido y, aunque la escuchaba y sonreía por su felicidad, siempre había pensado que su amiga estaba demasiado enamorada y que un beso solo era un beso.

Hasta hacía bien poco no sabía lo equivocada que había estado.

A lo mejor se trataba de algo inscrito en el acervo genético de los nacidos al Otro Lado, porque a ella jamás la había besado nadie como lo hacía Niall, tomándose su tiempo, recreándose en el beso como si no le hiciera falta nada más, poniendo en ello todos sus sentidos hasta dejarla convertida en una palpitante masa de necesidad ciega, sorda y muda.

Eran besos que lo tenían todo: dulzura, pasión, desenfreno, cuidado, arrebató, fuego y hielo; eran besos que exploraban cada milímetro de su boca, que no dejaban nada por atender, por acariciar, por venerar. ¿Cómo podía una mujer seguir pensando en medio de ese huracán? Y, lo que era más, ¿por qué iba a querer hacerlo?

Marta siempre se había tenido por una persona sensata —y más en cuestiones de sexo—, pero, en ese preciso instante, no podía encontrar ni una sola razón para apartarse ni recordar ninguno de sus argumentos más socorridos. Solo quería seguir sintiendo, saber dónde la iba a llevar la próxima caricia de los labios de Niall, o con qué ritmo iba a bailar su lengua con la de ella.

Y habría seguido así, yendo donde él quisiera llevarla, llegando hasta donde él quisiera llegar de no ser porque, de pronto, lo sintió envararse bajo sus manos. Poco después, sin separar los labios de los de ella, se quedó completamente quieto, expectante, como si necesitara una respuesta de su parte. Confusa, Marta se alejó, parpadeando para aclarar su visión, porque sus ojos parecían estar tan empañados como su cerebro. Al ver la expresión entre perdida y pensativa de Niall, quiso decir algo mundano y despreocupado, tipo: «Por favor, dime que estás pensando en cómo arrancarme la ropa», pero lo que salió de sus labios fue bien distinto.

—¿Pasa algo? ¿He hecho algo mal? Yo... —tartamudeó.

El rostro de él se suavizó y la miró con una sonrisa que Marta quiso interpretar como afectuosa.

—No creo que haya una forma de hacerlo mal, brujita —sonrió—. Mientras los dos nos divirtamos, podemos jugar como tú quieras.

Marta se esforzó por devolverle la sonrisa, pero toda la locura que la había poseído se vio arrollada por la realidad y se marchó a algún lugar recóndito de su mente a lamerse las heridas. Jugar, claro. Él jamás usaba otra palabra —salvo las expresiones groseras que utilizaba solo para provocarla— y eso, más que ninguna otra cosa, debería bastarle como advertencia: para él, todo lo que compartían no era

más que un juego, y nunca dejaría de serlo. Para ella... Bueno, esa era la cuestión, ¿no? No tenía ni idea de si podría mantenerlo en ese plano, pero algo en su interior no dejaba de advertirle a gritos que estaba a dos milímetros del punto de no retorno y que tenía unos brazos detrás dispuestos a darle el empujón final. Y no estaba preparada para sufrir por su mala cabeza, así que abrió la boca, lista para decir que, tal vez, había llegado el momento de dejarse de juegos y volver a la casa.

—Bueno, creo que... —empezó, tras inspirar hondo para reunir fuerzas.

—Ah, no, de eso nada —protestó Niall.

—¿Qué? Si no sabes...

—Claro que lo sé. Estabas a punto de salir corriendo como el pajarito asustado que crees que eres —sonrió—. Y de eso nada, brujita. Deja de ponerte excusas a ti misma y, de paso, de ponérmelas a mí.

—Tengo derecho a... —intentó indignarse ella.

—Tienes derecho a disfrutar de la vida y de tu magia —la interrumpió de nuevo—. Y eso es exactamente lo que vamos a hacer.

Sin darle tiempo a reaccionar, la cogió en brazos y se dirigió a la puerta principal. Por un momento, Marta pensó que estaba dispuesto a atravesarla sin detenerse, pero debió imaginar que él usaría la magia para abrirla; y para cerrarla después tras ellos de un portazo. Confortada por el calor de sus brazos y sabiendo, muy en el fondo, que él tenía razón y ella no quería negarse a sí misma la experiencia —o al menos no había querido antes de pensarlo un poco—, Marta enroscó los brazos alrededor de su cuello y decidió que podía dedicarse a pensar un poco más tarde.

Pero apenas habían alcanzado las escaleras cuando escucharon pasos en el piso superior. Segundos después, Aidan correteaba escaleras abajo, convertido en la viva imagen de la preocupación.

—¿Estáis bien? —inquirió de forma acelerada, superando los dos últimos escalones con un único salto.

—Un poquito ocupados ahora mismo, *deartháir*, así que, si no te importa... —dijo Niall, haciendo ademán de pasar junto a él.

Aidan lo detuvo, sujetándolo por el brazo.

—¿No los has visto? —preguntó con expresión atónita.

—¿Ver qué? —devolvió a modo de respuesta el hada, tan confuso como él.

—Joder, Niall, ¿qué cojones estabas haci...? —Miró a Marta y se detuvo—. Deja, no me contestes —gimió—. Mira por la ventana.

Niall le mantuvo unos segundos la mirada al druida con expresión inescrutable, como si estuviera intentando decidir si todo eso no era más que una especie de broma para fastidiarle la noche. Después, con ademanes lentos y minuciosos, dejó a Marta en el suelo, se acercó a la ventana y apartó la cortina de un tirón, como si no esperara encontrar nada fuera aparte de la noche cerrada. Casi al instante, su expresión entre decidida y enojada se convirtió en otra de total asombro.

Dejó caer la cortina, y soltó una larguísima frase en gaélico, en un tono que no

dejaba ninguna duda sobre su posible significado.

—Y en todos sus hermanos y hermanas también, sí —aceptó Aidan, aunque la expresión severa de su rostro contradijo lo que parecía un intento de humor por su parte.

—¿Cuántos hay? —inquirió Niall.

—Suficientes para rodear toda la maldita casa —replicó el druida.

—Pues estamos jodidos —anunció Niall—. Roi está fuera. —Fue entonces el turno de Aidan de maldecir, y lo hizo de un modo tan rudo que Marta esperó escuchar rayos y truenos resonando en la distancia—. Puedes llamarlo, se ha llevado el móvil. Dile que no se acerque hasta el amanecer.

—Le va a encantar —suspiró Aidan, llevándose la mano al bolsillo para sacar el teléfono.

Marta aprovechó el momento para acercarse a Niall. Sabía que el hada no iba a intentar evitarle la vista de lo que quiera que estuviera al otro lado del cristal, y aunque una parte de ella no estaba muy segura de querer saberlo, suponía que iba a ser mucho peor que la mantuvieran en la ignorancia.

Como si le hubiera leído el pensamiento, en cuanto se aproximó a él, Niall le rodeó los hombros con el brazo y llevó una mano a la cortina.

—¿Estás lista, pajarito? —preguntó.

—No —intentó bromear Marta—. Pero hazlo de todos modos.

Cuando Niall apartó la tela y ella se aproximó a mirar, creía estar preparada para ver cualquier cosa que se hallara al otro lado. Después de haberse enfrentado a los cíclopes gigantes, estaba casi dispuesta a jurar que nada podría asustarla tanto como esas bestias inmensas y agresivas.

Como solía sucederle desde que conocía a los chicos, se equivocó.

Le llevó unos segundos adaptar la vista a la oscuridad de la noche, así que, al principio, apenas pudo discernir decenas de formas oscuras que tomó por jinetes vestidos de negro. Pero, cuando por fin pudo ver con más claridad, se dio cuenta de que no eran jinetes, sino una especie de centauros. La cabeza del caballo era apenas un esqueleto con una inmensa boca contraída en una horrenda sonrisa ensangrentada. Sobre ella, un único ojo. —¿Acaso todas las criaturas malignas eran tuertas?— ardía como una llama prendida con pura maldad.

Pero lo peor era la mitad humana del centauro. Sus rostros eran calaveras en las que destacaban dos ojos redondos, sin párpados, que no se apartaban de la casa. Sus músculos latían como una masa viscosa al ritmo que marcaba la sangre que corría a través de brillantes venas amarillas. El resto de esa sangre negra y espesa se deslizaba sobre sus cuerpos como un río de pez, fluyendo allí donde tendría que haber estado su piel. La misma sangre cubría sus cráneos y caía desde el lugar que deberían haber ocupado sus orejas en un lento goteo hasta el suelo, donde burbujeaba y humeaba como ácido.

Unas fuertes náuseas le contrajeron el estómago y ascendieron hacia su boca, que



se cerró con un chasquido, obligándola a doblarse sobre sí misma. Niall deslizó la mano que sujetaba sus hombros hasta su cintura y la estrechó contra su cuerpo.

—Respira, meiga —ordenó en tono autoritario, aunque con un deje de consideración—. Respira hondo y contrólalo. —La bilis quemó su garganta al intentar hacer lo que él le decía, pero, al menos, consiguió frenar las arcadas. No así la tos, que la sacudió durante unos segundos, llenándole los ojos de lágrimas—. Guárdate las náuseas por si las cosas salen mal y los hueles de cerca, brujita —intentó bromear Niall, ayudándola a incorporarse—. Apestan —aclaró con agresividad—. Dicen que su solo aliento puede marchitar las cosechas y, créeme, estoy convencido de que es cierto.

—¿Qué...? —Tosió—. ¿Qué son esas cosas?

En la distancia podía oír a Aidan susurrando al teléfono con apresuramiento, pero estaba demasiado ocupada controlando su estómago —y su pánico— como para poder prestar oídos a la conversación.

—*Nukelavee* —masculló Niall—. Y que me aspen si sé qué cojones están haciendo aquí. —Alzó la vista y miró a Aidan, que seguía al teléfono—. ¡Dile que deje de dar por culo y que se quede donde está! ¡Y cuelga, joder!

—¿Quieres decírselo tú? —exclamó el aludido sin apartar el teléfono de su oreja—. ¡No me hace ni puto caso, ya lo sabes!

Niall soltó a Marta con una suavidad que ella no esperaba, dado el estado de ánimo peligroso en el que estaba cayendo, y atravesó la distancia que lo separaba de Aidan en dos largas zancadas. Cuando llegó junto a él le arrancó el móvil de las manos.

—¡Si te veo a dos kilómetros de la casa te voy a dar la peor paliza que te he dado nunca! ¡Y voy a estar demasiado ocupado como para perder el tiempo pegándote, así que no me jodas! —gritó Niall antes de colgar y devolver el aparato a Aidan sin miramientos.

—No te va a hacer caso —advirtió el druida.

—Lo sé, así que tendremos que mandarlos a todos de vuelta a las Highlands con una patada en sus apestosos culos antes de que vuelva —masculló Niall—. O al menos dejar pocos para entonces.

—Oh, claro. ¿Cómo no se me había ocurrido? —ironizó Aidan, dándose una palmada en la frente—. ¡Qué plan más estupendo! Y ahora, ¿quieres decirme cómo cojones vamos a hacerlo? Mi mujer está ahí arriba con Laura, y he tenido que cerrar la puerta con magia para que no salga como si fuera la mismísima reencarnación de Morrigan, dispuesta a protegerme *a mí*. Roi está fuera, y en cuanto aparezca se lanzarán todos a por él. Marta no domina sus poderes lo suficiente como para ayudar y nosotros solo somos dos contra... ¿Doscientos? —enumeró con sarcasmo—. Así que, dime, Niall, ¿tienes alguna idea genial? Porque a lo mejor es el momento de comentarla con la clase.

Por el rostro del hada se extendió una sonrisa malévola.

—Pues mira, se da la casualidad de que sí, la tengo —replicó—. Pero necesito una *pequeña* ayuda —añadió, ampliando todavía más esa sonrisa maligna.

Aidan lo miró unos instantes, hasta que su cara se llenó con una aterrorizada comprensión.

—Oh, no, no, por favor —protestó el druida con un gemido de desesperación—. ¿No tuviste bastante en Francia?

—Parece ser que no, ¿verdad? —rio Niall. Ignorándolo, alzó la cabeza y gritó—: ¡Margarita! ¡Violeta! —Dos segundos después las gemelas se materializaban junto a él en un revuelo de lazos y puntillas, riendo y canturreando—. Vale, niñas, ¿os acordáis de lo que hemos estado practicando?

—¡Claro!

—¡Sí, Niall!

—¿Vamos a poder hacerlo?

—¿Podemos, podemos?

—Pero dijiste que Aidan...

—Sí, sé lo que dije —interrumpió Niall—. Pero Aidan no se va a enfadar si nos ayudáis. ¿Verdad que no, *tío* Aidan? —preguntó con la expresión de inocencia más falsa que Marta había visto jamás en rostro alguno.

Aidan suspiró hondamente y sacudió la cabeza, mesándose el cabello. Por fin, pareció tomar una decisión.

—No, no me voy a enfadar. Pero acordaos de que... —intentó advertir a las gemelas.

Ellas no le permitieron terminar la frase. Mutaron en sendos rayos y revolotearon a su alrededor, llenando el aire con sus entusiastas risas infantiles. En el epicentro del tornado de energía, Aidan miró a Niall con aire acusatorio.

—Muy bien, pero tú vas delante —gruñó.

—Claro, *fiordhraoi*. ¿No lo hago siempre? —aceptó sonriente—. Brujita, tú sal, y cuando veas que cae el primero...

—¡No! —intervino Aidan. Las gemelas dejaron de dar vueltas y se materializaron de nuevo junto a la puerta, esperando con evidente expectación—. Esto ya es bastante locura. Marta no...

—Si puedo ayudar, quiero hacerlo —interrumpió Marta, en un arrebato de valor que no sabía muy bien de dónde había salido.

—Marta, no estás preparada. Ni siquiera... —empezó Aidan.

—Déjala, *fiordhraoi*. Si sale bien, servirá de ayuda. Y si sale mal... —Niall alzó las manos con las palmas extendidas hacia arriba, como queriendo dar a entender con el gesto que, de ocurrir eso, poco importaba dónde estuviera ella.

Marta se estremeció de puro pánico, pero ya era demasiado tarde para volverse atrás. Aidan y Niall se sostuvieron la mirada durante unos instantes y, tras ellos, el druida asintió con expresión resignada.

—De acuerdo —aceptó—. Pero que se mantenga dentro de la casa.

—No. Es demasiado inexperta todavía, necesita sentir la tierra bajo sus pies — refutó Niall. Al ver que Aidan se disponía a protestar, contraofertó—: Se quedará junto a los escalones, y si las cosas se ponen feas, volverá al abrigo de la casa, ¿de acuerdo?

Aidan negó una vez más, pero Marta se dio cuenta de que lo hacía más para alejar alguna idea incómoda que porque en realidad pretendiera negarse. Por fin, el druida alzó la cabeza y suspiró.

—Esto es una puta locura —gimió.

—Como siempre —replicó el hada con absoluta indiferencia.

—De acuerdo —asintió Aidan—. Marta, lo único que tienes que hacer es mantener tu magia tocando la de Niall. Así él la traerá hacia mí y crearemos un círculo de tres, ¿entiendes? —Marta asintió con alivio. Eso sí podía hacerlo. Por un momento había temido que esperaran de ella algo como lo del préstamo, que ni siquiera sabía cómo había conseguido, y estaba aterrorizada pensando que iba a fallarles. Pero ¿mantener su magia unida a la de Niall? En las últimas veinticuatro horas le daba la impresión de que no había hecho otra cosa.

—Pues si ya está aclarado... —sonrió Niall con una impaciencia idéntica a la de las gemelas. Sonriendo, desenvainó la espada que siempre surgía de algún lugar a su espalda cuando había pelea, y abrió la puerta—. *Rock and roll* —anunció, encantado de la vida.

—Puto psicópata —masculló Aidan entre dientes mientras lo seguía al exterior.

Aidan y Niall salieron por la puerta con una serenidad absoluta, como si, en lugar de ir camino de enfrentarse a un grupo de criaturas horribles que los superaban en una proporción de cincuenta a uno, estuvieran dirigiéndose a celebrar un tranquilo *pic-nic* nocturno.

Cuando Marta fue tras ellos, se dio cuenta de que sus manos tampoco temblaban y de que el sudor frío del pánico ya se había secado en su cuerpo. Pero había una diferencia: ellos mostraban la tranquilidad de quien ha llamado a las puertas del infierno un buen puñado de veces y siempre ha vuelto a salir después de tener una agradable charla con el diablo. Ella, sin embargo, solo estaba entumecida, como si hubiera atravesado todas las estaciones del miedo y hubiera salido por el otro lado después de una vuelta completa a la rueda del terror. No era que no tuviera miedo: era que tenía demasiado como para que su cerebro fuera capaz de asimilarlo.

Siguió a los chicos fuera de la casa flotando en una nube de irrealidad, como si estuviera viendo todo lo que ocurría a su alrededor desde fuera de su cuerpo; como si, sin más, le estuviera sucediendo a otra persona.

Lo primero que la golpeó fue el hedor. No había palabras en ningún idioma que ella dominara —ni probablemente en ningún otro que fuera capaz de aprender— para describir la terrible peste que exudaban las criaturas y la todavía peor que se desprendía de sus alientos. La noche se cubrió con un manto de pestilencia insoportable, tan denso que Marta juraría que podía no solo verlo, sino además cortarlo con un cuchillo. Las náuseas apretaron de nuevo su estómago, enviando una ácida oleada de bilis a través de su garganta. Jadeó y boqueó para intentar contenerlas, pero no sabía por cuánto tiempo lo conseguiría.

Las gemelas se materializaron a su lado y una de ellas apretó su mano para confortarla.

—Lo lograrás —sonrió el fantasma con dulzura—. Te necesitan.

Marta asintió y cerró sus sentidos a cualquier cosa que no fuera su magia. Eso le permitió inspirar hondo para serenarse y observar el cuadro estático que tenía lugar frente a ella, mientras tendía hacia Niall los hilos invisibles que la conectaban a él. Supo el momento exacto en que sus poderes se tocaron, no solo por la vibración que sintió en su propio cuerpo, sino por el modo ostensible en que el de él se tensó para relajarse después, como si el simple roce de su energía le hubiera dado todavía más tranquilidad.

Aidan avanzó un paso y habló en una lengua incomprensible, utilizando un tono alto y autoritario. Las horrendas criaturas parecieron prestarle atención y, por un momento, Marta creyó que iban a retirarse y que al día siguiente todo le parecería poco más que un mal sueño. Cuando el druida terminó de hablar, uno de los

centauros dejó escapar lo que parecía una única palabra con una voz que sonaba como el chirrido de unas uñas al arañar una pizarra.

Aidan se limitó a asentir.

—*Amhlaid* —dijo. Una de las pocas palabras que Marta comprendía en gaélico y que sellaba su destino: «Así sea».

A partir de ese instante, todo sucedió a la velocidad del rayo: el druida elevó las manos frente a él y un largo cayado se materializó en ellas; al mismo tiempo, Niall hizo girar la espada en un gesto hábil y prepotente que Marta siempre había creído limitado a los espadachines de las películas, y se adelantó hasta quedar junto a él; los monstruos se alzaron sobre sus patas traseras y cocearon el aire; y las gemelas...

Marta contuvo un grito de terror al ver cómo esas dos adorables criaturitas de rizos dorados y caritas rechonchas se convertían ante sus ojos en dos espectros de pesadilla. Sus rostros se deformaron y alargaron hasta lo imposible para dar cabida a unas bocas inmensas, adornadas con lo que semejaban decenas de afilados colmillos; sus cuerpos crecieron hasta duplicar su tamaño —hasta duplicar el tamaño de los dos hombres—, vibrando de pura energía contenida; y sus ojos, otrora azules. —¡Dioses, sus ojos!—, se convirtieron en dos pozos iluminados por crueles llamas anaranjadas, tan auténticas que ardían con el calor del infierno y parecían a punto de derramarse y estallar hacia los centauros.

—¡Ahora, princesas! —bramó Niall, y Marta supo que en su voz latía la sombra de una sonrisa brutal.

A su orden, las gemelas se abalanzaron sobre los centauros entre rugidos espectrales que retumbaron como truenos en la noche, agitando ante ellas unos brazos esqueléticos con grandes uñas como garras.

Los centauros no huyeron, pero rompieron su formación, esquivando las oleadas de energía que volaban en torno a ellos, enredándose entre sus patas, golpeando sus escudos. Aprovechando el desconcierto, Niall corrió hacia ellos, espada en ristre, mientras Aidan permanecía en su lugar con el cayado extendido ante él, entonando un cántico que sonaba a muerte y sangre.

El corazón de Marta se perdió un latido al ver cómo el hada se veía rodeado por varios centauros que cayeron encima de él como buitres hambrientos. Sintió un tirón en su magia y, al instante, Niall giraba sobre sí mismo, cercenando de un tajo dos de las cabezas de los centauros, que rodaron por el suelo salpicando sangre negra y hedionda a su alrededor.

Marta chilló cuando uno de los monstruos se abalanzó hacia la espalda del hada y su espada descendió hacia su cuello. Cuando parecía inevitable que descargara el golpe contra su hombro, una de las gemelas saltó sobre el ser, hundiendo sus colmillos en su carne putrefacta. Este aulló de dolor y terror, apartándose de Niall, que le dedicó una enorme sonrisa de agradecimiento al fantasma antes de arrojarle de nuevo al ataque. Ella notó una nueva sacudida en su magia y contempló atónita cómo, con una voltereta que el mejor gimnasta del planeta no podría imitar, Niall

saltaba sobre los centauros hasta caer a horcajadas encima del lomo de uno de ellos. Susurró unas palabras a su oído, y la criatura quedó bajo su control, sirviéndole de improvisada montura.

Mientras tanto, Aidan seguía conteniendo con su magia a un puñado de atacantes que se habían dirigido hacia él e intentaban superar el escudo de fuerza que lo rodeaba. Su cántico subió de volumen, superponiéndose a los ruidos de la batalla y los rugidos de los fantasmas, hasta llegar a una nota final, aguda y afilada como un cuchillo, que culminó con un golpe de su cayado en la tierra. Las criaturas que lo asediaban se vieron proyectadas hacia atrás, aplastándose unas a otras en su caída, y Marta pudo escuchar el crujido de los huesos al quebrarse, como un horrendo contrapunto al cántico mágico.

La batalla continuó en una sucesión de imágenes que el cerebro de Marta se negaba a procesar, mientras la noche se cuajaba de horror y lamentos, se deshacía en dolor y se reconstruía en magia y muerte.

La sangre salpicaba el suelo y a los hombres, los huesos se rompían, los miembros se cortaban, la magia chisporroteaba libre en el aire... Y la de Marta se estaba agotando. Por mucho que intentara extraerla de la tierra y del aire, por mucho que buscara la humedad del rocío a su alrededor para nutrirse del agua, Niall consumía sus reservas más rápido de lo que ella podía recargarlas, y eso quería decir que hacía ya tiempo que él mismo estaba acabando con las propias. Parecía que habían pasado horas, pero Marta sabía que apenas llevaban unos minutos combatiendo, y ya empezaban a perder terreno.

Y la batalla seguía y las criaturas parecían no tener fin.

De la profundidad del bosque saludó un nuevo sonido que la estremeció hasta la médula. Un grito a mitad de camino entre el aullido del lobo y un rugido humano de guerra.

—¡Llegas tarde, *a'chara!* —gritó Niall.

—Me dijiste que no me acercara a la fiesta, amigo, y no me gusta ir adonde no soy bien recibido —bramó una voz que Marta identificó como perteneciente a Roi, aunque sonaba mucho más grave que su afectado tono habitual, y estaba adornada por un eco profundo, como si surgiera de las profundidades de una caverna.

De entre los árboles apareció una figura borrosa que se movía con la velocidad del rayo y que, quizá por algún instinto dormido en su interior, Marta reconoció como Roi. Al instante, los centauros detuvieron su ataque y se volvieron como un solo ser hacia él.

Una vez más, todo el universo de Marta se convirtió en una serie de diapositivas, de momentos robados a unas secuencias demasiado rápidas para que su cerebro pudiera ordenarlas a tiempo. Niall cercenando el brazo de un centauro; Roi, con los ojos inyectados en plata y carmesí, y unos terroríficos colmillos asomando de sus labios, desgarrando con sus zarpas el torso de uno de sus atacantes; Aidan enviando una oleada tras otra de energía para dispersar las ya caóticas formaciones de los

monstruos; las gemelas aullando, mordiendo y despedazando, girando como bolas de electricidad desbocada; las criaturas, obcecadas en atacar a Roi, perdiendo terreno por su ceguera; Niall cubierto de sangre de la cabeza a los pies, riendo como un demente, sin dejar de lanzar golpes a diestro y siniestro; Aidan abriendo un sendero entre los cuerpos para que Roi pudiera seguir lanzando zarpazos como una bestia salvaje; los fantasmas atravesando cuerpos aquí y allá, paralizando por unos instantes a las criaturas...

Y su magia cada vez más escasa y más pobre.

—¡No aguantaremos mucho más! —gritó Aidan—. ¡Hay que retroceder!

—¡Y una mierda! —protestó Niall, manteniéndose a duras penas sobre su encabritada montura, a la que apenas controlaba ya—. ¡Ya casi los tenemos!

—¡Son demasiados! —refutó Aidan, apartando de su camino a un par de centauros con un golpe mucho más débil que los primeros—. ¡Y la meiga ya no puede ayudar más! ¡La tríada se rompe!

La oleada de culpabilidad que siguió a esas palabras recorrió a Marta con más fuerza que las náuseas que la habían sacudido minutos antes. Iban a perder por su culpa, porque era demasiado frágil, demasiado débil, y porque se negaba a aceptar la magia que guardaba en su interior. Iban a perder y los chicos podían morir por su culpa. Todos podían morir por su culpa.

Hasta las gemelas, unas pobres niñas convertidas en espectros, podían cumplir su parte mejor que ella. Desesperada, buscó a su alrededor más alimento para su magia, pero la tierra ya no parecía dispuesta a compartir nada más, el aire podía haberse estancado a su alrededor para lo que le servía y las hojas yacían secas a sus pies, vacías de rocío.

Su mente enloquecida se lanzó a la carrera, buscando algo, cualquier cosa que pudiera servirle. En un instante, una frase surgió con fuerza en su mente consciente, apartando todo lo demás: «*Forzas do ar, terra, mar e lume*».

«*Forzas do ar, terra, mar... E lume*».

Fuego. El fuego. Niall siempre le hablaba del aire, la tierra y el agua, pero ¿y el fuego?

Se concentró en las llamas mágicas que adornaban los ojos de las gemelas y extendió la poca magia que le quedaba hacia ellas, orando en silencio para que funcionara.

Durante unos segundos terribles, no pasó nada. Seguía igual de vacía, igual de rota y agotada.

Aidan volvió a gritar que retrocedieran. Niall cayó de su improvisado caballo del infierno. Las gemelas perdieron fuerza. Roi desapareció bajo una marea de cuerpos que intentaban destrozarlo.

Marta sintió cómo las lágrimas corrían por sus mejillas, sin que nada ocurriera en su interior.

Y de pronto, la tormenta y el éxtasis, la fuerza, la vida.

La magia.

Fue como volar, como liberarse de pesadas cadenas, como recargarse con la energía del trueno y de los dioses; fue como derramar agua en una garganta llagada por la sed, como alimentarse con ambrosía, como llorar lágrimas de felicidad sobre una piel cuarteada y reseca.

Fue como el sexo con un dios de la lujuria y como los besos de las hadas.

Henchida de poder y magia, Marta extendió sus brazos hacia los monstruos, avanzando por el claro. Apenas pudo escuchar la voz de Aidan deteniéndola y los gritos de Niall conminándola a volver atrás. Sonrió sin poder contenerse, invocó todo ese poder nuevo y ansioso de mostrarse y lo extendió hacia Niall. El cuerpo del hada se contrajo y se convulsionó como si lo hubiera recorrido un latigazo eléctrico y, dos décimas de segundo después, saltaba sobre sus pies brillando de poder en estado puro y se lanzaba de nuevo al ataque.

Aidan reanudó sus cánticos con más fuerza que nunca y las criaturas vacilaron, sorprendidas por la nueva oleada de furia en lo que ya debía de parecerles una batalla ganada.

Pero todavía había mucho más en su interior. Mucha más magia que se moría por ser usada. Mucha más voluntad para crear y destruir.

Sin saber muy bien lo que estaba haciendo, Marta dejó hablar a la bruja que habitaba en su interior. El fuego nació de la tierra e incendió los cuerpos deformes de las bestias en una explosión de poder. Las pocas criaturas que quedaron en pie fueron abatidas por alguno de sus amigos, o huyeron despavoridas para no volver jamás. El fuego se consumió tan rápido como había surgido y desapareció con los últimos rescoldos de la batalla.

Cuando hasta la última de las criaturas hubo huido o muerto, Marta se dio cuenta de que su cuerpo se sacudía presa de carcajadas de pura felicidad, de una borrachera de poder que apenas podía contener. Los brazos de Niall la rodearon y ella quiso compartir todo ese fuego, toda esa magia con él. Buscó su boca con avidez, ciega y sorda a nada que no fuera él y el vínculo que compartían. Niall le devolvió el beso unos instantes, pero se apartó demasiado rápido.

Demasiado rápido, demasiado poco.

Enloquecida, Marta rugió de necesidad, llamándolo, exigiéndole, muriéndose por seguir sintiendo, por seguir creando y compartiendo y destruyendo.

—Déjalo ir, pajarito —susurró Niall—. Déjalo ir o te romperá.

¿Dejarlo ir? No. No quería dejarlo ir. Era suyo, era su magia, era su fuerza. No quería dejarla ir. Quería sentirla y sentirla con él.

—Duérmela —exigió Aidan.

—Hay formas mejores, *deartháir* —replicó Niall. Y, sin más, se inclinó sobre ella y la tomó en sus brazos, ignorando los gritos de protesta de Aidan y Roi tras de sí.

A Marta no le importaba. Ella también estaba ignorándolos. No quería escucharlos. Solo quería sentir el roce del poder del hada en su piel. Quería ser magia



y crear magia. Se abrazó con más fuerza a Niall y buscó sus labios de nuevo mientras él la cargaba escaleras arriba.

En cualquier otro momento, después de una batalla en la que se había jugado el pellejo, y de la que había salido cubierto de la cabeza a los pies con el hedor insoportable de otra criatura, Niall solo habría tenido en mente perderse en el bosque y sumergirse en el río, tanto para reponer fuerzas como para limpiar su cuerpo —y, de paso, su cabeza— de los restos del combate. Y ni los dioses reunidos en un tribunal divino ante él podrían haberle hecho cambiar su destino.

Pero había muchas diferencias entre otras luchas y la que acababan de mantener, y la mujer que sostenía entre sus brazos, quemándose por la fuerza de un poder que no sabía cómo controlar ni cómo dejar marchar, solo era una de ellas.

Todavía podía sentir la intensidad de la magia de la meiga corriendo por su piel, inundando su sangre y su esencia, haciéndolo sentir más vivo que nunca y más fuerte que nunca a pesar de todo lo que se había dejado en la pelea. Y a pesar de las vueltas que daba su cabeza, enloquecida no solo por la intensidad de ese poder embriagador, sino por toda la información que intentaba ordenar y clasificar.

Un solo acto, un solo instante de magia... y tantas respuestas.

Ahora comprendía tanto y sabía tanto, que le llevaría horas procesar todos los datos. Horas a solas, horas meditando y recordando, horas disfrutando del conocimiento y los cambios que este traería consigo.

Pero eso sería después, cuando hubiera logrado calmar a la meiga. Más tarde, cuando ella ya no estuviera en peligro de quemarse al calor de su propio fuego como una polilla atraída por la luz.

—¡Niall! ¡Espera, joder! —rogó Aidan a sus espaldas.

Niall se detuvo un instante para mirar sobre su hombro. Aidan subía las escaleras apresurándose junto a Roi, que, tan encharcado en sangre como él mismo, parecía tener toda la intención de continuar con la pelea... con él. Irritado, los ignoró y siguió caminando.

—Por si no te habías dado cuenta, *fiordhraoi*, tengo cosas que hacer ahora mismo —gruñó—. No tengo tiempo para sermones. Ni para más peleas —añadió por encima de su hombro hacia Roi.

—No, más peleas no. Nada de peleas —ronroneó la meiga en sus brazos, intentando alcanzar sus labios—. Besos. Magia.

—Nada de peleas, pajarito —la serenó Niall, inclinando la cabeza para recibir su beso.

—Niall —intentó razonar Aidan, colocándose delante de él para detenerlo—. Puedes dormirla, puedes...

—Y cuando se despierte estará igual y lo sabes —replicó Niall, irritado por la interrupción—. Dormirla no servirá para nada, a no ser que quieras tenerla dormida

hasta que se abra a sí misma en sueños.

—Pero hay más soluciones —intervino Roi, controlando a duras penas su mal genio—. No te acuestes con ella en ese estado, las consecuencias...

—Por supuesto que voy a acostarme con ella —rezongó—. Pero, tranquilo, lo que no voy a hacer es follar con ella, si eso es lo que te preocupa —añadió de mal humor, ansioso por librarse de las dos puñeteras voces de una conciencia que no creía poseer. Ellos lo miraron con un escepticismo indignante—. ¿Os importaría dejar de insultarme, joder? —dijo ofendido—. Jamás en mi puta vida me he follado a una mujer que no estuviera dispuesta, y no voy a empezar ahora.

—Bueno, parece bastante dispuesta —comentó Aidan con gesto crítico, mirando cómo la meiga frotaba la nariz contra su cuello.

—Está totalmente drogada con magia, aunque tú eso ya lo sabes —masculló Niall—. Así que, si os quitáis de en medio, voy a meterla debajo de la ducha y a intentar calmarla un poco. Y, de paso, a quitarme este olor de mierda. —Esquivó a Aidan y echó a andar hacia su habitación—. Mantén a tu mujer alejada de mí hasta que salga, Aidan, o vamos a tener problemas —gritó sin volverse.

—¡Te doy quince minutos! —devolvió Aidan—. Después iremos todos a tu habitación.

—No me extraña que la pelirroja tenga tan mal genio si quince minutos es todo lo que necesitas, *deartháir* —ironizó antes de cerrar la puerta de su dormitorio con un fuerte golpe tras de sí.

Se dirigió al baño sin detenerse y dejó a la bruja en el suelo, sosteniéndola contra su cuerpo mientras manipulaba los grifos de la ducha... y canalizaba su magia.

—¿En la ducha? —ronroneó ella.

Niall soltó una carcajada, divertido al ver cómo podría llegar a ser ella cuando rompiera sus cadenas y dejara hablar a la hechicera que habitaba en su interior. Si fuera posible, la dejaría tal cual estaba, impulsiva y libre, tomando lo que quería y sin pensar en nada más, borracha de poder y sortilegios. Pero, por desgracia, no podía ser. No así. Tenía que ayudarla a canalizarlo, lo que no iba a ser fácil para ninguno de los dos, y más teniendo en cuenta que a él le apetecía casi tanto como a ella compartir otro momento con su cuerpo y con su magia, pero tanto fuego sin dominar podía acabar por quemarlos a los dos y, aunque morirían felices, prefería seguir vivo.

—Sí, en la ducha, brujita —sonrió, alzándola en brazos para meterla en la bañera. Entró tras ella y se deshizo de la ropa de ambos usando el vínculo de poder que compartían. En parte porque así la ayudaría a eliminar todo ese exceso que no podía controlar, y en parte porque se moría por rozar todo esa fuerza en estado puro, tan distinta de cualquier otra que hubiera podido sentir—. Sé buena —rio, sujetando esas manos traviesas que intentaban explorar su cuerpo por todos los medios.

—No quiero ser buena —protestó la meiga—. Quiero sentirme bien. Sentirse bien es bueno —dijo, retorciéndose contra el cuerpo de Niall—. O malo. —Lo consideró un instante y rio—. Da igual, ¿no? Bueno, malo... Si es lo mismo. —Volvió a reír

con una carcajada cargada de embriaguez y se apretó todavía más contra él.

Suficiente. Niall usó su Voz para serenarla, no lo suficiente como para dormirla, pero sí para dejarla tranquila y quieta, flotando en la serenidad de los instantes previos al sueño. Intentando no prestar atención ni al cuerpo de la chica —casi imposible—, ni a todo lo que le rondaba por la mente —porque, total, ya tendría que hablarlo con los demás mucho antes de lo que le gustaría—, lavó a la bruja y a sí mismo lo más rápido que pudo, tejiendo conjuros con el poder compartido con ella para las cosas más simples, desde alcanzar el jabón hasta graduar la temperatura de la ducha. Había tanto para usar y era tan apetitoso que no le sorprendía lo más mínimo que ella hubiera perdido la cabeza al intentar contenerlo en su pequeño cuerpo.

Cuando estuvo convencido de haberse librado de hasta el último rastro de sangre hedionda, cerró la ducha y ayudó a salir a la meiga, que parecía flotar a mil kilómetros de ahí con una expresión serena y extasiada en su bonita cara de muñeca.

Aidan y los demás no tardarían en llegar, y si su amigo había conseguido inculcarle algo acerca del mundo humano, los dos deberían estar vestidos para entonces. Sin embargo, eso haría que le llevara más tiempo drenar la magia de la piel de la meiga, así que optó por una solución intermedia: la envolvió en una toalla que apenas cubría su tronco y se enroscó él mismo otra a las caderas. Después la llevó al sofá y la sentó en su regazo, donde ella se acurrucó, ronroneando feliz.

La energía fluía a través de su vínculo y chisporroteaba a cada roce de los dedos de Niall sobre la piel desnuda de la meiga. Tocar el cuerpo suave de una mujer siempre era agradable. Si ese cuerpo contenía magia, la sensación era todavía mejor. Pero si esa magia era como la que recorría el cuerpo de la bruja, podía convertirse rápidamente en una adicción a la que no le gustaría renunciar.

Cerró los ojos para disfrutar todavía más del contacto, pero su tranquilidad no duró demasiado. La puerta se abrió y, por el sonido de los pasos, Niall supo que era Aidan antes de que abriera la boca para dejar escapar un gruñido.

—¿No podías haberte vestido, al menos? —masculló.

—¿Por qué? ¿Tienes miedo de que tu mujer me vea y se dé cuenta de que se ha quedado con el más feo? —se burló—. No te preocupes, *deartháir*, si pasa eso, ya sabes que no me molesta compartir.

—Vete a la mierda —replicó Aidan en tono ligero, avanzando hasta sentarse en la cama frente a ellos, y señaló a la chica—. ¿La has serenado?

—Un poco —respondió Niall, apartándole el cabello de la frente con la mano que no estaba recorriendo de forma distraída su muslo—. No lo suficiente para dormirla, pero sí lo bastante como para poder drenarla poco a poco.

Aidan asintió y se miró las manos, enlazadas entre sus rodillas. Apartó un húmedo mechón de cabello de su frente y volvió a alzar la vista.

—Esto explica muchas cosas —dijo.

—Sí, así es —confirmó Niall.

—Pero también abre más interrogantes —concluyó.

Niall recolocó a la bruja en sus rodillas, apretándola más contra él.

—Déjamelos a mí —pidió—. Yo me encargo de la chica, tú encárgate de todo lo demás. Ella es asunto mío.

—Sabes que no puedo hacer eso —protestó Aidan, sacudiendo la cabeza en un gesto de negación—. Si es tu problema, es mi problema, *anamchara*.

—Ya hablaremos —sonrió Niall, agradecido—. Pero no ahora mismo. Tu mujer está viniendo hacia aquí y no parece muy contenta —aclaró con malicia.

—Pues espera a que te vea... —suspiró Aidan con resignación.

Niall rio entre dientes al ver la cara compungida de su amigo. Pobre hombre, toda la vida diciendo que lo que le gustaban eran las mujeres poco complicadas y fáciles de llevar, y había tenido que enamorarse de un huracán de pelo rojo y casi incontrolable. Sin embargo, estaba convencido de que Aidan no lo lamentaba ni por un instante. Primero, porque estaba loco por ella, tuviera su magia o no, y segundo, porque la vida así era muchísimo más interesante.

El susodicho huracán entró en la habitación seguida por Roi y Laura, y se dirigió sin vacilar hacia Aidan, que le dedicó su mejor sonrisa de «soy un buen chico». Niall no tenía ni idea de por qué seguía haciendo eso si nunca funcionaba, pero imaginaba que su amigo no perdía las esperanzas de llegar a controlar sin magia el mal genio de la pelirroja... algún día.

—O'Cleary, ya han pasado los quince minutos y llevo esperando en esa hab... — Se detuvo de golpe al girarse para señalar la puerta y encontrarse con la sonrisa irónica de Niall, recostado en el sillón con la meiga ronroneando en sus brazos—. ¡Marta! —se espantó.

—Déjame, Diana, dejadnos todos —barbotó la bruja, enterrando su nariz en el cuello de Niall. Este sonrió y llevó una mano a su cabeza, acariciándole el cabello.

—¿Quince minutos? —dijo Niall, ignorando su enfado y dirigiéndose hacia Aidan.

—Sí, bueno, tenía que darme tiempo —replicó este en tono indiferente.

—Cada vez es más fácil usar la magia, ¿eh? —se burló Niall, sin prestarle atención a Diana, que miraba a uno y a otro estupefacta.

Roi pasó delante de ella como si fuera lo más normal del mundo encontrarse a una mujer a punto de hervir en su propia rabia —y en realidad, viendo el historial del grupo, casi podría decirse que lo era— y se sentó en la cama junto a Aidan. Laura dejó su inseparable teléfono y se situó junto a Diana, haciendo frente común con ella. Niall no sabía muy bien si contra él o contra la bruja.

—Marta, ¿qué estás haciendo? —preguntó Laura en tono severo.

—Lárgate tú también, Laura —protestó la meiga sin levantar la cabeza—. Niall, díles que se vayan. No quiero hablar, quiero besos.

—Sí, cada día es más fácil —murmuró Aidan, su voz apenas audible entre el coro de voces hablando al mismo tiempo y llenando la habitación con sus gritos—. ¡Silencio todo el mundo! —ordenó con esa nueva autoridad mágica que emanaba de

su voz sin necesidad de recurrir a la del druida—. ¡Sentaos y calmaos!

Las chicas parecieron despertar de un sueño. Parpadearon, miraron a su alrededor y buscaron asiento donde pudieron: Diana junto a Aidan —siempre necesitada de su toque por muy enfadada que estuviera— y Laura en el alféizar de la ventana, lo más alejada de Roi que le permitía el espacio disponible en el cuarto.

—Me encanta ese truco —canturreó Niall.

—¿Cómo está la chica? —intervino Roi, estudiando la escena que ambos componían con ojo crítico.

—Borracha perdida —sonrió él—. Pero se pondrá bien, ¿verdad, brujita? —preguntó, bajando la cabeza para mirar su carita adormecida. Ella aprovechó para buscar sus labios y Niall le devolvió el beso con pasión. En parte porque le apetecía saborear de nuevo la magia de sus labios, pero también porque siempre era divertido provocar a las chicas. Tal y como esperaba, Diana dejó escapar un resoplido a mitad de camino entre la indignación y la repugnancia y Laura jadeó asombrada—. Supongo que mañana habré conseguido drenarla lo suficiente como para que vuelva a razonar —explicó al deshacer el beso.

—Bien —aprobó Roi—. Y discúlpame por lo de antes. Creí que...

—Sé lo que creíste, *a'chara* —interrumpió Niall, rechazando sus innecesarias disculpas con un gesto despreocupado—. Y en cualquier otro momento, quizá habrías tenido razón. Pero no estoy tan loco: su magia podría habernos destrozado a los dos.

—¿Tan fuerte es? —preguntó Roi dubitativo—. Tú eres agua, al fin y al cabo.

—Si no os importa —interrumpió Aidan—, me gustaría terminar de aclarar otras cosas antes de entrar en eso, o el que va a terminar destrozado voy a ser yo.

Roi disimuló su sonrisa tras el dorso de una mano que alzó hasta su barbilla en un gesto afectado.

—Por supuesto, mi querido amigo —dijo con una seriedad admirable, dado el brillo de humor que bailaba en su mirada—. Discúlpame, no era mi intención causarte problemas con tu mujer.

—Vale —gruñó Aidan, irritado. Niall no sabía muy bien si con Roi, o con las carcajadas que él no se estaba molestando en disimular. Ignorándolos a ambos, se volvió hacia Diana—. *A'ghrá*, sé que estás enfadada, pero hice lo que tenía que hacer para protegerte.

—¡Me dejaste encerrada mientras te jugabas la vida, Aidan! —exclamó la pelirroja, furiosa—. ¡Y yo lo estaba viendo todo y no podía ayudar!

—Lo hice para protegerte —se empecinó Aidan—. Siempre haré lo que tenga que hacer para protegerte, aunque te enfades conmigo por ello. Eres mi mujer y mi magia, *a'ghrá*, y no voy a dejar que te pongas en peligro de forma innecesaria.

—Eso es muy machista —rezongó Diana, aunque un poco ablandada por la cara de cordero degollado que Aidan estaba componiendo con bastante éxito.

—De hecho, no lo es, calabacita —intervino Niall. Ella se volvió para fulminarlo con la mirada y sus ojos cayeron sobre la mano que acariciaba el muslo de la meiga.

Él esbozó una amplia sonrisa en respuesta—. No se trata de que seas una mujer, se trata de que no puedes defenderte. Si él fuera el humano y tú quien controla la magia, el que habría estado encerrado en esa habitación habría sido él.

—Sí, ya, y voy yo y me lo creo —masculló ella.

—Me importa un huevo que no te lo creas —replicó Niall—. Machismo, feminismo... Eso son mierdas humanas. Hombre y mujer son igual de necesarios e igual de capaces... si son igual de capaces, claro. La meiga estaba con nosotros y te aseguro que soy muy consciente de que es una mujer —concluyó con una mueca maliciosa que provocó un nuevo resoplido indignado de la pelirroja.

—¡Esa es otra! ¿Qué diablos estaba haciendo Marta ahí y qué diablos le pasa? —preguntó casi a gritos, saltando en su asiento para volverse hacia Aidan—. Aidan, si este imbécil...

—Estaba con nosotros para crear un círculo de tres, *a'chuisle* —explicó Aidan con paciencia—. Y fue gracias a ella que ganamos. Ella invocó el fuego que espantó a los *nukelavee*.

—¿Marta? —inquirió Laura con evidente sorpresa—. ¿Ese fuego que vimos lo invocó ella?

—Sí —respondió Niall mientras una extraña oleada de orgullo le recorría el cuerpo—. Es una bruja de fuego —añadió en tono reverente.

—Sí, y es increíble —apostilló Aidan en un susurro.

—No ha habido brujas de fuego desde... —empezó Roi en dirección a las chicas, manteniendo también un tono bajo, como si pronunciar las palabras en voz alta pudiera hacer que todos despertaran del sueño que estaban viviendo—. Desde nunca, en realidad. Jamás he visto u oído hablar de una bruja de fuego, más allá de las leyendas.

—El fuego es un elemento demasiado poderoso y demasiado volátil para los humanos —aclaró Aidan, removiéndose incómodo en su asiento—. Si alguna vez hubo brujas de fuego, y estoy convencido de que no es así, o yo sabría de ellas, su poder debió de consumirlas antes de alcanzar la madurez.

Diana y Laura observaron a uno y a otro y se contemplaron entre ellas, confundidas. Por fin, su vista cayó sobre Marta de un modo que Niall encontró muy ofensivo, como si no acabaran de creerse que su amiga podía ser tan especial.

—No la miréis así —dijo, indignado, estrechándola más contra su cuerpo, como si así pudiera protegerla de la incredulidad de sus amigas—. No merece esas caras de sorpresa. Que vosotras...

—Niall, calma —medió Aidan, inclinándose hacia él para rozar con suavidad el brazo que sostenía a la meiga. El gesto, aunque no tenía nada de mágico, consiguió serenarlo por lo que había de afectuoso en él—. Es una sorpresa para todos, no pretenden ofenderla. —Y antes de que Niall pudiera decir nada, continuó hablando hacia las chicas—. El caso es que no hay precedentes para lo que ella es. Y solo podemos agradecer que Niall sea agua, o las cosas se pondrían muy feas para Marta.

—No creo que ella tenga nada que agradecerle precisamente *a él* —masculló Diana.

—Te equivocas, *miña dona* —intervino Roi al instante—. Sabes que no suelo estar de acuerdo con nada que tenga que ver con *ese* —explicó. Niall sonrió al escuchar el tono de insulto con el que pronunció el pronombre—, pero en este caso hasta yo agradezco que esté con nosotros. Él es el único que puede drenar el poder de Marta y hacerlo soportable, que es, precisamente, lo que está haciendo ahora mismo —dijo, volviéndose hacia Niall al terminar la frase.

Este agradeció su intervención y su comprensión con una inclinación de cabeza que Roi devolvió, sonriendo apenas.

—Yo lo único que veo es que mi amiga parece estar borracha o drogada... —empezó Laura con irritación.

—Así es —interrumpió Aidan—. Está borracha de poder. La consume y no sabe cómo canalizarlo. Es demasiado inexperta y sabe que... —vaciló—. Bueno, hasta donde ella... Es decir, su experiencia hasta ahora...

—Yo le enseñé que el sexo libera su magia y la ayuda a rozar la mía y por eso no puede dejar de tocarme —aclaró Niall, harto de tantos rodeos—. Pero si folláramos ahora mismo, su fuego acabaría por destrozarme a mí también. —Se encogió de hombros, en absoluto impresionado por las miradas de indignación de las chicas, o las de desesperación de sus amigos que, por otra parte, ya se esperaba—. Así que el único modo que tengo de ayudarla es drenar poco a poco el poder de su cuerpo.

—Metiéndole mano —espetó Diana.

—Yo no he dicho que fuera un sacrificio ayudarla —replicó Niall sonriendo de oreja a oreja.

Al ver que su mujer parecía a punto de saltar del asiento y abalanzarse sobre Niall, Aidan se puso en pie con calma, se encaminó hacia la puerta del baño y la abrió de par en par. Las ilusiones de fuego y agua que Niall había estado recreando para liberar el poder de la meiga revolotearon por la habitación. Al momento, las gemelas se materializaron en el centro del cuarto, persiguiéndolas entre risas entusiastas.

Niall soltó una carcajada alegre al ver la escena, a pesar de que Roi sacudía la cabeza con resignación y Aidan parecía no saber cómo solucionar el pandemonio que había creado con su acto irreflexivo. Al menos, había conseguido acallar a las chicas, que miraban las figuras con forma de mariposas y ninfas que revoloteaban por la habitación, congeladas en su sitio y con sus rostros convertidos en la más perfecta máscara del asombro.

Compadeciéndose de Aidan, Niall decidió intervenir.

—Niñas, id abajo a jugar. —Al ver que las gemelas parecían dispuestas a embarcarse en una de sus rabietas, se apresuró a añadir—: Os estarán esperando cuando lleguéis al salón.

Con sendos chillidos de alegría, las niñas desaparecieron con su acostumbrada explosión de luz y Niall envió sus ilusiones tras ellas. Al día siguiente alguien iba a



pasar mucho tiempo poniendo en orden el salón, pero eso ya no era su problema.

—¿Qué diablos era... eso... esas... cosas? —balbuceó Diana.

—Ilusiones que Niall está creando para no quemarse con la magia de Marta —explicó Aidan, volviendo a su asiento—. Drena la energía de su piel tocándola y...

—Metiéndole mano —interrumpió Niall, aburrido ya de la conversación y con ganas de buscar pelea. Si no iban a dejarlo solo con la meiga, al menos tendrían que ofrecerle tanta diversión como ella.

—Cierra el pico, *sídhe* —ordenó Aidan fulminándolo con la mirada—. Aún quedan unas cuantas cosas por aclarar y me gustaría dormir algo esta puta noche, si no te importa.

—Claro, solo intentaba ayudar —replicó Niall.

Aunque se esforzó en mostrar la más inocente de sus sonrisas, el hada supo que Aidan no se la había creído ni por un momento.

—¿Por dónde iba? —preguntó el druida, mientras apartaba el cabello de su frente con un gesto que tenía bastante de desesperación.

—Decías que Niall necesita tocar a Marta para drenar su magia —ayudó Laura—. Y supongo que con esa magia crea esas ilusiones.

—Sí, exacto —aprobó Aidan—. Y puede hacerlo solo porque él es agua. El agua es el único elemento que puede ayudar al fuego o, al menos, eso es lo que se dice.

—Y, al parecer, es cierto —asintió Roi—. Por una vez vamos a tener que agradecer a los dioses sus pequeños milagros en lugar de soportar su depravado sentido del humor. Si el poder de nuestro hada se basara más en otro elemento, Marta estaría condenada. —Miró hacia Niall, por una vez, sin agresividad—. ¿Es ese es el motivo por el que ha podido vincularse con tu magia?

—Sí —respondió Niall—. O eso creo. El fuego en ella ansía el agua que hay en mí, aunque ni ella sea consciente de ello.

—Una inesperada consecuencia más del ritual a la Diosa —comentó Roi—. Pero está bien —se apresuró a añadir antes de que Niall pudiera replicar con alguna salida de tono—. Si llegan a madurar sus poderes sin una criatura mágica de agua cerca... —Sacudió la cabeza intentando alejar las imágenes que esa idea debía de despertar en él.

—No merece la pena preocuparse por lo que no ha sido y no va ser —sentenció Niall—. Y, si no os importa, preferiría dejar el tema por ahora. Necesito descansar y antes quiero serenar a Roi.

Roi alzó la vista a la velocidad del rayo, exigiendo respuestas con su simple mirada.

—¿Has probado las visiones de su sangre? ¿Qué has visto? —lo azuzó.

—No puedo afirmarlo con seguridad, ya lo sabes, pero creo que, si necesitamos apresurarnos, deberíamos centrarnos en los *Fomore*. Y en historias de agua y mar —añadió.

Aidan le dedicó una mirada incrédula.

—No has podido ver eso —rechazó.

—No, pero sí he podido deducirlo —replicó Niall con indiferencia—. No fue solo que Marta los hiciera arder, es que antes de que invocara la canción del fuego, ellos ya estaban aterrorizados al sentir la marca de su elemento. —Aidan abrió la boca para discutir y Niall se apresuró a alzar un dedo en su dirección—. No, *fiordhraoi*, lo dije en serio: necesito descansar. Id abajo y habladlo, y mañana, cuando la meiga esté bien, volveremos a discutirlo. Por favor —añadió solo para Aidan, sabiendo que él entendería su necesidad de silencio y tranquilidad.

Después de unos segundos, en los que ambos se dijeron sin palabras mucho más de lo que los demás podrían entender en años, Aidan asintió.

—Muy bien, todos fuera —ordenó con una voz que no dejaba resquicio para protestar—. Seguiremos esta charla en otro sitio.

Poco a poco, todos fueron saliendo de la habitación, dejando a Niall solo con Marta, su magia y un millón de cuestiones dando vueltas en su cabeza que necesitaba ordenar y aclarar para aclararse él mismo.

Cuando Aidan cerró la puerta tras él, no sin antes recordarle que estaría en su dormitorio si lo necesitaba para lo que fuera y a la hora que fuera, Niall se puso en pie con la chica en brazos. La tumbó en la cama y se acostó junto a ella tras deshacerse de las toallas que le impedían sentir toda su piel contra la de él.

—¿Vamos a jugar ahora? —preguntó ella adormecida.

—No, pajarito —sonrió Niall—. Duerme y descansa y jugaremos por la mañana... Si es que nadie viene antes a tocarme las pelotas —sonrió, apagando la luz de la habitación con la magia de ambos.

Marta nunca había sido de esas personas que se levantan de golpe, pletóricas de energía y dispuestas a enfrentar el día sin detenerse ni a pensarlo; tampoco era de esa gente a la que le cuesta despertar, que se dejan caer de la cama de mal humor y no se encuentran en un estado cercano a la humanidad hasta haber ingerido varias dosis ingentes de cafeína. Ella, más bien, se hallaba en un estadio intermedio entre ambas: salía del sueño poco a poco, sin apresurarse, pero sin detenerse, usando de esos momentos de semivigilia para analizar sus recuerdos del día anterior y los sueños que estos habían provocado.

Cuando creía tener todo bien ordenado en su cerebro y ya sabía lo que iba a depararle el día, abría los ojos con calma y se desperezaba sin prisas, dispuesta a empezar su rutina sin sobresaltos. Sin embargo, cuando esa mañana, todavía flotando en brazos del sueño, intentó poner en orden su memoria, se encontró con que no había nada después del momento en que había sentido ese poder increíble recorriéndola; esa fuerza que había extraído del fuego que ardía en los ojos de los fantasmas. Nada salvo un par de imágenes sueltas que le hicieron comprender que ella —y nadie más que ella— había acabado con casi todos sus atacantes y había hecho huir al resto.

Pero no venía a su mente ni una imagen, ni una simple idea de cómo había llegado a su cama —si es que esa era su cama— o de qué había pasado el resto de la noche. Incómoda, se agitó entre las sábanas y se dio cuenta de que no estaba durmiendo sola. Percibía el calor de un cuerpo tras ella, el peso de un brazo rodeándola y aferrándose a su pecho y la caricia de un muslo enredado entre los suyos.

Solo había una respuesta posible para ese enigma.

—Niall —susurró.

—Ya era hora, pajarito —respondió Niall, acariciándole la oreja con su aliento—. Creí que iba a tener que despertarte. Y se me estaban ocurriendo formas muy divertidas de hacerlo, la verdad —comentó, hociqueando su cuello.

¿Se había acostado con él? Era incapaz de acordarse, pero todo parecía indicar que así había sido. Estaban desnudos y en su cama, y él se estaba comportando como si quisiera continuar la fiesta donde quiera que hubiera terminado la noche anterior. Y, para su propia sorpresa, por una vez su cuerpo y su cabeza parecían estar totalmente de acuerdo entre ellos y con Niall. Se moría por dejarse llevar por sus caricias, por volver a sentir sus besos y su peso sobre ella... Y por tocar su magia.

En cuanto esa idea entró en su mente, apenas pudo pensar en nada más. Tenía que notar su magia acariciando la de ella, y tenía que notarla ya o se consumiría de impaciencia y deseo. Intentó encontrar alguno de los argumentos que solía ofrecerse a

sí misma para ser prudente en cuestiones de cama, pero su cerebro se limitó a ignorar el asunto y empujarla hacia los brazos de Niall, enviándola a satisfacer sus ansias con una sonrisa de expectación.

No tenía ni idea de por qué no estaba dándoles vueltas a las cosas, asustándose o corriendo avergonzada a esconderse en algún sitio, pero en ese preciso momento no le importaba lo más mínimo. Se sentía más fuerte y más segura de sí misma de lo que jamás había estado, y se desesperaba por compartirlo con alguien. ¿Y quién mejor que él, que siempre la animaba a liberarse y romper sus barreras?

Con un suspiro de satisfacción por la decisión tomada, se giró en los brazos del hada y lo saludó con una sonrisa.

—Buenos días —musitó.

—¿Días? —rio él—. Pajarito, son casi las dos de la tarde. Has dormido más de doce horas. —«¿Doce horas?». Ella no había dormido doce horas seguidas en toda su vida adulta. Al menos, no sin ayuda química, como había ocurrido con su ataque de ansiedad de las Navidades pasadas. Abrió los ojos de par en par, perdida en parte la languidez de su cuerpo, pero Niall la retuvo contra sí y volvió a reír—. De eso nada, brujita. Llevo horas esperando como un buen chico a que te despiertes. Ahora quiero mi recompensa —susurró buscando sus labios.

Marta se dejó llevar por el beso, confundida, pero disfrutando de cada segundo. ¿Qué diablos habían hecho la noche anterior para que ella se sintiera de ese modo y para que él la tratara como si no pudiera apartarse ni un milímetro de ella? Él giró sobre sí mismo para colocarla sobre su pecho y, durante unos segundos, a Marta se le olvidó el asunto, demasiado entusiasmada al reparar en lo contento que estaba de verla. Era como si en su interior habitaran dos versiones de ella totalmente distintas: una, la Marta de siempre, con su necesidad de orden y respuestas, con su instinto de protección rogándole que aclarara las cosas antes de dar un paso más, y otra, una Marta nueva y desconocida, a la que nada le importaba aparte de la siguiente caricia o la próxima experiencia, ansiosa por saborear la vida hasta sus últimas consecuencias y sin preocuparse por nada que no fuera su propia satisfacción.

Y, para ser sincera, se alegraba muchísimo de que la segunda fuera ganando, aunque fuera de penalti injusto y en el último minuto del partido, por mucho que la antigua Marta estuviera rogándole al árbitro que reconsiderara la situación.

—Puedo oírte pensar desde aquí, brujita —sonrió Niall sin pizca de recriminación en su voz. Sus manos se enredaron en su pelo para bajarle la cabeza hacia sus labios una vez de nuevo, y ella se rindió sin más consideraciones, acallando los gritos de su antiguo yo que seguía exigiendo respuestas. De algún modo, Niall debió de escuchar las protestas de esa Marta olvidada, porque deshizo el beso y deslizó las manos hasta su cintura, para mirarla con evidente diversión—. Dime qué piensas.

Marta negó con la cabeza, reacia no solo a permitir hablar a la chica miedosa, sino también a compartir sus miedos con él, no fuera a ser que cambiara de opinión y la dejara sola en esa cama enorme, entre las sábanas revueltas y los restos de su

recién descubierta autoestima.

—Nada. Bésame —dijo, ofreciéndole sus labios.

Niall la miró con una expresión calculadora en su rostro durante unos instantes y, por fin, sonrió.

—Así que quieres que te bese, ¿eh? —bromeó, pinchándola con los dedos hasta hacerla retorcerse de la risa—. ¿Y es eso todo lo que te apetece, brujita?

Con un gesto veloz, intercambió sus posiciones, tumbándola sobre su espalda. Se abrió paso hasta colocarse entre sus muslos y las cosquillas y los juegos quedaron olvidados cuando los sustituyeron las caricias, los besos exploradores y la magia de la piel. Marta sintió los hilos del poder de Niall filtrándose en su interior y jadeó con tanta pasión como alivio. Cuando estaba ya a dos segundos de perder el control y su propia magia latía desesperada enredándose en la de él, el hada volvió a cambiar el ritmo. Se alejó de su vínculo invisible sin llegar a retirarse del todo, rozándola apenas en un toque tentador, pero ni de lejos suficiente; las manos que habían estado recorriendo su cuerpo con voracidad ascendieron de nuevo hasta acunar su rostro y él se elevó sobre sus codos para mirarla con intensidad.

—¿Qué más quieres, pajarito?

—Todo —murmuró ella.

—¿Todo? —sonrió Niall—. ¿Quieres mi magia? —Marta asintió con avidez—. ¿La quieres dentro de ti? —Un nuevo asentimiento, esta vez más ansioso—. ¿Cómo anoche? —preguntó. La antigua Marta, que se había retirado a algún lugar muy profundo de su mente a lamerse las heridas, regresó con fuerza, exigiéndole que preguntara, que se enterara de todo, que reuniera datos para que ella pudiera analizarlos. Marta intentó hacerla callar, pero el debate debió de mostrarse en sus ojos, porque Niall dejó escapar una risa maliciosa entre dientes—. No te acuerdas de nada de lo que sucedió anoche, ¿verdad?

—Yo... —balbuceó Marta, sin saber muy bien si decirle que sí lo iba a enfadar por la evidente mentira, o decirle que no lo iba a indignar porque debería recordarlo si en realidad había pasado lo que parecía que había pasado—. Bueno, yo...

Niall la sorprendió riendo a carcajadas.

—Mírate —exclamó entre risas—. Sin saber si decirme la verdad y ofenderme, o mentirme y ver qué ocurre. —Al ver la expresión entre confusa y molesta de Marta, sacudió la cabeza, riendo todavía, y se tumbó en la cama junto a ella. Apoyó la sien en la palma de una mano y usó la otra para seguir acariciándola de forma distraída—. Vale, aunque me muero de ganas de continuar con lo que estábamos haciendo, me parece que vamos a tener que perder unos minutos para explicarte algunas cosas.

—No, si no hace falta, yo... —tartamudeó, segura de que si él empezaba a darle detalles, la antigua Marta se pondría a dar unas voces tan fuertes en su interior que las escucharía toda la casa—. Bueno, vale... —dijo por fin al ver la mirada de él, entre exigente y divertida—. ¿Qué pasó anoche?

—¿Qué pasó anoche? ¿Así, sin más? Eso duele, pajarito —se quejó con un cierto

deje de indignación—. Algo como eso puede acabar con el orgullo de un hombre. ¿En serio no lo recuerdas? —Marta lo miró contrita y él sacudió la cabeza con aire resignado—. ¿No recuerdas que la tierra tembló, los ángeles lloraron y las esposas...? —Miró a su alrededor confundido—. Vaya, las esposas deben de haberse caído debajo de la cama...

—¿Esposas? —farfulló Marta, retrocediendo en el colchón, no sabía muy bien si para alejarse de él o de sus palabras.

Niall volvió a reír a carcajadas, muchísimo más fuertes en esa ocasión. La risa sacudía su cuerpo y hacía temblar hasta el colchón, viva, vibrante y auténticamente divertida, y Marta no supo muy bien si ofenderse o acompañarlo en esa explosión de alegría.

—No pasó nada, brujita —dijo cuando consiguió calmarse—. Al menos, nada que tuviera que ver contigo y conmigo jugando sobre este colchón. Pero sí hay un par de cosas que debes saber. —Se incorporó hasta quedar sentado contra el cabecero y la atrajo hacia él. Marta volvió a sorprenderse por esa necesidad que parecía sentir de mantener sus manos sobre ella en todo momento, pero, como ella misma estaba más tranquila cuando eso ocurría, ni se molestó en resistirse—. ¿Hasta dónde recuerdas? —preguntó con suavidad.

—No sé, es todo muy confuso —murmuró ella, meditándolo un instante—. Recuerdo la pelea. Y recuerdo el fuego.

—¿Recuerdas que era tu fuego, brujita? —inquirió Niall con un deje interesado en su voz.

—Sí —asintió Marta sin dudar—. No tenía fuerzas y ya no podía conseguirlas de ninguno de los otros elementos, así que me acordé del fuego. —Sonrió—. Y fue como si me cargaran las pilas, Niall. Fue... —Gesticuló ante sí, incapaz de encontrar las palabras oportunas para describir la experiencia.

—Sí, lo imagino. ¿Y de dónde sacaste el fuego? No había hogueras, ni...

—De los ojos de las gemelas —respondió ella—. Vi que...

Niall interrumpió su explicación con una larga parrafada de evidente asombro en gaélico. Marta parpadeó, confusa, dejando que la curiosidad y la duda se filtraran en su expresión.

—Joder, no puede ser verdad —exclamó él, atónito—. No solo buscaste la magia del fuego, buscaste la magia de un fuego *mágico*.

—Bueno, no tenía otro —se justificó Marta al ver que él parecía casi enojado.

Niall se giró para sujetarla por los hombros y mirarla con severidad.

—No vuelvas a hacerlo, ¿me oyes? —la increpó—. Busca una hoguera, enciende una puta cerilla, pero nunca, jamás, vuelvas a tocar fuego mágico, ¿está claro?

—Sí, yo... —balbuceó ella, confundida y nerviosa. La antigua Marta asomó la cabeza y le sugirió que quizá era el momento de permitirle tomar el control. Para dejar escapar unas lágrimas, o para asustarse un poco, o...—. Pero no sé qué he hecho mal, yo creía...

—No hiciste nada mal, pajarito —la interrumpió Niall, suavizando su tono—. No podías saberlo. Nadie podía saberlo. —Suspiró y volvió a atraerla al abrigo de sus brazos—. Eres una bruja de fuego. —Ella alzó la cabeza para mirarlo y Niall sonrió—. Eso quiere decir que tu energía, tu magia, se fortalecen con el fuego.

—Y eso es... —empezó Marta. Y se detuvo al darse cuenta de que iba a preguntar si era bueno o malo y Niall no sabría qué responderle—. ¿Eso qué significa?

—Significa que tienes un poder increíble, meiga, pero también que ese poder puede consumirte y acabar contigo. Ayer estuviste muy cerca. Demasiado cerca. Tenías tanto fuego corriendo por tu piel que a punto estuvo de destrozarte. Y por eso no recuerdas nada: estabas borracha de pura magia. Drogada por la energía de las llamas —explicó, abrazándola con más fuerza cuando ella se estremeció de miedo—. Si yo no llego a ser agua, podrían haberte destruido.

—No entiendo —gimoteó Marta, demasiado asustada como para reprimirse, o reprimir a la mujer temerosa que todavía habitaba en su interior pugnando por manifestarse—. No entiendo nada, yo...

—Tranquila —musitó Niall. Se inclinó sobre ella y rozó sus labios en un beso cargado de dulzura que la serenó al instante—. No es mucho lo que puedo contarte —dijo al apartarse, aunque mantenía sus manos y esa magia que la tranquilizaba unidas a ella—. Hasta ayer, creía que las brujas humanas de fuego eran una leyenda. El fuego es un elemento demasiado intenso para los mortales. Puede daros muchísimo poder, pero también podéis abrasaros en él.

Marta solo tuvo que darle vueltas un segundo. Al parecer, a su cerebro no le costaba lo más mínimo encajar datos cuando estos llevaban a una conclusión terrorífica.

—¿Me estás diciendo que mi magia va a matarme? —gimió.

—No —se apresuró a contestar Niall—. No, eso no va a pasar. Tú eres fuego, pero yo soy agua, brujita. Mi agua serena tu fuego y te ayuda a controlarlo. Y tu fuego incita al agua que hay en mí a volverse más fuerte. La seduce y la fascina. —Meditó un segundo, mientras la cabeza de Marta daba vueltas a toda velocidad, cuadrando datos—. Hay muchas combinaciones de elementos. Unas potencian, otras calman, pero ninguna es tan necesaria, tan simbiótica, como la del fuego y el agua. Y eso fue lo que pasó anoche —concluyó de forma apresurada, como si quisiera apartar alguna idea molesta—. Estuve drenando la magia de tu piel, ayudándote a canalizarla y hacerla soportable.

Demasiados datos. Demasiadas variables, demasiadas dudas y demasiadas preguntas. Marta apenas entendía lo que le estaba explicando Niall, ni mucho menos entendía sus consecuencias. Así que, por primera vez en sus veintisiete años de vida, su cabeza dio un salto mortal, dejó aparcado en algún lugar recóndito de sus bóvedas mentales todo lo que no estaba preparada para analizar y se lanzó a lo más simple.

—¿Nada de sexo, entonces? —preguntó, intentando sonreír.

—No, nada de sexo —protestó Niall en tono lastimero. La miró con una cara de perrito apaleado que cuadraba tanto con su personalidad como un cascabel colgando del cuello de un tiburón. Marta no pudo por menos que reír al ver cómo exageraba todavía más su expresión para seguir lamentándose—. Me he pasado toda la noche desnudo junto a una mujer llena de magia y lo único que he hecho ha sido rozarla con mis dedos. Ha sido una tortura —gimoteó—. ¡Y tú te ríes!

—Lo siento —dijo ella sin dejar de reír—. Lo siento, pero es que... —se detuvo cuando las carcajadas arreciaron al ver su expresión falsamente indignada.

—En serio, mujer, ¿qué piensas hacer para compensarme? —exigió saber.

—¿Compensarte? —sonrió Marta.

—Eh, te he salvado la vida —se defendió Niall—. ¡Y a costa de mi salud mental! Así que, dime, ¿qué vas a hacer?

—No sé... —replicó ella, dejando hablar a esa nueva Marta segura y coqueta que había encontrado en su interior al despertarse—. ¿Tienes algo en mente?

Niall esbozó una sonrisa maligna que casi le partía la cara en dos. La estrechó contra su cuerpo y se deslizó hasta quedar tumbado junto a ella.

—Seguro que algo se me ocurre, brujita —anunció—. Seguro que sí —repitió, atrayéndola hasta sus labios.



Había cambiado.

Había cambiado tanto en una sola noche que apenas podía reconocerse a sí misma y, sin embargo, había encontrado la forma de mantenerse cuerda a pesar del fiero debate que Niall podía ver en su interior con tanta claridad como si lo expresara en voz alta. Y a pesar del poder que todavía la llenaba como un vaso a punto de rebosar.

Parte del cambio estaba en su expresión, en su mirada, más firme y menos temerosa, en su voz y en la postura de su cuerpo. Otra parte era mucho más sutil, menos visible, y Niall se moría por explorarla. Adoraba los cambios y todo lo que traían consigo, y no se le ocurría mejor modo de adentrarse en ellos... que adentrándose en la mujer que los escondía.

Durante la noche ya se había dado cuenta de que no solo el fuego de la meiga rogaba por su agua, sino que también su agua parecía serenarse al roce de su fuego, y eso era tan relajante como fascinador. Su magia siempre había sido impulsiva y brutal, más afecta a las tormentas y los mares en tempestad que a los claros arroyos y los lagos tranquilos. La tierra no conseguía frenarlo por fuerte que fuera y el aire no hacía sino erizarlo más. Por eso nadie había dudado jamás de que sería un guerrero: su elemento era demasiado fuerte y demasiado incontrolable como para permitirse otra cosa, y solo la madre de Aidan, quién sabía por qué o cómo, insistía en que había más en él que esa magia destructiva y feroz. Y solo Aidan, su amigo del alma, su hermano, conseguía calmar ese poder ávido y furioso en su interior.

Hasta entonces.

Si hubiera sabido antes que el fuego lo serenaría tanto, lo habría buscado hasta en el fondo de la sima más profunda, pero, incluso entre los suyos, el fuego era una rareza.

Pero ya pensaría en eso. Ya tendría tiempo de meditarlo, de hablarlo con Aidan, de buscar en sus recuerdos y de encontrar respuestas. Ese no era el momento. Ese era el momento de disfrutar del cuerpo de la meiga, de acariciar su piel y su poder y de deleitarse con el camino que los llevaría a los dos al éxtasis.

Y después de toda una noche infinita, sin poder hacer nada más que jugar con su magia, por la Diosa que ese camino iba a ser largo.

—Niall —suspiró ella cuando sus labios comenzaron el trabajo de cartografiar hasta el último centímetro de su piel—. Niall, dámela —exigió.

Él sonrió complacido contra la suave piel de su cuello. Apenas dos días atrás, ella ni siquiera se atrevía a susurrar algo más que un gemido avergonzado, o a balbucear algún ruego casi inaudible. Hoy reclamaba lo que creía que le pertenecía por derecho propio, y él estaba más que dispuesto a concedérselo.

Descendió por su cuerpo para saborear sus pezones, que se irguieron orgullosos

hacia él. Ella arqueó el cuerpo para ofrecérselos, gimiendo al sentir cómo el roce de su lengua aliviaba el ardor de su piel. Niall extendió su magia hasta rozar la de ella, ansiando él mismo el contacto que lo había mantenido despierto gran parte de la noche y al que casi se había vuelto adicto. Esperaba algo distinto, por supuesto. Dos poderes bailando juntos siempre eran mucho más intensos que uno solo llevando el control, pero ni siquiera sus experiencias anteriores con ella lo habían preparado para la súbita explosión de brasas y agua hirviendo que sacudió su cuerpo hasta la médula, acercándolo tan peligrosamente al borde que a punto estuvo de no controlarse y perder la batalla antes siquiera de haberla comenzado.

Y ver cómo la chica dejaba escapar un grito de éxtasis y triunfo al tiempo que se retorció entre sus brazos no lo ayudó demasiado a mantener la serenidad. Apretó los dientes y cerró los puños, pero la marea que ascendía por su columna era demasiado fuerte, demasiado arrolladora para pensar siquiera en mantener el control. O, al menos, para mantener el control sin quebrarse en el proceso.

Aguardó hasta que ella dejó de revolverse en sus brazos, con el cuerpo en tensión y la locura del poder puro ardiendo en su sangre. Fueron unos segundos, pero en ellos estaba contenida toda una eternidad de deliciosa tortura que saboreó a cada instante. Ella ronroneó y acarició su espalda, enroscando las piernas alrededor de su cintura con una expresión salvaje y libre en su rostro, turbadora hasta el delirio.

—Vamos a jugar, Niall —sonrió—. Vamos a jugar con la magia.

—¿Quieres jugar, brujita? —jadeó él, burlón—. Pues vamos a jugar de verdad. Aguanta —ordenó, olvidando su proyecto de cartografiar su cuerpo y entrando en su interior con una única embestida salvaje, que ella recibió con un nuevo grito de placer—. Sígueme, *a'ghrá*. No te quedes atrás —dijo, cabalgándola sin piedad.

Y ella lo siguió sin dudar. Lo siguió en sus embestidas, adaptándose a su ritmo, clavándole las uñas hasta desgarrarle la piel, asfixiándolo con sus piernas enroscadas en torno a su cintura como bridas; lo siguió en la magia, que bailó con la de él, conjurando el rayo y la tormenta, los fuegos fatuos y el temporal; y lo siguió en el camino a la locura, libre por fin, tan desinhibida y única como lo era el fuego en su interior que lo arrastraba sin esfuerzo.

Y cuando ella gritó por fin, llevada por la fuerza de su liberación, Niall la acompañó con un grito agónico, arrastrándose por el precipicio del placer hasta caer rendido en sus brazos, saciado, exhausto y pletórico de poder en estado puro.

Solo cuando recordó cómo era eso de volver a respirar y abrir los ojos, se dio cuenta de que llamas de fuego frío y azulado rodeaban la cama, ardiendo sin quemar, ornando su unión como si la hubieran celebrado en un altar pagano de magia y locura.

—Muy chulo —jadeó sonriente, antes de volverse a besar a la bruja, que lo recibió con una sonrisa maliciosa, dispuesta a todo lo que él quisiera darle y más.

Sentada en la cama y cubierta tan solo por una breve toalla, Marta se cepillaba el pelo, húmedo todavía por la reciente ducha, mientras veía a Niall evolucionar desnudo por la habitación, buscando entre los cajones algo de ropa que ponerse.

Y era una auténtica lástima que tuviera que vestirse, a decir verdad.

Aunque ella estaba segura de que el suspiro melancólico que había imaginado nunca había llegado a escapar de sus labios, Niall la miró por encima del hombro con una sonrisa traviesa.

—¿Disfrutando de las vistas, pajarito? Las que se ven desde aquí tampoco están nada mal, no creas. Aunque se pueden mejorar. —Miró el nudo que sostenía la toalla sujeta alrededor del pecho de Marta y un segundo más tarde esta se desparramaba a su alrededor como un charco de vivo color morado—. ¿Ves? Mucho mejor —aprobó.

Para su propia sorpresa, Marta no sintió ningún deseo de gritar y volver a envolverse en la toalla, avergonzada. En su lugar, se limitó a soltar una breve carcajada, siguió cepillándose el cabello y se dedicó a disfrutar de las vistas, algo que hubiera juzgado impensable apenas unas horas antes. No sabía con exactitud a qué se debía ese cambio en su interior, pero sospechaba que tenía mucho que ver con la magia que ambos compartían. De algún modo, ese vínculo de poder parecía mucho más íntimo y más secreto que su desnudez, sus pensamientos o cualquier otra cosa que pudiera haberla avergonzado en el pasado, y la naturalidad con la que él lo afrontaba —la misma naturalidad con la que afrontaba todo, en realidad— la ayudaba a relajarse y a olvidar su timidez. Y si podía sentirse cómoda con ese vínculo, podía sentirse cómoda con todo lo demás, aunque en ese «todo lo demás» también colaboraba él.

Al contrario que el resto del mundo, salvo quizá Aidan, Marta se encontraba cómoda con Niall. Sabía que él nunca le diría nada más y nada menos que lo primero que se le pasara por la cabeza, sin filtrarlo, ni hacer que le fuera más fácil digerirlo con fingimientos; sabía que nunca la juzgaría ni la criticaría —siempre que se mostrara como era y no se ocultara tras sus barreras—, y entendía que jamás se aprovecharía de su timidez para utilizarla. Oh, Niall utilizaba a la gente a su antojo, claro, no estaba tan ciega, pero, al contrario que la mayoría de los que Marta conocía, él no tenía ningún reparo en decirlo sin rodeos.

Y se veía tan satisfecho dentro de su propia piel, que ella estaba dispuesta a usar esa ligadura de fuego y agua que compartían para ganar, al menos, una parte de su confianza.

Pero teniendo en cuenta que abajo les estaría esperando el Tribunal de la Santa Inquisición y todos sus acólitos, prefería empezar a ganar esa confianza vestida.

—Bueno —dijo, poniéndose en pie y cogiendo la toalla para volver a colocársela

—, pues voy a buscar algo de ropa y a... —La toalla voló de sus manos y se consumió en el aire, víctima de una llama fugaz. Niall, ya vestido con sus acostumbrados vaqueros destrozados y una camiseta que se caía de puro vieja, se limitó a aguantar su mirada de reprobación con una enorme sonrisa—. Muy bonito — aprobó ella sin arredrarse—. Pero no pienso ir desnuda por toda la casa y mi ropa está en mi habitación.

—Vaya, eso sí que es un problema. Tendrás que quedarte encerrada aquí para los restos... —Sacudió la cabeza en un gesto falsamente contrito, para mirarla a continuación con la sombra de una maliciosa sonrisa bailando en su rostro perfecto—. Si yo estuviera en tu lugar, esperaría en la cama.

Marta lo miró un instante y, tras dedicarle un guiño travieso, se dio la vuelta y se envolvió en las sábanas. Antes de que él pudiera arrancarlas de su cuerpo, pasó corriendo por su lado y cerró la puerta riendo como una niña tonta y sin sentir ni la más mínima vergüenza por ello.

Atravesó el pasillo correteando mientras sujetaba la sábana contra su pecho, hasta llegar a la habitación que compartía con Laura cuando se quedaban a dormir en el pazo. Una vez allí abrió la maleta y miró su ropa con gesto crítico. Por algún motivo que no tenía tiempo de detenerse a considerar porque el hambre la estaba matando, toda esa ropa que había comprado, seleccionándola con cuidado y que siempre le había encantado, ahora le parecía aburrida y sin forma, y no le apetecía ponerse ni una sola pieza. Quería algo con color, algo que conjuntara con la magia que la acariciaba, viva y vibrante en su interior.

—Tengo que ir de compras —suspiró, eligiendo una camisa y unos vaqueros como mal menor—. ¿Y yo por qué me estoy preocupando por esto precisamente ahora? —masculló, cerrando la maleta con malos modos—. Por no pensar en lo que pasó anoche, claro. O esta mañana. O en por qué me estoy sintiendo tan rara. O en... Oh, vamos, *ó carallo*.

Se vistió de forma apresurada, perdiendo el valor con cada prenda que ponía sobre su cuerpo. De pronto, era muy consciente de que tendría que bajar y sentarse en el salón con las miradas de los chicos y de sus amigas clavadas en ella, esperando la oportunidad para acosarla con acusaciones y preguntas. Los nervios comenzaron a aferrarse a su estómago y, de pronto, tenía ganas de cualquier cosa menos de bajar al salón a comer, aunque apenas unos minutos antes había estado famélica.

Se sentó en la cama, retorciéndose las manos con inquietud. La Marta tímida y apocada que la había acompañado durante toda su vida y que había permanecido en un hosco silencio durante las últimas horas asomó la cabeza y salió a la superficie, exigiendo de nuevo su espacio. Estaba planteándose si podría esperar en esa habitación hasta que se hartaran de aguardar a que bajara, cuando sintió un tirón en los hilos mágicos que la conectaban con Niall. Una sensación de paz apagó sus nervios y envió de nuevo a su yo tímido a empujones al fondo de su mente mientras el hada la serenaba con su toque mágico.

Inspiró hondo y se dirigió al salón con la cabeza bien alta y una sonrisa tranquila a modo de escudo contra las miradas que sabía que le iban a lanzar sus amigas. Y supo que esas miradas iban a ser terroríficas cuando las conversaciones cesaron en cuanto empezó a taconear por el vestíbulo. Sin detenerse a pensarlo, abrió la puerta y entró en el salón. Niall no estaba ahí —algo que debió de imaginar, porque, de ser así, lo más probable habría sido que los gritos se escucharan desde el piso superior—, pero sí todos los demás, que volvieron sus ojos hacia ella en silencio.

—Hola a todo el mundo —saludó, ignorando la mirada entre especulativa e irritada de sus amigas—. ¿Queda comida para mí?

—No sé —saltó Diana en tono irónico—. Seguro que necesitas muchísima.

—Pues la verdad es que sí —replicó sin arredrarse.

Echó un vistazo a la mesa y decidió sentarse entre Roi y Aidan, para no darle la oportunidad a Laura y Diana de ponerse a susurrarle al oído como si fueran colegialas.

Roi le tendió el pan con un gesto elegante y ella lo aceptó devolviéndole una sonrisa a modo de agradecimiento mientras extendía la mano para coger la bandeja con la pasta gratinada, uno de los platos de Laura, la única del grupo que se defendía hasta un punto aceptable en la cocina. Apenas había conseguido servirse un par de cucharadas, cuando fue consciente de la presencia de Niall al otro lado de la puerta. Disimuló una sonrisa expectante, que se amplió cuando el hada entró con un enorme bocadillo en las manos, saludando a todo el mundo con expresión alegre, como si no lo estuvieran contemplando como un pelotón de fusilamiento presto a cumplir su cometido. El hada miró a su alrededor y tiró de la silla de Marta sin miramientos.

—Hazme sitio, brujita —exigió. Antes de que Marta pudiera reaccionar, la había empujado hacia delante y había tomado asiento tras ella, colocándola entre sus piernas abiertas.

—¡Pero bueno! —exclamó Diana—. ¿Es que no sabes sentarte a la mesa como las personas civilizadas?

—¿Y desde cuándo se supone que soy una «persona civilizada», calabacita? —preguntó Niall con una amabilidad tan exquisita que resultaba más ofensiva que si la hubiera insultado. Marta no pudo reprimir una risita y él miró por encima de su hombro—. Macarrones. Me gustan los macarrones. —Ella pinchó varios macarrones con el tenedor y llevó la mano sobre su hombro hasta la boca de Niall, que se abalanzó sobre ellos como si no hubiera comido en meses.

—Por favor, esto es repugnante —protestó Diana.

—Niall... —suspiró Aidan.

—He estado pensando, *deartháir* —comentó el hada con la boca llena, como si el resto de la conversación no hubiera existido y él se acabara de sentar a esa mesa—. Hasta ahora habíamos pensado que todo había ocurrido por el poder de la tríada de las chicas y el fuego de la hoguera. —Masticó y tragó, y volvió a inclinarse hacia Marta que, obediente, le puso de nuevo el tenedor al alcance de la boca—. Pero ¿y si

fue el fuego de la meiga el que selló el conjuro y lo hizo más fuerte?

Aidan, mucho más acostumbrado que las chicas a los malos modales de Niall, se limitó a apoyar los codos sobre la mesa y considerar sus palabras.

—Eso refutaría tu teoría del agua —comentó.

—No, para nada —lo contradijo Niall—. Prueba esto, brujita —dijo, cambiando de tema de forma radical para ponerle el bocadillo delante—. Es chocolate.

—¿Chocolate con macarrones? —dudó Marta—. Y sí la refuta. Si fue mi fuego el que hizo el conjuro más fuerte, ¿cómo puede confirmar eso que es agua?

—¿Quién dice que el chocolate no va bien con los macarrones? El chocolate va bien con todo. Come —ordenó Niall, agitando el bocadillo frente a ella. Mientras Marta daba un bocado tentativo a su pan con chocolate, Niall continuó como si tal cosa—: Precisamente porque el fuego lo hizo más fuerte. Veréis, yo sospechaba que era agua por lo que le pasó a Diana...

—Sí, yo pensé lo mismo, pero si tú crees... —empezó Aidan.

—No, espera, no me interrumpas —pidió Niall, removiéndose en la silla para poder dirigirse a Aidan—. Creo que el fuego de la meiga llamó al agua del *Fomore*. Necesitaba su ayuda para controlarlo y él se vio atraído hacia sus llamas. No pudo resistirse. Es que, en serio, *fiordhraoi*, ni te imaginas lo increíble que es... Si él es agua, no habría podido resistirse a la llamada de su fuego ni aunque quisiera. Es demasiado seductora. ¡Lo que agua y fuego pueden hacer juntos es brutal! —exclamó. Un pesado silencio se extendió por la habitación mientras se apagaba el eco de sus palabras—. ¿Qué? Tiene sentido —insistió Niall—. ¿Por qué me miráis así?

Marta echó un vistazo a su alrededor, confusa, sin entender las expresiones entre meditabundas y sorprendidas que adornaban los rostros de sus amigos. Niall volvió a tenderle el bocadillo y ella le dio un mordisco porque no sabía qué más hacer mientras aguardaba a que alguien pusiera en voz alta sus pensamientos.

Por fin, fue Roi el que carraspeó con cierto aire de nerviosismo y dejó la servilleta que descansaba sobre sus rodillas en la mesa, alineándola con cuidado junto al plato.

—Amigo mío, creo que eso ha sonado, por muy ridículo que pueda parecer, como una auténtica declaración. Y me parece que, dados tu personalidad y tu historial, nadie está dispuesto a pasar por alto los problemas que eso podría acarrear —explicó en tono afectado.

Marta no pudo evitar tensarse en su asiento, como si las palabras de Roi hubieran enviado una corriente eléctrica a través de sus músculos, que se prepararon para hacerla saltar de la silla. Pero el brazo de Niall, que rodeaba su cintura, la estrechó más contra su cuerpo. La tensión se relajó al instante, apartada por la fuerza del vínculo de magia, que se intensificaba con el contacto.

—No he entendido nada de lo que has dicho, *a'chara*, pero deja —interrumpió Niall al ver que Roi parecía dispuesto a explicarse—, ya me lo contarás en otro momento. —Ignorándolo, se volvió de nuevo hacia Aidan—. Merece la pena mirarlo un poco —comentó, con la boca llena de un nuevo bocado de su pan con chocolate

—. Aún falta bastante para *Beltane* y siempre podemos cambiar de rumbo si termina por no encajar. Yo bajaré a la playa para mirar el lugar de la hoguera con lo que sé ahora —anunció en un tono que daba a entender que, hicieran lo que hicieran los demás, él estaba dispuesto a seguir su propio camino.

Aidan lo pensó unos instantes y, después de unos segundos, asintió.

—Podemos seguir esa idea por ahora —aceptó pensativo—. Las chicas pueden buscar en los libros de la abuela de la meiga y Roi en sus textos. Yo iré al pueblo, a ver si pillo al pescador y de paso compro algunas provisiones. Marta puede acompañarme para...

—No —saltó Niall.

Sus brazos se enroscaron en torno a la cintura de Marta, reteniéndola, como si esperara que Aidan la apartara de su lado de un tirón sin previo aviso. Ella parpadeó confundida, pero reacia también a alejarse del hada. El simple roce de sus brazos la tranquilizaba y calmaba toda esa corriente de magia que latía bajo su piel, pero, al mismo tiempo, la hacía sentir segura y decidida, como si al serenar y usar esa magia la ayudara a aceptarla y aceptarse. Y al entender eso, se dio cuenta de que, de algún modo, a Niall le debía de pasar algo semejante. Pero como él no tenía ningún reparo en hacer justo lo que quería sin importarle la opinión de los demás, le costaba bastante menos que a ella demostrarlo.

Una parte de sí misma, que se apresuró a acallar, le recordó que debía tener mucho cuidado. Al hada le fascinaban las novedades, pero tardaban tan poco en perder su interés como en captarlo, y Marta no se engañaba tanto como para no ver que no era más que otra novedad que no tardaría en verse relegada por algo más interesante. Sabiendo eso, lo mejor que podía hacer era correr en dirección contraria tan rápido como pudieran llevarla sus pies, antes de que el daño fuera irreparable. Sin embargo, esa otra Marta que acababa de descubrir la instaba a quedarse y disfrutar de la experiencia tanto tiempo como fuera posible.

Y a ella fue a quien acabó escuchando.

Dejó el tenedor sobre la mesa y apoyó las manos sobre los brazos que la rodeaban, disfrutando del contacto. Captó la mirada de recriminación de Diana, y la sostuvo con indiferencia, desafiándola a poner en voz alta lo que estaba pasando por su cabeza. Su amiga se limitó a sacudir sus rizos rojos con aire de reprobación.

—Niall... —suspiró Aidan—. Marta no puede ir a la playa contigo, *anamchara* —intentó razonar con su tono más amable—. Cada vez que pone un pie fuera de esta casa, aparecen criaturas hasta de debajo de las piedras que intentan patearnos el culo. Si viene conmigo, yo puedo ocultarla. Tú no.

—Pues nos quedaremos los dos —replicó Niall con serenidad.

—No me toques los cojones, hombre —se indignó Aidan—. Te conozco, sé lo que pasa, pero no puedes romper el ritmo de la vida de todo el mundo porque tengas un nuevo capricho —masculló—. La meiga se viene conmigo.

—La meiga se queda —se opuso Niall sin alterarse lo más mínimo.

La que sí se alteró fue Marta. Dio una palmada en la mesa con una energía y una rabia que no creía haber poseído jamás y miró de uno a otro de mal humor.

—La meiga está hasta las narices de que habléis de ella como si no estuviera — espetó. Para su sorpresa, su tono de voz iba ganando en intensidad a medida que iba hablando, y cada vez le resultaba más fácil seguir. Era como abrir una grieta en una presa: el agua se iba filtrando poco a poco, rompiendo todas las barreras, hasta que las reventaba sin más—. Soy adulta y tomo mis propias decisiones y no voy a dejar que ninguno de los dos me maneje. Si...

—Marta —la interrumpió Diana con los ojos abiertos de par en par, mirando a algún punto por encima de su hombro.

—¿Qué? —replicó Marta, volviéndose hacia ella—. ¿Tú también quieres dar tu opinión sobre mi vida?

—No, no es eso... —balbuceó Laura—. Es que...

—¿Qué os pasa? ¿No esperabais que me enfadara? —ironizó—. Pues estoy cansada de no enfadarme y...

Esta vez fueron las carcajadas de Niall las que la interrumpieron, resonando por toda la habitación, burlándose de las caras sorprendidas de sus amigas, y las impresionadas de Roi y Aidan. Marta se giró, dispuesta a enfrentarse también a él si hacía falta, pero su risa era demasiado contagiosa. Lo observó curiosa hasta que, por fin, consiguió serenarse. Niall se apartó el largo cabello dorado que le había caído sobre los ojos en rizos rebeldes y sonrió.

—Cuidado, pajarito —advirtió—. Si te enfadas, tu fuego se enfada —explicó, señalando la chimenea tras ella.

Marta miró en la dirección que indicaba su mano y abrió los ojos de par en par, estupefacta. En la chimenea, que cuando entró había estado apagada, ardían unas llamas voraces, de un brillante color naranja, lamiendo la pantalla protectora y amenazando con desbordarse y extenderse por toda la casa.

—¿Yo he hecho eso? —se espantó. Al no recibir respuesta, volvió a mirar hacia Niall, que la contemplaba con una sonrisa orgullosa—. ¿Yo?

—Claro, pajarito —respondió este alegremente—. Y ahora, ¿por qué no intentas apagarlo antes de que a Aidan le dé un infarto?

—Apágalo tú, Niall —sugirió Aidan—. Ella no sabe cómo hacerlo.

—Pero tiene que aprender —refutó Niall. Empujó a Marta con suavidad fuera de la silla y se levantó tras ella para guiarla frente a la chimenea. Se colocó a su espalda y, apoyando las manos en sus hombros, habló junto a su oído—. Tienes que buscar los hilos de mi magia, pajarito. Pero no te confundas o llevarás más fuego al fuego.

—No sé si sabré hacerlo —musitó Marta, agobiada.

Podía sentir en su interior el nudo que vinculaba su magia a la del hada, pero era incapaz de distinguir dónde empezaban los cabos de cada una de ellas. ¿Y si se equivocaba y elevaba más las llamas? Como si hubiera podido leer sus preocupaciones a través de su contacto, Niall rio con suavidad junto a su oreja.



—No te preocupes, pajarito. Yo estoy aquí y no voy a dejar que quemes toda la casa —dijo en tono burlón—. Ahora concéntrate —exigió.

Marta cerró los ojos y buscó dentro de sí misma, tanteando con cuidado la magia en su interior. Indecisa, recorrió el enredado bucle que la unía al hada, que aguardaba sin impaciencia tras ella. Cuando creyó saber lo que estaba haciendo, abrió los ojos y miró las llamas, ordenándoles que se consumieran.

Para su desesperación, estas vacilaron y se avivaron todavía más.

—No puedo —gimió, girando la cabeza para mirar a Niall en una súplica de ayuda.

—Claro que puedes —replicó él en tono sereno, aunque firme. El fuego volvió a descender hasta el nivel en el que estaba antes de su intento, y él apartó las manos de sus hombros para estrecharla contra su pecho—. Búscame. Puedes seguir el rastro desde mi piel, meiga.

Marta cerró los ojos y sujetó las manos de Niall unidas contra su vientre. Empezaba a seguir el rastro de su magia cuando la voz de Roi interrumpió su concentración.

—Dado que la prudencia es la mejor parte del valor, amigos míos, propongo que busquemos refugio —sugirió con su habitual afectación—. No te ofendas, Marta, querida —añadió en tono amable—, estoy seguro de que lo conseguirás, pero, como he dicho, prefiero ser prudente.

—Gracias por el apoyo, *querido* —masculló Marta en un tono casi inaudible, provocando una risita maliciosa de Niall.

—Vamos, brujita, no hagas ni caso —la azuzó Niall con la sonrisa bailando en su voz—. Apaga ya ese fuego.

Fue mucho más fácil de lo que había esperado, mucho más fácil de lo que había parecido en el intento anterior. Irritada con Roi y su falta de fe, resultaba más sencillo distinguir qué parte de la magia que compartía con Niall era la suya. Además, el roce con su piel, tal y como él había dicho, la ayudaba a seguir el rastro de su poder a través del nudo en su interior, y ahora podía ver con claridad qué tenía que hacer. El agua estaba en ella, y solo tenía que usarla a su antojo. Relajada y segura de sus acciones, miró la chimenea y proyectó su magia.

El fuego se apagó con un siseo, ahogándose en la fuerza de su orden. En la chimenea no quedaron ni rescoldos ni brasas, solo madera húmeda y un mágico chisporroteo de energía flotando sobre la cálida piedra.

Y en el interior de Marta prendió un fuego como el que acababa de extinguir, encendido de orgullo y avivado con felicidad, que espantó todavía un poco más hacia las sombras a la mujer tímida que un día había sido.

Debatiéndose entre la irritación y el orgullo porque la meiga hubiera decidido marchar al pueblo en contra de su deseo, Niall la ayudó a sentarse en el asiento del copiloto del coche de Aidan, sosteniendo la puerta para ella. Esperó a que se abrochara el cinturón de seguridad y apoyó los codos junto a la ventanilla que Aidan se apresuró a abrir con un gesto de resignación.

—Abrevia —espetó mientras encendía el contacto.

Niall había pensado en explicarle a la meiga cómo intentar usar el vínculo para mantenerse tranquila y conservar su poder bajo control, pero la actitud molesta de Aidan —y las miradas críticas de las amigas de la chica desde la puerta— lo apartaron de esa idea y lo empujaron hacia otro camino mucho más irritante para todos... salvo para él. Al fin y al cabo, Aidan podía ayudarla a mantener a raya su magia e incluso aleccionarla para usar su unión, así que provocar un poco de malestar e irritación sería muchísimo más útil y más divertido.

Metió la cabeza en el coche a través de la ventanilla y se apoderó de los labios de la meiga en un beso cargado con toda la lujuria que permitía el reducido espacio. Aidan se limitó a poner los ojos en blanco en un gesto de desesperación, pero, tal y como había esperado, las chicas dejaron escapar sendos bufidos a mitad de camino entre la repugnancia y el enfado.

Prolongó el beso, disfrutando del sabor del fuego de la meiga en sus labios, hasta que Aidan metió una marcha y lo miró con un gesto que decía a las claras «Voy a arrancar llevándome tu cabeza de recuerdo». Como conocía muy bien a su amigo y llevaba muchos siglos poniendo a prueba su paciencia, calculó que podía recrearse un par de segundos más antes de que cumpliera la amenaza implícita en su mirada.

Y lo hizo por varios motivos: primero, porque provocar a Aidan siempre era divertido; segundo, porque provocar a su mujer y a su estirada amiga lo era todavía más; y tercero, y no por ello menos importante, porque iba a pasar muchas horas sin sentir la magia de la meiga, y quería quedarse con toda la que pudiera pegada a su cuerpo. Se estaba volviendo adicto al poder del fuego y a la serenidad que le otorgaba con demasiada facilidad, pero no iba a detenerse a pensar en ello. Le hacía sentir estupendamente bien, y eso era todo lo que necesitaba saber.

—No hagas nada que yo no haría, brujita —sonrió mientras se apartaba y sacaba la cabeza del interior del coche.

—Eso le deja muchísimo margen de acción —rezongó Aidan metiendo la marcha.

—Es que no todos somos unos controladores patológicos, *deartháir* —se burló Niall.

La única respuesta de Aidan fue arrancar con un chirrido de ruedas y salir hacia el

pueblo con su acostumbrada velocidad de psicópata de la carretera. Niall se quedó contemplando cómo el coche se perdía camino abajo antes de volverse con una sonrisa de anticipación bailando en sus labios. No tuvo que esperar demasiado: apenas había dado dos pasos en dirección al camino que llevaba a la playa, cuando escuchó los pasos de la pelirroja corriendo hacia él.

—¡Eh, tú! —llamó ella con tono agresivo.

Niall se volvió dispuesto a seguir provocándola un rato. Si no podía divertirse con la magia de la meiga y los cambios que se estaban operando en ella, al menos se divertiría fastidiando un poco a la mujer de Aidan.

—¿Qué pasa, calabacita? —preguntó en tono burlón, deteniéndose para volverse a mirarla—. ¿Tu hombre acaba de marcharse y ya te sientes sola? Pues lo siento, pero si te pongo una mano encima me va a cortar los huevos, y les tengo cierto aprecio, como comprenderás.

—Si no fuera porque después me pasaría la eternidad vomitando, igual me lo pensaba —escupió la pelirroja de malos modos, apartando de un manotazo los rizos del color del fuego que le caían sobre las orejas—. Si Aidan te castra, no podrás seguir tirándote a mi amiga.

—Me parece, calabacita, que no has tenido en cuenta que tu amiga no tiene ningún problema en que me la tire —replicó mordaz—. Sé que no tienes el mismo oído que Roi, pero creo que esta mañana debiste escuchar sus gritos sin problemas, y no creo que dijeran «No, Niall, no quiero».

—Marta no sabe lo que quiere ahora mismo —gruñó la chica, plantándose con los brazos en jarras delante de él.

—Ah, y tú sí, claro —contestó, comenzando a irritarse. Su idea había sido tener un divertido combate dialéctico, pero estaba cabreándolo cada vez más el modo en que sus amigas menospreciaban a la meiga sin darse cuenta—. Pues mira, yo creo que sabe muy bien lo que quiere. ¿Necesitas que te dé detalles? Ya se los he contado a Aidan, pero no me importa repetírtelos.

—¡Eres un cerdo impresentable! —saltó Diana, empujándolo con lo que parecían ser todas sus fuerzas, pero que, sin embargo, no consiguieron moverlo ni un milímetro—. ¡Sabes de sobra de lo que estoy hablando!

—Pues no, no tengo ni idea —bramó Niall, ya fuera de sí—. Lo único que sé es que crees que tu amiga es idiota o menor de edad, y no veas cómo me cabrea.

—¡Me importa un huevo que te cabrees! —replicó ella ardiendo de pura furia—. Marta no es como tú, imbécil. Y cuando la plantes la que recoja sus pedazos, y la cabreada, voy a ser yo.

Una rabia fría y sorda se extendió por su cuerpo, agitando su magia e incitándolo a liberarla contra la mujer que tanto lo estaba ofendiendo y que tanto estaba ofendiendo a la que se atrevía a llamar su amiga. Por el bien de la meiga, se esforzó en mantener toda esa furia alejada del vínculo que compartían, y por el bien de su amistad con Aidan, se obligó a respirar hondo y no saltar encima de la pelirroja como

una fiera salvaje, perdido todo rastro de pensamiento racional que pudiera albergar.

—Escúchame, Diana —empezó, usando su nombre por primera vez, que él recordara—, y escúchame bien, porque no voy a repetirte esto y no voy a darte otra oportunidad de insultarme o insultar a la meiga sin consecuencias. —Diana cerró la boca y lo miró entre extrañada y furiosa. Bien, Aidan no era el único que sabía usar trucos para conseguir lo que quería, y a él siempre se le había dado bien la magia de control—. Estoy cansado de que todos la menospreciéis. Me importa una mierda lo que pienses de mí, pero si vuelves a insultar a la meiga como si no valiera lo suficiente, como si no mereciera mi lealtad, me voy a cabrear muchísimo, y no me va a detener ni que seas la mujer de mi amigo ni que seas mi futura reina. ¿Me he explicado con claridad, *mi señora*? —terminó, imprimiéndole a su título todo el sarcasmo del que era capaz.

Antes de que ella pudiera seguir replicando, dio media vuelta y se encaminó hacia la playa, invocando una lluvia suave que lo ayudara a enfriar su carácter. No quería abusar de la magia del fuego que sentía en su interior, porque no estaba seguro de que la meiga no percibiera su estado de ánimo y se inquietara.

Sabía que él sí podía sentirla, notar sus cambios emocionales a través de los hilos que conectaban sus poderes, como había sentido cómo perdía la confianza horas antes en su habitación, y se había apresurado a enviarle un silencioso apoyo activando su agua en su interior. Sin embargo, no tenía ni la menor idea de si esa conexión actuaba en los dos sentidos, si ella también podía percibir sus emociones y se alteraba o serenaba con ellas.

Era otra más de las preguntas a las que quería dar respuesta, solo otro más de los enigmas que esa pequeña mujer traía consigo. Eso casi consiguió arrancarle una sonrisa a pesar de su tormentoso humor: buscar respuestas iba a ser algo más que divertido, teniendo en cuenta lo que había pasado esa misma mañana. Niall era incapaz de recordar cuándo había sido la última vez que una mujer le había hecho perder el control de esa forma, y tampoco iba a molestarse demasiado en pensarlo. Con que siguiera ocurriendo, ya se daba por satisfecho.

Jamás había imaginado que la unión con un elemento de fuego pudiera reavivar y calmar su magia de ese modo, pero sospechaba que lo que habían experimentado hasta ese momento solo era la punta de un inmenso iceberg que se hundía metros y más metros bajo la superficie.

Las amigas de la meiga, incluso sus propios amigos, estaban convencidos de que se cansaría pronto de esa novedad y la dejaría aparcada, y, aunque eso podía ocurrir más tarde o más temprano, Niall estaba muy seguro de que iba a tardar mucho tiempo en responder a todas las preguntas que la conexión con la bruja había puesto sobre la mesa.

Ahora solo tenía que pensar en cómo mantenerla interesada a ella, porque si cambiaba en el sentido que esperaba, por mucho que dijeran los demás, se temía que ese iba a ser el mayor problema. Sin embargo, todavía se guardaba un par de ases en

la manga, y no todos tenían que ver con cabrear a sus amigas metiéndose en la cama con ella.

Aunque no tenía intención de aparcar el sexo con ella, por supuesto. Era demasiado divertido para dejarlo. Eso no le planteaba ningún problema, en realidad: estaba más que seguro de poder conservar su interés en ese terreno sin mucho esfuerzo. Había pasado por bastantes camas como para aprender una o dos cosas que compartir, y que la incitarían a seguir explorando el asunto.

No, eso no era un problema. Su cuerpo respondía al de él sin vacilar, y había la suficiente tensión sexual flotando entre ambos como para no seguir manteniendo vivo ese punto. El problema era cómo aumentar su fascinación por ese vínculo de magia que les unía, y en cómo fortalecerlo y usarlo.

Si avanzaba en exceso, quizá ella querría investigar otros elementos, y eso debilitaría su propia unión, algo que no estaba dispuesto a permitir por el momento. Lo salvaba el que la meiga no conociera a más criaturas mágicas compatibles con su magia, pero eso podía cambiar muy pronto, si las decisiones los llevaban al punto que él esperaba. Para la decisión actual, no había otra salida. Habría que aguardar y ver si algo variaba, aunque no apostaría por ello. No eran demasiadas las variables, y muy pocos los caminos que tomar.

Tendría que hablar con Aidan para ver si él había hecho sus mismos cálculos, aunque sospechaba que su amigo había llegado también a las mismas conclusiones que él. Probablemente, hasta Roi estaba llegando a ellas, y no era algo que le fuera sencillo aceptar.

Perdido en sus pensamientos, alcanzó la playa y descendió por las maltrechas escaleras de madera hasta tocar la arena con sus pies descalzos. Apenas había caminado dos pasos en la dirección en la que las chicas habían plantado su hoguera en la noche de *Samhain* cuando sintió el tirón de la magia *sídhe* arañando sus entrañas.

Sentada en su mesa favorita del bar de Diana —una mesa en la que se había sentado con las chicas cientos de veces en su vida—, Marta revolvía su café con gesto desganado, perdida en sus pensamientos. Sabía que Aidan estaba hablando con ella, y pillaba alguna que otra palabra suelta para quedarse con la idea general de la conversación. Mientras, su cabeza, en las nubes, como de costumbre en los últimos días, no dejaba de mostrarle imágenes de todo lo que había sucedido desde el ritual dedicado a Danu, una tras otra, sin darle tiempo a analizar una antes de sacarse de la manga la siguiente.

Alzó la vista para mirar a Aidan —más por pura educación que porque supiera lo que le estaba explicando— y se lo encontró observándola como si esperara una respuesta de su parte.

Marta rebobinó a toda prisa las últimas palabras que había escuchado —algo sobre leyendas y sobre hablar con Chisco—, pero como no encontró nada que le diera una pista real de lo que debía contestar, se decidió por una solución de emergencia.

—Ajá —dijo, en un tono que lo mismo podía interpretarse como un asentimiento que como una forma de pedir más información.

Aidan rio con suavidad.

—No has escuchado ni una palabra de lo que he dicho, ¿verdad? —preguntó, risueño.

—Una o dos —reconoció Marta con una sonrisita de disculpa—. Lo siento, es que...

—Tienes demasiadas cosas en la cabeza, sí, lo entiendo —aceptó Aidan en tono amable—. Vale, a ver... —La miró pensativo unos instantes mientras daba un sorbo a su cerveza—. Como el pescador no está, supongo que podemos charlar unos minutos, ¿te parece? —Marta se encogió de hombros a modo de respuesta. Ni siquiera tenía claras cuáles eran sus dudas, así que no sabía de qué podía servir hablar de nada. Pero Aidan no era de los que se rendía con facilidad—. Supongo que Niall te habrá explicado algo. Algo aparte de lo más divertido en cómodas clases prácticas, digo —añadió con una sonrisa maliciosa que, en cualquier otro momento antes de descubrir la magia en su interior, habría conseguido que Marta se escondiera debajo de la mesa.

—Me ha dicho que soy una bruja de fuego —asintió mientras jugueteaba con la cucharilla de su café—. Y que necesito su agua, o puedo... —vaciló—, no sé, quemarme a mí misma con mi poder, o algo, que es muy inestable.

—Cierto —aprobo el druida—. Pero no necesitas «su agua» —aclaró—. Necesitas a alguien junto a ti que tenga el agua por elemento.

—Sí, bueno —sonrió Marta—. Tampoco es como si conociera a mucha gente con poderes mágicos, ¿sabes? Así que, para el caso, lo mismo da que sea «su agua» que

«el agua». El caso es que me hace falta ayuda, ¿no? Es mi sino —añadió sacudiendo la cabeza con tristeza—. La pobre Marta, siempre dependiendo de los demás.

Aidan dio un largo trago a su cerveza sin dejar de observarla con una expresión extraña, entre pensativa y curiosa. Cuando acabó, dejó el botellín con cuidado sobre la mesa, probablemente con el mismo cuidado con el que estaba eligiendo sus palabras.

—Me encantaría decirte que acabarás controlándolo, pero la verdad es que no lo sé —dijo despacio y con expresión cautelosa—. No hay precedentes para lo que eres. Aprender a manejar tu poder ayudará, claro, pero eso no significa nada. —Sacudió la cabeza con pesar.

—Ya... —susurró Marta—. Bueno, es lo que hay, ¿no? Seguiré aprendiendo y a ver qué pasa —dijo con una animación que estaba muy lejos de sentir.

—Ese es el espíritu —aprobo Aidan—. Y si necesitas ayuda, ya sabes dónde estoy. Sé que Niall te está enseñando desde que liberaste tus poderes para encontrarme cuando me atrapó la criatura del molino, pero me consta que a veces puede ser un poquito... intenso. —Marta reprimió su primera intención, que había sido decir algo tipo: «¿Un poquito?», porque hablar de Niall llevaría la conversación por unos derroteros que no quería considerar. Sin embargo, supo que su prudencia no había servido de nada cuando Aidan sonrió y la miró con malicia—. Y hablando de Niall ...

—No hace falta que me digas nada sobre Niall, Aidan, en serio —lo interrumpió con el tono más decidido que pudo invocar—. Ya sé que solo le interesa mi magia, y que cuando se canse de ella, él...

—¿Cómo «solo» tu magia y «cuando se canse de ella»? —preguntó confuso. Marta, tan asombrada como él, lo miró sin comprender. Después de unos segundos, Aidan rio con suavidad—. Ah, ya entiendo —comentó con una risita—. Crees que ahora es cuando viene el discurso que esperas de tus amigas y que llevas esquivando desde el ritual de Danu, ¿no? Algo en plan «ese tío solo te quiere por tu cuerpo, blablablá...». —Soltó una larguísima carcajada que ella no sabía si tomar como insultante o como divertida. Cuando consiguió serenarse, preguntó—: En serio, ¿tengo yo pinta de que me apetezca tener una charla de chicas?

—Bueno, no —reconoció Marta—. Pero ten en cuenta que desde ese día todo el mundo parece empeñado en decirme lo que tengo que hacer con él y con mi vida. Y como tú has sacado el tema, yo... —Dejó la frase en el aire, esperando, porque el druida seguía mirándola con esa expresión entre especulativa y divertida, y empezaba a sospechar que si seguía hablando iba a terminar por meter la pata hasta el fondo.

—Marta, yo no iba a advertirte en contra de Niall —aclaró con suavidad—. Llamo *anamchara* a ese hombre —explicó, usando la palabra gaélica que definía a un amigo del alma, a una amistad que estaba por encima de todo y de todos—, y, por mucho que me pase la vida discutiendo con él, es lo que es.

—Sí, lo entiendo —afirmó con sinceridad—. Sois leales el uno al otro y a Roi por

encima de todo, lo sé, pero, bueno, ya sé que todos piensan que yo no estoy a la altura y que...

—Oh, por favor —gruñó Aidan. Miró a su alrededor y cogió la taza de café de Marta y su botellín de cerveza ya vacío—. Espera aquí —dijo. Dos minutos más tarde volvía con una botella de *licor café* y dos chupitos, que dejó sobre la mesa con un golpe sordo. Llenó los vasos y señaló el de Marta—. Bebe. Si vamos a tener una de esas conversaciones, no quiero estar sereno del todo. Y odio no estar sereno del todo yo solo.

Obediente, Marta dio un trago al licor. No era tan bueno —ni tan fuerte— como el suyo, pero tendría que valer, porque ella tampoco tenía demasiadas ganas de mantener esa conversación completamente serena.

—Vale —dijo, secándose la boca con delicadeza con una servilleta de papel—. Pues si no ibas a advertirme sobre él, ¿qué ibas a hacer?

—Es complicado —meditó Aidan. Bebió el contenido de su vasito de un trago y volvió a llenarlo, mirándolo después unos instantes como si la respuesta estuviera escrita en el fondo—. Pero antes de nada, déjame que te aclare una cosa: no hay nada tan... raro —dijo tras un titubeo— como la frase «solo por mi magia». Magia es lo que eres, ¿entiendes?

—No —replicó Marta con sencillez.

Ella era muchas cosas más que esa magia recién descubierta, y no veía adónde la iba a llevar esa línea de razonamiento.

Aidan inspiró con gesto de desesperación y sacudió la cabeza antes de tomar otro trago de licor. Marta lo imitó: si la charla era así nada más empezar, estaba segura de que iba a necesitar una buena dosis de alcohol para poder seguirla.

—A ver si encuentro la forma de... —Cerró los ojos y en su rostro se pintó una expresión de furiosa concentración—. ¿Qué hace que una persona te resulte atractiva? —preguntó—. No me refiero solo a sexo, que quede claro, aunque también —se apresuró a añadir—. Me refiero a amistad, a cualquier cosa. ¿Qué te hace sentirte bien con una gente y con otra no?

—Es una pregunta difícil —respondió Marta tras meditarlo unos instantes—. No lo sé, supongo que su personalidad, su... Bueno, no sé. Que sea divertido, o buena persona, o...

—Rasgos de personalidad —asintió Aidan—. Gente compatible con tus ideas, con tu forma de ver la vida... Cosas por el estilo, ¿verdad? —Marta sacudió la cabeza en un gesto afirmativo y él continuó—: Es decir, que, dejando al margen el físico, porque te aseguro que lo primero que me llamó la atención de Diana fue su culo y no su deliciosa forma de gritarme... —Marta soltó una risita divertida y él le devolvió una sonrisa cargada de sorna—. Pues aparte del físico, decía, para las criaturas mágicas, la magia es todo. Somos magia, y nuestra personalidad, o como queráis llamarla, se forja en esa magia. Puede ser o no ser compatible, podemos encontrarla o no atractiva, pero lo que nos hace unirnos a unos y rechazar a otros es la marca de



nuestros poderes. ¿Entiendes?

—Creo que sí —meditó Marta—. Para vosotros la magia es como para nosotros el carácter o algo así.

—Algo así —aceptó Aidan girando el vaso entre sus dedos. Lo dejó sobre la mesa y rellenó los dos con aire distraído—. Pero es más... ¿Cómo es esa palabra que está tan de moda? Más... orgánico. Más visceral e intenso. Así que no hay nada como «solo por mi magia». Para Niall tú eres magia. No —la frenó al ver que ella se disponía a rebatir esa idea—. No, entiendo que tú crees que eres más cosas, pero nosotros no lo podemos ver así. Lo que intento decirte es que, con esa magia, te has ganado la lealtad de Niall. Y no es algo que otorgue a la ligera, así que espero que lo valores como se merece —añadió con seriedad—. Porque para él, siendo quien es y su vida y su historia las que han sido, nada es más importante que la lealtad.

Marta le dio vueltas a esa idea durante un largo rato, saboreando otro chupito más de *licor café*. Había algo en las palabras de Aidan, algo importante que se le escapaba y no estaba segura de si por el alcohol o por su ineptitud para comprender el pensamiento de los nacidos al Otro Lado, que era incapaz de asimilar. Una cosa sí estaba clara: Aidan le estaba diciendo que Niall le era leal, y Marta conocía lo suficiente al hada como para darse cuenta de que esa lealtad era inquebrantable. Saberlo le calentó las entrañas, pero todavía había algo más, y había bebido bastante como para no plantearse siquiera el quedarse con la duda.

—¿Su vida y su historia? —preguntó—. ¿A qué te refieres con...?

Las comisuras de los labios de Aidan apenas se levantaron, como si su rostro se esforzara en dibujar una sonrisa para la que la pregunta no lo había dispuesto. Bajó la vista hasta el vaso que sostenía entre los dedos, sacudió la cabeza como si apartara una idea incómoda y por fin volvió a mirarla.

—Me temo que eso tendrás que preguntárselo a él, meiga —dijo con suavidad—. No me corresponde a mí hablarte de ello. Pero no tardes demasiado en hacerlo, o seguirás sin comprender lo que ocurre entre vosotros.

—No sé qué quieres decir con eso, yo... —tartamudeó.

—Con eso quiero decir que no me preocupa, como parece preocuparles a todos, que Niall se canse de tu magia o de ti —explicó con una mirada feroz—. Lo que me preocupa es que tú no entiendas el regalo que te está haciendo con su confianza y lo menosprecies.

—Sí lo entiendo —saltó Marta al instante—. Sé que Niall es leal a sus amigos y yo jamás lo traicionaría. Es mi amigo también y yo...

—Marta —la frenó Aidan—. Lo que digo es que si no te planteas siquiera cómo puede acabar esto, es mejor que dejes de alimentar su agua con tu fuego o me obligarás a tomar partido entre los dos. Y saldrás perdiendo.

—Así que estás ahí.

Niall caminó despacio hacia el lugar desde el que la magia del Otro Lado lo llamaba. Podía ver las dos realidades fundiéndose ante sus ojos como un humano no podría verlas jamás. Al menos por el momento, porque la brecha entre los dos mundos había empeorado de forma considerable desde la última vez que habían estado ahí y, aunque ya se lo esperaba después del ritual a Danu, no imaginaba que las cosas estuvieran tan mal. Todo se estaba precipitando, las decisiones cada vez eran más limitadas y el ciclo no tardaría en cerrarse por fin. Cómo o por qué todavía eran cuestiones que tendrían que responder.

Y, con suerte, hoy podría encontrar la respuesta a unas cuantas.

Podía sentir los hilos de la magia buscándolo, tentándolo; desesperada por llegar a él y sin conseguirlo, restringidos como estaban por las cadenas que Aidan había conjurado.

—La sientes, ¿verdad? Sientes el fuego en mí. Sientes en mí a la mujer que lo posee, y te tienta. —Dio un paso más y extendió una mano para rozar la vacilante realidad que parpadeaba ante sus ojos, estremeciéndose y latiendo al ritmo de la magia que intentaba en vano atravesarla—. ¿La quieres? ¿Quieres su fuego? Yo puedo cruzar, si tanto lo deseas. Puedo dejar que lo roces.

El zumbido de la energía que percibía aumentó hasta hacerle rechinar los dientes. Sentía la frustración del ser, sentía su rabia y su dolor, pero se escondía a sus intentos de apresarlos, de arrancarlos de sus protecciones y pantallas. Permanecía oculto, sin atreverse a desvelar su naturaleza y a mostrarse ante sus ojos, a pesar de lo mucho que deseaba el fuego que ardía en él, enredado con su agua. Necesitaba provocarlo un poco más o se iría sin respuestas, y eso era algo que no estaba dispuesto a tolerar.

—¿No? ¿No vas a asomarte ni un poco para verla? —preguntó burlón—. No me digas más: te jode que sea mía ahora. La querías para ti, ¿eh? Querías su fuego, pero ahora lo tengo yo y eso te cabrea, ¿no? No te preocupes —comentó en tono ligero—. No me importa compartir. Si quieres saborear su magia, solo tienes que... —Se detuvo de pronto, paralizado por el inesperado tirón de un poder que no debería estar ahí, que no debería poder alcanzarlo, atado como estaba—. ¿Qué demonios...?

*Desde dentro hacia fuera.*

*Desde la nada al todo, desde el vacío a la plenitud, desde la eternidad hasta el más insignificante momento capturado en las lindes de un sueño.*

*Desde fuera hacia dentro.*

*Y arriba, abajo, izquierda, derecha, encima, debajo. Todo y en todo. Nada sin nada, sin nadie, con todo y con todos.*

*Desde dentro hacia fuera, desde fuera hacia dentro, tirando y tirando, rompiendo, desgarrando, buscando y ansiando. Uno y uno solo, más uno, menos todo, más magia, más fuego, más agua. Luz, oscuridad, deseo, ansia, olvido, infierno y éxtasis.*

*Fuera y dentro, dentro y fuera. Empuja, tira, devora, posee, suelta, añora, llora y sufre y muere y vive.*

*Olvidado en el vacío, en el limbo infinito, la magia se desata y se anuda, huye y permanece, muta y se mantiene.*

*Imposible. Inconcebible. Inexplicable.*

*Y, sin embargo, ahí está: dentro y fuera, fuera y dentro, robándole la voluntad, condenándolo al olvido.*

*El ser de agua arde de ira, el fuego llora lágrimas de sal y de mar mientras muere poco a poco, mientras su cuerpo se deshace por las fuerzas que lo arrastran desde dentro hacia fuera y desde fuera hacia dentro.*

*Y sigue ciego. Sin respuestas y sin espíritu. Solo quedan la huida, el rescate, un último intento desesperado por volver, por dejar de sentir que se desgarran, se pierde, se consume.*

*Solo queda buscar la magia y gritar sin palabras una súplica más allá del dolor, más allá de la realidad. No resistirá mucho tiempo, no luchará sin rendirse, ni se rendirá sin luchar. Busca el fuego y lo sigue, busca la llama y la prende, llama a su sangre y aguarda, desesperanzado, pero no rendido.*

*Él lo siente. Ataca, tira y empuja. Busca y sigue mientras el grito recorre la realidad fuera de ahí o más adentro. La ve, la desea, la conoce, la ansía. Fuego y agua, agua y fuego como dentro es fuera y fuera es dentro. Las llamas estallan, llega la consciencia y con ella su inconsciencia. Quizá tarde, quizá nunca. Quizá su condena y la vergüenza de él.*

*Y el fuego, por fin, despierta.*

—¿Marta? —La voz de Aidan llegaba a ella desde un lugar muy lejano, arrancándola de un dolor insoportable, desgarrador, que no reconocía como propio, pero que, de pronto, se había apoderado de su cuerpo y de su alma—. ¡Marta!

Las manos de Aidan estaban sobre sus hombros y la zarandeaban sin piedad. Parpadeó para encontrarse con una mirada de terror en su rostro que debía de ser un fiel reflejo de la suya.

—¡Es Niall! —chilló, y su voz sonó aguda y desesperada incluso a sus propios oídos. Se aferró a los brazos de Aidan, que todavía la sostenían, e intentó sacudirlo a su vez, aunque con mucho menos éxito que él, ya que no consiguió moverlo ni un milímetro—. ¡Es Niall, Aidan, me necesita! ¡Se está rompiendo! ¡Se está rompiendo!

Para su alivio y su sorpresa, Aidan no vaciló. Lanzó un billete sobre la mesa, la sujetó por el brazo y la arrastró fuera del local sin detenerse ni un segundo para demandar una explicación que, aturdida como estaba por ese dolor ajeno, no sería capaz de proporcionarle.

El aire frío y cargado de humedad, heraldo de una tormenta inminente, no hizo gran cosa por serenar el pánico que la estaba dominando, ni tampoco ayudó a despejar su cabeza, embotada por el miedo, la confusión y todo el *licor café* que se había metido entre pecho y espalda. Junto a ella, Aidan no parecía estar en mejores condiciones, aunque su expresión concentrada le decía que ya estaba intentando encontrar una manera de entender lo que le ocurría a su amigo. Y de cómo llegar hasta él lo más rápido posible.

—¿Qué le pasa? —preguntó Aidan sin dejar de caminar hacia el coche, mientras rebuscaba en su bolsillo hasta encontrar las llaves con las que apuntó hacia la puerta. Tras el pitido que indicaba que el vehículo se había abierto, se volvió hacia ella con expresión apremiante—. Marta, ¿qué diablos le está pasando a Niall?

—No lo sé —tartamudeó. Cerró los ojos para concentrarse en la magia que compartían, pero el dolor que ese mero contacto le causaba era demasiado para soportarlo. Sentía como si la desgarraran, como si unas fuerzas opuestas tiraran de sus miembros hasta partirla en dos, y, casi sin darse cuenta, las lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas, porque sabía que esa agonía, multiplicada por mil, era la que estaba sufriendo el hada en ese instante—. Le duele —gimoteó, encogiéndose sobre sí misma—. Le duele, Aidan, lo está matando el dolor, y no sé dónde está, ni puedo seguirlo, ni...

Aidan la miró durante apenas unos segundos, como si pudiera ver en su interior.

—Yo sí sé dónde está. Vamos —la apremió. Le abrió la puerta del coche y la empujó dentro sin miramientos. Poco después se instalaba a su lado y arrancaba con un sonoro chirrido de ruedas.

A pesar de que el deportivo devoraba los kilómetros sin despeinarse y que su piloto lo controlaba como si hubiera nacido en sus mandos, el corto camino que los separaba del hada se le antojó eterno a Marta. En parte por el dolor que sentía —y a la vez no sentía— en sus entrañas y, en parte, porque el miedo ralentizaba su percepción del tiempo y del espacio, los estiraba hasta límites imposibles, hasta el punto en que cada segundo que pasaba le parecía un minuto, y cada metro ganado se presentaba ante ella como un kilómetro por terreno enfangado y empedrado.

—¿Estás seguro de dónde está? —preguntó con la voz estrangulada por el pánico y el sufrimiento.

—Sí —replicó Aidan con brusquedad sin apartar la vista de la carretera. La serenidad que ese tono seco y decidido le proporcionó no tardó en esfumarse con sus siguientes palabras—. Y no.

—¿Cómo que sí y no? ¿Qué quiere decir «sí y no»? ¿Sabes dónde está o no lo sabes, Aidan? —gritó, sin importarle el tono alterado de su voz. Al ver que él sacudía la cabeza con aire impotente, fue incapaz de frenar el torrente de palabras y culpabilidad—. No teníamos que haber bajado al pueblo. No debimos dejarlo solo. ¡No debimos beber! ¿Por qué me dejaste beber? ¿Y por qué bebiste tú? ¡Si le pasa algo a Niall, yo...!

—Marta —la frenó Aidan en tono sereno—. Marta, basta ya —ordenó con severidad al ver que no cesaba su ataque de histeria—. Bajamos al pueblo y lo dejamos solo porque ya es mayorcito y sabe lo que hace. Lleva haciéndolo mucho tiempo, y no seré yo el que se ponga en su camino, porque no estoy tan loco. Y no estoy borracho —añadió de pasada, tras comprobar que ella se serenaba un poco.

—Sí lo estás —rezongó—. Has bebido mucho más que yo, y yo...

—No lo estoy —la interrumpió de nuevo—. Ahora no me emborracho a no ser que quiera —aclaró con un cierto tono de confusión en su voz.

No tuvo tiempo de plantearle todas las preguntas que esa confesión apenas murmurada había hecho aparecer en su mente, porque casi antes de que el eco de su voz se apagara, Aidan pisaba a fondo los frenos y detenía el coche con un brusco volantazo. Abrió la puerta y salió corriendo, sin molestarse en mirar si ella lo seguía o no, así que, sin pensarlo siquiera, Marta saltó de su asiento y lo siguió monte a través, hacia la playa, con el corazón a punto de salirse por la garganta y la magia en su interior estremeciéndose de pura agonía.

Más que bajar, se dejó caer por el empinado sendero que conducía a la arena y, al ver la figura de Niall convulsionándose junto al agua, aceleró su carrera hasta adelantar a Aidan y abalanzarse sobre el hada.

—¡Niall! —lo llamó a gritos—. ¡Niall, despierta! ¿Qué pasa? ¿Estás herido? ¡Niall!

—Así no, meiga —sonó la voz profunda de Aidan tras ella—. Llámalo con el vínculo, llámalo con la magia.

—¡No sé! —exclamó desesperada—. ¡Hazlo tú!

Aidan se arrodilló junto a ella y le hizo poner sus manos temblorosas sobre el pecho del hada.

—Yo no puedo. Está perdido entre dos mundos, no puedo llegar hasta él —explicó con una serenidad que desmentía el brillo angustiado de sus ojos—. Mi conexión con él no es tan fuerte.

—¡Pero es tu amigo! ¡Tu amigo del alma! ¡Si tú no puedes, yo...!

—Tú sí —interrumpió Aidan con firmeza—. No hay vínculo más fuerte que el de dos poderes unidos entre sí. Él está en ti, Marta, tienes que ayudarlo. Busca su agua y tu fuego, síguelos. Yo te apoyaré, ¿de acuerdo?

Como si quisiera empujarla a aceptar la tarea, el cuerpo del hada se estremeció bajo sus manos con una convulsión que estremeció cada músculo y cada fibra, retorciéndolo en una postura inhumana, casi imposible. Marta ignoró las lágrimas que corrían por sus mejillas, cegándola, y se obligó a sí misma a sacar fuerzas de donde quiera que estuvieran escondidas, y a asentir.

—De acuerdo —musitó—. Guíame.

Cerró los ojos y se concentró, buscando el nudo en su interior que latía de pura agonía. La voz de Aidan en su oído la guiaba con suavidad, animándola y empujándola. Pero los hilos de la magia que sentía en sus entrañas estaban demasiado enmarañados, el nudo era demasiado intrincado como para poder hallar la fibra que la mantenía unida a Niall, y las crípticas explicaciones del druida, cargadas de términos arcanos e incomprensibles, no contribuían a desenredar la madeja.

—Así no —susurró Aidan—. No busques con tu esencia, busca con la de él. Separa el agua del fuego y síguela hasta la orilla.

—¡No puedo! —gimió, sin romper el contacto con su magia.

—No tienes opción, depende de ti. Tienes que...

—Así no vas a conseguir nada, rapaz —dijo una voz familiar en la distancia.

Ella abrió los ojos para encontrarse la enjuta figura de Chisco deslizándose por el camino hacia la cala con una agilidad impropia para sus años. Sus zancadas eran ágiles y decididas y ni la mirada fulminante de Aidan consiguió detenerlo ni ralentizar sus pasos. Cuando llegó a su lado, Marta sintió la magia crepitar en torno a él.

Era una magia fuerte, antigua y serena, poderosa y atrayente. Con un instinto que no había creído poseer hasta ese momento, supo de pronto que era magia de agua; tan distinta de la de Niall como un amanecer podía serlo del siguiente, por mucho que el sol asomara siempre desde el este, entre las mismas montañas y en el mismo cielo.

Y como Niall, el que siempre había conocido como Chisco protegía su imagen con una ilusión que dejó caer para mostrarse ante sus ojos como un joven de rasgos dulces y sonrisa amable, con una belleza pálida tan intensa que casi dolía mirarlo.

—Sabía que había mucho más en ti de lo que dejabas ver —gruñó Aidan sin mostrarse demasiado alterado por el brusco cambio en la apariencia del pescador.

—Y yo sabía que lo había en ti —replicó el hada con evidente sorna—. Ahora

aparta, rapaz. Ella es muy nueva para entenderte. —Sin esperar respuesta, apartó a Aidan sin miramientos, y ocupó su lugar tras ella—. *Non é un nudo se ti non queres, miña rula.*

—Es un nudo —protestó—. Puedo sentirlo, está enredado y...

—No mires el nudo. Mira más allá. Míralo a él dentro de ti. ¿Cómo es? Dime cómo es —pidió.

—No puedo perder el tie...

—¿Quieres llegar a él? —la frenó el hada en tono irritado—. Pues dime cómo es. No hace falta que lo digas en alto —añadió con una sonrisa resabiada—. Solo dilo bajito, dilo para ti.

Marta buscó la mirada de Aidan, pero la atención de este estaba centrada en el pescador, con el ceño fruncido en un gesto de profunda concentración. Una nueva oleada del dolor de Niall llegó a ella, y decidió seguir los consejos del hada de agua, porque no sabía qué más hacer.

—Es irritante —susurró—. Enfada a todo el mundo porque le gusta, porque le divierte. Hace siempre lo que quiere y no le importa la opinión de nadie y... —La voz se le quebró al pensar que, precisamente por esa costumbre, ahora estaba en la situación en la que estaba, y ella no veía que avanzara en su afán por ayudarlo.

—Vas bien. Vas bien, sigue —la alentó Chisco—. Si sabes lo que buscas, podrás encontrarlo. Recuerda al hombre y recordarás su magia. Así que dime qué más. Dime cómo lo sientes.

«Somos magia, nada más».

Las palabras que Aidan le había dicho poco antes en el bar aparecieron de pronto en su mente y, en ese instante, Marta comprendió lo que Chisco quería que hiciera y por qué. No se trataba de buscar el poder de Niall en su interior, sino de buscarlo a él, porque, al fin y al cabo, era lo mismo. Animada por la súbita comprensión, cerró los ojos y se concentró en sus recuerdos.

—Es... —vaciló. Niall era difícil de describir con palabras, y sus sentimientos hacia él estaban demasiado enmarañados como para encontrarse cómoda expresándolos en voz alta. Pero el miedo a perderlo la animó a continuar—. Niall es. Solo eso: es. Nunca he visto a nadie tan vivo, ni tan cómodo en su propia piel. No importa lo que pase, no importa lo que digan, no importa nada, él siempre es él mismo. Está donde quiere estar y con quien quiere estar, hace lo que quiere hacer, dice lo que quiere decir. Es más libre y más feliz que nadie que yo haya conocido. Y es así, precisamente, porque es él. Es y nada más. No necesita nada más.

—Cuéntame más. Ahora lo tienes, dime más.

—Es lo que quiere ser, ya te lo he dicho —sonrió Marta—. Puede ser cariñoso, o brutal, o desagradable, o encantador. Puede ser temerario, impulsivo... Pero también sereno, y centrado y paciente. Es irreverente, amoral, indecente. No porque quiera romper las reglas, sino porque para él no hay reglas. Y, aun así, siempre es él. —Vaciló, antes de apartar todas sus absurdas barreras mentales. No era el momento de

pensar en sí misma cuando Niall se debatía entre la vida y la muerte, o quizá algo peor—. Y es un capullo —rio—. Pero un capullo leal. Su lealtad y su amistad son un tesoro. Porque si las otorga es porque quiere, no porque se sienta obligado, no porque quiera devolverte nada, no porque necesite o quiera algo de ti. Solo porque... Bueno, porque él es él y tú eres tú. —Su corazón dio un brinco al darse cuenta de lo que Aidan había intentado decirle, de lo que el propio Niall le mostraba todos los días sin palabras, de lo que ella, con sus miedos y su inseguridad, no había sido capaz de ver. Y entendió. Al fin, entendió—. Y no tienes que esforzarte, que ser nada distinto, como él no es nada distinto nunca. Solo tienes que... ser —concluyó en un murmullo maravillado.

—Ahora lo tienes —susurró el que siempre había conocido como el pescador del pueblo—. Síguelo y tráelo, *rula*. Tráelo a tu lado.

Entendiendo al hombre, entendió su magia. Lo que antes era un nudo apretado en su interior se convirtió en dos hilos unidos, pero no enredados; independientes, pero inseparables. Una espiral que iba y venía sin quebrarse ni superponerse, que ataba pero no retenía. Siguió la senda del agua de principio a fin, sin confundirse ni retroceder. Y halló su propia magia en otro lugar, lejano y cercano a la vez, unida a la de él y sufriendo lo que él sufría. Sintió cómo algo la empujaba, cómo algo tiraba de ella, cómo algo intentaba romperla... Y sintió cómo a él le ocurría lo mismo, y se ahogó en el sufrimiento que ambos compartían.

Y, entonces, desesperada y queriendo recuperar lo que era suyo, tiró.

Tiró de él hacia sí, tiró de su esencia, de su poder y de su magia y de la de ambos hasta que todo volvió a ella y Niall abrió los ojos entre sus brazos.

—Joder, brujita, sí que has tardado —protestó con voz ronca antes de sumirse en la inconsciencia.



## **PARTE II**

Aquí va a arder Troya

Había algo.

Algo importante. Algo que sabía que tenía que recordar, o quizá tan solo que analizar. Algo que se le escapaba entre los senderos de su mente cada vez que intentaba atraparlo, algo con espíritu de llave, de acertijo resuelto, de mensaje encriptado.

Había algo. Algo dentro y algo fuera.

Niall abrió los ojos de golpe, como si la idea que acababa de aparecer en su adormilado cerebro hubiese tirado de sus párpados para obligarlo a concentrarse a la luz de la consciencia. Intentó moverse, pero tan solo consiguió doblar las piernas y sacudir la cabeza, porque se sentía poseído por un cansancio infinito. Su agua dormía serena, acunada por el fuego de la meiga, y, drenada como estaba, apenas podía sostenerlo.

—Joder, estoy seco —masculló.

—Es una buena forma de definirlo, mi querido amigo —replicó la voz engolada de Roi—. Incluso bastante exacta, me atrevería a decir. Creo que jamás habías estado tan cerca, y eso es decir mucho tratándose de ti.

—¿Cuánto he dormido? —preguntó sin molestarse siquiera en mirarlo.

Escuchó cómo Roi se removía en su asiento antes de responder, y comprendió que no le iba a gustar nada lo que iba a escuchar a continuación.

—Una semana. Siete días, dos horas y... —Hubo una pausa en la que intuyó que Roi se había detenido a consultar el reloj, a pesar de que seguía sin volver la cabeza para hacia él. En parte por la obstinación y en parte porque le parecía un esfuerzo inútil, dada su escasez de fuerzas—. Treinta y cuatro minutos.

Maldijo para sus adentros, aunque no demasiado sorprendido. La meiga había llegado a él cuando ya estaba al límite de su resistencia, e incluso entonces se dio cuenta que esa aventura le iba a costar cara. Pero no era momento de mirar atrás. Debía ir al bosque y alimentar su magia, y debía hacerlo ya o no podría concentrarse en recordar todo lo que había sucedido en esa cala. Intentó incorporarse sobre los codos, pero solo consiguió alzarse unos centímetros para volver a caer sobre los almohadones, jurando entre dientes y sudando como un cerdo.

—Espera, te echaré una mano —ofreció Roi.

En cualquier otro momento, Niall habría rechazado la ayuda de muy malos modos, pero estaba demasiado agotado incluso para discutir. Dejó que su amigo lo sujetara bajo los brazos y lo arrastrara hasta dejarlo recostado contra el cabecero de la cama, irritado y jadeante porque su orgullo lo había obligado a intentar contribuir a su tarea.

—Ha sido culpa de los treinta y cuatro minutos. Esos cabrones han marcado la

diferencia —masculló a modo de agradecimiento, disculpa y salvaguarda de su dignidad.

—Sí, estoy seguro de que ha sido eso —comentó Roi, recolocándose la negra melena tras los hombros—. Mucho me temo que vamos a necesitar una carretilla para llevarte al bosque. ¿Has ganado peso, amigo mío? —preguntó con una amabilidad exquisita, que escondía una burla evidente.

—No lo sé. Pero es igual, porque sigo estando buenísimo —sonrió—. ¿Dónde está la meiga? —Roi frunció el ceño y se removió inquieto en su asiento, pero no respondió—. ¿Dónde está la meiga, Roi? —repitió en tono agresivo, mientras para sus adentros intentaba ignorar que esa agresividad era debida a una preocupación que lo roía hasta los huesos.

—Hemos tenido que dormirla. Estaba agotada —se apresuró a aclarar su amigo, probablemente por la mirada letal que era muy consciente de estar enviándole—. No se movió de tu lado en días. Quemó su propia magia intentando alimentar la tuya, y hoy ya estaba a punto de caer rendida. Pero como ni aun así podíamos alejarla de esta habitación... —explicó a modo de disculpa.

De disculpa inútil, porque sus palabras habían conseguido enfurecerlo, y no precisamente porque, por fin, ese par de insensatos se hubieran decidido a obligarla a descansar.

—¿Dejasteis que alimentara mi agua con su fuego? ¡¿Os habéis vuelto locos?! —bramó indignado, lamentando estar demasiado débil para demostrarle a Roi lo que pensaba de su salud mental. Y a Aidan tras él—. ¡Es demasiado nueva! ¡No tiene control sobre sus poderes! ¡Pudo haberse matado!

—Tranquilízate, amigo mío —exigió Roi con aire ofendido—. No ha corrido ningún peligro. Aidan ha estado vigilándola y, además, también ha tenido ayuda y magia de agua para apoyarla. En todo momento.

Al escuchar las palabras «magia de agua», una sensación extraña, a mitad de camino entre el miedo y la ira, se instaló en su vientre, dedicándose a revolverle las tripas con alegría demente.

—¿Magia de agua? ¿Qué magia de agua? ¿De qué cojones estás hablando? —exigió saber. Y aunque en su mente había ensayado un tono ligero e indiferente, las palabras salieron de sus labios como puñales dirigidos a asesinar a cualquier imbécil con poderes de agua que se hubiera atrevido a rozar siquiera la magia de la meiga.

—Bueno —suspiró Roi mientras se ponía en pie con un movimiento fluido y elegante que, por una vez y, dada su postración, le envidió profundamente—, creo que, si no te supone una molestia, preferiría dejar esas explicaciones en manos de Aidan. Voy a avisarlo. Vendrá en un momento, estoy seguro.

—¡Roi! ¡Roi, joder, vuelve aquí! —gritó fuera de sí—. ¡¿Qué magia de agua?! ¡Roi! —clamó a la puerta ya cerrada—. Me está tomando el pelo —decidió por fin, después de unos minutos intentando sin ningún éxito localizar un poder de agua en la casa—. Es eso, me está tomando el pelo. No hay más agua que yo en toda la puta

casa... Creo.

Y es que estaba demasiado agotado, demasiado consumido y demasiado vacío como para extender sus sentidos mucho más allá de la puerta de la habitación. Pero, aun así, Roi debía estar gastándole una broma. No tenía ni idea de por qué consideraría que algo como eso podía funcionar como broma, pero no encontraba otra explicación. Y tampoco iba a molestarse en pensarlo. En cuanto llegara Aidan se aclararía todo, y había muchas cosas mejores sobre las que meditar antes que acerca del estúpido sentido del humor de su compañero de fatigas. Una de ellas, por supuesto, no era la razón por la que saber que había más agua cerca de ellos lo había sacado de sus casillas. Aunque así fuera, la meiga no iba a dejarse seducir por un agua que no fuera la suya.

Más que nada, porque él no iba a permitirlo.

Satisfecho con sus conclusiones, cerró los ojos e intentó atraer a su memoria ese dato que lo había arrancado por fin de la inconsciencia; ese dato que se le escapaba, que era como un picor incómodo en un lugar donde a duras penas alcanzaba a rascarse. Había sentido la magia del ser, lo había provocado y, de pronto, se había visto entre dos tierras, sin más, sin saber siquiera cómo había sucedido, mientras el dolor asaeteaba su cuerpo y su magia, impidiéndolo reaccionar o tan siquiera pensar. Solo había podido rendirse y pedir ayuda, mientras intentaba comprender qué estaba sucediendo.

—¿Qué hostias pasó? —maldijo entre dientes.

—Eso pregunto yo —replicó Aidan. Cerró la puerta tras de sí y se sentó junto a la cama, en la silla que Roi había abandonado minutos antes—. Nos diste un susto de cojones, *anamchara*. ¿Por qué no conseguías volver?

Esa era la gran pregunta. ¿Por qué no conseguía volver? Para él, como para Aidan, atravesar el Velo, cruzar de un mundo a otro, no era más complicado que abrir una puerta, pero no había logrado entrar ni en una ni en otra realidad. Estaba entre ellas, retenido, sufriendo como si hubiera quedado atrapado por las hojas de una puerta blindada, incapaz de retroceder o avanzar. Y esa sensación... La sensación de estarse rompiendo...

—La sensación de partirme en dos —musitó. Alzó la vista y miró a Aidan, que lo observaba con la preocupación pintada en la cara—. Estaba entre los dos lados y me sentía como si me estuviera partiendo en dos —gruñó—. No podía ni pensar de lo mucho que dolía, joder.

—Pero ¿cómo llegaste ahí? ¿Cruzaste para intentar seguir su esencia? —insistió Aidan.

—No. Estaba en este lado y, de pronto, no lo estaba. Y no sé ni cómo tiró de mí —explicó agobiado. Se pasó las manos por el pelo y se frotó el rostro con ademanes nerviosos. No entendía nada y no sabía cómo empezar a entenderlo—. No debería ser capaz de tirar de mí, está retenido. Tú lo retuviste —señaló acusador.

—Yo lo retuve, y sigue así —afirmó Aidan—. Lo he comprobado, está anclado,

no puede hacer nada en este lado.

—Entonces, ¿cómo cojones pasó? ¡Algo has tenido que hacer mal, *fiordhraoi*! ¡Ni siquiera estando libre debería haber ocurrido! ¡Algo ha fallado! ¡Algo...!

—¡No me echas a mí la culpa, joder! —lo interrumpió Aidan, airado—. No sé cómo ha sido posible, pero yo no he hecho nada mal. Atado estaba y atado sigue, ¿te enteras? ¡Llevo una puta semana volviéndome loco, pensando que no ibas a despertar! ¡Y pensando qué pasaría si Marta no te hubiera traído de vuelta! ¡Así que no me jodas! Capullo de mierda... —Añadió el insulto entre dientes, tras una pausa, como si hubiera decidido tarde que la bronca no había sido suficiente.

—Lo siento —murmuró—. Lo siento, *deartháir*. Es solo que no lo entiendo. Era incapaz hacer nada, solo logré llamar a la meiga y... —Pensar en eso le recordó la conversación con Roi. Y dado que por ese camino no llegaba a ningún sitio, al menos de momento, decidió centrarse en sus otras preocupaciones—. Por cierto, ¿qué es eso de que más agua la ha ayudado a mantenerme con su fuego?

Por un momento, creyó que Aidan no iba a contestar. Con los hombros caídos y la cabeza baja, mirando las manos que entrelazaba entre sus piernas, parecía la viva imagen de la angustia. Hasta que vio cómo esos hombros temblaban y comprendió que estaba riendo entre dientes. Entonces alzó la vista y lo observó con la sonrisa más malvada de todo su repertorio.

—Oh, eso... —canturreó con expresión ladina—. Te va a encantar.

—Sí, estoy seguro —masculló Niall de malos modos—. Me encantará cuando alguien me lo diga de una puta vez.

—A ver cómo te lo cuento... —empezó Aidan sin rebajar ni un grado la maldad que destilaba su sonrisa—. Tenemos visita. No sé si recuerdas a Ciara...

—¡No jodas! Claro que me acuerdo de Ciara —replicó de buen humor—. Alta, morena, con unas curvas de infarto y una boca que...

—Sí, sí, sí —lo interrumpió el druida—. No hace falta que me recuerdes lo que hacía con esa boca. Lo sé tan bien como tú. Y no he dejado de rezar desde que llegó para que nadie se lo cuente a Diana —añadió con una sonrisa torcida, cargada de sorna, pero también de divertida resignación.

Niall dejó escapar una lúbrica risotada, aunque sabía que, por mucho que la idea lo divirtiera, no sería él quien le contara a la pelirroja los talentos de Ciara. Primero, porque Aidan intentaría hacerse un collar con sus vértebras si tan solo lo sugería, algo que no le preocupaba demasiado; pero, sobre todo y mucho más importante, porque la amistad entre dos hombres conllevaba una serie de pactos sagrados nunca pronunciados en voz alta, y no hablarle a la actual mujer de tu amigo de las que compartieron su cama en el pasado era una de ellas.

—Ciara... —murmuró divertido. Pero la diversión cesó cuando una lucecita de alarma se encendió en un lugar recóndito de su cerebro—. Un momento, un momento. Ciara es tierra —dijo en tono acusador hacia Aidan.

La sonrisa ladina de Aidan aumentó en intensidad una vez más, algo que no

parecía posible segundos antes.

—Sí, es tierra, pero su hermano, Cathal, es agua.

—Pero Cathal lleva mucho tiempo... —empezó confuso.

—En este lado, sí. Escondido bajo la apariencia del pescador —gruñó Aidan—. Ya sabía yo que había algo raro en ese tío... —meditó.

—¿Del pescador? —se asombró—. ¿El mismo pescador que se puso de los nervios cuando escuchó que eras un séptimo hijo? ¿El mismo pescador al que has estado buscando para sacarle información? —Su amigo asintió con una mueca de fastidio—. ¿Y no nos habíamos dado cuenta hasta ahora?

—¿Qué quieres que te diga? Es muy bueno con las ilusiones, y teníamos muchas más cosas en las que pensar —replicó Aidan.

—Genial —masculló Niall—. ¿Y el muy cabrón ha estado todo este tiempo por aquí y sin decir una puta palabra y sin echar una puta mano? ¿Con todos los follones que hemos tenido?

—Ya sabes cómo es —replicó Aidan—. Aunque ahora ya no se esconde, te lo aseguro —aclaró malévolamente—. Se pavonea por todo el pazo, presumiendo de su agua y de su carita de niña mona.

Y con esas palabras, la diversión acababa de convertirse, definitivamente, en una furia devastadora.

Marta se apoyó en la puerta que acababa de cerrar tras Roi y las piernas le flaquearon de puro alivio. Incapaz de sostenerse sobre esas dos gelatinas temblorosas, se deslizó hasta el suelo, donde se quedó sentada, abrazándose las rodillas mientras retenía unas lágrimas que todavía no sabía muy bien a qué venían.

Niall había despertado por fin. Después de una semana agotadora temiendo por él, temiendo que no volviera nunca más, dejándose la piel para alimentar su agua y perdiendo casi la esperanza, además de las fuerzas, Niall había despertado por fin.

Y se moría por verlo. Se moría por verlo y por contarle cómo había encontrado el modo de llegar a su agua, de llegar a él; por explicarle lo bien que se había sentido con su magia al poder ayudarlo a mantenerse; por decirle lo mucho que había aprendido acerca de usar su vínculo gracias al susto que les había dado, y gracias al *sídhe* de agua que la había ayudado a nutrir su poder. ¿Cómo se llamaba ahora Chisco? ¿Cathal? Todo lo que había ocurrido esa semana estaba muy confuso en su mente. Apenas era consciente de hacer nada más que permanecer sentada junto al hada, rezando a la Diosa para que abriera los ojos de una vez y poniendo todo su empeño en entender cómo dominar su fuego y el vínculo que los unía.

Y ahora que solo faltaban unas horas para volver a reunirse con él, sabía que se le iban a hacer eternas. Si no fuera porque Aidan le había mandado recado a través de Roi, amenazándola con todos los horrores de veinte infiernos si salía de la casa aunque solo fuera para asomar la nariz, habría usado el vínculo para localizarlos en el bosque y seguirlos hasta allí. Y todavía no estaba segura de que no fuera a intentarlo de todos modos.

Con las piernas todavía temblorosas, se puso en pie y paseó por la habitación como un perro enjaulado. Después de dar tantas vueltas que a punto estuvo de dejar grabada la huella de sus pasos en la tarima del dormitorio, decidió que bien podía destinar unas horas a su aspecto, que, después de una semana despreocupándose de él por completo, debía de ser digno de una película de Romero.

Así que, armándose de paciencia, se dirigió hacia el baño y se dedicó a mimarse como no lo había hecho en años: baño relajante con sales, mascarilla, depilación, cremas variadas, maquillaje... Incluso se recortó el flequillo y pasó un buen rato secándose el pelo hasta convertirlo en una seda suave y esponjosa que caía con delicadeza sobre sus hombros como un fular dorado. Eligió el menos recatado de sus vestidos —tenía que comprarse ropa, y tenía que hacerlo cuanto antes— y le robó a Laura unos zapatos de tacón del armario que compartían. Cuando se miró en el espejo, apenas lograba reconocerse, pero, a pesar de ello, se sentía más que a gusto con su imagen, como si dentro de ella estuviera esa mujer esperando el momento oportuno para asomarse y ese momento hubiera llegado.

Consultó el reloj y comprobó que había conseguido perder un par de horas largas. Pero, hasta donde sabía, los chicos todavía podían tardar mucho más en volver, así que tendría que encontrar algo más en lo que ocupar el tiempo. ¿Leer? No conseguiría concentrarse. ¿Ver la televisión? Nunca le había gustado, así que ahora tampoco le parecía buen momento para empezar. Quizá sería buena idea acercarse hasta la sala de juegos e intentar usar algo de magia para dirigir unos dardos, pero sin algo de agua junto a ella que la ayudara, y con el vínculo que la unía a Niall todavía debilitado, no se atrevía a intentarlo.

Dejó escapar un hondo suspiro de pura frustración. Todo lo que solía hacer para perder el tiempo le parecía ahora insustancial, aburrido, incapaz de captar su atención. En otro momento en que se hubiera sentido así, habría llamado a sus amigas y juntas habrían pasado una tarde entretenida, sentadas frente a algo muy dulce y cotilleando sin cesar, pero como ellas no entendían —ni querían entender— su relación con el hada, la charla de chicas tampoco era una opción.

Y, sin embargo, debía reconocer que las echaba muchísimo de menos. En la última semana no había tenido ni un momento para pensar en ello, como no lo había tenido para pensar en nada que no fuera seguir manteniendo a Niall con vida hasta que él recobrarla la consciencia y pudiera alimentarse de la magia del bosque por sí mismo. Pero en ese instante, cuando apenas conseguía quedarse quieta con la expectativa, cuando había tantas cosas nuevas a las que hacer frente, tantos descubrimientos que comentar, tanta felicidad para compartir, sentía cómo el peso de esa separación caía sobre ella como una penitencia. Y, lo que era peor, una penitencia que ella misma se había impuesto.

Esa situación tenía que acabar. Sus amigas debían acostumbrarse al vínculo que la unía a la magia del hada y asumirlo como ella asumía el mal genio de Diana o la frialdad de Laura. No siempre iba a ser ella la que cedía, la que estaba obligada a someterse al criterio de otros. Su opinión y sus deseos eran tan importantes como los de los demás, y todos tendrían que aprender a aceptarlo, como había aprendido lo había hecho ella misma.

Decidida, salió al pasillo dispuesta a localizar a sus amigas y plantarles cara por primera vez en la historia de su amistad o, lo que venía siendo lo mismo, por primera vez en su vida.

No fue hasta que llegó a las escaleras que se percató de que no sentía el habitual nudo que siempre se le formaba en el estómago cuando presentía, aunque fuera muy a lo lejos, la sombra de una discusión; que su pulso latía firme en sus venas y no acelerado y errático, y que ni tan siquiera una gota de sudor nervioso se deslizaba por su espalda. De hecho, se sentía excitada e impaciente, deseosa de poner las cosas en claro y enfrentarse a lo que quiera que tuvieran intención de echarle sobre los hombros.

Si eso era lo que había conseguido al acoger el fuego en su interior, no le extrañaba nada lo mucho que Niall había insistido para que lo liberara, ni todo lo que



se había enfadado ante su resistencia. Bueno, pues ya no tendría por qué quejarse nunca más: ahora sabía quién era, qué era y lo que quería, y no iba a permitir que nadie le dijera lo contrario.

Extendió sus sentidos tal y como había aprendido a hacer durante esa semana, y se dirigió hacia el salón, sin dudar ni por un momento que sus amigas estaban ahí. Abrió la puerta con decisión y se encontró a Diana en el punto álgido de uno de sus ataques de furia y, por una vez, Laura atendía a sus frases plagadas de reniegos con total concentración, y asintiendo con aire aprobador.

—¡Y como vuelva a acercarse a él, yo...! —Diana se frenó en seco en medio de un molino de brazos y rizos rojos al ver a Marta en la puerta—. ¡Marta! Pasa y cierra, anda.

—¿Qué pasa? —preguntó ella con curiosidad—. ¿De qué hablabais?

—De Ciara —respondió Laura en tono seco.

Parecía mucho más serena que Diana, pero eso era solo porque Laura siempre parecía más serena que nadie. Sin embargo, la conocía lo bastante bien como para saber que la tensión en sus labios y en sus hombros indicaba un enfado de los que podían pasar a los libros de historia.

—La muy zorra —masculló Diana entre dientes.

Marta se sentó en el sofá y recogió las piernas bajo el cuerpo, cubriéndose los pies con el ruedo del vestido.

—¿Nos cae mal Ciara, entonces? —preguntó. Se inclinó hacia la mesa y se sirvió un chupito de *licor café*. Si no hubiera visto lo irritadas que estaban sus amigas antes, el nivel del licor le habría dado por sí solo una buena pista.

—¡Nos cae fatal! —exclamó Diana.

—No la soportamos —afirmó Laura con rotundidad.

—Vale —aceptó sin alterarse. Tomó un sorbo y esperó.

Laura y Diana cruzaron una mirada cargada de significado y Marta supo que, por muy preparada que se hubiera sentido minutos antes, no iba a tener ninguna discusión ese día.

—Alguien debería ponerla en su sitio —comentó Laura, abriendo la puerta para que el enfado de Diana se sintiera libre de atravesarla y continuar con la diatriba contra la chica.

—Ya la pondré yo —replicó Diana sin dudarlo—. Y a ti —continuó, dirigiéndose a Marta— más te vale tener un ojo encima de ella, porque Cathal me ha dado a entender que la muy puerca también ha tenido algo que ver con Niall.

—¿También? —inquirió, confortada por el modo en que Diana aceptaba por fin su historia con el hada sin cuestionársela, y más ahora, que ella misma se sentía más que preparada para disfrutar de ella mientras durara—. ¿Es que Aidan...?

—Ya lo creo. —Laura se sirvió un nuevo chupito y lo apuró de un trago—. Es más, dudo que haya alguien en el Otro Lado a quien no se haya pasado por la piedra. O con el que, al menos, no lo haya intentado.

—Bueno —contestó Marta antes de poder detenerse—. Ya sabéis cómo son, para ellos el sexo no tiene ninguna importancia. —Las miradas que recibió de sus amigas le dijeron que quizá debería haberse guardado ese comentario para ella, así que se apresuró a corregirse—. Lo que no quita que sea un putón verbenero, claro.

—Tú espera, ahora que Niall está recuperado —espetó Diana con puro veneno goteando de cada una de sus palabras—. Veremos si te hace tanta gracia cuando vaya a por él.

Marta trató de pintar en su rostro un gesto de absoluta indiferencia, aunque una vocecita en su interior le decía que se iba a sentir realmente mal si el hada se olvidaba de su vínculo, atraído por la Barbie *sídhe*.

—Niall es tan libre de hacer lo que quiera como lo soy yo —replicó en tono ligero—. No hay nada, nada exclusivo entre nosotros.

—¿Hablabais de mí, chiquitinas? —preguntó, burlona, la voz del hada desde el jardín.

Sin molestarse en comprobar cómo reaccionaban sus amigas, Marta saltó de su asiento y se abalanzó hacia la ventana abierta para abrazarlo. El vínculo latía con fuerza, empujándola a rozar su magia con la de él y a desatar lo que llevaba días desesperando en su interior. Le echó los brazos al cuello y no fue hasta pasados unos segundos que se percató de que él no respondía como solía hacerlo. Las manos del hada seguían a sus costados, laxas, y no le devolvía el abrazo. Confusa, se separó para poder mirarlo a la cara y se encontró con una inmensa sonrisa.

Una inmensa sonrisa distante.

—Niall, ¿qué...? —empezó en un hilo de voz.

—Es mejor que me sueltes, brujita —dijo. Sujetó las manos que descansaban en sus hombros y las dejó sobre el alféizar de la ventana—. Cada vez que asomas esa bonita nariz fuera de la casa nos metemos en un lío, y todavía estoy tocado del último. Ahora mismo no tengo fuerzas para enfrentarme a lo que quiera que llame tu fuego.

—Oh. Oh, claro —aceptó, retrocediendo un par de pasos, lo que le permitió contemplarlo mejor. Aunque había vuelto a levantar los espejos que lo hacían más humano y ocultaban su belleza, a sus ojos se veía más hermoso de lo que lo había estado los días pasados, tumbado en la cama y sin moverse, con su rostro de ángel caído frío e inexpresivo. Ahora, a pesar de esa sonrisa indiferente, se parecía mucho más al Niall de siempre, al que había estado a su lado desde que su fuego había despertado y, de pronto, la llama del deseo prendió en ella con fuerza. Y como ya no era la misma mujer que se avergonzaba por todo y por todos, sonrió, dispuesta a tener lo que quería—. Entonces, ¿por qué no pasas y dejamos que mi fuego anime tu agua? —ofreció, coqueta.

—Ya he tenido bastante fuego esta semana, pajarito —replicó él con esa sonrisa que destilaba puro hielo—. Necesito algo más sereno. Pero ahora hay más agua por ahí que pueda ayudarte a apagar lo que quiera que avive tu poder, ya que, al fin y al

cabo, no hay nada exclusivo entre nosotros.

El dolor que le provocaron esas palabras cargadas de hiel fue como un puñal de hielo que atravesó su vientre y la obligó a apoyarse de nuevo en el alféizar, mientras contemplaba con asombro cómo Niall caminaba hasta perderse en el bosque sin volver la vista atrás. Como flotando en las alas de un sueño, se dio media vuelta para enfrentarse a las miradas compasivas de sus amigas... Y a la airada de Aidan.

—Y mira que te lo advertí —masculló este en tono lúgubre.

La luz dorada de un atardecer agonizante se filtraba entre las ramas de los *carballos* y los pinos, iluminaba las gotas de lluvia que vibraban en sus hojas y arrancaba destellos de luz en las piedras humedecidas por la tormenta. La vida del bosque se preparaba para el reposo nocturno, ignorando la caricia de oro de los últimos rayos del frío sol de febrero.

Todo era quietud alrededor de Niall. Las escasas nubes que asomaban entre las copas de los árboles parecían inocentes y serenas; los animales descansaban ya en sus madrigueras y cubiles, y hasta el viento parecía a punto de retirarse a dormir, soplando sin fuerza entre las ramas con apenas un silbido desganado.

Hasta las hojas secas, humedecidas por la constante lluvia, no dejaban escapar ni un crujido al hundirse entre sus pies. Sí, todo era quietud a su alrededor, pero en su interior se fraguaba una tormenta que amenazaba con arrasarlo los confines de sus protecciones y descargarse sobre el mar en calma.

Toda la magia que la meiga había compartido con él esa semana perdida latía con fuerza en sus entrañas, aumentando su mal humor y esa rabia absurda que había sentido al saber que ella aparentaba más que dispuesta a crear un nuevo vínculo de agua que le impidiera a él seguir disfrutando de su fuego, explorándolo hasta liberarla y convertirla por fin en lo que merecía ser.

Y pensar que se había alejado del bosque y del agua que tanto necesitaba para volver a ella, para terminar de recuperar sus fuerzas en el nudo de sus magias... y de sus cuerpos...

Pues menuda pérdida de tiempo.

Invocó al trueno sobre el mar, a pesar de que sus poderes debilitados no estaban para alardes, porque debía hacer algo para librarse de incomodidad que le roía las entrañas y a la que llamó decepción porque no tenía un nombre mejor para ella. Porque sí, estaba decepcionado y esa emoción lo enfurecía. Había encontrado un entretenimiento fabuloso en el fuego de la meiga y ahora, como un niño que debe compartir su juguete favorito, se encontraba con que no podría disfrutarlo siempre que quisiera, tal y como había temido. Había liberado su fuego justo a tiempo para que ella pudiera experimentarlo con otra agua, dejándolo a él apartado y aburrido. Y odiaba aburrirse.

Llegó hasta el río, todavía protegido por la magia de Aidan, e hizo desaparecer su ropa para sumergirse en el agua helada. La niebla que siempre se aposentaba en las márgenes se deslizó con suavidad para acompañar sus brazadas, probablemente atraída por la furia de su elemento, más rabioso que el caudal crecido que se estrellaba airado contra las peñas.

Apenas había conseguido serenarse lo suficiente como para no invocar una

galerna, cuando se dio cuenta de que ya no estaba solo. Dejó de nadar y se volvió, dispuesto a enfrentarse a su indeseada compañía. Sin embargo, lo que vio lo hizo esbozar una sonrisa irónica y regresar a la orilla caminando con calma, sin apartar la mirada de Ciara, que, tumbada sobre la hierba húmeda, lo contemplaba como si fuera el último bombón de la caja.

Quizá no iba a aburrirse tanto como esperaba.

—¿Venías a verme, *a'mhuirnín*?

—En realidad, venía a descansar un rato de tanta cháchara humana —comentó ella, al tiempo que se estiraba como una gata tentadora sobre la tierra—. Encontrarte ha sido una agradable sorpresa. Pensaba que estarías usando tu vínculo para fortalecerte...

A pesar de que el comentario dio justo en el blanco, Niall se negó a dejarse provocar. Ciara disfrutaba llevando a los demás al límite, hasta que estallaban como burbujas pinchadas por su sarcasmo, pero él sabía muy bien cómo manejar a esa mujer hasta hallar un uso más placentero para esa lengua tan afilada.

Así que se limitó a sonreír y a sentarse sobre un peñasco cerca de ella, con los pies agitando el agua y absorbiendo su poder. Los ojos de ella lo estudiaron milímetro a milímetro mientras en su rostro bailaba una sonrisa tentadora y cada vez más tentadora.

—No necesito el fuego para cargar las pilas, como recordarás —sonrió él.

—¿Lo recuerdo? —replicó ella en tono ligero. Volvió a tenderse sobre la hierba y cerró los ojos con expresión aburrida—. No lo sé. Ya no sé si eres el mismo. ¿Un vínculo con una humana? —escupió con aire despectivo—. Demasiado extravagante incluso tratándose de ti.

—Una humana con un poder de fuego —se defendió en un tono más agresivo del que había esperado conjurar—. El fuego es extraordinario, difícil de descubrir, y lo que consigues de él es... —Sacudió la cabeza para apartar de un golpe sus recuerdos y el latido del vínculo en su interior—. ¿Qué quieres que te diga? Ya sabes que me encantan las novedades.

—Y a mí me encanta tener toda la atención de un hombre —suspiró Ciara con resignación—. Y ya veo que aquí eso no va a pasar.

Sin más, se puso en pie con un movimiento felino y echó a andar hacia el pazo sin molestarse siquiera en despedirse. Demasiado sorprendido como para indignarse, Niall salió del río de un salto y la alcanzó en unas cuantas zancadas. Ella se detuvo y se volvió para encararlo con aire hastiado.

—Vamos, *a'chuisle* —ronroneó, acariciando los brazos desnudos y firmes de la *sídhe*—. Todavía necesito recuperar fuerzas, y sabes que disfrutas de mi agua. ¿No te apetece...?

—Lo que me apetece es no convertirme en tierra quemada por culpa de esa meiga —lo interrumpió ella con una carcajada irónica—. Ve a buscar a tu humana, Niall. No hay tierra aquí para ti. Ya he averiguado lo que quería saber —añadió antes de

marcharse.

—¿Y qué cojones se supone que querías saber? —gritó a su espalda.

Ciara se limitó a agitar una mano sobre su cabeza y seguir caminando entre carcajadas.

Contempló cómo se alejaba su figura curvilínea y volvió junto al río, sacudiendo la cabeza con incredulidad. No estaba demasiado acostumbrado a recibir un «no» por respuesta, y en apenas media hora había recibido dos rechazos, y no sabía muy bien si eso lo indignaba, lo confundía o le resultaba indiferente.

Lo más preocupante era que no estaba seguro de cuál de las opciones le gustaba más, o se habría decidido por ella sin dudarlo ni un segundo.

Se acostó en la orilla, dispuesto a conseguir para sí la fuerza del río, del rocío y de la lluvia que no tardaría en regresar para reclamar como suya esa tierra siempre húmeda. Galicia era un sitio estupendo para alguien cuyo poder se basaba en el agua, y no iba a permitir que las mujeres y sus extrañezas le robaran esa felicidad.

Sin embargo, no tardó ni dos minutos en incorporarse, demasiado incómodo como para estar acostado sin más. Estaba ahí, como un imbécil, tratando de recoger las migajas de energía que le ofrecía la naturaleza, cuando podría estar cargándose las pilas con el vínculo de fuego que lo unía a la meiga. Al fin y al cabo, todavía no había creado una nueva ligadura con Cathal, o él lo sabría, así que, ¿por qué no aprovecharse mientras pudiera? Hasta que la batalla estuviera perdida, nada le impedía meterse entre sus piernas y gozar de esa mujer y de su magia.

Y si a Cathal le molestaba, estaría encantado de presentarle a sus puños para que le explicaran lo que significaba «nada exclusivo».

Al fin y al cabo, le debía una al muy imbécil.

—Por enésima vez, Marta, no puedes salir —se obstinó Aidan.

En cualquier instante anterior de su vida, Marta se habría retirado de la discusión mucho tiempo atrás y se habría rendido a la voluntad más fuerte, entendiéndose por «voluntad más fuerte» cualquiera que se opusiera a ella.

Sin embargo, había llegado el momento de reconocer ante sí misma que algo había cambiado en su interior y que ese cambio era ya definitivo. Ya no se sentía asustada, ni tenía miedo a las consecuencias de un enfrentamiento, ni quería huir y esconderse ante la mínima señal de peligro, problemas o siquiera desacuerdos.

Había encontrado su fuerza y nadie, ni siquiera el druida, iba a arrebatársela.

—Niall está fuera —replicó con la serenidad que solo puede otorgar una voluntad firme—. Si él puede salir, ¿por qué yo no?

—Niall puede cuidarse solo. Además, a él puedo ocultarlo desde aquí, ya te lo he dicho —contestó Aidan, impaciente—. A ti no. Y, lo que es más, no quiero hacerlo.

—Tienes que hacerlo —se empecinó—. Está enfadado conmigo y...

—Y no puedes decir que no te lo advertí —la interrumpió el druida—. Si está enfadado contigo, que lo esté. Te lo has ganado.

—¡Aidan! —protestó Diana tras él.

—No te metas, *a'chuisle* —gruñó él—. Esto es entre la meiga y yo. —Al ver que Diana abría la boca para protestar, él suavizó su tono—. Pelirroja, sabes que tengo razón. Lo sabes —insistió, al ver que su mujer seguía negando con la cabeza en su habitual gesto obstinado.

Aidan extendió la mano y le acarició la barbilla con expresión dulce, obligándola a alzar la vista hacia él. Cuando sus miradas se cruzaron en un gesto de entendimiento, Marta comprendió que su amiga había perdido esa batalla.

—Está bien —suspiró Diana—. Pero me voy, porque aquí no voy a poder quedarme callada —añadió en un tono irritado.

Lejos de enfadarse, Aidan esperó a que Diana arrastrara a Laura fuera de la habitación, observándolas con una sonrisa plácida. No por primera vez, Marta se sintió casi ruin al envidiar el vínculo que los unía, tan fuerte que, si se lo hicieran jurar, no le costaría afirmar que podía ver los hilos que los conectaban, aunque cada uno de ellos estuviera en extremos opuestos de la habitación.

Cuando la puerta se cerró tras sus amigas, el druida se volvió de nuevo hacia ella, desaparecida ya su expresión amable. Decidida a no perder la iniciativa, Marta se plantó frente a él con los brazos en jarras.

—Lo que dije...

Él no la dejó continuar.

—Lo que dijiste fue una estupidez —masculló con agresividad—. Lo has herido,

y eso es justo lo que intentaba evitar cuando hablé contigo.

—¡Pero es que no sé por qué lo he herido! —gritó fuera de sí—. ¡No sé qué he dicho que sea tan horrible! ¡No lo entiendo! Y si tú no me dejas salir para hablar con él, no voy a poder entenderlo, ¿es que no lo ves?

—Te expliqué...

—¡No me explicaste nada! —lo interrumpió furiosa—. Me contaste que él era leal a mi magia, a lo que soy, pero eso no significa...

—¡Marta! —bramó Aidan.

Ella percibió la corriente de magia fluyendo desde el druida hacia sí misma. Fuerte, airada, irresistible..., aunque, para su sorpresa, pudo resistirla sin esforzarse. Sintió cómo una sonrisa de satisfacción se abría paso entre las brumas de su rostro, que se amplió al ver la mirada entre confusa y ofendida de Aidan.

—¿Cómo era eso que decía Niall, oh, gran druida? —se regodeó—. Ah, sí. «Gran truco, pero no funciona conmigo».

Durante unos segundos eternos, él la observó, dedicándole toda su atención. El enfado y la estupefacción parecían haberlo abandonado, dejando en su lugar tan solo una expresión de curiosidad irrefrenable.

—Tiene razón —musitó en un tono que mezclaba a partes iguales la sorpresa y el encanto—. Por la Diosa, tiene que tener razón —añadió con una carcajada que consiguió irritarla todavía más de lo que ya estaba.

—¿Quién tiene razón en qué? —preguntó ella, viendo cómo la discusión se le escapaba entre los dedos, arrastrada por algo que, estaba segura, él no se molestaría en explicarle.

—Tengo que comprobar esto —dijo Aidan, a todas luces hablando más para sí mismo que para ella—. ¡No te muevas de la casa! —amenazó antes de dejarla sola en el salón, preguntándose dónde se había ido el hilo de la conversación.

Inquieta, se paseó por la habitación tocando un libro aquí, moviendo un papel allá. No era tan inconsciente como para salir sin más, pero la estaba matando permanecer encerrada entre cuatro paredes cuando cada nervio y cada músculo la empujaban a enfrentarse al hada y resolver toda esa estúpida situación por fin.

¿Qué había dicho? ¿Qué había en sus palabras que lo hubiera ofendido tanto? En realidad, no había puesto en voz alta nada más que la verdad: no había nada entre ellos. Nada salvo ese vínculo que apenas empezaba a comprender y a explorar, y nada en la actitud de Niall le había dado a entender lo contrario. Y, lo que era más, si le hubieran hecho apostar, habría jurado que él estaría encantado de no sentirse atado a ella por algo que no fuera la magia. El hada no era precisamente el más casto de los hombres, y ella lo sabía bien antes de meterse en ese lío.

Entonces, ¿qué diablos había pasado?

—Hombres... —masculló en voz alta—. Ni los del Otro Lado se salvan de ser irracionales.

—Los vínculos son algo serio, meiga —susurró una vocecita desde la ventana



abierta.

Se volvió para encontrarse con tres caritas que la miraban entre reprobadoras y curiosas: el *biosbardo* con las dos fantasmas flanqueándolo. Y ninguno parecía muy contento con ella.

Lo que le faltaba. Por si no tenía bastante con la actitud ofendida del hada, la no menos irritada de Aidan y la deserción de sus amigas, ahora debía enfrentarse a tres preadolescentes sobrenaturales que, como todos los preadolescentes, fueran del lugar que fueran, aparentaban saber mejor que nadie lo estúpidos que eran los adultos.

—No estoy de humor para juegos —dijo en el tono más autoritario y maduro que pudo invocar—. ¿Por qué no vais por ahí a buscar caracoles, o algo?

Por supuesto, como también solía pasar con los niños que están a punto de pasar a la adolescencia, no sirvió para nada. Los fantasmas se transportaron con un parpadeo de luz al centro de la habitación y Carlitos se deslizó a través de la ventana para plantarse frente a ella con los brazos cruzados sobre el pecho en una actitud ofendida que, desde su punto de vista, estaba muy fuera de lugar en alguien tan pequeño.

—Has enfadado a Niall —protestó una de las gemelas tras él.

—Sí, lo has enfadado —se unió su hermana a la protesta—. Y Carlitos dice...

—Son cosas de mayores —la interrumpió ella, a pesar de que tenía la sensación de que, una vez más, la situación estaba a punto de escapársele de las manos—. No voy a discutir con vosotros.

—No hay nada que discutir —intervino el *biosbardo* con un aire de persona mayor que no encajaba en absoluto con su aspecto infantil—. Compartís un vínculo. Lo siento en ti, lo veo en él. Tú lo creaste, como lo creó él, y debes honrarlo.

Aunque sus ojos le decían que lo que estaba contemplando era poco más que un niño, sabía que no era así: los *biosbardos* adoptaban esa imagen infantil para protegerse, pero, hasta donde ella sabía, Carlitos podía tener cien años más que ella y cien veces más sabiduría. Así que, deseosa de comprender algo por fin, tomó asiento frente a él y lo miró con la que esperaba que fuera su expresión más conciliadora.

—Lo sé —mintió—, pero no he hecho nada para negar ese vínculo.

El crío resopló con indignación, acompañado por los chillidos ofendidos de las fantasmas.

—Un vínculo entre dos es un compromiso de magia y vida —aclaró el *biosbardo* en tono ofendido—. Si solo uno se hubiera atado al otro, serías libre de hacer lo que quisieras, pero os habéis atado los dos. Si quieres unir tu magia a la de alguien más, tendrás que romper el vínculo primero.

—¡Y le harás daño a Niall! —estalló una de las gemelas.

—No queremos que le hagas daño —añadió la otra en un tono que solo podía clasificarse como «aterrador».

Se estremeció sin ser capaz de contenerse. Había visto lo que esas dos criaturitas podían hacer cuando luchaban contra los *nukelavee*, y no tenía muchas ganas de tener toda esa energía cruel dirigiéndose contra ella. Como el *biosbardo*, las gemelas

parecían tan solo unas niñas traviesas, pero lo que guardaban en su interior era mucho más adulto y más oscuro, y Marta sospechaba que apenas había empezado a mostrarse.

Así que compuso una expresión contrita y las miró con sinceridad.

—No quiero hacerle daño. De verdad —añadió al ver que ninguno de los tres jueces infantiles parecía convencido—. No sé lo que he hecho. Nadie me ha explicado nada —se lamentó, lanzando el anzuelo a ver si el *biosbardo* lo recogía.

—El *fiordhraoi* te lo ha explicado, pero no escuchaste —protestó Carlitos—. Y yo acabo de decírtelo. Si quieres otro vínculo, tendrás que romper el que te une a Niall.

—¡Pero yo no quiero otro vínculo! —estalló, arrastrada por la inquietud que le provocaba esa conversación indescifrable—. ¡Ni siquiera sé qué hacer con este!

El *biosbardo* la miró durante unos segundos eternos, inexpresivo. Por fin, sus ojos se entrecerraron y la miró entre sus larguísimas pestañas de muñeco.

—Pues entonces, tendrás que dejar de ser tan cobarde y preguntárselo a él —sentenció.

Las protecciones que Aidan había conjurado en torno al río y a su persona seguían manteniéndose, pero Niall podía notar cómo se debilitaban a cada segundo que pasaba, con cada zancada que lo acercaba al pazo.

Si no hubiera estado convencido ya de dejar el bosque y buscar un abrigo más grato en el cuerpo de la meiga, esa magia deshaciéndose, volviendo a su esencia, habría terminado por persuadirlo. Aunque ya había repuesto gran parte de sus fuerzas, todavía no estaba preparado para enfrentarse a la noche y a aquellos para quienes la oscuridad era su reino.

Apresuró el paso. La Hora Indeterminada tocaba a su fin, cediendo su momento de gloria efímera a su hermana nocturna, y él quería llegar junto a la meiga antes de que se extinguiera ese instante de indecisión en el que todas las opciones eran posibles.

Quizá ella estuviera dispuesta a renegar de su vínculo y explorar otras alternativas, pero ahora que ya se sentía una vez más como él mismo, no iba a dejarla marchar sin presentar batalla. Lo que el fuego de la meiga hacía arder en su interior era demasiado adictivo como para renunciar sin más a él y, además, había invertido demasiado tiempo en liberarla como para permitir que otro gozara de los frutos de lo que él había creado.

Ya en los aburridos jardines del pazo, antes de atravesar la puerta, estudió la espiral en la que se unían sus poderes para saber cuál era el humor de la meiga y cómo podía volverlo a su favor. Lo que encontró le arrancó una sonrisa.

Se sentía herida y confusa, sí, pero una creciente llama de irritación ardía en su interior. La llama todavía era débil, indecisa, pero no permanecería así mucho tiempo, ya que ella no dejaba de alimentarla.

Y eso abría un infinito camino de posibilidades.

No tenía ni idea de cómo hacer frente al dolor de una mujer, a sus lágrimas o a su desconsuelo, pero por la Diosa que sabía un par de cosas acerca de los enfados y de cómo volverlos en su favor. No en vano se había pasado la vida cabreando a todo el mundo por pura diversión.

Sí, sabía un par de cosas acerca de los enfados, y un par más acerca de las reconciliaciones y de lo gratificantes que podían ser, así que entró en la casa y se dirigió sin vacilar hacia el salón, siguiendo la estela de fuego de su vínculo.

Cuando abrió la puerta y la vio junto a la ventana, su corazón se saltó un latido para, a continuación, recuperar el tiempo perdido golpeando frenético en su pecho.

Miraba a través del cristal ajena a todo, perdida dentro de sí misma, y, quizá por ello, las barreras que siempre alzaba entre el mundo y su magia se habían difuminado hasta casi desaparecer, mostrándola por fin ante sus ojos como la criatura que estaba

destinada a ser, por la que él tanto había luchado por sacar a la luz.

Mágica, viva, sobrenatural y vibrante.

Poderosa y feroz.

Y tan hermosa que cortaba el aliento.

Si hasta entonces lo único que Niall se había planteado era llevársela a la cama para terminar de recobrar sus fuerzas —y, de paso, divertirse un rato—, en ese momento su interés se convirtió en algo mucho más posesivo e intenso.

Dos minutos antes pensaba que Cathal y él tendrían algo más que palabras si se atrevía a intentar romper el vínculo entre ellos.

Ahora sabía que lo mataría si le ponía a la meiga un solo dedo encima.

O si tan solo se atrevía a mirarla con interés.

Como si hubiera percibido sus pensamientos asesinos, la meiga se dio la vuelta y clavó en él sus enormes ojos de cervatillo.

—Niall. Menos mal que has vuelto —dijo con desenvoltura—. Tenemos que hablar. Yo...

—Ya hablaremos después —se opuso, salvando la distancia que los separaba con dos largos pasos.

Antes de que ella tuviera tiempo siquiera de pestañear, la estrechaba entre sus brazos y atrapaba sus labios en un beso exigente y voraz que la meiga le devolvió sin dudar.

La magia que compartían crepitó entre ellos, se extendió por sus venas y convirtió el cerebro de Niall en una pulpa incapaz de nada más que de seguir experimentando la fuerza del vínculo y de su mutuo deseo. Su agua se enredó con el fuego de ella y el poder puro de esa unión lo sacudió hasta los cimientos.

Estaba a punto de sellar la puerta para evitar una de las habituales interrupciones de sus inoportunos amigos, cuando la chica se apartó para mirarlo.

—¿Ya no estás enfadado? —susurró.

—Oh, sí, estoy furioso —replicó con una sonrisa traviesa—. Y creo que no se me pasará hasta que te quite toda la ropa y me meta dentro de ti.

Apenas un mes antes, una frase así habría hecho que la meiga se encogiera dentro de sí misma y enrojeciera como una bombilla incandescente; ahora, liberada ya de casi todos sus límites, solo le arrancó una carcajada ronca y sensual que se aferró a su entrepierna con tanta saña como el vínculo se aferraba a sus entrañas.

—Pero antes me has rechazado... —replicó ella con un mohín—. Así que ahora no sé si estoy de humor.

—Estás jugando con fuego, brujita —rio, divertido con su nueva actitud.

—De eso se trata, ¿no? De jugar con fuego —coqueteó.

—Con *tu* fuego y con *mi* agua, sí —puntualizó él, enviando una plegaria a la Diosa para que ella captara la indirecta y no se viera obligado a explicarse.

Una cosa era saber que no iba a permitir que ningún advenedizo ansioso de probar la magia de fuego intentara entrometerse y otra muy distinta era decírselo a la

mujer que había proclamado en voz alta que no había nada exclusivo entre ellos.

Y, al fin y al cabo, ¿para qué iba a explicarse? Era muchísimo más práctico alejar a cualquiera que quisiera acercarse a su magia y, sin duda, mucho más divertido. Poco a poco, ella iría entendiendo que no tenía otro remedio que explorar el vínculo sin que nadie se interpusiera, hasta el final, hasta que ya no quedara más que avanzar o que cambiar, y él podría dedicarse a ver crecer su obra y a la mujer que la representaba.

Cuando todo estuviera dicho y hecho, cada uno seguiría su camino de forma natural y su amistad permanecería intacta y sin explicaciones incómodas entre ellos.

Perfecto.

Así que ahora, lo único que...

Una corriente de poder en estado puro atravesó su cuerpo, ascendió por su columna vertebral y estalló en su mente en una explosión de fuego al rojo blanco que abrasó hasta la última de sus neuronas. La sangre abandonó con rapidez su cabeza y se convirtió en mil golondrinas que emigraron al sur anidando en su entrepierna. Esta agradeció la invasión endureciéndose hasta el punto del dolor.

Todavía jadeaba cuando abrió los ojos y vio cómo la meiga lo miraba con picardía.

—Te estás convirtiendo en un pajarito muy travieso, *a'chuisse* —sonrió.

Estaba claro que la chica había aprendido un par de trucos durante su descanso forzoso —y se negó, por su propia salud mental, a considerar cómo—, pero con lo que no había contado era con que él le llevaba cientos de años y miles de camas de ventaja, así que proyectó su propio poder para devolverle el favor.

Su asalto fue mucho más preciso y dirigido con el control que le otorgaba la experiencia: la magia de su agua se deslizó por el cuerpo de la meiga, acariciando cada centímetro de piel para terminar hundiéndose en sus entrañas como una galerna que la estremeció por entero.

Ella gimió y se derrumbó en sus brazos, con las piernas temblorosas y el rostro contraído en una expresión de éxtasis.

—Oh, dioses —musitó—. ¿Qué ha sido eso?

—Creo que los humanos lo llamáis «preliminares», brujita —replicó él con malicia.

—Y un cuerno —jadeó ella—. Si esto fueran los preliminares, nadie llegaría vivo al final.

Niall no pudo reprimir una carcajada que reverberó por toda la habitación, mientras estrechaba a la meiga con más firmeza contra su cuerpo.

—Eso te pasa por querer jugar a juegos de mayores —la reprendió, divertido—. ¿Lista para el segundo asalto? —ofreció en un susurro provocador.

Ella entrecerró los ojos en un gesto astuto. Apenas un segundo después, una nueva corriente de magia, mucho mejor dirigida, hacía hervir toda la sangre que se había acumulado entre los muslos de Niall. La carga erótica de ese poder, tan

inocente y tan perverso a la vez, casi logró que se avergonzara a sí mismo, hasta el punto en que tuvo que usar su agua para apagar las llamas que ella había conjurado.

La meiga se limitó a mirarlo con una sonrisa arrogante.

—Aprendo rápido —se justificó con malicia.

Y si seguía aprendiendo así de rápido, él tendría que usar todo lo que tenía para no quedarse atrás.

—Te vas a enterar, listilla —amenazó, arrastrándola al sofá mientras ella reía a carcajadas—. Ahora vas a saber lo que es jugar de verdad.

Saciada y satisfecha como no lo había estado en su vida, y con el agradable peso de Niall sobre su cuerpo, Marta decidió que le gustaba esa nueva mujer provocadora que se había hecho con el control y que había desterrado a su antiguo yo a lo más profundo de su mente, como si toda su existencia anterior no fuera más que la sombra de un recuerdo muy antiguo.

Durante el tiempo que había cuidado del hada, había profundizado mucho en cómo proyectar su poder para alimentar el de él y de cómo servirse del vínculo para serenarlo o reanimarlo, y una vocecita malvada en su mente le había susurrado que, quizá, ese truco podría servir para fines más satisfactorios.

Lo que no había pensado era que pudiera usarse de formas tan variadas, deliciosas y definitivamente perversas.

No tenía ni idea de qué había hecho cambiar a Niall de humor, pero tampoco iba a detenerse a analizarlo. Al fin y al cabo, viniendo de él, lo imprevisible era algo cotidiano, así que cualquier conclusión a la que llegara no iba a valerle para el próximo arrebató, y en los últimos días ella había descubierto que prefería vivir el presente.

—Va a ser cierto que aprendes rápido, pajarito —ronroneó Niall.

Ella soltó una risita que sonó lasciva incluso a sus propios oídos.

—Cathal me enseñó a proyectar mi fuego a través del vínculo y a causar y reconocer emociones sirviéndome de él —explicó mientras acariciaba distraída los dorados cabellos del hada que se desparramaban sobre su cuello—. Practiqué mucho mientras estabas inconsciente.

El hada se tensó entre sus brazos y se incorporó sobre sus codos para mirarla a los ojos con una sonrisa fría bailando en su rostro. Ella reconocía esa mirada y esa sonrisa: significaban que debía andarse con pies de plomo, o el humor de Niall no tardaría en cambiar de nuevo y rayos y truenos perturbarían el cielo nocturno.

—¿Has practicado todo esto con Cathal, brujita? —preguntó de un modo tan alegre e indiferente que despertó señales de peligro en cada uno de los huesos de Marta.

Si él hubiera sido otro hombre y no estuvieran desnudos y sudorosos después de una sesión de sexo alucinante, ella podría haber jurado que eran celos lo que se escondía tras su estudiado tono indolente. Pero como él era quien era, y por la Diosa que el sexo había sido fantástico, sin duda tenía que tratarse de otra cosa.

—Solo a enviar emociones —puntualizó—. Estaba demasiado ocupada salvándote la vida. No tenía mucho tiempo para ponerme a coquetear.

—Ah, así que ahora que no me estoy muriendo voy a tener que mantener un ojo encima de la competencia, ¿eh? —la provocó sin abandonar su falsa sonrisa ni por un

segundo.

Pues si no eran celos, se le parecían mucho... Y, fuera lo que fuera, presagiaba tormenta, así que a lo mejor había llegado el momento de dejar las cosas claras.

—Creo que por ahora tengo más que suficiente con tu agua, Niall —contestó con seriedad—. No creo que pudiera compartir nada más con nadie más.

Aunque su expresión no mostró ningún cambio, ella supo que había dado con la respuesta correcta por el modo en que los músculos de los hombros del hada se relajaron bajo sus dedos. Él abrió la boca para contestar, pero lo interrumpieron unos golpes secos en la puerta.

—¡Largo! —bramó Niall como respuesta a esos toques de cortesía.

—No puedo largarme —protestó la voz de Aidan desde el otro lado de la puerta—. Necesito un libro que hay ahí dentro, así que os doy un minuto para poneros presentables antes de tirar abajo tu mierda de protecciones y entrar a cogerlo.

—¿Qué libro es? —preguntó Niall tras meditarlo unos segundos—. Yo te lo paso.

—Te quedan cuarenta y cinco segundos, *anamchara* —replicó el druida, ignorándolo—. Después entraré y tú te encargarás de explicarle a mi mujer por qué he visto a la tuya desnuda.

—¿Cómo sabes que estamos desnudos? —inquirió Marta para refrenar las primeras palabras que habían acudido a su mente: «... por qué he visto a la tuya desnuda». ¿«A la tuya»?

—Por favor... —resopló Aidan—. La puerta está sellada con un hechizo, vuestras risitas se oyen desde la cocina... Y, además, llevo toda la puñetera noche con los nervios de punta por la cantidad de magia que habéis usado.

—Pero ha sido un uso muy creativo, *deartháir* —repuso Niall—. ¿Has entendido todo o necesitas que te explique alguna cosa? —ofreció mientras se ponía en pie y ayudaba a Marta a incorporarse.

—¿Pretendes enseñarle a nadar a un pez, *sídhe*? Veinte segundos —amenazó.

Ella miró a su alrededor, incapaz de encontrar ni una sola de las prendas de ropa que habían volado por toda la habitación.

—No creo que pueda vestirme en veinte segundos —meditó, sorprendiéndose a sí misma al ver lo poco que le importaba en realidad.

—Todavía te queda mucho por aprender, brujita —sonrió Niall.

Un parpadeo después, ambos estaban vestidos de los pies a la cabeza, bien peinados y —estaba segurísima de ello— con cada pincelada de maquillaje en su sitio. Una imagen fugaz atravesó su mente a la velocidad del rayo. Dos segundos después, miraba al hada con expresión suspicaz.

—¿Y esto no podías haberlo hecho cuando nos acostamos en el bosque? —preguntó con más ironía que irritación.

—Cinco segundos —anunció Aidan al otro lado de la puerta.

—Claro que sí, pero ¿dónde habría estado la gracia entonces? —replicó Niall sin alterarse.



Tras dedicarle un guiño cómplice, se apartó de ella y se encaminó a la puerta para abrirla de par en par. Aidan puso los ojos en blanco en un gesto que combinaba a partes iguales reprobación y hastío y se adentró en el salón, dirigiéndose hacia las estanterías del fondo tras esquivar un par de pilas de libros amontonados en un equilibrio más que precario. Al pasar junto a Marta, se detuvo y la miró con una sonrisa irónica.

—Te daré un consejo. Si crees que este —dijo, señalando a Niall con el pulgar— hace algo sin saber lo que va a ocurrir, piénsalo otra vez, porque te equivocas.

—Gracias, *deartháir* —replicó el hada con sorna—. Eso me va a facilitar muchísimo la vida.

—Te jodes —repuso el druida alegremente, alejándose de Marta para rebuscar entre un montón de libros desparramados junto a la biblioteca—. Tú tampoco te esfuerzas demasiado en facilitarnos la vida a los demás.

Ella solo tuvo que considerarlo un momento. Flanqueada por la sonrisa del hada y los murmullos incomprensibles de Aidan, lanzó a su cerebro a tumba abierta para analizar no solo las palabras, sino el tono, las reacciones y sus propios recuerdos. Y, por fin, la última pieza encajó en su puzle mental para mostrarle el cuadro completo. Y estaba pintado con los colores de la astucia.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó Marta—. ¡Lo hiciste a propósito!

—¿Hice a propósito qué, brujiita? —se atrevió a preguntar el hada al tiempo que se dejaba caer desmadejado sobre el mismo sofá en el que habían descansado minutos antes.

—Te lo dije —canturreó Aidan.

Ella los ignoró a ambos.

—No me devolviste mi ropa porque sabías lo que iba a suceder si me presentaba en el pazo vestida solo con tu camiseta —dedujo.

Para hacer juego con la velocidad de su cabeza, sus pies se movieron sin su consentimiento, llevándola por la abarrotada habitación con rumbo errático.

—Cierto —aceptó Niall sin inmutarse.

—Sabías que Roi se iba a lanzar contra ti —continuó—. Y que mis amigas se iban a volver locas. ¡Lo sabías todo! —exclamó en su dirección.

El hada se limitó a mirarla como si esperara algo más, sin dejar de sonreír con absoluta tranquilidad.

Y, entonces, para su propia estupefacción, se dio cuenta de que no estaba enfadada. Ni un poco. Su voz se había elevado por la sorpresa y no por la furia, y los recuerdos de las escenas que siguieron a su aparición en el pazo hacían burbujear la risa en su interior. Quizá en su momento no les había encontrado la gracia, pero ahora le parecían hilarantes. Y más sabiendo que todo había sido consecuencia de una manipulación ejecutada por Niall a la perfección.

Sí, había sido divertido, y él debió de darse cuenta de que lo consideraba así, porque su sonrisa se amplió hasta que ella no pudo reprimirse más y estalló en

carcajadas, a las que el hada no tardó en unirse.

Aidan se limitó a resoplar con aire de desesperación.

La tormenta había despertado a Niall a una hora tan temprana que, en otra ocasión, quizá estaría aún pensando en acostarse. Encantado, abandonó de un salto la cama y el confortable calor de la mujer que dormía junto a él, envuelta en una maraña de sábanas revueltas, rizos dorados y pasión satisfecha, y se dirigió sin dudarle a la ventana.

Los rayos herían el cielo encapotado y aguardaban la llegada de los truenos, crepitando sobre la tierra asaltada por una lluvia feroz; la misma lluvia que caía con un rítmico golpeteo sobre los cristales, en un cántico de vida y poder.

—Adoro la lluvia —musitó.

Y adoraba todavía más esa lluvia airada y sin civilizar, que parecía creada para honrar la fuerza de su propio elemento.

Si ya se había sentido pletórico y lleno de fuerzas tras jugar con el fuego de la meiga, esa tormenta era justo lo que necesitaba para sentirse en paz, y se moría por disfrutarla en todo su esplendor, por sentir las gotas en el rostro y el viento azotando con rabia su cabello.

Se dio una ducha rápida e intentó despertar a la chica para que compartiera la experiencia con él, pero lo único que recibió a cambio de sus esfuerzos fueron un par de resoplidos y unos cuantos adjetivos nada halagüeños que cuestionaban su inteligencia y su cordura, así que decidió dejarla dormir un poco más, no fuera a ser que su irritación acabara por quemarle las sábanas.

Ya estaba a punto de abrir la puerta principal cuando su estómago rugió en una airada protesta, así que contuvo su impaciencia el tiempo justo para dirigirse a la cocina y conseguir algo con mucho azúcar. Y mucho chocolate, a ser posible.

Y supo que sus planes iban a dilatarse mucho más de lo esperado.

Derrumbado sobre la encimera, y roncando como una motosierra oxidada, estaba Aidan, hundido hasta las cejas en libros, notas garabateadas con su apresurada caligrafía y junto a los restos olvidados de una lasaña que olía como una planta de residuos químicos.

Cerró la puerta con un fuerte golpe y esbozó una sonrisa malvada al ver cómo su amigo alzaba la cabeza, sobresaltado, con un *post-it* amarillo pegado en su mejilla derecha.

—¿Qué pasa, *deartháir*? ¿Tu mujer te ha echado de la cama? —se burló—. Ya te advertí que quince minutos no son suficientes para según qué cosas.

Ignorando la pulla, Aidan se limitó a dar la respuesta habitual.

—Café —refunfuñó.

Se despegó la notita amarilla de la cara y se dirigió a la cafetera con los ojos todavía medio cerrados por la somnolencia que siempre se negaba a abandonarlo por

las mañanas. Niall le tendió la jarra, repleta hasta los topes de algo que la noche anterior debió de ser cafeína en estado puro, pero que en ese momento apenas era un lodo helado y de aspecto y olor muy poco apetecibles.

Su amigo la contempló unos segundos, sacudió la cabeza y, un instante después, el líquido infecto se transformaba en un brebaje aromático, humeante y tan tentador que hasta él, que nunca había comprendido la pasión de Aidan por la cafeína, se sintió predispuesto a servirse una taza.

—Tenemos que hablar —anunció el druida con voz ronca después de un par de tragos ansiosos.

Niall compuso una expresión de falso dolor.

—¿Vas a dejarme? —lloriqueó—. ¿Ya no es lo que era? ¿No soy yo, eres tú? ¿Cómo puedes hacerme esto a mí, que te he dado mis mejores años?

—Vete a la mierda —masculló Aidan. Se sirvió otra taza de café y se sentó en la barra de la cocina. Él lo acompañó después de rebuscar en la nevera hasta dar con un frasco de crema de cacao de tamaño familiar, en el que hundió una cuchara sopera—. Llevo toda la noche buceando entre papeles —explicó.

—No me digas —ironizó Niall—. No lo habría adivinado ni en un millón de años.

Acostumbrado como estaba a que lo interrumpiera con sus salidas de tono, el druida ni se inmutó.

—Llevo días dándole vueltas a por qué una humana como ella tiene poderes de fuego —comentó, más como si hablara hacia sí mismo que hacia él—. Lo hablé con Cathal, que al fin y al cabo la conoce desde niña, y...

—¿Y te dio alguna idea? —lo interrumpió—. ¿O estaba demasiado ocupado planeando cómo saborear su fuego?

Aidan lo miró durante largo rato, con el rostro tan inexpresivo como el de un jugador profesional de póquer. Por fin, suspiró.

—Ya sabía yo que esto iba a pasar. —Dio un trago al café y puso la taza con cuidado sobre la mesa—. Solo para dejar las cosas claras, ¿vas a comportarte a partir de ahora como un celoso psicopático, o solo como el sociópata habitual, pero un poco más agresivo?

—No lo sé —respondió Niall con indiferencia tras lamer la cuchara hasta dejarla limpia como una patena—. Dependerá de cómo se comporte él.

—Estupendo —aceptó Aidan en tono neutro—. En fin, el caso es que los dos estuvimos de acuerdo y Roi lo confirmó en sus textos. No hay brujas de fuego humanas.

—¿Y cuánto tiempo necesitasteis para llegar a esa conclusión, *fiordhraoi*? —replicó burlón—. ¿Una semana? Está claro que esto no funciona si no estoy yo aquí para mover las cosas.

—Gilipollas —sentenció su amigo. Inspiró hondo y clavó la mirada en él con expresión severa—. Lo que quiero decir, Niall, a falta de que lo confirmes tú

rebuscando entre las profecías, es que no existen, ni han existido jamás, brujas de fuego humanas, lo que significa...

Dejó la frase colgando en el aire para que él la recogiera y la completara. No le llevó mucho tiempo.

—Lo que significa que la meiga no es humana —concluyó atónito.

La cuchara repleta de crema de cacao cayó dentro del tarro con un tintineo que puso el contrapunto perfecto a su estupefacción. Rebuscó en sus recuerdos, entre las profecías de las que era guardián. Un dato tras otro y tras otro y todo parecía confirmar lo inevitable. Halló alguna profecía que hablaba de fuego entre humanos, que apartó para analizar más adelante, cuando estuviera más calmado, pero nada que hablara de fuego humano.

Y si Aidan no había aprendido nada acerca de los poderes de fuego entre brujos humanos, Roi no había hallado ninguna referencia entre sus libros y él no tenía ningún dato entre las profecías y recuerdos de su pueblo, solo había una conclusión posible.

La meiga no era humana.

Pero ¿cómo? Y, lo que era más...

—¿He estado todo este tiempo follándome a una *sídhe* sin molestarme en protegernos? —preguntó con un filo de pánico en su voz.

—Eso es lo único divertido de todo este asunto, sí —confirmó Aidan con una sonrisa malvada.

Marta se despertó sobresaltada y, por unos instantes, creyó que había sido el sonido de un trueno lo que la había arrancado de las garras del sueño. Sin embargo, solo necesitó dos segundos para darse cuenta de que no era su corazón el que latía acelerado, sino el vínculo que compartía con Niall lo que hacía vibrar su cuerpo de pura inquietud.

—Genial, ahora noto «perturbaciones en la Fuerza» —suspiró.

Se estiró con pereza sobre las sábanas revueltas, decidida a ignorar esa sensación incómoda en su vientre que no dejaba de advertirla de que algo iba muy mal. Sin embargo, en lugar de llenar la bañera para aliviar sus resentidos músculos, el apremio que percibía en su conexión con el hada la hizo darse una ducha apresurada y salir en su busca.

Ni siquiera se molestó en seguir los senderos de su magia para buscarlo. La tormenta que sacudía el pueblo estaba en su máximo apogeo, así que él estaría disfrutando de su fuerza, gozando del viento en su cara y de la lluvia empapándolo. Y ella se moría por acompañarlo, a pesar de que sabía que alguien la impediría salir de la casa en cuanto intentara poner un pie fuera de sus muros. Aun así, nadie le prohibiría abrir la puerta y contemplar la tormenta y, con suerte, descubrir el motivo del mal humor de Niall.

Pero, como ya era habitual en esa casa en la que resultaba imposible dar dos pasos sin tropezar con alguien, Cathal la interceptó antes de que pudiera alcanzar su objetivo.

—Yo le daría unos minutos, *rula* —sugirió—. No está en su mejor momento ahora mismo.

—¿Le pasa algo malo? —se espantó ella, aunque no tardó demasiado en decidir que era una pregunta estúpida, ya que podía comprobarlo por sí misma explorando el vínculo—. No —decidió—. Está inquieto y un poco furioso, pero ese es casi su estado habitual.

El hombre al que toda su vida había conocido como Chisco, el pescador, y que ahora se mostraba ante sus ojos con toda la belleza que solo alguien de su especie podía poseer, inclinó la cabeza en un gesto de curiosidad, observándola con una sonrisa.

—Muy bien —celebró, aprobador—. Has mejorado mucho.

—A la fuerza ahorcan —replicó Marta. Dio un paso a un lado para esquivarlo, pero él volvió a situarse frente a ella, impidiéndole llegar a la puerta—. ¿Quieres apartarte, por favor? —dijo en un tono en el que el «por favor» estaba fuera de lugar.

—Niall está de muy mal humor ahora mismo y yo necesito hablar contigo —explicó Cathal, haciendo hincapié en el «necesito», como si su vida dependiera de esa

conversación.

Ella dejó escapar un hondo suspiro. Sin que su voluntad interviniera para nada, sus ojos se desviaron hacia la puerta cerrada, tras la que seguía batiendo la tormenta, como si estuviera dispuesta a terminar hasta con la última rama del bosque, y tras la que Niall intentaba serenarse con la fuerza de los elementos.

Se moría de ganas de compartir ese momento con él o, al menos, de ver la sonrisa encantada que siempre dibujaba su rostro cuando estaba en comunión con la naturaleza, pero, al fin y al cabo, Cathal la había ayudado a salvarle la vida, así que bien podía perder unos minutos escuchándolo.

—Está bien —aceptó por fin—. Habla.

—¿Aquí? ¿No podemos ir a otro sitio más cómodo, o al menos más privado? —ofreció el hada, frunciendo el ceño en un gesto que no afeó lo más mínimo su rostro perfecto.

Ella sintió cómo un poder de agua —el poder de Cathal— se deslizaba por sus emociones.

No le molestó. Pensó que esa caricia, por íntima que fuera, no significaba mucho más que la sonrisa que pudiera dedicarle un conocido para convencerla de tomar un café, que una mano amiga posada sobre su brazo o que el murmullo tranquilizador de una voz familiar. La percibió como un modo de comunicarse a través de la magia en los seres para los que la magia lo era todo. Pero también se dio cuenta de que ese poder, a pesar de apoyarse en el mismo elemento, no tenía nada que ver con el de Niall; era mucho más tranquilo, más calmo, más acorde con el agua contenida de una presa que con la tormenta que golpeaba con saña los cristales. Y mucho menos vivo y provocador.

El toque del poder de Niall, por leve que fuera, despertaba el fuego en sus entrañas; el de Cathal apenas la removía más que un soplido. Aun así, era lo bastante amistoso como para predisponerla a aceptar su ofrecimiento. Estaba a punto de responder como imaginaba que se esperaba de ella, enviando su propia magia en un gesto de aceptación, cuando la puerta se abrió de pronto, golpeando la pared.

Y allí, con el vendaval sirviendo de telón de fondo a su ánimo tormentoso, estaba Niall, apoyado contra el dintel con un aire indolente que nada tenía que ver con la galerna que Marta percibía fraguándose en su interior.

—¿Es una fiesta privada o puedo unirme? —preguntó él con ese tono casual tan suyo que anunciaba siempre un desastre en potencia.

Un relámpago de fastidio atravesó el rostro de Cathal, al tiempo que su agua se alejaba de ella con mucha más rapidez de la que había usado para deslizarse en su interior. Casi al momento, vistió su rostro con una sonrisa de cortesía y se volvió hacia Niall.

—Solo quería... —empezó.

Pero el hada no lo dejó continuar.

—Sé muy bien lo que querías. —Se adentró en el vestíbulo y la puerta se cerró

tras él con un golpe que hizo vibrar los cristales de las ventanas—. Y la meiga no está interesada.

—Eso tendrá que decidirlo ella, ¿no crees? —replicó Cathal, olvidada ya su buena educación.

—¿Decidir qué? —intentó intervenir ella, al ver cómo la sonrisa malvada de Niall alcanzaba límites nunca antes conocidos en la escala.

—No hace falta —contestó Niall, como si ella ni se hubiera molestado en hablar—. Guárdate esa cosita débil y blandita y deja el fuego para quienes somos lo bastante fuertes como para manejarlo.

—Una vez más, eso tendrá que decidirlo ella —insistió Cathal sin alterarse demasiado.

—Ya lo ha decidido. Está vinculada a mi agua, no a la tuya.

—Los vínculos pueden romperse...

—Inténtalo.

Los dos hombres se habían ido aproximando despacio, paso a paso, como atraídos el uno hacia el otro por la fuerza de su enfado. En ese instante, estaban en el centro de la habitación, casi nariz con nariz, ambos relajados en apariencia, ambos sonrientes. Pero la tensión entre ellos fluía como una corriente eléctrica que alteraba sus sentidos y perturbaba el fuego de Marta. Esta, inquieta, consideró sus opciones. Podía interponerse entre ellos y exigir respuestas o podía marcharse y dejar que se arrancaran la cabeza en su estúpido ritual de machos. Pero un instinto en su interior la advirtió de que Niall no estaba solo enfadado. Por algún motivo, se sentía dolido y —a su manera un poco psicópata— vulnerable, y cada fibra de su cuerpo le pedía que lo serenara.

Así que se aproximó a ellos y pasó la mano por su cintura, acurrucándose contra él. El hada se tensó un instante, pero casi de inmediato relajó su sonrisa y pasó un brazo sobre los hombros de Marta, atrayéndola más hacia su cuerpo.

—Lo que tengas que decirme puedes decirlo delante de él —dijo, conciliadora—. No tengo secretos para Niall.

—Ya lo has oído —apostilló él en un tono que solo podía calificarse como de prepotencia infantil—. No tiene secretos para mí.

Cathal inclinó la cabeza en un gesto seco que traslucía desaprobación con tanta claridad como si estuviera proclamándola a voz en cuello.

—Pero tú sí los tienes para ella, ¿verdad? —lo provocó con serenidad.

—¿Quieres hablar de secretos, *a'chara*? —ofreció Niall alegremente—. Genial, pues cuéntanos entonces por qué llevas tanto tiempo a este lado, escondido en la piel de un viejo.

—Solo si tú le cuentas a la meiga por qué estabas ahí fuera, más furioso que el clima —devolvió el otro.

—Bueno, le gustan las tormentas —se atrevió a intervenir ella.

—Y los secretos —añadió Cathal.



—No tanto como las peleas —puntualizó Niall, amenazador.

Ella miró de uno a otro, desconcertada. No tenía ni idea de cómo habían llegado a esa situación, pero, si conocía un poco al hada —y el carácter *sídhe* en general—, era más que probable que todo terminara con la casa convertida en un campo de batalla, lo que encontraba fascinante en algún lugar de su interior desconocido hasta entonces, pero que, probablemente, traería demasiados problemas en el futuro. Y ya tenían bastantes dificultades sin necesidad de añadir la locura de las hadas a la ecuación.

Lo malo era que, hasta donde ella sabía, el único capaz de sacar a Niall de sus habituales explosiones de mal genio era Aidan —y no tenía ni idea de dónde estaba—, así que usó lo único que se le ocurría para tranquilizarlo y envió una oleada de serenidad a través del vínculo que los conectaba.

Funcionó, pero no de la manera que esperaba. El hada la estrechó con más fuerza entre sus brazos y contempló a su oponente con una mirada cargada de arrogancia.

—Creo que la meiga acaba de elegir. De nuevo —declaró burlón.

—Pues si ya habéis acabado de comprobar quién la tiene más larga, estoy esperando aquí desde hace un buen rato —resonó la voz de Aidan desde el salón.

Ella miró en esa dirección, sorprendida y un poco molesta. Si había escuchado toda la conversación, ¿por qué diablos no había intervenido antes? ¿Acaso no se había dado cuenta de lo lejos que podían haber llegado las cosas? Y, lo que era más, ¿le importaba?

Marta alzó la vista hacia el hada, esperando una respuesta, pero este se limitó a guiñarle un ojo con una enorme sonrisa y a arrastrarla hacia el salón, donde el druida aguardaba acomodado en el sofá con una cerveza entre las manos, representando la viva imagen de la serenidad. Se dispuso a tomar asiento frente a él, pero Niall tenía otros planes: se dejó caer en el sillón y la arrastró hasta su regazo, enroscando un brazo en torno a su cintura en un gesto posesivo. La mujer que era antes se habría sentido avergonzada; la que había surgido en los últimos tiempos se limitó a decidir que el contacto con el hada la serenaba, y que si a alguien no le gustaba la escena, podía mirar hacia otro lado.

—¿Has estado aquí todo el rato y no te has molestado en intervenir? —acusó a Aidan, mientras Cathal entraba en el salón y cerraba la puerta tras de sí.

El druida se encogió de hombros.

—No era mi lucha —replicó con aire desinteresado. Al ver que ella seguía mirándolo, esperando una respuesta mejor, él rio entre dientes—. Tendrás que preguntarle a él —dijo, señalando a Niall con el botellín de cerveza que tenía en la mano—. Ya te advertí de que siempre tiene sus propios planes.

—¿Niall? —inquirió Marta hacia el hombre que la sostenía en su regazo como si perteneciera a ese lugar desde siempre, más curiosa que molesta por lo que parecía ser su maniobra de manipulación número dieciocho mil.

—Solo intentaba demostrar mi punto —contestó él, restándole importancia.

—¿Y lo ibas a demostrar peleándote con Cathal?

—No hizo falta, brujita. Ya lo demostraste tú —respondió, saliéndose por la tangente, como de costumbre.

—Por mucho que vaya a divertirme ver cómo Niall intenta salir bien parado de todo esto —intervino Aidan—, me temo que tenemos algo más importante que comentar.

La seriedad en su voz la obligó a dejar de interrogar al hada y a centrar su atención en él. No eran muchas las ocasiones en las que el druida consideraba necesario adoptar ese rostro severo y ese tono fatalista y, en cada una de ellas, su vida había dado un salto mortal con triple tirabuzón, así que lo mejor era dejar sus problemas con Niall para más adelante y descubrir qué nuevo escollo iba a presentarse en su camino.

—¿No vamos a avisar a los demás? —preguntó, acostumbrada como estaba a que las noticias importantes se transmitieran de golpe a todos los implicados.

—Roi ya lo sabe —explicó Aidan—. Y a las chicas ya se lo explicaré yo luego. Cuantas menos interrupciones...

La frase había ido muriendo en sus labios hasta desvanecerse sin llegar al final. El rostro circunspecto del druida, unido a ese cambio en las dinámicas del grupo, hizo que su estómago se contrajera en un nudo de nervios que Niall serenó al instante. No por completo, pero sí hasta un punto tolerable. Preocupada, puso su mano sobre la de él, que ahora le acariciaba el muslo en un gesto más tranquilizador que lascivo, y miró a Aidan, expectante.

—No hay una forma sencilla de decir esto —estaba diciendo él.

—Sí la hay —lo interrumpió Niall, ante la mirada resignada del druida. Se dirigió entonces hacia Marta—. No eres humana.

Las palabras cayeron sobre ella como un jarro de agua fría en el mismo momento en que él las pronunció; su significado tardó unos segundos más en revelarse ante ella, como si la declaración fuera demasiado inabarcable como para poder asimilarla de un solo trago.

Tres palabras. Tres simples palabras capaces de derrumbar todos los pilares en los que había asentado su existencia. Tres palabras que no solo la volvían del revés, sino que hacían desaparecer incluso la esencia de lo que había sido hasta ese momento, que la negaban, que hacían desvanecerse en el olvido a la mujer que había sido toda su vida.

Incapaz de detenerse, Marta se adentró sin dudarle en las fases del duelo.

—No, eso no puede ser. —Empezó la fase de negación, intentando mantener su voz en un tono sereno y controlado—. Soy humana, no puedo ser otra cosa. Yo no...

—No, no lo eres —la contradijo Cathal—. No hay fuego en los humanos. Nunca lo ha habido y nunca lo habrá.

—¡Pero yo soy humana! —insistió, buscando en cada uno de ellos un apoyo que, por supuesto, no encontró—. Tiene que haber otra explicación. Yo no soy... Yo...

—No te pongas así, brujita —intervino Niall en tono práctico—. Al fin y al cabo, ser humano no es gran cosa.

El tono de desprecio en su voz la lanzó de cabeza a la segunda fase. Se libró de su abrazo y se levantó, quemándose en el fuego de su propia ira.

—¡Esto es cosa tuya! —lo acusó—. ¡Es uno de tus trucos! ¡Pues no tiene gracia! No sé qué pretendes, pero no tiene puñetera gracia. ¡Si no te gustan los humanos, puedes largarte por donde has venido, pero a mí no me tomes el pelo!

—Marta —advirtió Aidan con suavidad.

Ella se volvió para fulminarlo con la mirada.

—¡Cállate tú también! ¿Cómo puedes apoyarlo en esto?

—Marta, cálmate —insistió el druida.

—¡No me da la gana! ¿Por qué voy a calmarme? ¿Eh? ¿Por qué?

—Porque estás a punto de quemar toda la casa —respondió Niall con la sombra de una sonrisa bailando en su voz.

Se puso en pie con su habitual aire perezoso, indiferente a su ataque de rabia, y colocó las manos en los hombros de Marta para girarla hacia la chimenea, donde las llamas crepitaban con furia, amenazando con elevarse más allá de la pantalla que las mantenía sometidas entre las paredes de piedra.

Ella contuvo un jadeo que tenía mucho de pánico. Su propio poder la traicionaba, presentándose como una prueba fehaciente de la absurda realidad que los tres hombres intentaban que asumiera.

Pero no podía ser. Era humana. Sí, su elemento era el fuego, pero tenía que haber otra explicación, otro modo de justificar su magia.

Y, entonces, temblando de puro pánico, se adentró en la fase de negociación.

—No tiene sentido —intentó razonar. Dejó caer su mirada enloquecida en cada uno de los hombres, uno por uno, una y otra vez—. No tiene sentido, ¿no lo veis?

—Es lo único que tiene sentido, Marta —musitó Aidan.

—¡No! ¡Mi madre era humana! ¡Mi abuela era humana! Y las dos se casaron con hombres humanos, de aquí, del pueblo —explicó con apresuramiento. Entre las brumas de su mente, una luz de alarma la advirtió de que ahí tenía una explicación racional, una baza ganadora—. ¡Los *sídhe* no pueden tener hijos con humanos!

—*Rula*, ¿recuerdas a tu padre? ¿A tu abuelo? —medió Cathal en tono suave.

—¡Claro que los recuerdo! Mi padre... —vaciló—. Mi abuelo...

¿Por qué era incapaz de recordar un solo detalle? Sabía que había tenido un padre, que lo había conocido, que había jugado con él. Y un abuelo. Claro que recordaba a su abuelo. Su abuelo era... Su padre...

El pánico corrió por su cuerpo como el agua del deshielo, congelando sus venas, sus músculos y sus nervios. Una parte de su mente rebuscaba enloquecida entre sus recuerdos, pero estos se escabullían cada vez que intentaba apresarlos. Los rostros de los hombres de su familia eran como sombras apagadas, como imágenes en la niebla, y todo lo que los rodeaba, todo lo que siempre había creído saber sobre ellos, se

hallaba ahora envuelto en una nube de irrealidad, como las escenas difusas que quedan de una pesadilla tras levantarse en el medio de la noche jadeante y con el corazón amenazando con abandonar la caja torácica.

Las piernas le flaquearon, y habría caído al suelo de no ser porque Niall debía de esperar esa reacción y la sostuvo entre sus brazos, devolviéndola al sofá y al calor de su regazo y su toque tranquilizador.

—No puede ser —gimió, hundida ya hasta las cejas en la desesperación—. No puede ser, yo tengo recuerdos, tengo...

—Tenemos que estudiarlo más a fondo, Marta, pero creemos que tus ancestros masculinos nunca abandonaron el Otro Lado. —La voz de Aidan llegaba a ella apagada por el sonido de sus sollozos. Percibía su significado, escuchaba sus cadencias, pero era incapaz de enfrentarse a la realidad que le exponían—. Las mujeres, en cambio, tejieron un conjuro para confundir a los humanos y mantenerse en este plano, probablemente para cumplir con alguna misión. Cathal lleva mucho tiempo intentando averiguar cuál era, pero tu abuela siempre se negó a revelárselo.

—Llevo años vigilando a tu familia, *rula* —intervino el hada—. El poder de tu familia era tan fuerte que lo percibí en la distancia y ya nunca más pude alejarme. Pero cuando tu madre regresó al Otro Lado, algo falló.

—Pero mi madre ni siquiera creía en la magia —balbuceó ella.

—Claro que creía en la magia. Era magia —la contradijo Cathal—. Pero algo la asustó y la hizo apartarse de su misión. Atravesó el Velo y te dejó en manos de tu abuela. Ella también te mantuvo en la ignorancia, todavía no sabemos por qué.

Las manos tranquilizadoras de Niall acariciaban su pelo, serenándola con su roce, y la magia de agua en su interior la calmaba a través del vínculo. Toda la situación estaba sobrepasándola, pero la fuerza arrolladora del poder del hada calmaba la furia y la desesperación de su fuego y de su alma, ayudándola a razonar.

Poco a poco, esa fuerza fue calando en ella, derrumbando las barreras que había construido —o que quizá su familia había construido para ella— y dejando hablar a su cuerpo y a su magia.

Desde que todo había empezado, desde el momento en el que el *biosbardo* la había obligado a usar sus poderes y a empezar a liberarlos, su vida había ido en picado, demasiado rápida para analizarla. Después, Niall la había llevado de la mano a través de cada paso, acercándola sin saberlo a ese preciso instante, a ese momento crucial de revelaciones y descubrimientos.

Ahora, con todas las cartas que componían la verdad extendidas sobre el tapete de su consciencia para que las barajara y la estudiara sin interrupciones, no podía negarse a sí misma que había cambiado. Tanto, que a veces ya ni se reconocía. Se había convertido en lo que estaba destinada a ser *desde* un principio, en lo que su madre y su abuela le habían negado quién sabía por qué.

Ya no era la tímida y frágil humana a la que todo el mundo manejaba a su antojo. Era fuerte, estaba viva y necesitaba proclamarlo ante quienquiera que se atreviera a

arrebatarle de nuevo su poder.

Y, así, sin más, se sumergió en la aceptación.

Niall sintió en sus entrañas el instante preciso en que la meiga avanzaba el último paso hacia su transformación. La ira, el miedo y la desesperación la abandonaron, dejando solo una sensación de comunión con el mundo y consigo misma; una calma fiera y resuelta, activa y orgullosa como lo era el fuego que latía en su interior.

Ya no quedaban barreras que derrumbar ni límites que dejar atrás. La meiga se había convertido por fin en la criatura que era en realidad, la que siempre había vivido en su interior y que él tanto había ansiado liberar. Su objetivo se había cumplido y ya no quedaba nada más en ella por cambiar, nada más por avanzar. Su tarea había concluido y ya podía dedicarse a otra cosa.

Pero, para su sorpresa, no podía hacerlo.

Libre de ataduras, su fuego era todavía más tentador de lo que había sido nunca hasta entonces; sin las barreras de su falsa humanidad, la mujer que lo contenía lo seducía sin remedio.

Al parecer, su historia con la meiga, lejos de acabar, no había hecho sino empezar su singladura. Y siendo como era, se limitó a aceptar ese nuevo cambio sin alterarse, dispuesto a seguir el camino que esa decisión inesperada había abierto ante él y a explorarlo y disfrutarlo sin reservas.

Tenía a la mujer y tenía su magia, y así iba a ser desde ese momento en adelante, como si hubiera sido así desde el principio.

Apartó la vista de ella para encontrarse con la mirada interrogativa de Aidan, que los observaba sin rastro de sorpresa ni curiosidad, sin duda porque había comprendido, como ahora lo comprendía él, que la Rueda del Destino había dado un nuevo giro y la realidad había vuelto a encajar en su lugar.

—Dejadnos solos —dijo, respondiendo así a la muda pregunta que le dirigía el druida.

Aidan asintió, incorporándose. Cathal no tardó en acompañarlo y se dirigió hacia la puerta sin dedicar siquiera una segunda mirada hacia ellos. Su amigo, sin embargo, se volvió antes de salir.

—Si necesitas algo, estaré arriba —ofreció. Pareció dudar un segundo antes de decidirse a continuar—. *Anamchara*, tienes que...

—Lo sé —lo interrumpió con calma—. Vete.

La puerta se cerró en silencio, como si ni el sonido quisiera alterar la serenidad del momento, o tuviera miedo de quebrar sin remedio esa calma que había nacido tras la tormenta.

La meiga alzó la vista y lo miró a los ojos sin pestañear. Si no supiera ya que su cambio era definitivo e irreversible, esa mirada directa, valiente y sin titubeos habría terminado por convencerlo más allá de toda duda.

—¿Desde cuándo lo sabes? —preguntó con un tono tranquilo, sin recriminaciones ni dramatismos.

—Me enteré poco antes que tú, pajarito —respondió él con la misma serenidad.

—¿Y por eso estabas fuera, intentando calmarte? —presionó, sin apartar la mirada de sus ojos, como si allí pudiera comprobar la sinceridad de su respuesta.

No tenía por qué saber que él era más que capaz de mentir —o al menos no decir toda la verdad— con absoluta sinceridad y mirándola a los ojos, pero apreciaba su valor. Y, de todos modos, ni quería ni podía mentirle en esa ocasión.

—No. Intentaba calmarme porque hay algo más que debes saber —explicó—. Algo en lo que creo que no has caído.

Ella asintió, como si ya se lo esperara. Pero lo que había en sus ojos no era tanto resignación como curiosidad, como el afán de querer saberlo todo.

—Te escucho —lo animó.

Él vaciló. Por primera vez en toda su existencia, no tenía ganas de afrontar el tema como era típico en su carácter: de frente y al diablo con las consecuencias. Siempre se había guiado por una máxima muy simple: no decir nada que no estuviera dispuesto a defender con la fuerza de su lengua, de su magia o de sus puños, y como nunca había encontrado algo que no entrara en una de esas categorías, el enfoque directo le parecía siempre mucho más rápido y mucho más efectivo.

Pero la cantidad de caminos que podrían abrirse ante lo que estaba dispuesto a revelar —caminos que le afectaban de forma personal y directa— lo paralizaba hasta a él, así que, por una vez, decidió introducir a la meiga en el tema con suavidad.

—Eres consciente de que los dos somos *sídhe* —empezó con una afirmación que, sin embargo, llevaba implícito un tono inquisitivo. Ella asintió—. Vale, pues como los dos somos *sídhe*, nuestra... —vaciló, reticente a usar una palabra que era extraña en sus labios—. Lo que hay entre tú y yo, nuestra...

—¿Relación? ¿Historia? ¿Lujuria desatada? —ofreció la meiga con sorna.

—Todo eso, sí —rio—. Te estás volviendo muy descarada, brujita.

—Aprendí del mejor —replicó ella al instante, sin abandonar su tono irónico.

Él soltó una carcajada y la recolocó sobre su regazo para que pudiera sentir lo feliz que le hacía ese descaro, provocándole una risita lasciva.

—Luego discutiremos eso —advirtió, malicioso—. Lo que quería decir, pajarito —continuó, retomando su tono de seriedad—, es que, aunque no lo supiéramos, la nuestra no es una relación entre dos especies distintas...

Supo que ella lo había entendido antes de terminar. Sus ojos se abrieron de par en par en un gesto que contenía a partes iguales sorpresa y pánico, y su vínculo se cargó de inquietud.

—Ay, ay —gimió—. Somos de la misma especie...

—Sí.

—Y eso quiere decir que...

—Sí.

—¿Puedo...?

—Sí.

Escrutó su rostro con atención, intentando adelantarse a qué emoción, de las muchas que pugnaban por hacerse por el control en el expresivo rostro de la meiga, acabaría ganando la partida, para poder volverla a su favor si era necesario. Primero vio inquietud, pánico, angustia... Y, por fin, aceptación y un cierto encanto, para terminar en algo muy parecido a la picardía.

—Bueno, míralo por el lado bueno. —Marta sonrió con malicia y descansó las manos sobre el vientre en un gesto inequívoco—. A Aidan lo va a volver loco pensar que puede tener que aguantar a otro como tú.



Marta ni siquiera se estaba molestando en fingir que le importaba, aunque solo fuera un poco, la cháchara de sus amigas. Y lo más gracioso era que ellas tampoco parecían estar enterándose de que no las escuchaba ni les prestaba la más mínima atención. Estaban tan acostumbradas a que ella fuera correcta, invisible y sumisa, que ni siquiera se sorprendían por que no formara parte activa de la conversación. Es más, no se daban ni cuenta. Conque, de tarde en tarde, mirara a una de ellas y asintiera, el diálogo entre sus amigas continuaba y continuaba, planificando cada minuto de su existencia, expresando lo que era mejor para ella y cómo debía comportarse desde ese instante en adelante. Indignándose por ella cuando les parecía oportuno y angustiándose cuando lo creían necesario.

Y en el centro de ese torbellino de palabras y planes estaba ella, ignorándolas hasta el punto de lo insultante.

Aburrida, empezó a apostar consigo misma cuánto tiempo tardarían en percatarse de que su cabeza estaba a kilómetros de ese debate, centrada en las emociones de Niall, que se estaba enfrentando a una charla similar con los chicos. La diferencia era que él parecía estar pasárselo en grande —con toda probabilidad alterándoles los nervios a los otros dos—, mientras que ella estaba a punto de caer dormida de un momento a otro.

Fue entonces cuando comprendió que, por mucho que hubiera cambiado en los últimos tiempos, por mucho que hubiera aceptado lo que era en realidad, le costaba deshacerse de las viejas costumbres. En realidad, no estaba haciendo más que lo que había hecho siempre: dejar que sus amigas hablaran y esperar a que le dirigieran una pregunta directa para intervenir.

Por supuesto, era lo más práctico, pero lo más práctico no siempre era lo más divertido. Así que se dispuso a prestar atención y a ver hasta dónde podía llevarla esa nueva seguridad en sí misma.

—¿Cómo va a hacer eso? —estaba preguntando Diana, espantada.

—¿Cómo no? —replicó Laura—. Siempre hacen lo que les da la gana. Tú has tenido que cerrar el bar por reformas, yo he tenido que cancelar todas mis citas y Marta no puede ni pasarse por la peluquería.

—Sí —intervino ella—. Y solo porque tienen el capricho de salvarnos la vida. ¡Qué desagradables!

Sus amigas la miraron como si acabara de crecerle una segunda cabeza, pero no tardaron en reponerse y volver a la carga con más ganas.

—Bueno, sí —reconoció Diana—, pero tampoco nos han pedido nuestra opinión.

Ella se retrepó en el colchón hasta colocar los pies descalzos sobre la colcha. De pasada, su recién adquirido déficit de atención le señaló que las uñas le quedarían

estupendas pintadas de rojo, aunque jamás en toda su vida se había molestado en decorarse los pies.

—Hace años que querías reformar el bar, Diana —explicó con un tono que mezclaba a partes iguales la paciencia y la ironía—. Y Laura siempre trabaja desde casa, porque para diseñar páginas y poner a prueba sus sistemas de seguridad no necesita más que un ordenador. Y yo...

En cuanto pensó en sí misma y en su vida, en las constantes sobre las que esta se había asentado hasta entonces, supo que no tardaría en producirse un efecto dominó que se llevaría por delante hasta el último de los pilares de su antigua existencia. Todavía no estaba muy segura de saber quién era, pero sí estaba convencida de que Marta, la tímida peluquera del pueblo, había desaparecido para no volver.

Sus amigas malinterpretaron el silencio asombrado en el que se había sumido, que había conseguido que dejara su frase por la mitad. Parecieron analizar ese silencio y llegar a la conclusión de que, como tantas veces antes, se veía superada por todo lo que estaba ocurriendo a su alrededor, así que le dedicaron la típica mirada de conmiseración y se apresuraron a serenarla.

—Nena, no te preocupes, todo va a salir bien —la animó Diana.

—He estado haciendo cálculos, Marta —informó Laura—, y aunque es demasiado pronto para...

—No voy a volver a la peluquería —interrumpió con serenidad.

—¡No digas tonterías! ¡Claro que vas a volver!

—Por supuesto, aunque nos pongamos en lo peor, muchas madres solteras trabajan, y nos tienes a nosotras para ayudarte. —Laura sacó su iPhone y empezó a teclear de forma frenética—. Solo tenemos que organizarnos. Si Diana...

—No voy a volver —repitió, alzando la voz—. Este ya no es mi sitio. —Sus amigas la miraron y se miraron entre ellas, como si fueran incapaces de procesar el sentido de sus palabras. Sin embargo, cuando estas habían abandonado sus labios, ella supo que nunca había estado tan segura de algo en toda su vida—. No soy humana. Y mi familia está en el Otro Lado.

—Tu familia somos nosotras —replicó Diana, con un punto de indignación.

—Claro que sí —se apresuró a rectificar—. Pero allí están mis orígenes, lo que soy. Y necesito...

—Esto ha sido cosa de Niall —afirmó Laura—. Es una de sus maquinaciones, fijo.

—Lo dudo —repuso con serenidad—. Acabo de decidirlo.

—Pero seguro que él lo tenía todo calculado —gruñó Diana—. Ya sabes que siempre tiene su propia agenda.

—Lo sobrestimas —protestó Marta sin alterarse—. Claro, como a ti te la ha jugado más de una vez... —añadió con la más beatífica de sus sonrisas.

Ver a Diana boqueando, incrédula, como un besugo recién pescado, fue incluso más divertido de lo que había calculado, y ni la mirada fulminante de su otra amiga,

que incluso había dejado caer su inseparable teléfono móvil, empañó para nada su satisfacción.

—Son las hormonas, Diana —decidió Laura por fin, recogiendo de nuevo el teléfono—. Marta no...

—Marta se va a dar un paseo —resopló ella—. Cuando hayáis terminado de organizar la vida del hijo que ni siquiera sabemos si voy a tener hasta su paso por la universidad, me avisáis.

Antes de que sus amigas pudieran responder y la metieran a la fuerza en un inacabable cruce de agudezas para el que no estaba de humor, salió de la habitación.

La lluvia seguía cayendo con fuerza, repicando contra el techo y los cristales en una melodía que ahora se le antojaba viva y casi sedante. Y si el poder del agua, que al fin y al cabo no era su elemento más que en lo que la unía a Niall, tenía ese efecto sobre ella, qué no conseguiría el crepitar de un buen fuego.

Decidida a comprobarlo, bajó las escaleras hacia el salón, tanteando ya las brasas que esa misma mañana había dejado su fuego, para avivarlas y alentarlas. Pero apenas había llegado al último escalón cuando una voz a sus espaldas frenó sus pies.

—Tienen su parte de razón, ¿sabes?

Se volvió para ver la exuberante figura de Ciara apoyada contra el dintel de la puerta de la cocina en una estudiada pose indolente.

—¿Perdona? —inquirió con el aire más despectivo que fue capaz de invocar.

Quizá ahora estuviera dispuesta a enfrentarse a sus amigas, pero seguían siendo sus amigas, y la lealtad era fundamental. Si a ellas les caía mal Ciara, ella no iba a tratarla con afecto.

La *sídhe* se apartó de la pared y caminó para acortar la distancia que las separaba. Una vez junto a ella, le dedicó una falsa sonrisa.

—He dicho que tienen su parte de razón —repitió—. Sobre Niall. Siempre tiene sus propios planes, y a estas alturas ya deberías saberlo.

—Ciara, creo que en algún momento ha debido de haber un malentendido muy grande entre nosotras... —empezó con suavidad.

—¿Tú crees?

—Sí, porque no comprendo qué ha podido hacerte pensar que tu opinión me interesa.

Un relámpago de furia atravesó los ojos de la mujer, pero se repuso al instante, hasta el punto de hacerle creer que había imaginado ese brillo rabioso. La observó con atención, como si pudiera ver más allá de lo que le decían sus ojos, y al poco retomó su sonrisa, cargada de falsa calidez.

—Puedo ver por qué le llama tanto la atención tu fuego —dijo en tono conciliador—. Lo llevas a flor de piel y es hermoso.

—Gracias —replicó Marta de forma abrupta.

El hada soltó una carcajada divertida ante su falta de amabilidad.

—Si yo fuera él, también querría tener descendencia de fuego... —dejó caer—.

Haría cualquier cosa por asegurármela —añadió con intención.

De no ser por ese tono intencionado y malicioso, deseosa como estaba de abandonar una conversación que estaba consiguiendo irritarla hasta la médula, habría pasado por alto lo que, en realidad, el hada quería decir. Y cuando la luz se hizo en su cerebro, se apresuró a salir en defensa de Niall... o de sí misma.

—No seas ridícula. Hasta hace unas horas él pensaba que yo era humana. No podía saber...

—¿Estás segura? —sonrió Ciara.

A Marta se le representó la imagen mental de una enorme gata relamiéndose ante un plato de crema.

—Sí, claro que estoy segura —afirmó con rotundidad—. Esto lo ha sorprendido tanto como a mí y...

—Creo que el *fiordhraoi* ya te lo ha advertido, bonita —la interrumpió el hada, inclinándose hacia ella en un gesto más amenazante que conspirador—. Si crees que Niall hace algo sin un motivo, piénsalo otra vez. —Se apartó y en su rostro se pintó una enorme sonrisa triunfal que Marta sintió deseos de borrar de un puñetazo—. Al fin y al cabo, ¿qué otra razón podría tener para liarse con una mujercita insignificante como tú?

Y, sin más, se dio media vuelta y desapareció escaleras arriba, como si los efectos de la bomba que había dejado caer a los pies de Marta ya no le interesaran lo más mínimo.

Atento solo en parte a la conversación que se desarrollaba con exasperante lentitud junto a él, Niall se había sentado en la mesa de billar y se entretenía empujando la bola blanca contra las bandas, contemplando distraído su trayectoria. Tenía la incómoda sensación de que, arrastrado por la cantidad de caminos nuevos que se habían abierto ante él, algo se le estaba escapando. Una alarma pequeña e insistente en el fondo de su cerebro no dejaba de parpadear, intentando captar su atención y atraerla hacia ese detalle que había aparcado, que había relegado para centrarse en asuntos más urgentes. Pero ahí estaba, agazapado, esperando que lo viera, que se diera cuenta de que era importante, e intentó relajarse, aislarse todavía más de su entorno y recordar.

Lanzó la bola blanca una vez más, de forma desganada, y esta se deslizó por el tapete verde hasta golpear otra de las bolas, que cayó en una de las troneras con un ruido sordo.

«Dentro».

La bola blanca vaciló al borde de la tronera, pero se mantuvo sobre el tapete sin seguir a su compañera roja al fondo del hueco.

«Dentro... y fuera».

Eso era. Había algo, algo dentro y algo fuera.

—Había algo dentro y algo fuera —dijo en voz alta.

Aidan se detuvo en mitad de una frase para mirarlo con algo muy parecido al fastidio. Sin embargo, debió de ver algo en el rostro de Niall que le hizo mudar su expresión a otra de intriga e interés.

—¿Algo dentro y algo fuera? —repitió con calma, como animándolo a explicarse.

—Espero que sea algo importante y no una manera bastante grotesca y desagradable de dirigir la conversación hacia tu vida sexual —intervino Roi en tono hastiado.

—No, es importante —dijo, ignorando por una vez la prosa retorcida de su amigo.

Se puso en pie y empezó a caminar por la habitación, perdido en sus recuerdos y desesperándose porque estos se presentaban confusos y retorcidos, envueltos en una densa bruma que solo le permitía atisbar retazos, imágenes sueltas que no llegaban a conformar un todo con sentido por mucho que se esforzara.

—Niall, ¿necesitas ayuda? —ofreció el druida en tono preocupado.

—¡No, joder! —exclamó irritado—. Lo único que necesito es recordar.

Se llevó las manos a las sienes y apretó con fuerza, como si así pudiera exprimir los recuerdos y convertirlos en un zumo que sus labios pudieran saborear y explicar. La incertidumbre lo estaba poniendo furioso, y ese espacio de su cerebro envuelto en

niebla estaba consiguiendo que esa furia burbujeara y amenazara con explotar. Dejó escapar un gruñido y bajó las manos con rabia, cargado hasta las cejas de energía nerviosa que necesitaba liberar como fuera.

El recuerdo estaba ahí, al alcance de su mano; podía sentirlo y, sin embargo, era incapaz de atraparlo. Cada vez que se aproximaba, lo que intentaba atraer a su memoria se alejaba apenas un milímetro, un segundo en el tiempo, un suspiro. Y saber que podía llegar a verlo si tan solo consiguiera estirarse un poco más lo estaba llevando más allá del límite de su escasa paciencia.

Era un círculo vicioso: la frustración lo estaba conduciendo a la ira, y cuanto más airado estaba, menos podía concentrarse y más aumentaba su frustración. Si tan solo fuera capaz de encontrar el hilo perdido dentro de su mente, si consiguiera entender por qué era importante que hubiera algo dentro y algo fuera, si...

—*Anamchara*, es mejor que te calmes o inquietarás a tu mujer —musitó Aidan, aproximándose a él—. Déjanos que te ayudemos a recordar.

La meiga. La meiga tenía que estar sintiendo todo ese nerviosismo a duras penas contenido que se debía de estar filtrando a través de su vínculo. Si no podía serenarse para encontrar respuestas, al menos debía hacerlo para no alterar a la mujer que podía llevar al hijo de ambos en su interior. Inspiró hondo y utilizó de ese vínculo y la mano tranquilizadora de Aidan sobre su hombro para intentar calmarse o, al menos, para no transmitir su rabia a través del vínculo.

—Debo reconocer que, a pesar de todo lo que ha ocurrido estos días y de todo lo que hemos descubierto, todavía se me hace muy extraño escuchar cómo te refieres a Marta como «su mujer» —meditó Roi.

—Pues es lo que es, así que acostúmbrate —gruñó Niall de malos modos—. Y guárdate tus putos sermones para quien quiera escucharlos.

—No creo que su intención sea sermonearte —medió Aidan—, creo que, más bien, pretende reírse de ti. Y te confieso que estoy más que dispuesto a apoyarlo.

—Id a tomar por culo —masculló.

Aunque había intentado imprimirle a su voz toda la rabia que lo había poseído segundos antes, sabía muy bien que en su tono se había colado sin su permiso la sombra de una sonrisa, no tanto por la solapada burla de Roi —que sabía que no tardaría en volverse mucho más obvia y bastante más cruel— como por la satisfacción de haber reconocido la táctica de sus amigos para serenarlo, y por haber permitido que, de hecho, lo serenara.

Era un juego al que habían jugado mil veces antes: cuando su carácter amenazaba con desbordarse, ellos lo atraían hacia un combate de esgrima verbal sobre cualquier tema alternativo al que estuviera amargándole la vida y, tras unos cuantos cruces de agudezas, conseguían calmarlo lo suficiente como para tratar el asunto principal sin temor a verse metidos, de forma literal, en el ojo de un huracán.

Así que decidió seguirles la corriente una vez más, porque quería tranquilizarse para no preocupar a la meiga, sí, pero sobre todo porque sabía que, en muchas

ocasiones, dejar de intentar atraer un recuerdo que se escurría entre los senderos de su mente era justo lo que necesitaba para que ese recuerdo apareciera, sin más, ante sus ojos.

Fingiendo estar mucho más malhumorado de lo que en realidad estaba, dejó de pasearse de un extremo a otro de la sala de juegos y tomó asiento sobre la mesa de billar, esperando la siguiente agudeza mientras apostaba consigo mismo cuál de sus amigos se animaría primero a tomarle el pelo.

—No te ofendas, amigo mío —empezó Roi, y él sonrió para sus adentros al ver confirmadas sus apuestas—. Lo que ocurre es que siempre había pensado que la relación que mantienes con tu propia psicopatía te daba todo lo que necesitabas.

—No puedo follarme a mi propia psicopatía, *a'chara* —replicó Niall.

—Y, créeme, lo ha intentado —intervino Aidan con malicia.

—Por la Diosa, que nadie me cuente los detalles —lloriqueó Roi, arrancándole por fin la sonrisa que tanto había reprimido. Al ver logrado su objetivo, su amigo le devolvió el gesto y se arrellanó en su asiento, satisfecho—. Ahora en serio, Niall, ¿estás bien? Y no me refiero a tu arrebató de hace unos minutos —se apresuró a aclarar.

—Estoy bien —respondió sonriente—. Siempre estoy bien, ya lo sabes.

—Lo ha aceptado bastante mejor que tú, O'Cleary —dijo, dirigiéndole a Aidan una mirada irónica—. Lo que no sé es si me sorprende o me preocupa, para ser sincero.

El druida dejó escapar un resoplido de indignación que convirtió la naciente sonrisa de Niall en una carcajada.

—Yo no les doy vueltas a las cosas. No como Aidan, que piensa demasiado —se burló.

—Alguien tiene que hacerlo —replicó Aidan con un gruñido—. Y, ya que esa es mi misión, dime, ¿le has dicho algo a la meiga o esperas que adivine lo que está pasando por tu cabeza?

—¿Qué tengo que decirle? —inquirió con un encogimiento de hombros—. Ella ya ha decidido. Eligió mi agua.

—Niall —suspiró Roi, pronunciando su nombre como si fuera un ruego o, quizá, una queja.

—No, no lo has hecho, *anamchara* —lo contradijo Aidan—. Que la hayas manipulado para dejar claras las cosas ante Cathal no significa que entienda lo que está pasando.

—No hay nada que entender. Su fuego es mío y mi agua es suya y será así de ahora en adelante, como si siempre hubiera sido así. No hay más que hablar.

Sus amigos cruzaron una mirada cargada de entendimiento, como si quisieran escribir el diálogo de la futura conversación antes de animarse a contradecirlo, así que esperó con paciencia a ver qué argumentos absurdos le daban para intentar obligarlo a reconocer en voz alta lo que era tan obvio que no necesitaba, desde su

punto de vista, más explicación. ¿Qué más razonamientos hacían falta? Llevaba a la meiga dentro, como ella lo llevaba a él y, con suerte, ella llevaría también la magia de ambos en un nuevo ser. Si eso no era suficiente para...

«Dentro. Dentro y fuera».

La luz se hizo de golpe en su cerebro, arrastrando la niebla que había oscurecido su memoria. Estos lo asaltaron de golpe, trayendo consigo el recuerdo del dolor y de la muerte inminente, pero también la respuesta a todas las preguntas. Se puso en pie de un salto, ignorando las miradas entre interesadas y extrañadas de sus compañeros y dejó que todos esos momentos perdidos lo inundaran, confirmando lo que había empezado a sospechar segundos antes más allá de toda duda.

—Joder —murmuró—. Claro. ¡Claro! ¡Era eso! —exclamó en dirección a sus amigos.

—Creo que deberías explicarte un poco mejor, amigo mío, porque ahora mismo...

—¡Dentro y fuera, joder! ¿Cómo no me di cuenta? Había algo dentro y algo fuera —explicó, gesticulando enloquecido, como si quisiera detener las imágenes que, ahora que se habían liberado, no dejaban de mostrarse delante de sus ojos—. Por eso sentía que tiraban de mí y que me empujaban. ¡Son dos! ¿Entendéis? ¡Son dos!

—¿Cómo dos? —preguntó Aidan, levantándose para llegar junto a él—. ¿Dos criaturas? ¿Estás seguro?

—¡Sí, dos! —volvió a gritar, exasperado porque no conseguía hacerse entender—. Por eso todo lo que encontrábamos era contradictorio, por eso no era capaz de distinguir su marca —explicó de forma acelerada, paseando por la habitación sin dejar de gesticular—. Son dos, uno a este lado y otro al otro.

—Eso no tiene sentido —murmuró Roi—. Si fueran dos criaturas, ya lo sabríamos a estas alturas. No tiene sentido —repitió, sacudiendo la cabeza en un gesto de negación.

—¿Y qué tiene sentido, Roi, dime? —preguntó Aidan con serenidad—. Nada tiene sentido desde que llegamos aquí. Nada encaja, nada es como debiera ser. Sí, deberíamos haberlo sabido, pero deberíamos haber sabido tantas cosas...

Niall se apresuró a recoger la frase y devolverla en una enumeración que no admitía réplica.

—Deberíamos haber sabido que Diana era la magia de Aidan nada más verla. —Empezó, levantando el dedo índice para representar sus cuentas—. Deberíamos haber sabido que la meiga no era humana con solo un vistazo, y deberíamos haber conocido su elemento nada más liberarse sus poderes. Deberíamos haber podido leer el libro de su abuela en cuanto nos lo trajeron, pero todavía hay partes que no hemos descifrado. Deberíamos haber sabido que Cathal estaba en el pueblo nada más poner un pie en él. Deberíamos haber sabido que eran dos criaturas en cuanto las marcas empezaron a no encajar... —Terminó con los cinco dedos extendidos frente a Roi y la frustración burbujeando de nuevo en su interior—. ¡Joder, deberíamos haberlo sabido todo!



—Pero no lo supimos —murmuró el druida como si hablara más para sí mismo que para ellos—. No lo supimos —repitió como una oración.

Niall estaba a punto de dejar escapar todo su mal genio, a punto de gritar que sí, que no lo habían sabido y que ya estaba bien de repetirlo y repetirlo, que era el momento de buscar respuestas, no de lamentarse por lo que ya no podía ser, cuando una parte de su cerebro le advirtió que Aidan habría sido el primero en seguir ese mismo instinto de no mirar atrás y arreglar lo que tenían en el presente. Así que, si tanto se preocupaba por lo que no habían visto, tenía que ser por algo importante.

Se obligó a serenarse y a mirar hacia él como si fuera capaz de leer en su rostro la respuesta al interrogante que acababa de plantearle y, de pronto, comprendió.

—¿Ocultación? —inquirió atónito.

Su amigo asintió con la mirada perdida, con la mente a mil kilómetros de esa habitación, sin duda planeando la estrategia que seguir y los rituales que podían convenirles.

—Tenéis que comprobarlo —intervino Roi—. Tenéis que comprobarlo cuanto antes, porque eso significaría que en este asunto hay mucho más que no estamos viendo, y necesitamos tener las cosas claras de una maldita vez.

—Sí —aceptó Aidan, todavía en su mundo particular—. Sí —repitió más centrado—. Saldremos ahora mismo. Necesitamos respuestas.

—¿Estás seguro? —preguntó Roi, solo hacia el druida, porque él, demasiado impaciente por hallar por fin una luz en ese absurdo camino que estaban siguiendo, ya se había encaminado hacia la puerta—. Los rituales funcionan mejor en las fechas mágicas, y todavía falta tiempo para *Ostara*.

—No podemos esperar al equinoccio, Roi —replicó Niall ya desde lo alto de las escaleras, muy poco dispuesto a dar explicaciones en ese momento.

—Y, además, ¿quién ha hablado de rituales? —sentenció Aidan sonriente, apareciendo junto a él.

Sentada en el suelo frente a la chimenea, Marta extendía los brazos hacia las llamas anaranjadas que se alzaban con timidez entre la leña apilada. Su cálida caricia inflamaba su propio fuego, pero hacía muy poco por serenar la inquietud que le había provocado la breve conversación con Ciara. Necesitaba más fuerza y más llamas, y precisaba usar su magia para avivarlas, pero no se atrevía. No, al menos, sin un poder de agua que pudiera guiarla y apagarla de ser necesario. Y lo último que precisaba en ese instante era más complicaciones con los dos poderes de agua que había en la casa.

La escena entre Niall y Cathal le había demostrado que no podía acercarse al agua de este último sin provocar una pelea, y Niall no era una opción en ese instante. No cuando le hacía falta pensar, meditar y analizar todo lo que había sucedido entre ellos, y su sola presencia la distraía lo suficiente como para no llegar a conclusiones coherentes.

Así que le urgía usar esa soledad que había ido buscando al encerrarse en el salón, y por mucho que deseara utilizar su magia, si quería avivar las llamas, tendría que conformarse con hacerlo a la manera tradicional.

—Más tarde —decidió, acomodándose sobre la mullida alfombra.

La temperatura era agradable, y Marta tenía demasiadas cosas en las que pensar como para distraerse azuzando el fuego de la chimenea con un atizador, algo que había hecho mil veces, pero que ahora, inspirada por el descubrimiento de su magia, se le antojaba una tarea excesivamente banal y aburrida.

Había tantos, tantos cambios en una vida que hasta ese momento había considerado como monótona y bien estructurada que ni siquiera sabía por dónde empezar a estudiarlos. Y lo peor era que una vocecita muy incómoda y muy insistente, en el fondo de su cabeza, le decía que no se molestara. Que las cosas ahora eran diferentes y que lo que tenía que hacer era limitarse a aceptarlas tal cual se habían presentado ante ella; que el futuro era incierto y cambiante, y el pasado ya no podía alterarse; que lo único que estaba al alcance de su mano era el presente, y debía disfrutarlo.

Sonaba como algo que podría haberle dicho Niall, pero no era la voz del hada la que clamaba por su atención dentro de su cabeza, sino la suya propia. La voz de esa nueva Marta que ya no era humana, que ya no tenía miedo... Y que podía estar esperando un hijo del hombre al que todavía no sabía cómo encajar dentro de su vida. Del hombre que, según esa zorra llena de curvas, podía haberla empujado paso a paso hasta ese instante, con pleno conocimiento y total premeditación.

Y, a lo mejor, si sabía qué hacer con ese hombre, sabría cómo enfrentarse a todo lo demás.

Fue entonces cuando, en una súbita inspiración —atraída quizá por el

chisporroteo de un leño que avivó las llamas—, se dio cuenta de que nunca había hablado con él de eso. Ni de nada que afectara a la danza extraña que se traían ambos con sus respectivos poderes y su extraño vínculo. Se había limitado a dejarse llevar, a permitir que él marcara el ritmo y tomara las riendas y, cobarde como había sido toda su vida, jamás le había preguntado en qué dirección estaba guiando el carro.

Pero ya no era cobarde. Ya no era esa mujercita tímida, temerosa de su propia sombra, siempre dispuesta a agrandar e incapaz de ponerse en una situación incómoda. Y no iba a permitir que nadie manejara su destino sin tenerla en cuenta.

Y si el hada pretendía hacerlo, iba a tener que decírselo en su propia cara. Sin juegos ni subterfugios.

Decidida, se puso en pie, se colocó la falda con ademanes bruscos, sacudió la melena y salió al vestíbulo, tanteando el vínculo para encontrar a Niall. Y sorprendiéndose al darse cuenta de que no estaba en la casa.

Maldijo entre dientes. Había tardado mucho tiempo en tomar la determinación de enfrentarse a él, pero ahora que ya estaba preparada para hacerlo, tolerar aunque fuera un ligero retraso en sus planes se le antojaba insoportable.

—Vale, pues ya que no puedo desahogarme con él, lo haré con el primero que encuentre —masculló mientras se dirigía las escaleras en busca de una víctima para su mal humor. Y sin querer detenerse un instante a considerar que estaba actuando del modo exacto en que lo hacía Niall: buscando a quién irritar para aliviar su aburrimiento o su frustración.

Dejándose llevar por el instinto, se encontró ante la puerta de la sala de juegos, que abrió sin vacilar, aunque no tenía ni la más remota idea de a quién iba a hallar dentro, ni de cómo iba a poder fastidiarlo. Supuso que, al igual que ocurría con la magia, el calmarse enfadando a los demás era un talento que se aprendía con la práctica, así que lo mejor era empezar a entrenar cuanto antes.

Su decisión flaqueó un poco al ver a Roi jugando solo al billar, con una expresión preocupada en su atractivo rostro. De todos los habitantes de la casa, él era el único que jamás le había dado motivos para enfadarse, sentirse incómoda o fuera de lugar, y por mucho que ahora mismo necesitara tomarla con alguien, prefería a otro que lo mereciera más.

Así que estaba a punto de cerrar la puerta de nuevo, convencida de que él estaba demasiado concentrado en su juego y sus pensamientos como para haberla visto, cuando levantó la vista de la mesa y le dedicó una cálida sonrisa de bienvenida que hizo flaquear todavía más sus malos propósitos.

—Buenas noches, querida —saludó, dejando el taco de billar sobre el tapete para aproximarse a ella—. Si buscas al hada, ha tenido que salir con Aidan. Tardarán un poco en volver.

—¿Adónde han ido? —preguntó, sin sorprenderse demasiado al ver que su primer instinto no había sido disimular una expresión de desencanto y marcharse a toda prisa para lamer sus heridas en privado.

—A comprobar una teoría —respondió él con amabilidad, tomándola del brazo para llevarla hacia uno de los sillones, donde ella se acomodó tras quitarse los zapatos para poder recoger los pies bajo el cuerpo.

Roi volvió a dedicarle una de sus amables sonrisas y arrastró un taburete para sentarse frente a ella. Cómo se las arreglaba para parecer elegante incluso sentado en un pequeño asiento de tres patas que a duras penas acomodaba su enorme cuerpo era un misterio que, en otro momento, podría haberla mantenido entretenida durante horas. En ese, sin embargo, tenía más cosas en las que centrarse.

—¿Qué teoría? —lo animó a continuar.

—Oh, no debes preocuparte, te lo contarán en cuanto regresen —repuso él en un tono que le restaba tanta importancia a lo que debían de estar haciendo que consiguió justo el efecto contrario.

—Roi, te juro que no estoy para acertijos, medias verdades o medias mentiras —refunfuñó—. Dime dónde han ido y qué van a hacer. Y, sobre todo, dime si voy a volver a pasarme una semana histérica porque alguno de ellos esté al borde de la muerte.

Roi la contempló con una perfecta cara de póquer durante tan largo rato que ella llegó a plantearse si merecería la pena tentar a la suerte y a su fuego intentando quemarle esa camisa de hilo tan impecable y tan bien planchada. De hecho, estaba a punto de tratar de hacerlo, cuando él inspiró hondo y apoyó los codos en las rodillas sin apartar la vista de ella ni por un instante.

—Niall ha recordado algo. Algo de lo que le pasó. —Tomó aire de nuevo, como si las palabras se trabaran en sus labios y necesitara soplarlas una a una—. Creemos que hay dos criaturas, una a cada lado del Velo, y han ido a comprobar si es cierto. —Al ver que ella abría la boca para soltar una retahíla de preguntas, alzó un dedo frente a su rostro para frenarla—. No —dijo en tono seco—. No voy a contestar a más preguntas. No sé mucho de lo que van a hacer ni cómo, así que tendrás que esperar a que vuelvan. Pero quédate tranquila, querida —añadió en tono suave—, puedo darte mi palabra de que no habrá nadie al borde de la muerte en esta ocasión.

—Y se supone que tengo que creerte —replicó Marta, en un tono que mezclaba a partes iguales la ironía y la irritación.

—No tienes muchas más opciones, querida —sonrió él sin alterarse—. A no ser que quieras salir y ponernos en peligro a todos, incluida a ti, porque no puedes esperar unas horas por tus respuestas cuando tienes toda la eternidad frente a ti.

Ella se removió en su asiento, incómoda. Entendía la lógica de lo que Roi le decía, pero cada célula de su cuerpo la incitaba a levantarse y salir tras el hada para asegurarse de que todo iba bien. O, al menos, no tan mal como solía ir.

—No sé, yo... —vaciló.

—Querida, si algo va mal, tú serás la primera en saberlo —razonó Roi en tono práctico—. Tú sentiste, cuando Niall se metió en problemas, en el mismo instante en el que ocurrió, ¿verdad? —Marta no tuvo más remedio que asentir—. Pues

comprueba ahora si pasa algo. Vamos, sabes que tengo razón —añadió con dulzura—. El vínculo te avisará de cualquier problema, y si eso ocurre, saldremos a ayudarlos en el mismo instante en que digas «vamos». También tienes mi palabra en eso. Y te aseguro que no la otorgo a la ligera.

—De acuerdo —aceptó ella tras meditarlo un rato—. Pero necesito alguna respuesta a algo —gimió, encerrando la cara entre las manos en un gesto más de rabia que de desesperación—. Estoy empezando a volverme loca por todo lo que no sé.

Él sonrió de nuevo, comprensivo.

—Y, una vez más, no es a mí a quien deberías dirigirte para buscar respuestas, pero supongo que alguna podré darte, a falta de que el interesado esté aquí para ofrecértelas —replicó con afectación.

—¿Sabes? Niall tiene razón. A veces hablas como si te hubieras tragado un diccionario —espetó, porque ya no podía permanecer más tiempo sin desahogarse de alguna manera.

Para su sorpresa, lejos de indignarse por su arrebató, Roi soltó una carcajada que le iluminó el rostro. Aunque sonreía a menudo, era raro verlo reír a carcajadas, y saber que ella había sido la causante sin pretenderlo la serenó un poco. Quizá la antigua Marta habría pensado que se reía de ella, pero su nueva seguridad en sí misma le permitía ver que él estaba más divertido por una especie de chiste privado y por su extemporánea reacción que por alguna broma cruel que quisiera dedicarle.

—Querida —dijo cuando consiguió serenarse—, si de verdad los dioses hacen gala del depravado sentido del humor que siempre he creído que los definía, y Niall y tú tenéis descendencia, va a ser hilarante ver cómo Aidan se vuelve loco intentando controlarlos a todos.

—Mira —saltó ella, aprovechando el cabo que le había tendido sin saberlo—, a eso sí que quizá puedas responderme. —Al ver que él la miraba esperando más aclaraciones, dedicó un par de segundos antes de lanzarse en caída libre—. Eres médico, ¿no? Tú puedes decirme si estoy embarazada, ya que no me dejan ir al pueblo a buscar un maldito test.

—No, no puedo —negó él, con aire consternado—. No eres humana, querida. Mis pruebas de poco sirven contigo, como de poco serviría ese test. Pero —continuó, sin duda conmovido por la carita de perro apaleado que ella sabía componer como una auténtica profesional— no te preocupes. Lo sabrás muy pronto. Si hay una vida creciendo dentro de ti, podrás sentir cómo la magia del nuevo ser se enreda en vuestro vínculo. Y, por si te lo estás preguntando, el hada lo sabrá al mismo tiempo que tú.

—¿Al mismo tiempo? Eso sí que será una sorpresa —rezongó sin poder contenerse.

La mirada divertida de Roi le dijo que había entendido sin duda el motivo de su comentario.

—Ah, el guardián de los secretos —sonrió—. Sin embargo, te aseguro que esto

ha sido tan inesperado para él como para ti.

—¿Estás seguro de eso? —devolvió a modo de respuesta Marta, de mal humor—. Porque Ciara dice...

—Ciara —resopló Roi, interrumpiéndola—. ¿A quién le importa lo que diga Ciara? La envidia habla por su boca, como los celos hablan por la de Cathal.

—¿Un hada celoso? —replicó ella, imprimiendo a su voz todo el sarcasmo del que fue capaz—. Eso sí que me resulta difícil de creer.

Había sido un comentario sin importancia, puesto sobre la mesa de la conversación para que esta no desfalleciera, pero Roi pareció meditarlo muy en serio, como si el asunto fuera de vital importancia y necesitara planear la forma en la que iba a presentarlo ante ella. Después de unos segundos en que Marta se mantuvo callada por la pura fuerza de la curiosidad, él se decidió por fin a responder.

—Los *sídhe* pueden sentir celos, como pueden sentir cualquier otra emoción que tú consideres «humana» —explicó en tono calmo—. Quizá no las sienten como un humano, o no es algo humano lo que los lleva a ellas, pero sienten. Sentís —se corrigió tras unos segundos—. ¿O acaso tú no sientes? —inquirió con suavidad.

—Sí —respondió ella, aliviada—. Sí, claro que siento. Pero, no sé... No me imagino a Niall celoso, por ejemplo.

Roi rio entre dientes y ella supo que la había pillado, como demostraron sus siguientes palabras.

—Ya veo que aprendes rápido el modo de manipular una conversación, querida. —Le dedicó una breve sonrisa antes de continuar—. Pero te responderé de todos modos. Estás en lo cierto, tu hada es demasiado egocéntrico y pagado de sí mismo para sentir celos.

—Lo que yo decía —asintió Marta, intentando ocultar su decepción.

Porque, en el fondo, muy en el fondo, en ese lugar en el que se guardan los secretos que uno oculta ante sí mismo, quería que Roi le dijera que, en efecto, Niall sentía celos, y que eran esos celos los que le habían llevado a enfrentarse a Cathal. Pero eso era lo que pasaba cuando alguien hacía preguntas: que las respuestas no siempre eran las que quería o esperaba.

—No te confundas, Marta —replicó él con expresión amable—. He dicho que tiene demasiada seguridad en sí mismo como para sentir celos, no que no esté dispuesto a arrancarle la cabeza a Cathal si intenta otro de sus trucos para acercarse a ti.

Así que el roce de la magia de Cathal había sido un truco para crear una brecha entre ella y Niall. Debió imaginarlo cuando vio la reacción del hada, pero nadie se había molestado en explicarle las reglas y los protocolos de su nuevo universo, y solo podía basarse en las premisas que habían regido su vida hasta entonces y que, al parecer, de nada servían en el mundo del Otro Lado.

Pero dudaba de que Roi pudiera aclararle cómo comportarse, ya que él mismo demostraba tener muchos problemas con la mentalidad *sídhe*, así que el tema de los

celos era mucho más seguro. Con suerte, también podía darle algunas de las respuestas que tanto necesitaba.

—Eso no tiene ningún sentido —protestó, removiéndose incómoda en su asiento—. O es celoso o no lo es.

—No es celoso —la contradujo Roi—. Es posesivo. Y, créeme, nos harías un gran favor a todos si no pusieras esa posesividad a prueba, porque si algo no le falta a Niall, además de seguridad, es carácter. Mal carácter, quiero decir.

—Roi, ser posesivo o ser celoso es lo mismo —empezó a razonar ella, aunque una cierta llama de esperanza se estaba avivando ya en su pecho.

—Ni por lo más remoto —interrumpió él con una sonrisa cargada de sorna—. Si fuera celoso, se enfurecería pensando que puedes preferir a Cathal. Sin embargo, como no lo es, no tiene miedo de que lo prefieras. Simplemente, no tolera que intente tocar lo que es suyo.

—Yo no soy suya —refunfuñó Marta—. Y, desde luego, él no es mío.

La sonrisa sardónica de Roi se convirtió en una risita maliciosa. Se inclinó para tomar sus manos y la miró con intensidad.

—Espero que sea la inseguridad que todavía no has dejado atrás la que te hace hablar así, querida, porque créeme si te digo que me encantaría ver cómo lo convences a él de lo contrario —musitó, sin apagar ni un ápice esa sonrisa cargada de sabiduría—. O, al menos, cómo lo convences sin que el pueblo desaparezca bajo un *tsunami*.

Los negros nubarrones que habían oscurecido el día seguían anclados al cielo, ocultando las estrellas y extendiendo sus tentáculos hacia una luna pálida y desganada que derramaba su tenue luz sobre el claro iluminado ya por la magia que Niall y el druida habían conjurado.

Niall contempló el mortecino resplandor que anunciaba la llegada de Aidan, demasiado confuso para sentirse impaciente, con la cabeza convertida en un torbellino de actividad que apenas lo dejaba centrarse en una idea, antes de que la siguiente quisiera mostrarse ante él.

Si descubrir que la meiga no era humana —y tenía por elemento el fuego— lo había dejado desconcertado, aturdido y esperando encontrar la respuesta a mil preguntas, lo que acababan de comprobar ni tan siquiera le dejaba pensar en qué preguntas debía hacerse.

Aidan atravesó el Velo, que se cerró tras él con un reluciente parpadeo de magia. Su amigo parecía tan perdido como él, y la confusión maquillaba su rostro con los colores de la incertidumbre.

—¿Lo has visto? —preguntó Niall, más por empezar la conversación que porque pudiera pensar, siquiera por un instante, que el druida no había visto lo mismo que él.

—Sí —respondió Aidan en un murmullo atónito—. Todo el pueblo, Niall —musitó—. Todo el maldito pueblo está envuelto en niebla. Si no supiéramos que está ahí, jamás lo habríamos visto desde el Otro Lado.

Tomó asiento en la hierba húmeda y Aidan no tardó en imitarlo, moviendo la cabeza como si quisiera apartar de una sacudida las incómodas ideas que su descubrimiento estaba trayendo. Ni siquiera necesitaron hablarlo antes de pararse en el bosque a esperar: no había forma de que pudieran volver al pazo y enfrentarse a los demás sin haber puesto en orden lo que creían que estaba pasando. O, al menos, sin haberlo puesto en orden lo suficiente como para responder a un par de preguntas y tomar un par de decisiones.

—Esto explica por qué estábamos tan perdidos y no veíamos más allá de nuestras narices, pero ¿quién ha podido hacerlo, *fiordhraoi*? —preguntó, al igual que Aidan, sin alzar la voz, como si hablar más alto fuera a quebrar el momento de dudas y revelaciones—. ¿Quién tiene poder para algo así?

—A mí no me mires —replicó su amigo—. A mí se me da bien la ocultación, y podría esconder la casa; el bosque, tal vez, derrochando mucha energía y después de prepararlo mucho, pero ¿todo el pueblo y sus alrededores? Ni aunque tuviera tanta magia perdida y atada por ahí como la que recuperé con Diana.

—Y fue mucha la que recuperaste y mucha la que sigue creciendo día a día —meditó él, más por permanecer anclado a la conversación que porque pensara que el



druida necesitara de esa afirmación—. Pero, entonces, ¿quién?

—No lo sé. ¿Algún dios? —sugirió Aidan.

Niall dejó escapar un bufido despectivo.

—Sí, claro, los dioses, cómo no —ironizó—. No es por tocar los cojones, *deartháir*, pero no quieres sentarte delante de Roi y exponerle esa teoría. Sabes muy bien cómo va a reaccionar y lo que te va a decir. Y lo peor es que los dos somos conscientes de que, por una vez, tendrá razón.

—Sí —reconoció Aidan. Con aire de desesperación, apoyó los codos en las rodillas y enterró la cabeza entre los brazos, hundiendo las manos en la negrura de su cabello—. A los demás dioses les importan muy poco los mortales. Ninguno se molestaría en hacer algo así, no en este lado.

No, no se molestarían, meditó Niall, recostándose contra el tronco de un *carballo*. La música que susurraban sus ramas, agitadas por el suave viento nocturno, siempre conseguía serenarlo, pero en ese instante apenas le servía de ayuda. No cuando su cabeza era un hervidero de actividad y sus músculos se desesperaban por seguirla.

Se mantuvieron en silencio, cavilando, analizando, intentando llegar a alguna conclusión y, si Aidan se sentía como él, sin lograrlo. Por fin, el druida se decidió a hablar.

—¿No hay nada en las profecías? —preguntó con aire de fatalidad, como si se esperara ya una respuesta negativa.

—No, y lo sabes de sobra, *deartháir* —replicó Niall de mal humor—. Nada de lo que pasa en este puto pueblo está en las leyendas o en las profecías.

—Estaba Diana —sugirió Aidan.

—No —lo contradijo Niall con los ojos cerrados y la mente dando vueltas—. Estaban las profecías referidas a ti y a tu magia. Nada en ellas hablaba en concreto de Diana o de este pueblo.

—Y Roi tampoco ha encontrado nada, o ya nos lo habría refregado —añadió el druida—. Quizá encontremos algo más en el libro de la abuela de Marta, si es que soy capaz de abrir las partes que me quedan, ahora que entiendo algo más —sugirió con un gruñido de frustración.

—Quizá —aceptó el hada, aunque una idea alternativa ya estaba tomando forma en su mente—. O quizá podíamos saltarnos los pasos intermedios... —dejó caer.

Aidan lo contempló en silencio unos instantes, intentando dilucidar el significado de sus palabras. Niall se dio cuenta del momento preciso en que lo consiguió, porque sus ojos se abrieron de par en par y una expresión de incredulidad y rechazo apareció en su rostro.

—No lo estarás pensando en serio... —dijo Aidan a modo de advertencia.

Niall se puso en pie, incapaz de mantener por más tiempo a su cuerpo desconectado de la tormenta que se fraguaba en su mente.

—Piénsalo. —Aidan negó con la cabeza, reticente, aunque Niall era consciente de que terminaría por convencerlo—. Es una solución. La única solución antes de que

*Beltane* se nos eche encima y nos encontremos tan perdidos como el primer día.

—Es arriesgado —masculló el druida, y él lo conocía lo suficiente como para entender que intentaba convencerse a sí mismo, más que disuadirlo a él—. Te necesitamos aquí. La meiga te necesita.

—La meiga vendrá conmigo. Y si nos retrasamos, Cathal y Ciara nos servirán para completar el círculo y hacer lo que haya que hacer hasta nuestro regreso —explicó con una paciencia que estaba muy lejos de sentir.

Aidan se puso en pie y caminó inquieto, sin duda dándole tantas vueltas a la idea como sus pies las daban alrededor del claro, pero ninguno de los dos dudaba de que acabaría por aceptar su plan. En parte, porque no tenía una alternativa viable, pero en parte también porque sabía de sobra que una vez que él tomaba una decisión, no había forma de volver atrás.

—Tendría que ser en *Ostara* —dijo el druida por fin, deteniéndose frente a él.

—No hay necesidad de esperar al equinoccio, *fiordhraoi* —protestó Niall, muy poco dispuesto a retrasar sus planes.

—Sí la hay —lo contradijo Aidan—. Así me dará tiempo a preparar una magia de sangre que os guíe, y será más fuerte si os la entrego en una de las fechas de poder.

—No es mala idea —reconoció a regañadientes—. La meiga no se ha desarrollado lo suficiente como para seguir ella misma el rastro de sus líneas de sangre. Y yo todavía no puedo hacerlo —dejó caer, sabiendo que su amigo entendería lo que quería decirle. Algo que todavía no estaba preparado para poner en voz alta.

Por supuesto, no lo decepcionó. Lo miró fijamente, como si intentara leer en sus ojos y, por fin, suspiró.

—Así que ya lo sabes... —Aunque era una afirmación, llevaba un tono interrogativo que lo impulsó a confesarse.

—No con seguridad. Es demasiado pronto. —Inquieto, apartó con un ademán brusco un mechón de cabello dorado que había caído sobre sus ojos, humedecido por el rocío de la noche—. Pero los dos podemos ver que ha cambiado, tanto que apenas la reconocen sus propias amigas. Y no todo ese cambio puede venir por haber liberado sus poderes y haberse sacudido de encima su disfraz de humana. La única explicación que se me ocurre es que otra magia esté ayudando a acelerar el cambio.

—Creo que voy a llorar —gimió Aidan, tras meditar unos instantes su razonamiento—. Me encerraré en una habitación a llorar y no saldré hasta dentro de unos treinta o cuarenta años.

—Que sean cincuenta, *deartháir* —sugirió entre carcajadas—. Mi linaje tarda en madurar.

—No hace falta que lo jures —replicó el druida en tono venenoso—. Tú todavía no lo has hecho.

—Oh, no me jodas —contestó Niall, fingiéndose ofendido—. Y yo que pensaba que me estaba tomando todo esto con muchísima madurez...

Aidan lo miró con falsa indignación, aunque la sombra de una sonrisa bailaba en

su rostro. Por fin, no pudo contenerse por más tiempo, y estalló en una carcajada que tenía mucho de alivio, después de la confusión y las dudas.

—Ahora en serio, *anamchara* —dijo cuando consiguió frenar su risa—. Me alegro por ti, no hace falta que te lo diga.

—Ya —respondió él con la más cálida de sus sonrisas. Esa que solo les dedicaba a sus más queridos amigos y, ahora, a la meiga—. Creo que hasta Roi se alegra —ironizó.

—Pero tienes que hablar con ella —continuó Aidan como si él no hubiera intervenido.

—No hay necesidad de hablar —refunfuñó, desaparecido ya su buen humor—. Las cosas son lo que son.

—Son lo que son para ti —intentó razonar su amigo—. Pero ella todavía no se ha librado de lo que ha aprendido durante toda su vida como humana, todavía es nueva, todavía es frágil.

—Ya madurará y se fortalecerá —lo interrumpió, dándole la espalda.

Echó a andar hacia el pazo, deseoso de dejar esa conversación estúpida y sin molestarse en mirar si Aidan lo seguía. Por supuesto que lo seguía. Era como la maldita voz de su conciencia, siempre obligándolo a pensar en cosas que no necesitaban ser consideradas, que no precisaban más vueltas ni más análisis.

—*Anamchara* —lo llamó—. Niall, para —ordenó con más énfasis. Él se detuvo y se volvió para mirarlo con una expresión agresiva que confiaba que detuviera cualquier sermón que quisiera soltarle—. No me mires así.

—Pues no me toques los huevos.

—¿Por qué diablos te ciegas tanto con esto? —gruñó Aidan, entre sorprendido e irritado—. Ya has aceptado lo más difícil, ¿por qué te niegas a...?

—¡Porque las putas palabras tienen poder! ¡Porque una vez que se pronuncian, ya no hay vuelta atrás! La Rueda gira, todo cambia, y lo que ya no es no puede ser alterado. ¡Y lo sabes! —gritó, incapaz de contenerse por más tiempo.

Aidan relajó su expresión y lo estudió durante unos segundos eternos, midiéndolo, analizándolo y comprendiéndolo como solo él podía hacerlo. Por fin, inspiró hondo y le sonrió con afecto.

—Pero, hombre, ¿no te das cuenta de que, con el poder del nombre o sin él, de todos modos ya no hay vuelta atrás?

Ni las risas de las gemelas ni la fuerza del aire, que despeinaba sus cabellos y agitaba la falda de su vestido, eran capaces de serenarla ni de detener el curso de los pensamientos de Marta. Los chicos llevaban horas fuera, y toda la determinación que se había apoderado de ella antes de charlar con Roi iba esfumándose poco a poco, convirtiéndose en una suerte de resignación con la que no se sentía cómoda, pero a la que tampoco sabía cómo espantar.

Quería hablar con el hada y dejar las cosas claras entre ellos, pero lo definitivo de la idea la incomodaba. Al fin y al cabo, todo estaba bien como estaba. ¿Para qué darle más vueltas? Estaban unidos por su vínculo de magia y Roi le había hecho ver que eso llevaba a un cierto sentimiento de posesión que no solo era capaz aceptar y reconocer en Niall, sino también en sí misma.

Podía conformarse con eso. No necesitaba nombres, ni etiquetas ni promesas. Lo único que...

Su tren mental fue ralentizándose hasta detenerse, frenado por su propia conciencia y, con un suspiro, se sentó en los escalones del porche, sonriendo distraída a las gemelas, que canturreaban a su alrededor como si presintieran que necesitaba animarse.

¿A quién quería engañar? Estaba bien así, sí, pero necesitaba algo más. No había olvidado lo suficiente de su vida como humana para poder seguir sin un mapa que la guiara o, al menos, sin una brújula que le dijera cuál era el rumbo que debía tomar. Lo único que ocurría era que sentía una opresión insoportable en el pecho al pensar que esa brújula podía dirigirla en la dirección en la que no deseaba ir.

—¿Estás triste? —preguntó una de las gemelas, la más dulce, sentándose junto a ella.

—No, no lo estoy —respondió ella, esforzándose por ampliar su sonrisa—. Solo un poco cansada.

—No estés triste —insistió la niña—. Niall ya está de camino.

—Sí —intervino la otra—. Y te dará un montón de besos para que te animes —añadió con una risita maliciosa.

—Pero cuando deje de darte besos, deberías venir con nosotras a cazar ranas —sugirió el fantasma dulce—. ¡Y Niall también! Nadie caza ranas como Niall.

Ella no pudo por menos que reírse. Los fantasmas la contemplaban expectantes, en lo que era un claro intento de manipulación infantil. El hada era el único capaz de controlarlas, o quizá tan solo de entenderlas, y en los últimos tiempos las había abandonado un poco, centrado en ella y en la magia que compartían, así que las crías habían buscado la forma de volver la situación a su favor, incluyéndola a ella en sus planes como si fuera la protagonista, y no la obligada comparsa.

—Yo no puedo salir del pazo —aclaró con suavidad—, pero le diré a Niall que vaya con vosotras y que cace una rana enorme para mí, ¿de acuerdo? —se apresuró a añadir al ver las caras decepcionadas de las gemelas.

Sus caritas se iluminaron y hasta el aura fantasmal que las rodeaba pareció brillar expectante mientras aplaudían, encantadas con la idea.

—Oh, sí, sí, sí —aplaudió una—. Te traeremos una rana enorme.

—¡Un sapo! —intervino la otra.

—Los sapos son asquerosos.

—No, no lo son.

—Sí, sí lo son, y Carlitos dice...

—Carlitos dice, Carlitos hace, a Violeta...

—Niñas, no os peleéis —intervino Marta, que había tratado lo suficiente con las niñas como para saber de sobra cómo iban a acabar las cosas.

No sirvió de nada. Apenas había pronunciado la frase y los fantasmas se habían convertido en sendas bolas de energía que luchaban enzarzadas, alejándose en dirección al bosque.

Bueno, al menos sabía gracias a ellas que Niall no tardaría en volver. Por algún motivo que no terminaba de comprender, las dos crías fantasmales parecían estar más unidas al hada que ella misma, a pesar del vínculo que ambos compartían, así que si ellas decían que estaba de regreso, era que estaba de regreso, por mucho que ella todavía no lo hubiera percibido.

Y, cómo no, pocos segundos después, sintió cómo se acercaba. Lo sintió en el vínculo, sí, pero también en el cuerpo, en los músculos y hasta en la piel, que parecía vibrar sobre sus huesos de pura anticipación.

No se sorprendió cuando sintió pasos tras de sí, poco antes de que los dos hombres alcanzaran las lindes del bosque y se dirigieran, con paso ágil, a través del jardín. Y tampoco la sobresaltó demasiado que un huracán de pelo rojo pasara volando junto a ella para arrojarle a los brazos de Aidan como si llevara días sin verlo en lugar de un puñado de horas. El druida la recibió con una carcajada que destilaba pura felicidad, la alzó del suelo para que le rodeara la cintura con sus piernas y la besó con fiereza.

—Eso no te va a servir de nada, O’Cleary —lo regañó Diana en cuanto consiguió apartarse de sus labios—. Estaba preocupada por ti. Y enfadada.

—No parecías enfadada hace un segundo, *a’ghrá* —replicó Aidan con un rápido guiño.

La envidia que a duras penas podía controlar al ver la naturalidad con la que se demostraban su afecto se diluyó un poco cuando Niall los adelantó, llegó junto a ella y la acurrucó contra su cuerpo en un abrazo que, pese a que se esforzara por no creerlo así, solo era capaz de clasificarlo como posesivo.

—¿Lo habéis comprobado? —inquirió Roi, sin parecer en absoluto afectado por las públicas demostraciones de afecto.

—Sí, así es —respondió Aidan, aproximándose al grupo—. El pueblo al completo está envuelto en una niebla de ocultación. Y, antes de que digas nada, no, jamás había visto algo así y no tengo ni la más remota idea de quién ha tenido sido capaz de hacerlo.

—O de cómo, ya puestos —puntualizó Niall.

—¿Y es por eso que no hemos podido ver ni lo que teníamos delante de nuestras narices? —insistió Roi.

—Justo por eso, sí —asintió el druida—. Y supongo que eso también hizo que el hechizo de ocultación junto al molino...

—... el que casi te cuesta la vida —refunfuñó Diana.

—... el que casi me cuesta la vida —repitió su compañero con expresión irónica — fuera mucho más fuerte de lo que cabía esperar. Creo que toda la magia de ocultación se vuelve más fuerte gracias a la niebla.

—¿Y qué vamos a hacer? —siguió preguntando Roi—. ¿Puedes deshacer la magia de ocultación?

—Lo que deberíamos hacer —intervino Laura en tono práctico— es entrar y seguir discutiendo esto en una habitación calentita. No sé vosotros, pero yo me estoy helando.

—Y yo —reconoció Diana.

—Vayamos dentro, entonces —ofreció Roi, sosteniendo la puerta para que pasaran—. Y disculpadme por la falta de consideración. No era mi intención causaros molestia alguna.

—Nosotros entraremos en un momento —anunció Niall, para su sorpresa.

Y, para sorprenderla todavía más, Aidan y él sostuvieron un silencioso duelo de miradas, que concluyó cuando el druida asintió de forma brusca y entró en la casa sin decir una palabra.

—Tengo algo que proponerte, brujita —dijo Niall cuando las voces que se escuchaban dentro de la casa se alejaron hasta desaparecer.

«¿Exclusividad? ¿Amor eterno?», ofreció una parte muy pequeña, aunque muy traidora, del cerebro de Marta.

—No pienso ir a cazar ranas contigo y las gemelas, os pongáis como os pongáis —dijo en cambio.

Debió imaginar que el hada respondería sin mediar ni un instante, ni sorprenderse siquiera por la salida de tono.

—Maldición, no será la mitad de divertido sin ti gritando cada vez que veas un sapo —protestó.

—¡Yo no grito cuando veo sapos! —se indignó ella.

—Ya lo creo que lo haces, pajarito —se burló Niall—. Pero no te preocupes. Por mucho que me repugnen esos bichos, no dejaré que ninguno te toque. Superaré el miedo y te protegeré con mi vida —añadió en un sobreactuado tono trágico, estrechándola con más fuerza entre sus brazos.

—¡Payaso! —exclamó, incapaz de mantener por más tiempo la conversación sin soltar la carcajada.

Imaginar al hada, que siempre era el primero en salir por la puerta cuando había pelea, asustándose ante un simple sapo era más de lo que su sentido del humor podía tolerar sin despertarse. Así que rio con ganas y él la correspondió con una sonrisa torcida y un tanto distraída, como si su cabeza ya estuviera en la siguiente fase de la conversación.

Suspiró y se escabulló de su abrazo para sentarse de nuevo en las escaleras. Él la siguió al instante y pasó una mano por sus hombros para atraerla hacia sí sin decir palabra, mirando hacia el bosque como si meditara sus siguientes palabras, algo que de por sí ya era preocupante, siendo él como era. Y verlo tan serio y tan concentrado, tan perdido en sus pensamientos, no hizo demasiado por su paz mental, ni por la vocecita que, momentos antes, había clamado esperanzada por algo parecido a una declaración.

—Niall, me estás poniendo nerviosa —confesó con un hilo de voz.

—Ya lo sé, brujita. Puedo sentirlo, ¿recuerdas? —Colocó un dedo bajo su barbilla e hizo que lo mirara a los ojos—. En fin, dime, ¿qué te parecería visitar a tu familia?

Niall esbozó una sonrisa afectuosa cuando, tras unos segundos de vacilación, la meiga abrió los ojos de par en par y en su rostro se pintó una expresión que mezclaba a partes iguales el encanto y la prevención. Estaba claro que una parte de ella se entusiasmaba con la idea de reencontrarse con los suyos, pero también que le pesaban todas las preguntas sin respuesta que esa familia había puesto sobre la mesa al dejarla atrás, perdida en un mundo que no era el suyo.

—¿Visitar a mi familia? —balbuceó.

Él pudo sentir la inquietud entremezclada con el ansia recorriendo el vínculo, y se apresuró a tranquilizarla.

—Te contaré los detalles cuando estemos todos juntos, pajarito, pero sí: visitarlos. En *Ostara* tú y yo atravesaremos el Velo y buscaremos a tu sangre —explicó, mientras la estrechaba más contra su cuerpo al sentir el temblor que empezaba a sacudir el de ella.

Ella lo miró un instante antes de volver la vista hacia el bosque, con una expresión de férrea concentración pintada en su preciosa carita. Niall se moría por preguntarle qué pensaba, qué le estaba pasando por la cabeza para dibujar esas sombras en su rostro, pero poco a poco había ido entendiendo que ella seguía un ritmo muy distinto al suyo, y que tenía que aprender a adaptarse a él si quería que las cosas funcionaran entre ellos.

Así que se limitó a confortarla con su cuerpo y con su magia, prestándole un silencioso sostén y alejando su impaciencia a duras penas. El viento silbaba entre los *carballos*, agitando las ramas para componer una sinfonía de crujidos y naturaleza salvaje que parecía acompañar al ánimo cada vez más inquieto de la meiga. Niall estaba a dos segundos y un ceño fruncido de acabar con sus buenos propósitos y obligarla a poner en voz alta todos sus temores, cuando ella suspiró y se volvió de nuevo hacia él.

—¿Por qué? ¿Por qué ahora? ¿Es porque habéis descubierto que...? —vaciló—. ¿Que no soy humana?

Su voz perdió fuerza al final de la frase y Niall intentó no irritarse. No le gustaba que ella no asumiera su auténtica naturaleza, pero se recordó por el bien de ambos que apenas hacía un puñado de horas que todo el universo de la meiga se había transformado de forma radical e irreversible, y que nadie le había enseñado a aceptar todavía que los cambios, así como lo que traían consigo, siempre debían ser bienvenidos.

—No, pajarito —aclaró en tono paciente—. Es algo que necesitamos hacer para saber qué está pasando en este puñetero pueblo. Aidan y yo pensamos que tus parientes pueden tener algunas respuestas, y necesitamos ir a buscarlas.



Un nuevo silencio siguió a esa aclaración. Después, ella inspiró hondo y alzó los hombros con determinación.

«Orgullo. Por fin», sonrió Niall para sus adentros.

—Muy bien —aceptó la meiga—. Si es lo que tenemos que hacer, lo haremos.

—¿Pero...? —la instó él, porque sabía de sobra que ella necesitaba expresar todas sus inquietudes o acabarían por carcomerle las entrañas.

—Pero me da miedo —reconoció ella—. Me dejaron, Niall. Me mintieron, me negaron mi magia y después me dejaron aquí, sola, para que me las arreglara como pudiera. —Ahora que el dique se había abierto, que ella se había decidido a dar voz a sus temores, las palabras se atropellaban unas a otras, como si tratara de explicarse lo más rápido posible para pasar a otra cosa—. Pude morir. Pude quemarme con mi magia. Y ellas lo sabían.

Por primera vez en mucho tiempo, Niall meditó sus palabras. Si bien eso mismo lo había mantenido a él en un estado muy cercano a la furia homicida, había muchas razones por las que su familia se podía haber visto obligada a dejarla. Y él las conocía todas mejor que nadie. Así que se obligó una vez más a hacer lo mejor para ella — para los dos— y a comportarse como el ser sensato que Aidan siempre intentaba invocar en él sin ningún éxito.

—Pajarito —la llamó en un murmullo. La hizo volverse en su dirección sin dejar de ofrecerle el abrigo de sus brazos y puso un dedo bajo su barbilla para obligarla a mirarlo a los ojos, orando en silencio para que leyera la sinceridad en ellos—. Brujita, hay mil respuestas para esas dudas, y solo unas pocas hacen quedar en mal lugar a los tuyos. Ya lo sabrás en su debido momento. No sirve de nada darle vueltas sin conocer todas las decisiones que llevaron a ese punto, así que no lo pienses ahora.

—Pero ¿y si se fueron porque no me querían? ¿Porque no les gustaba? —susurró Marta.

Niall maldijo entre dientes para sus adentros. «Demasiado nueva», se recordó. Demasiado joven, demasiado inocente, demasiado vestida con sus prestados ropajes humanos. Todo eso desaparecería, dejaría de ser para convertirse en algo nuevo, pero el cambio, aunque veloz, todavía llevaría su tiempo. Necesitaba confianza, y él podía ayudarla, pero no lo haría negándole la verdad.

—Es una posibilidad, pajarito —reconoció con serenidad—. Remota, pero lo es, no voy a mentirte. Yo nunca te mentiré.

—Tú le mientes a todo el mundo —replicó la meiga con un amago de humor.

—¡Eso no es cierto! —fingió horrorizarse Niall—. No les digo toda la verdad, que no es lo mismo —añadió con una sonrisa pícaro. Ella le devolvió el gesto, casi con esfuerzo, y él premió su intento con un suave beso en los labios—. No te preocupes, brujita. No hasta que llegue el momento. Y, aunque así fuera, aunque tus miedos sean ciertos, no puedes anclarte a lo que fue y ya no es. Todo cambia, todo avanza, y así es como debe ser. —Al ver que ella seguía inquieta y dudando, se obligó a añadir una aclaración más—. La familia no es solo la sangre, *a'ghrá*, hay

vínculos más fuertes que eso. La familia es donde está tu magia y tu corazón.

Para su sorpresa, la meiga no tardó ni un segundo en comprenderlo.

—Aidan y tú —musitó—. Tú perdiste a tus padres, perdiste a tu familia y ahora llamas a Aidan hermano —dijo, con miles de dudas viajando a través de su tono y su expresión.

—No los perdí —refutó Niall en un tono más seco del que había imaginado—. Sé muy bien dónde están, pero eso ya no importa. Ya no es, ya no son, y nunca volverán a ser. —Como era evidente que ella tenía más preguntas, se apresuró a sellar sus labios con un nuevo beso—. No. No es el tiempo de recordar decisiones pasadas, brujita —dijo con severidad—. Es tiempo de avanzar. De que tú avances. Pasaremos al Otro Lado y tendremos tus respuestas y, con suerte, las de todos. Es lo único en lo que debes concentrarte ahora.

Ella se mordió el labio inferior como si quisiera contener los interrogantes que se habían amontonado tras él. Niall reprimió con esfuerzo el súbito deseo de ayudarla a ello, borrando con sus besos todas las dudas. Pero los demás aguardaban dentro para empezar las aclaraciones, y dudaba mucho que quisieran esperar a que él se llevara a la chica arriba para eliminar su angustia con unos cuantos juegos divertidos, así que aguardó a que ella volviera a hablar.

—Pero vendrás conmigo, ¿verdad? —preguntó por fin la meiga con un hilo de voz que más parecía una súplica.

—Intenta impedírmelo, brujita. Yo siempre te cubriré las espaldas, pase lo que pase.

Solo había sido una frase, una simple frase que había repetido mil veces a aquellos a quienes consideraba su familia, a quienes había entregado su lealtad. Una frase sincera, sí, pero tan obvia para él que nunca se había planteado lo que podía suponer para otros.

Quizá por eso, la confianza pura que vio en la mirada de la meiga casi le hizo caer de rodillas a sus pies.

Por una vez, cuando Marta y Niall entraron en el salón donde sus amigos estaban manteniendo una nueva «conferencia en la cumbre», las conversaciones no cesaron ni se volvieron hacia ellos rostros acusadores o curiosos.

Aidan se hallaba en lo que parecía la mitad de una compleja explicación y solo se detuvo cuando Niall tomó asiento frente a él y arrastró a Marta sobre su regazo, estrechándola entre sus brazos con expresión satisfecha. Ella se acurrucó contra su pecho y aguardó a que alguien le aclarara en detalle a qué había venido el nuevo plan y cómo iban a llevarlo a cabo. Y, conociendo al grupo, más le valía ponerse cómoda mientras esperaba.

—¿Le has explicado algo? —preguntó Aidan en dirección a Niall—. ¿O te has limitado a meterle mano y a confiar en que ella lo entienda sola?

Aunque el comentario semejaba la pulla habitual entre ambos, Marta percibió un breve destello de irritación en Niall, apenas un latido en los hilos que los conectaban, que desapareció demasiado rápido como para que tuviera tiempo de analizarlo. La brevísima tensión en el cuerpo de Niall también se esfumó para dar paso de nuevo a su habitual pose indolente y su actitud burlona.

—No seas ridículo, *deartháir* —sonrió Niall—. Si me hubiera dedicado a meterle mano no estaríamos aquí ahora mismo. Algunos necesitamos más que un cuarto de hora para jugar en condiciones.

—¿Te ha dicho ya que vais a tener que cruzar al Otro Lado? —lo ignoró el druida, dirigiéndose esta vez a Marta, quizá para evitarse una nueva salida de tono del hada.

—Sí —afirmó ella—. Lo que no me ha dicho es por qué es la única forma, pero si es lo que hay que hacer, yo...

—Eso es lo que íbamos a discutir ahora mismo, querida —interrumpió Roi. En su tono había una pizca de mal humor apenas perceptible, que Marta archivó en su mente para dedicarse a estudiarlo más adelante—. O’Cleary, ¿estás seguro de que no puedes hacer nada para deshacer el conjuro de ocultación o, al menos, para paliar sus consecuencias? —inquirió en dirección al druida.

—Ni de coña —gruñó este—. Ni siquiera me hago una idea de por dónde empezar.

—Pero ahora tienes a Diana contigo. Eso pone todo tu poder al alcance de tu mano —insistió Roi.

—¿Y? —replicó Aidan—. Ni aunque tuviera a doce Dianas sería capaz de deshacer esa niebla. Si no me crees, pregúntale a Niall.

—Sí, claro —replicó el hada, divertido—. Como si me fuera a creer a mí antes que a ti —concluyó con una carcajada. Al ver la mirada reprobadora de Aidan, sus

risas se convirtieron en una mueca cargada de sarcasmo—. Tiene razón, *a'chara* —confirmó, aun así—. Nunca he visto nada parecido al modo en que el pueblo está oculto y ni siquiera tenía conocimiento de que se pudiera hacer algo similar. Con esa niebla rodeándonos, no hay puta forma de saber a qué nos enfrentamos ni por qué. El único modo es cruzar e intentar obtener respuestas más allá de...

—Esperad —interrumpió Laura—. Vais demasiado rápido.

—Sí —intervino Diana—. Algunos por aquí no hemos convivido toda la vida con la magia. No me estoy enterando de nada.

Aidan suspiró y alzó la mano de Diana entre las suyas, acercándola a sus labios para serenarla con un beso suave.

—No es tan complicado, de verdad —se justificó—. Desde que llegamos al pueblo, nada es como parece ser, nada responde como creemos o no funciona como suele hacerlo. Pensamos que era porque seguíamos un camino equivocado, pero cuando Niall y yo cruzamos al Otro Lado, vimos una densa niebla tejida con magia que oculta al pueblo y a todo lo que contiene.

—Esto parece una novela de Stephen King —masculló Diana—. ¿El pueblo está envuelto en niebla? ¿Nadie sabe que se encuentra aquí?

—Eso es absurdo —interrumpió Laura—. El pueblo aparece en los mapas. Salimos y entramos de él, hay autobuses, teléfono, internet. No somos un pueblo fantasma, vamos.

—No, no a ojos de los humanos. No para los habitantes de este lado —intentó aclarar Aidan.

—Pero sí para los del Otro —meditó Marta.

Algo en su interior, quizá un recuerdo atávico, inscrito en su magia, le decía que la explicación era mucho más simple, que todo tenía una lógica perfecta, por muy retorcida que pudiera aparentar en ese instante. Pero, por mucho que se esforzaba, no era capaz de ver el cuadro completo, quizá porque, al igual que sus amigas, siempre había vivido como humana y en un mundo humano.

—Relájate, pajarito —ordenó Niall con suavidad. Marta se dio cuenta de que estaba tensándose en sus brazos, como si su cuerpo respondiera sin querer al modo en que su mente trataba de encontrar respuestas—. A ver, no es tan difícil. La magia se encuentra en todas partes y nosotros somos, respiramos y vemos magia. Oculta la magia y ocultarás lo que sea a los ojos que vigilan desde el Otro Lado.

El silencio se extendió sobre el grupo mientras las chicas consideraban el razonamiento del hada. Pero, aunque Marta empezaba a ver dónde querían llegar los chicos, sus amigas semejaban todavía más perdidas que al principio con la explicación.

—No tiene sentido —se desesperó Laura—. Si estamos ocultos, ¿cómo llegasteis aquí? ¿Qué os trajo hasta el pazo, hasta el pueblo?

—Y a Cathal. O a Ciara —medió Diana de mal humor—. ¿Qué leches hizo que la Barbie *sídhe* viniera a vernos?

—«La Barbie *sídhe*» —repitió Niall con una sonora carcajada—. Le queda bien. Me gusta —rio.

—Vivo para complacerte —ironizó Diana de malos modos—. Pero eso no responde a mi pregunta. ¿Cómo diablos funciona esto? Porque Laura está en lo cierto: no tiene ningún sentido.

—Tranquilízate, querida —suspiró Roi—. Es difícil de comprender cuando no has convivido con ello toda tu existencia. Y te aseguro que, aun así, para los que llevamos sufriendo esta condena mucho tiempo, resulta complejo. Intentaré aclararlo yo, que he debido aprenderlo en lugar de nacer con ello. —Se volvió hacia Aidan—. ¿Me permites, O' Cleary?

—Claro, ¿por qué no? —aceptó Aidan, con tono de desesperación.

Marta reprimió una risita al contemplar la habitual expresión agobiada del druida que veía cómo, una vez más, su cuidadosa planificación de lo que debía ser una charla coherente empezaba a convertirse de nuevo en un gallinero de preguntas sin respuesta o de respuestas insuficientes.

Las comisuras de los labios de Roi se curvaron también para dibujar el esbozo de una sonrisa, antes de que su expresión se tornara pensativa. Cerró los ojos para concentrarse y se recostó en el orejero con elegancia.

—El Velo, desde este lado o desde el Otro, no es una ventana a la que asomarse —expuso, midiendo cada palabra—. No atisbas a través de él para tener una imagen de lo que hay en un punto determinado, en un momento determinado. Es más como... —dudó un instante—. ¿Cómo la imagen de un sónar? —inquirió en dirección a los chicos.

—Algo parecido —reconoció Aidan tras meditarlo—. Percibimos las ondas del poder. De la gente y de la naturaleza.

—Vale, hasta aquí lo entiendo —dijo Laura, concentrada.

—Sí, creo que yo también —aceptó Diana, aunque la expresión de su rostro lo desmentía.

—Pero yo no lo veo así —negó Marta, agobiada—. Yo debería verlo como ellos, pero no lo veo —protestó, volviéndose de forma instintiva hacia Niall para hallar una explicación.

—Sí lo ves, brujita —susurró el hada—. Cuando me salvaste en la playa, seguiste el rastro de mi magia. Y vislumbras sus hilos cada vez que exploras nuestro vínculo. Si te asomaras desde el Otro lado a este, sería algo similar.

—Claro —interrumpió Laura. Tenía la mirada perdida, como si ante ella estuvieran pasando imágenes, cálculos y escenas que solo ella podía divisar. Y unir con su lógica extraterrestre—. Si ocultan el poder, todo el poder, desde el Otro lado solo encontrarías un vacío... —meditó.

—Casi, querida —aprobo Roi—. Aunque en realidad, no sería un vacío como tal. No es un mapa lo que se distingue, algo en lo que pueda haber huecos, sino un infinito tapiz de ondas de magia. —Se detuvo con expresión incómoda—. O eso es lo

que he entendido yo, al menos.

—Es bastante preciso —reconoció Aidan—. Niall y yo hemos podido hallar la ocultación cuando cruzamos, porque sospechábamos que estaba ahí y sabíamos qué buscar y de qué modo. De lo contrario, no habría forma de percibirla. De hecho, no la percibimos cuando cruzamos en el solsticio, porque no la estábamos buscando.

—Entonces, ¿cómo fuisteis capaces de volver? —preguntó Marta—. Si no podíais ver el pueblo...

—Porque ya habíamos estado aquí. Nos guiamos por el rastro de nuestra propia magia, no de la del pueblo —explicó Niall, paciente—. Ni siquiera teníamos que buscar el pueblo, solo volver al lugar del que habíamos salido.

—Vale, suponiendo que eso tenga lógica, que no la tiene, quede claro, ¿qué os trajo hasta aquí? —inquirió Diana, confusa—. Si no nos veíais, ¿cómo llegasteis hasta aquí?

El silencio que siguió a las palabras de Diana estaba cargado de incomodidad. Marta estudió con ojos ávidos el cruce de miradas entre los chicos, todos entre todos y cada uno hacia los demás. Ahí había mucho más de lo que ellos contaban, pero el instinto le decía a gritos que en ese momento no iba a obtener más respuestas que las que ellos decidieran tras su silenciosa comunicación.

—Yo los traje —reconoció Roi por fin—. Puedo sentir los cambios de energía en el Velo, percibir cuándo se rasga o se debilita.

—Pero ¿cómo...? —intervino rápidamente Laura.

—Eso no viene al caso ahora —interrumpió Aidan, casi a la misma velocidad—. Lo que nos interesa es que, una vez aquí, y por culpa de esa niebla que oculta la magia del pueblo, cualquier conjuro que intente esconder algo se magnifica.

—Que es el motivo por el que no tenemos ni puta idea de qué pasa —gruñó Niall—. Y el motivo por el que no nos dimos cuenta de que mi brujita no era humana, o de que Diana era la magia de Aidan, o que hay dos criaturas en lugar de una. O por el que tú no consigues terminar de leer el libro de la meiga, *deartháir*.

—Bien —dijo Diana al cabo de un rato, en dirección al druida—. ¿Y no se puede deshacer ese conjuro? ¿No eres un dios? ¿El séptimo hijo de un séptimo hijo, el druida más poderoso de todos los tiempos y todas esas cosas? —apostilló con evidente ironía.

—No me vaciles, *a'chuisle* —sonrió Aidan, dedicándole una mirada divertida—. Y no, no puedo. La magia que se ha usado para crearlo, el modo en que está hecho, no se acerca a nada con lo que nos hayamos topado antes.

—Es como si todos los putos dioses hubieran colaborado para... —Niall se frenó en seco. Marta notó la tensión en su vínculo, en los músculos de sus brazos, en los dedos que se aferraban a su cintura. Se revolvió en su abrazo para mirarlo y él pareció obligarse a relajar su cuerpo y sus emociones, antes de alzar una mano y acariciarle el cabello con suavidad en un gesto tranquilizador. Pero su expresión era incómoda cuando se volvió hacia Aidan de nuevo—. ¿Es posible?

Aidan, que se mostraba tan tenso como él, sacudió la cabeza en un gesto de negación.

—Imagino que sí, suponiendo que dejaran de beber, follar, conspirar y matarse unos a otros el tiempo suficiente como para estar todos juntos en el mismo lugar y en el mismo momento —respondió tras unos segundos—. Pero no lo sabremos hasta que no crucéis y la familia de Marta os dé algunas respuestas.

—Y más vale que sean buenas —sentenció Roi, con un tono tan agrio que Marta sintió deseos de rechinar los dientes—, porque esto no me está gustando nada.

Los días hasta *Ostara* transcurrieron en un lento goteo de planes, teorías más o menos razonables y nerviosismo mal contenido. Solo faltaban dos lunas para el equinoccio y el gélido febrero había dejado paso a un marzo con aspiraciones de primavera. Había sido mucho el tiempo que Niall pudo pasar junto a la meiga, sentado en los escalones del porche y disfrutando de un sol pálido que apenas calentaba, pero que parecía inflamar su fuego como si de una hoguera se tratara.

A medida que pasaba el tiempo, su bruja era cada día un poco menos humana y cada noche un poco más mágica. Sus barreras caían una tras otra, rendidas por la fuerza de su poder y, en un perfecto equilibrio, cuantas más se derrumbaban, más crecía la atracción que sentía por ella.

Al menos, Cathal se había centrado en su parte en el ritual que Aidan estaba planeando y construyendo con paciencia para ayudarlos a encontrar su camino en el Otro Lado, lo que, sin duda, había salvado no solo el ritual, sino también los dientes del maldito *sídhe*. No había vuelto a intentar engañar a la meiga para que tocara su agua, pero, aun así, cada vez que se dirigía a ella con un apelativo cariñoso y ese tono pegajoso que le subiría la glucosa a un diabético, sentía deseos de abalanzarse sobre él y partirle la cara, y solo las miradas de advertencia de sus amigos lo mantenían en su lugar.

El muy imbécil tenía suerte de que lo necesitaran, porque un par de miraditas no habían sido nunca suficientes para dominarlo.

Y los sermones que le echaba encima Aidan cada vez que tenía ocasión, insistiendo en que le explicara a la meiga lo que, desde luego, no precisaba explicación tampoco estaban ayudando lo más mínimo. Lo peor era que, por primera vez en todo el tiempo que llevaban siendo amigos —y era mucho, mucho tiempo—, estaba a punto de convencerlo, porque, a pesar de que nada había cambiado entre la bruja y él... Bueno, eso, nada había cambiado entre la bruja y él. Todavía había una parte de sí misma que se resistía a mostrar, y esa negativa a entregarse y aceptar que su fuego era de él, y solo de él, estaba poniéndolo de los nervios.

Y hablando del diablo...

Sonrió al sentir la presencia de la meiga no solo en la magia que compartían, sino también en el aroma de su perfume —una mezcla de cítricos que últimamente estaba empezando a asociar con sábanas revueltas y jadeos entrecortados—, que se filtraba con suavidad en el aire nocturno.

—Estás de mal humor —comentó, sentándose junto a él.

Estiró las piernas sobre las escaleras, hasta que sus pies, que en los últimos días había tomado la costumbre de llevar siempre descalzos, casi se salieron del límite de las protecciones que había creado Danu.



—Cuidado, pajarito —sonrió Niall, esquivando la pregunta. Al fin y al cabo, ella ya sabía que estaba de mal humor, y negarlo no iba a servir de nada—. Falta muy poco para que puedas pisar la hierba y sentir el sol en tu cara, no lo estropees ahora.

—Estoy harta de estar encerrada —gruñó, retirando los pies apenas unos milímetros—. A veces me da la impresión de que llevo toda la vida metida dentro de esta casa. Y ya no aguanto más —añadió, mientras pateaba el suelo, enfurruñada como un bebé.

—Saliste ayer mismo —la contradijo, divertido con su falta de paciencia.

Quizá estuviera dejando atrás su humanidad, pero aún era incapaz de ver pasar con calma el tiempo, incapaz de asumir todavía que tenía una eternidad frente a ella.

—Sí —reconoció a regañadientes—, pero con niñera. No puedo ir a ningún sitio sin Aidan, y dependo de él como si fuera inútil. ¡Y me revienta!

—Parece que no soy el único que está de mal humor, así que, ¿por qué no hacemos algo para divertirnos? —ofreció con malicia.

—¿En qué estás pensando? —preguntó ella con una sonrisa que competía en picardía con la suya propia.

—Bueno... —Se puso en pie y tendió una mano hacia ella, que se apresuró a agarrarla y levantarse junto a él—. Hace mucho que no vemos una pelea entre Diana y Ciara, y creo que sé exactamente cómo provocarla. ¿Te apuntas?

—¿No me apunto siempre? —replicó Marta, encantada.

—Bien, pues tú ve a buscar a Diana, y yo me encargo del resto —planificó, empujándola hacia la puerta—. Nos vemos en el salón en diez minutos.

Contempló el suave bamboleo de sus caderas mientras subía las escaleras y volvió a sorprenderse del cambio increíble que se había obrado en ella. Todo en su actitud decía a gritos que era una mujer segura, a gusto con su vida, consciente de su cuerpo y más que satisfecha con él. Y si ya cuando era un pajarito tímido y asustado su magia conseguía hacerle hervir la sangre, ahora que esa magia parecía escapar por cada poro de su piel, apenas podía pensar en otra cosa.

Lo estaba volviendo loco, aunque también estaba aprendiendo a volver locos a todos los demás cada vez que, como ahora, se aburría o se sentía inquieta. De hecho, se había convertido en la mejor compañera de travesuras que había tenido jamás, y eso era estupendo.

O lo sería, al menos, si dejara de actuar y de hablar como si lo que había entre ellos no fuera más que algo pasajero que terminaría por perderse con el tiempo.

Harto de darle vueltas al misterio que suponía la actitud de la meiga, se dirigió hacia el salón para encontrarse con Ciara. Al fin y al cabo, él también necesitaba un poco de diversión ese día, y nada mejor que un enfrentamiento entre dos fuerzas de la naturaleza como eran la mujer de Aidan y la *sídhe* para proporcionársela.

Tal y como había esperado, encontró a Ciara sentada en el suelo y rodeada de libros. Concentrada en su tarea, sostenía un volumen sobre sus piernas cruzadas mientras tomaba notas en una libreta colocada junto a ella. Las hojas se iban llenando

poco a poco con su abigarrada caligrafía sin necesidad de bolígrafo alguno, solo con la fuerza de su magia y su voluntad. Cada pocos segundos, las páginas se pasaban solas por el mismo sistema, mientras ella usaba una mano para apoyarse y la otra para trazar complejos símbolos que se dibujaban como humo en el aire para después esfumarse con un barrido de sus dedos.

—Si no vienes a ayudar, puedes largarte por donde has venido —dijo sin levantar la vista—. No estoy de humor para tus tonterías o tus bromitas.

—Solías ser mucho más divertida, *a'mhuirnín* —replicó, adentrándose en la habitación hasta llegar frente a ella.

Ciara alzó la vista, lo estudió unos instantes con gesto inescrutable y, por fin, se encogió de hombros.

—Igual que tú, entonces —dijo en tono monocorde.

—¿Yo? —fingió lamentarse Niall, llevándose las manos al corazón con expresión dolida—. ¿Ya no soy divertido? Me partes el corazón, *a'chuisse*.

Ciara volvió a negar con la cabeza y, tras unos instantes, cerró el libro con un suspiro de resignación.

—Sobreactúas.

—¿Te parece? —preguntó él sin arredrarse—. Pues a Aidan se la cuelo siempre —añadió, esperando a ver si ella mordía el anzuelo y podía llevar la conversación al punto que quería para provocar una revuelta.

—Aidan está cegado por el afecto que siente por ti. Es un mal muy común entre vosotros —añadió con un intencionado tonillo socarrón y una sonrisa depredadora.

Le había dado un buen pie. No el mejor, pero debería habersele ocurrido algo para dirigir el tema hacia el druida y estar preparado para dar la puntilla cuando la meiga llegara con Diana, pero ese tono y esa sonrisa lo desviaron de su cometido. Había algo en ellos que no le gustaba nada, a pesar de lo mucho que solía gustarle la malicia.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó a su pesar, esforzándose por no demostrar ninguna emoción.

La sonrisa ladina de Ciara se amplió todavía más, y supo que, lejos de hacerla caer en sus redes, él acababa de caer en las de ella.

—Oh, vamos, lo sabes —dijo, con la misma expresión de un *trasno* que acabara de cuajar toda la leche de una vaquería.

—No, no tengo ni idea. Explícate —exigió, olvidada ya su intención de mostrarse indiferente.

—Bueno —empezó ella, jugueteando con un puñado de hebras de la alfombra, como si quisiera esquivar su mirada, aunque Niall sabía bien que no era el caso. Se lo estaba pasando en grande, la muy desgraciada—, está claro que el afecto que tú sientes por la meiga no te deja ver más allá de tus narices.

—Te aseguro que a mi vista no le pasa nada malo, Ciara —rezongó, tenso.

—No te pongas nervioso —replicó ella con ese mismo deje, entre cursi y

comprensivo, que Niall estaba empezando a aborrecer con todas sus fuerzas—. A lo mejor me equivoco. A lo mejor, cuando vayáis al Otro Lado y ella vea más magia, sigue prefiriéndote.

—Ella me prefiere a mí —afirmó con rotundidad—. Tuvo la oportunidad elegir entre tu hermano y yo, y no lo dudó ni por un momento.

—Oh, ¿quieres decir que le diste alguna opción? —inquirió Ciara con una amabilidad que no encajaba en absoluto con la perversidad de su sonrisa—. ¿Le dijiste acaso lo que podía hacer? Y lo que es más, ¿le has explicado ya algo, o sigues creyendo que si la mantienes en la ignorancia nunca será capaz de irse de tu lado?

—Ella no quiere irse de mi lado —se apresuró a contestar, agresivo—. Está loca por mí. De hecho, me sigue como un perrito a todas partes y creo que no sabría qué hacer sin mí. Además...

Además era un imbécil, porque, centrado como estaba en la discusión con ella, no se había dado cuenta de que la meiga enviaba oleadas de ira a través de su vínculo. La puerta se abrió y tras ella, dos pares de ojos lo miraron como si fuera la peor basura que había nacido en toda la historia del mundo. A este y al Otro Lado del Velo.

—¿Sabes qué creo yo, Niall? —dijo la meiga en tono gélido—. Creo que vas a tener toda una eternidad para descubrir lo equivocado que estás.

Marta estaba demasiado furiosa como para que le importaran las consecuencias de salir de la casa y de lo que podía atraer al poner los pies en terreno no protegido. Lo único que sabía era que necesitaba aire fresco, que necesitaba alejarse lo antes posible o iba a quemar todo el maldito pazo hasta los cimientos y a bailar sobre sus cenizas si tenía la ocasión.

—Como un perrito. ¡Como un perrito! —gritó al aire frío de marzo—. Será gilipollas...

Extendió los brazos e hizo arder unas ortigas que siempre le habían molestado en los límites apenas trazados entre el jardín y el bosque. Y como Niall se atreviera a salir de la casa tras ella, lo haría arder a él también.

Y pensar que había intentado no demostrarle lo mucho que se estaba acostumbrando a él, lo mucho que le gustaba estar a su lado. Y todo para que le dijera a la zorra de Ciara que...

Ni siquiera alcanzaba a recordarlo sin sentir deseos de destruir medio pueblo.

—Brujita...

Su voz provocó una nueva oleada de ira que la empujó a rodearse de un círculo de llamas que crepitaban con la fuerza suficiente como para ocultar el sonido de sus siguientes palabras. Pero, apenas dos segundos después, esas llamas se extinguían bajo la fuerza de una tromba de agua que surgió de la nada.

—¡Lárgate! —gritó Marta—. Ve a ver si Ciara no te sigue como un perrito.

Con la misma prudencia con la que manipularía una bomba nuclear, el hada se aproximó a ella y colocó la mano sobre uno de sus hombros.

—No quería decir eso, *a'ghrá*, yo... No sé qué me pasó, pero... —Miró a su alrededor con inquietud—. ¿No podemos hablarlo dentro, pajarito? En cualquier momento algo percibirá tu magia y...

—Me importa una mierda —replicó ella, apartando la mano que reposaba sobre su hombro con un gesto brusco—. Ojalá se llene de monstruos. Ojalá se abran los malditos infiernos, así al menos lograré desahogarme.

—Desahógate conmigo si quieres, pero hazlo dentro de la puta casa —contestó Niall, perdida ya toda su actitud conciliadora.

—¡No me da la gana!

—A tomar por culo —gruñó él, antes de agarrarla y echarla encima de su hombro como si fuera un saco de patatas.

En ese momento estaba tan furiosa que le traía sin cuidado lo que pudiera pasarle a ella si incendiaba a Niall de la cabeza a los pies. Lo único que conseguía ver en el caos de ira de su mente era llamas; llamas que la ayudarían a iluminar las brumas de su rabia, llamas que la librarían de todo lo que se interponía en su camino. De todo lo

que la había herido.

Así que, con el cerebro crepitando con el fuego de su rabia, proyectó su magia con todas las ganas y toda la fuerza de las que fue capaz, sin dedicar un solo pensamiento —sin poder dedicarlo— a lo que iba a pasarle a Niall con todo esa fuerza destructora sobre él.

Y no ocurrió nada.

El hada siguió caminando tan tranquilo, ajeno a su ataque y a los puñetazos que ella daba sobre su espalda, ultrajada.

—Todavía tienes que crecer mucho para usar tu fuego contra mí, meiga —se burló—. Así que pórtate bien o te dejaré caer y te llevaré a rastras.

—¡Déjame en el suelo, imbécil! —chilló, sin saber muy bien si estaba más frustrada por haber fallado que enfadada por su condescendencia.

Niall cruzó el vestíbulo y se dirigió a las escaleras, donde Aidan aguardaba apoyado con actitud indolente contra la barandilla y una expresión cargada de ironía.

—Yo me encargo, *deartháir* —dijo Niall sin detenerse—. Tú ve a ver si ha despertado algo. Y si ha sido así y necesitas ayuda, llámame.

—Lo mismo digo —replicó el druida con sorna.

—Creo que podré arreglármelas —gruñó él en respuesta.

Atravesó la segunda planta hasta llegar a su habitación —la habitación que llevaban compartiendo desde hacía lo que parecía una eternidad— y una vez ahí cerró la puerta de una patada y la tiró sobre la cama del mismo modo que la había cargado hasta ahí: como si fuera un saco demasiado incómodo y demasiado pesado, lo que tenía cierta justicia poética, porque era justo así como se sentía.

Y como su magia no era lo bastante fuerte como para enfrentarse a la de él, tenía dos opciones: o se quedaba, discutía con él y terminaba diciendo algo que no quería que escapara de su boca ni aunque pasaran millones de años, o escapaba de la habitación y buscaba una víctima más fácil con la que descargar todas las emociones que la estaban destrozando por dentro.

Quizá fue la práctica de años, pero se encontró a sí misma levantándose de un salto y corriendo hacia la puerta. Por un segundo se sorprendió —y aumentó su rabia— de que Niall no se molestara en detenerla, pero no tardó en darse cuenta de por qué no lo había hecho.

La puerta no se abría. Por mucho que tirara, empujara o intentara usar la magia, la maldita puerta no se movía ni un milímetro.

—Te lo he dicho —sonó la voz del hada tras ella con un tono cargado de arrogancia—. Todavía no estás preparada para enfrentarte a mí. Así que ahora, brujita —dijo, poniendo la mano sobre uno de sus hombros—, vamos a hablar.

—No tengo nada que decirte —masculló Marta—. Y quítame las manos de encima —ordenó, sacudiéndose para deshacerse de su toque.

Se alejó de él y fue a sentarse en la repisa de la ventana, mirando hacia el exterior para no mirarlo a él.

Un silencio tan pesado como la angustia y la ira que se habían instalado como un plomo en su estómago se apoderó de la habitación. Y no tenía nada de bueno, porque con esa falta de palabras, de sonidos, de vida, era mucho más consciente de la presencia de Niall y del dolor que le había causado.

Así que cuando él rompió la tregua con un hondo y ruidoso suspiro, se sintió aliviada y se preparó para el enfrentamiento.

—Brujita... —dijo con tono suave y afectuoso.

—Marta —lo corrigió, felicitándose por la frialdad de su tono—. No vuelvas a llamarme por ningún apelativo cariñoso en toda tu vida.

—¡Te llamaré como me dé la gana, joder! ¡Tienes un vínculo conmigo! ¡Tu fuego es mío!

—Porque, como de costumbre, me engañaste y me ocultaste información. —Curiosamente, cuanto más se exaltaba él, más tranquila se sentía ella, así que continuó, despreocupada, sin mirarlo aún—. Pero supongo que eso tiene solución, aunque no serás tú quien me la dé, claro.

Supo que había conseguido sacarlo de sus casillas incluso antes de que él atravesara la habitación para agarrarla por los hombros y obligarla a volverse y mirarlo a la cara. Lo supo por la tensión en su vínculo, por el modo en que la temperatura de la habitación pareció descender diez grados de golpe, y por cómo el cielo, hasta entonces despejado, se cubrió de forma súbita con negros nubarrones que amenazaban tormenta.

—Ni se te ocurra, ¿me oyes? —amenazó con una voz baja y controlada que gritaba «peligro» en cada sílaba—. Ni se te ocurra ir a otro para romper el vínculo.

—No te pertenezco. Puedo hacer lo que quiera —replicó Marta, alzando la barbilla en un gesto orgulloso—. Y quítame las manos de encima, te repito. No quiero que después vayas diciendo que yo te obligué a ponerlas ahí y que soy como un cachorrito que necesita que lo acaricien.

Un relámpago de lo que creyó identificar como culpabilidad atravesó el rostro del hada. Aunque seguro que debía de haberse equivocado y haber confundido esa emoción con otra que le fuera más propia. Lo tildaría de egoísmo si el egoísmo fuera una emoción. O de estupidez, solo porque necesitaba insultarlo. O de...

—No quise decir eso y lo sabes —dijo Niall, interrumpiendo el tren de sus pensamientos, que corría desbocado por la vía de la rabia.

—Ah, ¿lo sé? —ironizó. Aprovechó que él había dejado caer las manos en un gesto que cualquiera que lo conociera menos habría tomado por rendición, y se escabulló lo más lejos que pudo de él—. ¿Y cómo voy a saberlo, si nunca me cuentas nada?

—Te cuento un montón de cosas.

—Sí, casi tantas como las que escondes. Lástima que las que te guardas me afecten más —escupió Marta con desdén.

Él la miró como si estuviera debatiéndose consigo mismo, como si estuviera a

punto de revelar algo importante. Sintió la duda, la indecisión atravesar su vínculo como un relámpago, pero el momento pasó y su habitual silencio ganó la batalla. El hada sacudió la cabeza y se frotó la cara con las manos en un gesto de hastío, antes de tomar asiento sobre la cama, mientras los sentimientos desaparecían del vínculo que ambos compartían, como si él los estuviera ocultando a la mirada de su magia.

—Brujita, yo...

—No. No quiero seguir hablando. Abre la puerta —rogó—. Me voy a mi habitación.

De pronto, ya no quería discutir. Estaba cansada, harta, y lo único que deseaba era quedarse a solas y reunir fuerzas para lo que iba a venir. Si hubiera podido, le habría pedido a Aidan que buscara el modo de enviarla sola al Otro Lado, o que cambiara a Niall por Cathal, pero sabía que ya era demasiado tarde para cambiar el ritual, y no tenía más remedio que emprender un viaje con la última persona que le apetecía tener a su lado.

—Esta es tu habitación —replicó él con tono airado.

—No, esta es *tu* habitación —respondió Marta con calma—. La mía está lo más lejos de aquí que sea capaz de llegar sin salir del pazo.

Lo percibió con claridad antes de que él consiguiera ocultarlo. Con tanta claridad que la intensidad de la emoción que emanó de él a punto estuvo de hacerla caer al suelo. Lo sintió en el vínculo, en el corazón, en cada una de sus células. Fue breve, muy breve. Tanto que, de ser necesario, podía mentirse a sí misma jurando que se había equivocado, pero en ese instante, antes de que él abriera la boca y lo estropeará todo, la había sacudido.

Desesperación.

Niall estaba desesperado por retenerla a su lado, por evitar que se fuera. Y no parecía un sentimiento que emanara del orgullo, sino de algo más sutil y más frágil, cargado de tristeza.

—Ya está abierta —dijo inexpresivo. Ella atravesó la habitación, todavía confusa por esa inquietud fugaz que había percibido, y ya tenía la mano sobre la manija de la puerta cuando él volvió a hablar—. Meiga, no te vayas —dijo, de un modo que, ella lo sabía bien, era lo más parecido a un «por favor» que el hada era capaz de entonar.

Y, estúpida como era, se detuvo y esperó.

Niall llevaba un buen rato intentando mantener sus emociones controladas, apartadas del vínculo y ocultas ante la meiga, pero no fue capaz de esconder el alivio que lo inundó cuando ella se detuvo frente a la puerta en lugar de marcharse como una furia vengadora.

Había metido la pata hasta el fondo y lo peor era que no sentía ni una sola de las palabras que tanto la habían enfadado, pero su puñetero orgullo siempre había sido mucho más rápido que él y siempre hablaba mucho más alto. Y escuchar cómo Ciara desgranaba a viva voz todo aquello a lo que él le había dado vueltas durante días y días no había ayudado en nada a acallararlo.

Era un maldito imbécil.

Ahora debía pensar a toda prisa cómo iba a arreglar todo el lío en el que lo habían metido su falta de contención verbal y su mal genio, porque ella no iba a pasarse el resto del día en esa habitación, con la mano en la manija y esperando a que se decidiera a decir algo que la empujara a quedarse.

Pero no tenía ni idea de cómo lograrlo sin tomar un camino que había evitado recorrer hasta entonces, y nadie podía pensar con la velocidad suficiente como para esquivar todas las voces de su conciencia —que sonaban muy parecidas a las de Aidan y Roi, e incluso a la de Diana— que le gritaban que pusiera las cartas sobre la mesa de una dichosa vez.

—Meiga, ven aquí —pidió para ganar tiempo—. Siéntate conmigo.

Por un momento, temió que ella no le hiciera caso. Que abriera la puerta y saliera de su vida para arrojarse en los brazos de cualquier estúpido incapaz de manejar su fuego, que no sabría cómo dirigirla, que la haría desgraciada... Casi tan desgraciada como percibía que estaba sintiéndose en ese instante.

Sin embargo, después de una eternidad encarnada en un puñado de segundos, regresó junto a él. No se sentó a su lado, pero sí llegó lo bastante cerca como para que pudiera oler su perfume, para que pudiera soñar con el calor de su fuego.

Qué magnífica estaba cuando se enfadaba. Odiaba la tristeza que percibía en ella, pero la fuerza de su enfado lo tenía conquistado. Latía a flor de piel, convirtiéndola en una criatura temible e indómita, y Niall se moría por hacer suya de nuevo toda esa pasión.

Y, entonces, siguiendo un esquema que a Aidan llevaba mucho tiempo funcionándole, hizo lo único que podía hacer un hombre con orgullo en esas circunstancias: arrastrarse.

—Soy un idiota —reconoció, contrito.

—En eso estamos de acuerdo —aceptó ella, sin ofrecerle ni un resquicio para atacar sus defensas.



—No sé lo que me pasó, no quería decir eso —continuó, sin saber muy bien todavía por dónde iba a dirigir la conversación.

Ella lo miró en silencio, antes de soltar un suspiro exasperado y tomar asiento junto a él.

—Vas a tener que hacerlo mejor, Niall.

—Puedo hacerlo mucho mejor si me lo permites, brujita. Pero llevamos demasiada ropa encima —dijo con malicia, antes de conseguir detenerse a sí mismo.

La mirada que ella le dedicó era capaz de derretir los polos, convocar una nueva glaciación y apagar la libido más exaltada del planeta. O la segunda más exaltada, porque estaba convencido de que la primera era la suya, y no había flaqueado demasiado.

—Si intentar llevarme a la cama es todo lo que se te ocurre, prefiero... —Marta hizo ademán de levantarse, pero él la retuvo con rapidez.

—No, no, quieta. —Ella volvió a relajarse y esperó, contemplándolo con esa frialdad tan odiosa—. Brujita, yo... —«Arrástrate»—. Lo siento. No me mires así, lo siento de verdad. Y lo sabes.

—Sí, noto que lo sientes —respondió ella al cabo de unos segundos, hablando despacio, como si midiera cada palabra—. Lo que no sé es si lo sientes porque no querías decirlo o porque te he pillado.

—No quería decirlo —se apresuró a contestar—. En serio —añadió al ver su gesto de incredulidad—. No quería. No lo pienso así. Es solo que...

Cerró la boca de golpe al darse cuenta de lo que había estado a punto de soltar por esa boca suya. Maldito Aidan y malditas sus charlas, que lo habían colocado casi al borde de un punto sin retorno.

—Sigue —exigió la meiga y, por primera vez desde que habían empezado a discutir, su voz destilaba un cierto matiz de afecto que lo empujó a mostrar parte de lo que se estaba esforzando tanto por no poner en voz alta.

—Tú no parece darte cuenta de la importancia que tiene el vínculo entre nosotros...

—¿Yo? —exclamó ella—. ¿Yo no me doy cuenta?

La suavidad en su voz había desaparecido, así que retrocedió un par de pasos y lo intentó de nuevo.

—Brujita, no te enfades —pidió con su mejor cara de buen chico. A pesar de que su cara de buen chico nunca había conseguido engañar a nadie—. Lo que quiero explicarte es que el vínculo es fuerte, y lo será más cuando su magia... —Midiendo cada gesto, puso la mano sobre su vientre en un gesto inequívoco.

—No sabes si estoy embarazada —refutó, aunque él notó por su voz que ya estaba consiguiendo ablandarla—. Es más, lo más seguro es que no sea así.

—Hay muchas posibilidades de que lo estés, pajarito. Y es demasiado pronto para negarlo con tanta seguridad —sonrió él sin apartar la mano del lugar donde esperaba que pronto empezaría a crecer el hijo de ambos.

—No es demasiado pronto —lo contradijo, estremeciéndose cuando él se arriesgó a depositar un beso suave en su cuello—. Roi dice que en apenas un par de semanas ya puede notarse cómo la magia del... —Se frenó en seco y lo observó con los ojos abiertos de par en par.

Él maldijo en silencio. Se había dejado llevar por la buena disposición que percibía en ella y, ahora que había conseguido sortear el primer problema, estaba metido de cabeza en un lío mayor del que no iba a ser tan fácil salir.

—Bueno, sí, suele ser así... —dijo, mientras su cabeza se lanzaba a toda velocidad buscando una salida, algún modo de responder que la despistara, o alguna forma de no expresar lo que tenía en mente, esperando que ella no captara su subterfugio.

—¿Suele ser? ¿Solo «suele»? —inquirió ella.

—Sí, bien... Los tiempos varían de una mujer a otra y...

Ella inspiró hondo y lo miró con más seriedad de la que le había visto reunir jamás. Parecía una maestra —muy joven y muy sexy— a punto de hablarle al menos prometedor de sus alumnos de su nota media. Y él supo que, hiciera lo que hiciera, ya no tenía tiempo para intentar despistarla. Solo le quedaba encontrar el modo de minimizar los daños.

—Te lo preguntaré de este modo —dijo Marta con frialdad—. Tú me contaste que no nos habías protegido porque pensabas que yo era humana...

—Y así es —afirmó él con rotundidad. Al menos, eso sí era cierto.

—Ya —respondió, en absoluto impresionada por su expresión de seriedad—. Y, dime, ¿nos protegiste después?

A pesar de que ya sabía que no iba a convencerla contestando a lo que ella no le había preguntado, y que no iba a ser capaz de ocultarle información porque eso era justo lo que ella estaba esperando, era quien era y no pudo resistirse a intentarlo.

—Di por hecho que... Ya sabes.

—No, no sé —replicó la meiga de malos modos, demostrando que, de hecho, no iban a servir de nada sus trucos habituales—, ¿qué diste por hecho?

—No sé, meiga, ¿acaso sería tan terrible tener un hijo? —inquirió.

Ella lo miró con incredulidad.

—Flipo —exclamó, con expresión atónita—. En serio, flipo. ¿Diste por hecho que yo quería estar embarazada, así que, sin consultarme, me engañaste para poder conseguir lo que querías?

—Yo no te engañé —se indignó.

Y era cierto: no la había engañado. Solo se había limitado a no sacar un tema que, desde su punto de vista, no era relevante.

—No, claro, que no —ironizó ella, poniéndose en pie—. Pero quizá omitiste algunas líneas en la conversación. No sé, algo del tipo: «Oye, Marta, la verdad es que me muero por tener descendencia de fuego y me importa un bledo tu opinión, así que voy a ver si te preño, ¿vale?».

—¡No se trata de eso, joder! —exclamó, levantándose para situarse junto a ella—. Lo dices como si lo único que me importara fuera el maldito fuego y no es así. Yo...

—Mira, da igual —lo interrumpió, hastiada—. Me voy. Ya nos veremos en el ritual de *Ostara*. Mientras tanto, aléjate de mi camino, porque no quiero ni verte. Lo digo en serio.

Si hubiera gritado, si hubiera demostrado tristeza, angustia o rabia, quizás habría sabido cómo mantenerla en esa habitación, cómo continuar la discusión hasta volverla en su favor.

Pero no sabía qué hacer con esa resignación, con ese tono decepcionado, indiferente, y, para cuando se le ocurrió reaccionar y encerrarla de nuevo en el dormitorio, ella ya se había marchado y él quería llevarse por delante todo el maldito pueblo con un puñetero tornado.

Y lo peor era que, por primera vez en toda su larga vida, no tenía ni la más remota idea de cómo iba a arreglar todo el desaguisado, ni cómo iba a conseguir que esa mirada hastiada se convirtiera de nuevo en una de afecto. No tenía ni idea de cómo manipular la situación —y a la gente a su alrededor— para conseguir lo que quería, y si algo podía desconcertarlo tenía que ser eso.

Así que, con un suspiro de resignación, atravesó la puerta que la meiga había dejado abierta y se dirigió a buscar a sus amigos.

Iba a ser un verdadero rollo escucharlos, pero, a lo mejor, para variar, le daban alguna idea que no fuera una auténtica estupidez.

Marta se preguntó por enésima vez en las últimas horas cómo su vida había degenerado tanto. Había llegado al punto en que consideraba como un refugio aceptable un trastero mugriento, hogar de una tribu de arañas de proporciones considerables —de proporciones considerables tanto la tribu como las arañas—, iluminado apenas por unos pocos y muy valientes rayos de sol que se filtraban por un ventanuco destartado, y huían despavoridos cada vez que se aproximaban a uno de los rincones abarrotados y cubiertos de polvo del cuartucho.

No quería hablar con nadie, no quería ver a nadie y no quería pensar. Sobre todo, no quería pensar en el hada y en cómo la había manipulado para obtener lo que quería, tal y como Ciara había dicho.

Pero estaba descubriendo que la peor forma de no pensar en algo era, precisamente, no querer hacerlo.

Lo peor era que sabía de sobra que había sido culpa suya. A esas alturas del partido, tenía que tener muy claro cómo era Niall. La había avisado todo el mundo, y hasta ella misma había podido comprobarlo de primera mano, pero aun así se había resistido a creer que eso fuera con ella.

«Si piensas que este hace algo sin saber qué va a pasar, sigue pensándolo, porque te equivocas».

Las palabras de Aidan resonaron en su cerebro, rebotando contra su ira y su desesperación, creando un efecto en cadena que desbordó en un grito de rabia pura, que hizo huir hasta a las arañas más valientes de la colonia.

—¿Cómo he podido ser tan, tan idiota? —se desesperó—. ¿Cómo he podido fiarme de él? Tendría que haberle preguntado. Tendría que haber hecho lo mismo que habría hecho de ser humana y no dejarle a él el temita de la «protección». Tendría que haber recordado que él siempre tiene su propia agenda...

Pero lo peor no eran las posibles consecuencias, aunque se le retorcían las entrañas solo de pensar en tener un hijo que le recordara todo el tiempo lo imbécil que había sido y, si el karma la odiaba tanto como ella creía, el rostro de su padre. No, lo peor era saber que a él le importaba tan poco que ni siquiera le había pedido su opinión. Que la había manipulado, que le había ocultado información, como hacía con todo el mundo, y que había jugado con ella hasta asegurarse una baza ganadora. Que, a pesar de todos los discursos de Aidan sobre la lealtad inquebrantable del hada, acababa de comprobar que, al menos en lo que a ella respectaba, solo era leal a sí mismo y a sus caprichos.

Y no quería ni detenerse a meditar por qué se había dejado engañar, porque si lo reconocía, aunque solo fuera de refilón y para sí misma, sabía que todos lo leerían en su rostro, y esa era una humillación que no podía ni quería permitirse.

Para intentar frenar el inadecuado curso de sus pensamientos con un poco de actividad, se levantó de la caja de cartón mohosa en la que había estado sentada y, al ir a pasear por el trastero, se dio cuenta de que solo podía hacerlo agachada. Dejó escapar un gruñido de frustración y volvió a sentarse o, más bien, a desplomarse sobre su improvisado asiento.

Fue entonces cuando la caja perdió de forma definitiva todas las ganas que tenía de seguir manteniéndose en pie y se derrumbó despacio, como queriéndole dar la oportunidad de salvaguardar su dignidad y apartarse antes de que el desastre se hubiera consumado.

Pero sus reflejos nunca habían sido gran cosa, así que al dolor de su corazón ahora tenía que añadir el de su trasero magullado contra el suelo de madera seca y carcomida.

Al menos, el tiempo que estuvo intentando contener las lágrimas de frustración no pensó en el hada ni en cómo la había traicionado.

Cuatro segundos con la mente en otra cosa. No era como para felicitarse por su nuevo récord, pero al menos era un comienzo.

Con un suspiro de resignación, se arrodilló junto a los restos desmoronados de la caja, dispuesta a apilar su contenido. Y a seguir a partir de ahí colocando todo lo demás, porque, ya que no podía poner orden en su vida, al menos ordenaría el dichoso trastero. Y así, quizá y solo quizá, podría apartar de su cabeza todos los problemas, aunque solo fuera por unas horas. Podía pasarse horas limpiando. Claro que podía.

Veinte minutos más tarde estaba cansada, llena de polvo de la cabeza a los pies y los riñones la estaban matando muy, muy lentamente por la estúpida postura inclinada que tenía que adoptar para moverse entre esas cuatro paredes claustrofóbicas y mal iluminadas. Y el caos a su alrededor no había disminuido ni un ápice, como no lo había hecho el que tenía en su propia cabeza.

Si no fuera patético sin más, casi podría considerarlo frustrante.

Fue en ese instante, cuando ya estaba a punto de rendirse a las emociones que llevaba tanto tiempo conteniendo, cuando lo vio.

Asomando entre los papeles que se amontonaban dentro de un viejo baúl, había una fotografía ajada por el tiempo, amarillenta y corroída por los bordes. Parecía increíble que, a pesar del mal estado en el que estaba, todavía se conservara en parte, porque era antigua, muy antigua. Por la ropa, los peinados y la calidad, apostaría que de principios del siglo anterior.

Pero no fue eso lo que captó su atención; no fue eso lo que hizo que su estómago se retorciera en un nudo apretado y que su corazón comenzara una apresurada cabalgata dentro de su pecho. Lo que la hizo abandonar de forma más que apresurada su refugio, apretando su descubrimiento contra el pecho, fueron las imágenes de las tres personas que posaban para la cámara, rodeadas de una versión mucho más cuidada de los jardines del pazo.

Dos de ellas eran pequeñas y bonitas, con sus tirabuzones rubios y sus vestiditos blancos, e igualitas entre sí.

La tercera tenía un rostro idéntico al que ella veía todos los días frente al espejo.

Consiguió salir del trastero sin romperse una pierna al descender por la endeble escalera y correteó por el pasillo, dispuesta a encontrar a quien fuera y compartir su descubrimiento.

Sabía que la mujer de la fotografía no podía ser ella, pero estaba claro que tenía que tratarse de un miembro de su propia familia, porque el parecido era tal que, si la obligaran a jurarlo, no le costaría afirmar que eran sus ojos los que le devolvían la mirada, mientras posaba ante la cámara con las manos entrelazadas ante sí de forma recatada. Y eso tenía que significar algo. Lo que fuera. Como mínimo, que su familia había tenido relación con el pazo en esos tiempos, y no había vivido siempre en la casa de su abuela, o cerca del viejo molino, como Marta había creído hasta entonces.

Y entonces, cuando ya escuchaba las voces de sus amigos deslizándose a través de la puerta cerrada del salón, se frenó en seco.

Sabía que debía compartir con ellos lo que había descubierto. Sabía que, a esas alturas, sin tener más pistas y con solo un plan descabellado para cruzar al Otro Lado e intentar localizar a los suyos e interrogarlos sobre el motivo de su estancia a este lado del Velo, cualquier cosa que los ayudara a acercarse a la verdad era importante.

Pero también sabía que Aidan estaba preocupado por el ritual, y que lo estaría más ahora que la tensión entre los miembros del grupo podía cortarse con un cuchillo por culpa de las maniobras solapadas de Niall. Y sabía que podía aferrarse a esa pequeña luz para echar por tierra todos los preparativos e insistir en tomarse más tiempo para investigar el asunto y meditar las cosas con calma.

Pero eso no era lo que ella quería, porque, por primera vez en su vida, la pequeña Marta también tenía sus propios planes y había tomado una decisión sin consultarla con nadie, y no estaba dispuesta a que todo se echara a perder por culpa de un momento de irreflexión.

Al fin y al cabo, si todo el mundo guardaba secretos, ¿por qué ella no?

Así que dio media vuelta, entró en la habitación que pensaba volver a compartir con Laura y guardó la fotografía bajo el colchón, sintiendo apenas una punzada de culpabilidad que se apresuró a esconder del vínculo que todavía compartía con el hada.

Y que iba a averiguar cómo romper en cuanto tuviera la oportunidad.

Aunque marzo parecía decidido a mostrar su mejor cara ante el mundo, llenando los días de brisas suaves y temperaturas templadas y las noches de estrellas y aire primaveral, Niall tenía que contenerse para no invocar una galerna, conjurar rayos y truenos o sacudir el pueblo con la fuerza de un huracán.

Dos días con sus dos malditas noches.

Dos días en que la meiga no solo no le había dirigido la palabra, sino que, además, se había escondido de él siempre que le había sido posible. Dos días en los que, cuando ella no había podido evitar que la buscara, se había escondido tras las faldas de alguien, sin dignarse siquiera a mirarlo.

Dos días con sus dos noches que lo habían dejado retorciéndose entre los recuerdos que se apiñaban en las sábanas revueltas, mientras ella se refugiaba en la habitación de Laura, que el traidor de Aidan había sellado con una magia que él no podría romper ni aunque volviera a nacer de nuevo en la forja del poder más puro.

Dos días con sus dos noches eternas que, en cuanto entrara en razón, él le iba a hacer pagar con todo lo que tenía.

Y lo peor era que le ocultaba algo.

Lo sabía con la misma certeza que sabía que el sol saldría cada mañana, con la seguridad de que tras la tempestad viene la calma y con el convencimiento de que solo llueve en dirección al suelo y nunca de vuelta hacia las nubes.

Pero en esos dos malditos días, con sus dos malditas y eternas noches, no había sido capaz de averiguar qué diablos la tenía tan nerviosa y la hacía sentir un cierto toque de culpabilidad que se esforzaba en ocultar por todos los medios. Esa culpabilidad lo estaba poniendo muy, muy nervioso, y su cerebro, nublado por un mal humor como no había conocido en años, le estaba dando un montón de respuestas que no le gustaban ni un poco. Y todas iban por el mismo camino, además.

Como Cathal le hubiera puesto un dedo encima, como se hubiera atrevido a rozar su fuego aunque fuera de refilón, iba a matarlo.

Bueno, primero iba a atravesar el Velo con ella, la iba a convencer de que su enfado era una solemne estupidez y de que las cosas tenían que seguir entre ellos como estaban antes, y después volvería para matar al hada.

Y disfrutaría mucho haciéndolo.

Pero ahora mismo tenía que preocuparse de apoyar el ritual que Aidan había preparado, o se pasarían semanas en el Otro Lado buscando a la familia de la meiga y sin saber por dónde empezar. Aunque, con el ambiente que se respiraba entre ellos, había muchas posibilidades de que acabaran así de todos modos, porque nunca había entrado en un círculo tan imperfecto y desunido, en que todos parecían tener algo contra todos y todos contra él.

Apartando la idea a empujones de su mente, ocupó su lugar, con la brisa suave de ese marzo amable acariciando su rostro y el aroma de la magia de Aidan crepitando en el jardín. La meiga se situó junto a él sin mirarlo siquiera, con la tensión vibrando en cada músculo y en cada pequeño gesto. Él tendió las manos y ella las miró como si le estuviera ofreciendo una copa de cicuta o quizá algo putrefacto.

—Vamos, brujita —la animó en un tono mucho más agresivo del que había planeado—, coge mis manos, o podemos aparecer en extremos opuestos y no encontrarnos jamás.

—No tendré esa suerte —gruñó ella, aunque puso las manos en las suyas de mala gana.

Si ya su mal humor hasta ese instante podía clasificarse dentro de la categoría de «épico», después de esa frase aumentó hasta salirse de la escala. La paciencia era una virtud que Niall no solía molestarse en practicar, a pesar de la serenidad que le otorgaba disponer de toda una eternidad para ver cumplidos sus propósitos, y en ese momento estaba a punto de agotársele por completo.

Abrió la boca para contestar con algo que, con toda seguridad, habría tirado por tierra hasta la última de las cuidadosas preparaciones de Aidan y el maldito ritual al completo, cuando la voz del druida en tono autoritario lo obligó a callarse y concentrarse de nuevo en lo que tenían entre manos.

—Vamos a empezar —anunció Aidan para, sin más dilación, dar inicio a su cántico.

La magia se deslizó despacio dentro del círculo, creciendo con cada nota, haciéndose más fuerte en cada estrofa; alimentó la tierra, dio alas al aire y agitó las aguas, seduciendo al fuego que siempre se había mantenido al margen de esos rituales hasta la llegada de la meiga. Su propio poder se sacudió en respuesta, extendiendo sus zarcillos para alcanzar el conjuro del druida y embeberse de él.

A su alrededor, la tríada se mantenía firme, pese a todas sus fracturas internas. Cada pareja —en realidad, cada trío de hombre, mujer y lo que había entre ellos— aportaba su esencia al círculo y tomaba de él lo necesario para fortalecerlo de nuevo en una rueda sin fin, mientras el poder crecía y el cántico se hacía realidad; una realidad palpable creada en la forja de la magia y la voluntad de un dios.

La magia misma del equinoccio se unió a ellos, alimentando el poder ya inabarcable del druida y sellando el conjuro. Y su destino.

Y, con tanta suavidad como había comenzado, el ritual fue apagándose y tocando a su fin, dejando el paisaje a su alrededor vacío de magia, más apagado y más gris.

—Está hecho —sentenció Aidan en tono regio—. Atravesad el Velo y el conjuro os guiará. O eso espero —añadió en un murmullo agobiado mucho más propio del payaso que, en el fondo, había sido siempre.

Niall se volvió para enfrentar su mirada antes de partir y el druida movió la cabeza en un gesto cargado de entendimiento e intención, vocalizando una única palabra en gaélico.



Suerte.

Él asintió a modo de agradecimiento, porque había comprendido al instante que su amigo no se refería tan solo a la misión que los ocupaba. Aunque, viendo la cara de la meiga, entre resignada y furiosa, iba a necesitar algo más que suerte. Un milagro, tal vez, o una vuelta sorprendente de la Rueda que los hiciera volver a la mañana en que todo se había desmoronado entre ellos.

—Vamos, meiga, crucemos —la instó, sin darle la satisfacción de soltar la mano que estaba todavía entre las suyas y que ella se empeñaba en liberar.

Ahora que por fin la tenía al alcance, después de haber visto cómo se escabullía de él durante esos días de pesadilla, no pensaba dejarle ni un resquicio para que huyera de nuevo. Ni de forma literal ni metafórica.

Sin dedicar ni un pensamiento al rostro cada vez más furioso de la meiga, ni ceder un ápice en su agarre, conectó con su magia y con su mundo, con sus orígenes y con el vínculo que lo unía a los suyos. Aun con los ojos cerrados supo el momento en que la realidad había empezado a difuminarse a su alrededor por el jadeo estrangulado de la chica y por el modo en que sus dedos se crisparon entre los de él.

Abrió los ojos y ahí estaba, titilando con su tenue luz mágica, parpadeando invitador. El Velo, la puerta entre los dos mundos, la entrada a su hogar. Tiró de ella con fuerza y la arrastró consigo hacia el otro lado de la realidad.

Y supo que algo había salido terriblemente mal.

El paisaje al Otro lado del Velo era mutable, sometido siempre al capricho de quienes lo habitaban. En su mundo nada era eterno ni permanecía. La vida, la naturaleza, los elementos respondían ante la magia de quienes se servían de ellos, nacían, morían, crecían, se marchitaban y volvían a renacer en un ciclo infinito, siempre mutables, siempre distintos.

No había mapas de su tierra. No podía haberlos, ni nadie en su sano juicio querría que los hubiera o se plantearía siquiera intentar dibujarlos. Su extensión aumentaba y se reducía, alteraba sus límites, su forma, su misma esencia con cada decisión, con cada giro, con cada paso, y solo los que habían nacido ahí sabían cómo moverse entre sus lindes o su falta de ellas, en la realidad efímera y las sorpresas sin fin.

Así, él había visitado paisajes yermos, tan vacíos como la magia de aquellos que los poblaban; feroces bosques de plantas que variaban de tono y de forma, que crecían y se multiplicaban alentadas por las emociones de quienes las estaban imaginando; grandes lagos de todos los colores del arcoíris y de algunos nuevos que solo se percibían mirando con los ojos de la magia, e inmensas montañas que eran al mismo tiempo tan pequeñas que podías guardarlas en un bolsillo. Había visto vida, muerte y renacimiento, belleza, fealdad y algo que no era ni lo uno ni lo otro, que no existía más que para honrar la tríada. Había visto hombres, mujeres, niños y criaturas que eran todo eso y al mismo tiempo no eran nada.

Pero nunca, jamás, en todas las ocasiones que había atravesado el Velo o había paseado, vivido, gozado y amado a través de sus cambios, había visto nada

semejante.

El fuego era una rareza incluso entre los suyos, así que nunca había tenido la oportunidad de contemplar un mundo creado al calor de sus llamas, dibujado centímetro a centímetro para honrar su fuerza y alabar su poder. Ante sus ojos atónitos se extendía un paisaje cuajado de volcanes, de ríos de lava y lagos hirviendo. De brasas, hogueras, carbones y metal licuado. Una marea de rojo, gris, negro, naranja y azul fuego se abría ante él; inacabable, inabarcable, protegida por un cielo cuajado de soles ardientes.

Olía a tierra quemada, a leños en llamas y a magia pura, primigenia y feroz. El fuego buscaba su agua y esta respondía con idéntica ferocidad, ansiando liberarse, aunque el calor amenazaba con disolverle los huesos.

—Me asfixio —jadeó la meiga junto a él.

—Es tu mundo, pajarito —respondió a duras penas, con la garganta en carne viva y la lengua atormentada por ampollas sangrantes—. Tienes que someterlo.

—No puedo, no sé —gimió ella con un hilo de voz más fino a cada palabra que pronunciaba.

—Claro que puedes —replicó Niall, usando de toda su agua para mantenerlos a salvo del hirviente calor que la magia neófita de la meiga había conjurado—. Tu voluntad engendra mundos, brujita. Solo tienes que querer hacerlo. Vamos —la alentó, rodeándola con sus brazos e ignorando el alivio que lo recorrió al sentir que ella no se apartaba—, puedes hacerlo. Usa mi agua, usa el vínculo. Úsame y crea para nosotros algo cálido, pero que no nos mate. Moldea el mundo a tu antojo, meiga, o vamos a morir los dos... O los tres —se corrigió.

Fue el instante más largo de su vida. Una eternidad contenida en un breve momento de indecisión, expectante y terrible. Sus fuerzas se agotaban, su cuerpo empezaba a rendirse al calor y al fuego que ya lamía su piel cuando sintió por fin cómo ella encontraba la manera de convertir su voluntad en hechos, de materializar sus deseos y crear y destruir a su antojo.

Cerró los ojos y dejó que usara lo poco que quedaba en él, que lo exprimiera hasta secarlo, hasta matarlo y hacerlo renacer al calor de sus llamas. Y cuando volvió a abrirlos, exhausto, el mundo flamígero había mutado hacia un perfecto equilibrio, en un paisaje en el que agua y fuego convivían sin extinguirse en una simbiosis imposible.

Arroyos cristalinos se enredaban con los ríos de lava; la nieve ornaba sin derretirse la cima de los volcanes; las hogueras lamían las olas de un mar feroz y anaranjado, que los acariciaba con su calor sin quemarlos; y en el cielo, oscuras nubes cargadas de lluvia coqueteaban con los soles, ahora cubriéndolos, ahora dejándolos iluminar el hielo que se extendía bajo sus pies, sin atreverse a fundirlo.

Era lo más hermoso que había contemplado jamás, y el canto más esperanzador a la relación que los unía. Inspirada en el modo en que sus poderes encajaban, la meiga había construido un universo a imagen y semejanza de ambos, tan perfecto que casi

dolía mirarlo.

Sonrió, encantada con su acto de creación y, al instante, cayó desmayada entre sus brazos.

—Vamos, brujita, despierta de una vez.

La voz de Niall se coló de puntillas entre las brumas de la mente de Marta, encendiendo una a una todas las luces de su consciencia. Sintió el sol templando su cuerpo, y el rocío de una mañana fresca humedeciendo su rostro.

Y el cuerpo del hada enredado con el suyo, prestándole su agua y su calor.

Quiso apartarse. Quiso alejarse de él, escapar de sus manos, de su abrazo y de su magia. Huir lo más lejos que fueran capaces de llevarla sus pies, allí donde él no consiguiera alcanzarla y donde no pudiera hierla de nuevo.

Pero no fue capaz.

Sus brazos le ofrecían no solo calor, sino seguridad. Su cuerpo junto al de ella le resultaba familiar y confortable, como el regreso al hogar. Y su magia la alimentaba y la serenaba, ahuyentando los restos de la pesadilla que acababan de vivir.

Llevaba tan poco tiempo siendo fuerte que quizá no importara si se permitía ser débil unos segundos más.

—Abre los ojos, pajarito —susurró Niall en su oído—. Vamos, abre los ojos y mira tu mundo.

Incapaz de resistirse al embrujo de esa voz —que, por mucho que le costara reconocerlo aun ante sí misma, había echado muchísimo de menos—, abrió los ojos y contempló lo que había creado con su magia. Con la magia de ambos.

Y, por primera vez en su existencia, se sintió realizada y feliz hasta la última célula de su cuerpo.

Era tal y como lo había imaginado, tal y como lo había recreado su mente, tal y como lo sentía. Era el vínculo que compartían recreado en un paisaje que solo podría existir en los sueños. Y era suyo.

Bueno, suyo y de Niall, admitió a regañadientes, porque sin la ayuda de su magia jamás habría conseguido acabar la tarea. Y, hablando de tareas, tenían una que llevar a cabo, y no tenía nada que ver con las manos del hada intentando encontrar un camino hacia su piel desnuda.

Y, además, estaba enfadada con él. No, qué diablos. No estaba enfadada. Estaba tan furiosa que no le había dirigido la palabra en dos días y no pensaba dejarse enredar con la magia —la de su agua y la mucho más peligrosa de sus dedos y sus labios—, porque ya había recorrido ese camino y no pensaba volver a tropezar con la piedra que había encontrado en él. La primera vez casi la había partido en dos. No sobreviviría a un segundo desengaño.

Así que se escabulló de sus manos —cada vez más osadas— y de sus labios —que exploraban su cuello como si jamás se hubieran alejado de él— y se puso en pie de un salto, dispuesta a emprender el camino y a centrarse en cualquier cosa que no

fuera el deseo crudo y ávido que latía en su vínculo y amenazaba con infectar a cada milímetro de su cuerpo.

—Tenemos trabajo que hacer —dijo Marta en el tono más frío que fue capaz de invocar.

Y, aunque debía reconocer que ni ella misma había visto esa frialdad, se dio por satisfecha con no sonar desesperada y hambrienta, ya que las piernas le flaquearon al ver lo hermoso que se mostraba ante sus ojos, desaparecidas las pantallas que utilizaba para ocultar su imagen a los mortales y que ahí no necesitaba.

—Niall, hay prisa y mucho que hacer —lo amonestó, severa—. Y, además, que te hable no significa que te haya perdonado ni que tenga interés en perder el tiempo contigo. Es solo una tregua temporal por el bien de todos.

Un relámpago de furia atravesó el rostro perfecto del hada, para desaparecer casi al instante arrastrado por una enorme sonrisa, de un modo tan veloz que bien podía pensar que solo se había tratado de una broma de su mente.

—Vamos, pajarito, no digas eso —murmuró con ese tono sugerente que ella recordaba tan bien, que siempre le susurraba oscuras promesas al oído en el calor de la pasión—. Ya me has castigado bastante. ¿No podemos volver a ser amigos?

Niall se puso en pie con los ademanes perezosos de un gran felino que acabara de tomar una larga siesta al sol y se acercó a ella con calma, exhibiéndose, dejándose contemplar y admirar.

Y había tanto, tantísimo que admirar...

Era un sueño erótico hecho carne de la cabeza a los pies, un sueño esculpido en deseo, forjado en lujuria y decorado con todos los colores del desenfreno.

Un sueño con la moral de una víbora y la ética de un buitres.

—No —lo frenó cuando las manos de él ya se dirigían a su cintura—. No, no vamos a regresar a eso.

Sabía que había perdido la primera batalla al retroceder ante su acecho. Lo había visto reflejado en su sonrisa de depredador, en el modo en que avanzó de nuevo hacia ella con más seguridad, como si no dudara ni por un momento de que, más tarde o más temprano, sus pasos para alejarse de él se convertirían en una caída hacia sus brazos.

Sí, había perdido una batalla, pero no perdería la guerra. No podía permitírselo. Pero, al igual que sabía que su corazón no resistiría un nuevo engaño, también estaba convencida de no poder ganar al hada en una pelea limpia. No si el terreno de juego era el sexo y la seducción, el arma. Y mucho menos si se disputaban la supervivencia sobre un campo abonado de medias verdades y secretos ocultos, donde nada era lo que parecía y cada palabra tenía tantas capas de significado que, por muchas que quitaras, siempre había alguna más aguardando.

Así que, ya que no podía vencerlo con sus propias armas, ocultando la atracción que sentía por él y esquivando sus coqueteos, lo vencería con las de ella: la sinceridad y la inocencia.

Dejó que la alcanzara y la estrechara entre sus brazos, e ignoró el inconfundible brillo de la victoria que bailaba en el rostro del hada. Suspiró y se acurrucó entre sus brazos, sin intentar disimular lo mucho que los había echado de menos.

—Niall —murmuró contra su pecho, conjurando toda su inocencia.

—Yo también te he echado de menos, brujita —musitó él con ese tono suave y acariciador que siempre la derretía por dentro, adivinando el significado oculto de ese nombre apenas susurrado.

Antes de que él la hiciera olvidar todos sus propósitos, ella usó su segunda baza: la sinceridad.

—No me fío de ti —anunció, sin importarle el temblor de su voz—. Y no quiero pasar la vida pensando cuándo vas a traicionarme de nuevo.

Esperaba una reacción de su parte, quizás ira, quizás una risa suave que pretendiera quitarles importancia a sus palabras. Cualquier señal, cualquier gesto. Algo que le diera una pista de que iba por el buen camino. Se había preparado para un debate repleto de trampas físicas y verbales, para una discusión e incluso para que él la ignorara y continuara sus intentos de conquista como si no hubiera pasado nada.

Pero no estaba lista para el modo en que sus músculos se tensaron bajo sus dedos, ni para la súbita explosión de dolor y rabia que atravesó el vínculo como un cuchillo bien afilado. Ni para que él se alejara de ella como si acabaran de susurrarle al oído que sufría una enfermedad contagiosa y letal, ni para que la mirara con una expresión herida y furiosa, como si no la reconociera, como si ella fuera una extraña y él no fuera el hombre que conocía todos los senderos de su cuerpo.

—Jamás te he traicionado —dijo en un tono capaz de convertir el mundo a su alrededor en puro hielo—. Jamás he traicionado a nadie en toda mi puta vida, meiga, y si piensas eso, entonces no hay nada más que decir.

—Niall, yo... —balbuceó, deseando con todas sus fuerzas retirar sus palabras.

Quería espantarlo, sí. Librarse de la atracción que sentía por él, alejarlo. Quería que aprendiera a respetarla, a sincerarse y a no utilizarla y manipularla. Quería su amistad y su lealtad. Su magia y su afecto. Pero no quería esa rabia fría y sorda que la asfixiaba como garra de acero sobre su cuello, que le robaba el aire y la vida.

—Ya debes de poder sentir el conjuro de Aidan guiándote. Así que, como tú has dicho, vamos a trabajar —ordenó, ignorándola—. Concéntrate y señálame el camino. No tenemos todo el maldito día para encontrar a tu puta familia y acabar con esta mierda.

A pesar de lo enfadada que estaba con él, y de todo el tiempo que llevaba sin hablarle, algo en su interior se resistía a dejar la situación así entre ellos. Porque una cosa era intentar protegerse a sí misma y esquivar sus manipulaciones, incluso a costa de no hablarle o de alejarse de él, pero otra muy distinta era tener la absoluta seguridad de que ella, y solo ella, había sido la causante del dolor que había visto reflejado en su rostro y en su voz.

No quería que la hiriera, pero tampoco deseaba herirlo, y eso era justo lo que

había hecho.

Sin embargo, ¿qué más podía hacer? Conocía lo bastante al hada como para saber que, en ese momento, no lo arrancarían de su agresivo estado de ánimo. El humor de Niall mudaba más rápido de lo que ella podía seguir, pero, cuando se aferraba a una emoción negativa, la única manera de manejarla era esperar a que cambiara él solo de idea y aprovechar ese momento para tratar de razonar con él.

Así que miró a su alrededor, despacio, para ver si, de algún modo, contemplar el paisaje activaba el conjuro de Aidan y la guiaba hacia su objetivo. Al principio, no ocurrió nada. A su cuerpo y a su magia parecía serles indiferente un camino que otro, una dirección que la siguiente. Pero, cuando sus ojos alcanzaron un punto en la distancia, cada célula, cada instinto dormido en su interior le gritó que avanzara, que se moviera, que llegara hasta allí cuanto antes.

—Es por ahí —anunció, señalando una ubicación que a cualquier observador casual podría haberle parecido fruto de una determinación tomada bajo los auspicios del azar.

Pero Niall no era un observador casual, así que asintió con un gesto seco y echó a andar tras ella sin vacilar.

Caminaron en silencio durante horas. Horas que se le antojaron eternas por culpa del silencio que se había instalado entre ellos como un compañero más de su viaje, pero también por el aturdimiento que le provocaba ese paisaje desconocido, que se doblegaba a sus caprichos y que parecía alterarse cada vez que ella daba un nuevo giro a las argumentaciones que se dedicaba sin cesar a sí misma.

¿Por qué se estaba tan agobiada, tan triste y tan vacía? El hada la había manipulado, había jugado con ella y había tomado por los dos decisiones que la afectaban; sin preguntarle, sin tener siquiera la deferencia de comentarlo con ella. Debería estar contenta. Debería alegrarse de que él ya se hubiera rendido, de que ya no quisiera tener nada que ver con ella, así no podría hacerle otra vez algo parecido.

Entonces, ¿por qué no se sentía feliz y encantada con los acontecimientos? ¿Por qué lamentaba tanto que él no le hablara, no la mirara siquiera?

Porque era una idiota.

Y porque, por mucho que hubiera intentado negárselo a sí misma y a todos los demás, por mucho que hubiera luchado por refrenar sus emociones, mantenerlas retenidas dentro de su zona de confort, estas habían tomado la decisión por su cuenta y habían escapado a su control. Quizá había sido el sexo, quizá la magia. Quizá solo el hombre, tan complejo y tan sencillo a la vez, con ese modo tan despreocupado y tan suyo que tenía de apoyarla y ayudarla a crecer.

Quizá había sido el destino o una jugarreta de los dioses, pero ya no podía negarlo más: estaba enamorada de Niall y, por mucho que le hubiera costado reconocerlo, lo estaba desde hacía mucho, mucho tiempo.

Una vez que ese sentimiento se vio reconocido, cobró fuerzas renovadas y se extendió por su cuerpo, aferrándose a su esencia, respirando a través de su piel y de

su magia. Y el paisaje volvió a cambiar, convirtiéndose en un canto amargo al amor no correspondido.

El hielo se quebró bajo sus pies, los volcanes rugieron su desesperación. Un viento feroz aulló a través de los árboles en llamas y las imposibles tempestades que se formaron en las aguas, mientras las lágrimas que se esforzaba en retener la ahogaban con su peso.

—¿Se puede saber qué coño te pasa ahora? —inquirió Niall con agresividad.

—Nada —respondió, tragándose esas lágrimas traidoras y lo que las había ocasionado.

—No me jodas, bruja —espetó, deteniéndose junto a ella. La cogió del brazo y la obligó a pararse junto a él, mirándola como si fuera capaz de leer en sus ojos el motivo de su cambio de humor con todo lo que este había causado—. Sea lo que sea lo que estás pensando, déjalo o vas a conseguir que nos mate.

—Lo siento —gimió, sin poder contener el llanto por más tiempo—. Lo siento, yo no quería... Yo...

Niall vaciló unos instantes, y ella vio la lucha en su rostro, debatiéndose entre la ira que lo había mantenido en silencio hasta ese momento y la compasión que le provocaba su llanto. Por fin, suspiró y apoyó las manos en sus hombros.

—Ya sé que no quieres —aceptó con suavidad—, pero, o lo paras, o vamos a volver donde estábamos al principio, y tal y como estás no sé si sabrás detenerlo.

—¡No es eso lo que siento! —protestó con un gritito patético, entre sollozos.

—¿Qué sientes entonces, brujita? —Ella negó con la cabeza—. Vamos, dímelo o no podré ayudarte.

—No tenía intención de insultarte —balbuceó, después de largo rato reuniendo fuerzas e intentando esconder sus sentimientos de él—. No quise decir lo que te dije.

Ella notó cómo Niall tomaba aire y suspiraba.

—Sí quisiste, meiga. —Su tono de voz era neutro, inexpresivo, pero el instinto le decía a Marta que, oculto bajo esa indiferencia, estaba el dolor que ella le había causado, agazapado y aguardando su ocasión—. Quisiste decir cada palabra. Y creo que eso es lo que más me molesta.

—Me hiciste daño —reconoció ella con un hilo de voz.

Niall volvió a suspirar. Miró a su alrededor y, de pronto, el paisaje volvió a cambiar. A sus pies apareció un río de aguas cristalinas, que ronroneaba con suavidad entre las rocas, y una alfombra de hierba verde y limpia que invitaba a sentarse y a descansar. Él la tomó de la mano, la ayudó a sentarse y se acomodó junto a ella, rodeándola de nuevo con sus brazos.

—Podías cambiarlo —susurró ella—. Tú también podías cambiarlo.

—Solo si tú no estás haciendo nada para sostenerlo, brujita —explicó con una sonrisa cansada—. No logré alterarlo antes, porque tú te esforzabas en mantenerlo, quisieras o no. Y este es tu lugar. El fuego de tu familia tiene aquí más fuerza que mi agua. Tampoco te he mentado en esto.



—Niall —intentó razonar—, ocultar la verdad es mentir.

—¿Quién lo dice? —replicó él, sin alterarse—. Todo el mundo esconde algo. Tú no me cuentas todo lo que has hecho, todo lo que has pensado, todo lo que has sentido mientras no estás conmigo. ¿Me mientes entonces, brujita?

—Sabes que no es lo mismo —contestó, irritada—. Se trata de contar lo que es importante.

—¿Y qué es importante? —devolvió él con aire indolente—. Lo que para alguien es una tontería para otro es una tragedia.

—¡Cosas que me afecten, Niall! —exclamó, escapándose de sus brazos para encararlo—. ¡Cosas que puedan alterar mi vida!

—Todo lo que ocurre nos afecta, brujita —respondió con una sonrisa amable—. Todo está relacionado. Cada acción genera un cambio, cada decisión altera la siguiente y todo nos afecta, todo nos cambia de un modo u otro.

Ella hundió la cabeza entre las manos y se apretó las sienes, irritada y nerviosa, como si de ese modo consiguiera hacer entrar a la fuerza en su cabeza las palabras del hada.

—Estás siendo obtuso a propósito —murmuró. Alzó la vista para volver a enfrentar su mirada y se armó de valor para poner todas las cartas sobre la mesa—. Decidiste dejarme embarazada solo porque tú tenías ese capricho. Ni me preguntaste. Ni te importó. Lo hiciste y punto, como lo haces todo. Sé que te duele, pero yo veo eso como una falta de lealtad.

—¿Es una falta de lealtad querer tener un hijo contigo? —preguntó con expresión atónita. Y Marta juraría que esa sorpresa era auténtica.

—Es una falta de lealtad imponérmelo y no aclararme nada.

—Pero a ti te parecía bien la idea —se defendió con una expresión de inocencia tan auténtica que ella llegó a preguntarse si no habría estado exagerando toda la situación—. Cuando te enteraste de que quizá estuvieras embarazada, te pareció bien.

—Porque ya estaba hecho —explicó, comenzando a desesperarse—. ¿De qué me iba a servir lamentarlo? Pero tendrías que haberme dicho...

—Mira, estoy seguro de que Diana y Aidan tendrán hijos algún día —la interrumpió él—. Pero también estoy seguro de que no lo comentan cada vez que echan un polvo.

Ella sonrió a su pesar. No, no lo comentaban, probablemente, pero todavía recordaba el enorme enfado que había dominado a Diana cuando, después de días y días obligándolo a usar condones, y de comentar con ellas lo de la «tradición familiar» de los siete hijos, la siempre práctica Laura le había expuesto su teoría de la imposibilidad de reproducirse entre distintas especies. Los gritos de su amiga cuando Aidan le explicó que, dado que era un dios, esas limitaciones no le influían, y que tener hijos o no dependía de su divina voluntad, habían hecho temblar los cristales de todas las ventanas del pazo.

—Créeme, a ella no le hizo ninguna gracia que él no le explicara antes todo el

asunto —sonrió Marta—. Y, además, ellos son pareja.

La miró como si acabara de dirigirse a él en un idioma extraño, que no solo no conociera, sino que no hubiera tan siquiera oído hablar de él jamás.

—¿Qué quieres decir con eso? —inquirió Niall.

—Pues... eso. Que hay una diferencia entre ellos y nosotros.

—¿Por qué?

—Ya te lo he dicho, ellos son pareja.

—Ya, ya te he oído. E insisto, ¿dónde está la diferencia?

Ese fue el turno de Marta para quedarse boquiabierta, para rebobinar la conversación y asegurarse de que estaban hablando de la misma cosa y en el mismo dialecto. ¿Estaba dando a entender que eran pareja? ¿Era eso lo que había dicho? No, sin duda estaba refiriéndose a otra cosa. A alguna de esas máximas extrañas por las que guiaba su vida, y que nada tenían que ver con lo que ella deseaba escuchar.

—A ver —empezó, sin tener muy claro si iba a pedirle una aclaración o iba a escaparse de todo el asunto por miedo a no recibir la respuesta que ansiaba—, ¿me estás diciendo que somos pareja?

Él la miró como si hubiera perdido la razón de pronto y no estuviera seguro de si, en cualquier momento, iba a sufrir un brote psicótico.

—Somos amigos, tenemos un vínculo mágico que nos vuelve locos a los dos, es posible que hayamos concebido un hijo en común y no somos capaces de quitarnos las manos de encima. ¿Tú qué crees? —preguntó Niall con sarcasmo.

—No sé, yo creí que... —vaciló.

Era una explicación tan suya, tan simple... Directa a lo importante y sin disimulos ni temores absurdos. La vida según Niall, expresada en un párrafo.

—Al final, Aidan tenía razón —suspiró él. Extendió una mano, como si fuera incapaz de seguir ni un minuto más sin tocarla y le dedicó la mejor de sus deslumbrantes sonrisas—. Debí hablar contigo, meiga. Pero temía el poder de las palabras pronunciadas...

—¿Miedo? ¿Tú? —balbuceó ella, rindiéndose a su contacto.

—Las palabras tienen poder, brujita —explicó Niall, jugando con un mechón de su pelo—, una vez que las pronuncias, no hay vuelta atrás. Y no es que yo buscara una vuelta atrás, pero odio lo definitivo.

—Ya —susurró ella, entristecida—. Por eso pensé que tú no... Que esto no... Es decir, yo...

—Pajarito —la frenó él—, no me gusta la inmutabilidad. Pero he comprendido que no hay nada de inmutable en tu fuego, como nunca lo ha habido en mi agua. —Se acercó a ella muy despacio, como si pretendiera dejarle tiempo para apartarse, como si dudara o no estuviera seguro de su reacción. Vaciló frente a sus labios y, por fin, la besó con suavidad. Apenas un roce, pero cargado de sentimiento—. Me enloquece. Y es perfecto para mí, para lo que soy. No puedo desear nada más.

—Salvo descendencia de fuego, claro —murmuró, muy poco dispuesta a rendirse,

pero siendo consciente de que ya estaba a dos segundos y una caricia de hacerlo.

—Me encantaría tener descendencia de fuego —sonrió él, con una expresión que casi parecía de felicidad infantil—, pero eso está en manos de los dioses, no de las mías. Ni de las tuyas.

—Pero yo creí... O sea, Ciara dijo...

—Ciara sí que miente más que habla —refunfuñó Niall—. No hay forma de saber lo que vendrá, pajarito. Puede ser fuego, puede ser agua... O puede ser cualquiera de los otros dos elementos. Esto no es genética humana —rio. Poco después, la risa moría en sus labios y su rostro se convertía en la más perfecta máscara de la seriedad—. No estoy contigo por tener hijos de fuego, brujita. Estoy contigo porque quiero, y porque sé que tú también lo deseas. Estoy contigo porque me enloquece tu magia, porque nadie me hace sentir como tú. Porque me enciendes, me serenar, me complementas y me mejoras. Porque he podido vivir toda mi existencia sin tu fuego y sin nuestro vínculo, pero no quiero pasar ni un segundo de mi futuro sin él. La Rueda ha girado, meiga, y ya no soy capaz de detenerla. —Volvió a besarla una vez más. Otro beso breve, apenas insinuado—. Dime que tú quieres lo mismo, pajarito. Dime que también vas a dejar girar la Rueda.

Al ver la expresión entre encantada y sorprendida de la meiga, Niall reprimió una sonrisa de triunfo que, si en algo conocía a las mujeres, sabía que ella no iba a apreciar. Al final, iba a tener que darle la razón a Aidan, por mucho que le fastidiara. Apenas le había dicho un par de frases —siguiendo el guión que el propio druida le había dado—, y ella parecía a punto de arrojarse en sus brazos. Valoró por un instante si merecería la pena perder un par de horas reconciliándose con ella, y no tardó en resolver que, sin duda, la merecía.

Y, para ser sincero consigo mismo, no le había costado tanto como imaginaba. Era la primera vez que hacía algo así, la primera vez que intentaba seducir a una mujer con palabras, porque jamás lo había necesitado. Las humanas caían rendidas a sus pies sin que él necesitara esforzarse, y las *sídhe* apenas necesitaban un vistazo a su agua y a su aspecto para decidirse.

Solo la meiga, con esa mezcla extraña de ideales humanos y magia pura, se le había resistido, y solo con ella había usado algo tan absurdo como la palabrería en lugar de los hechos.

Había pensado que llegaba con demostrarle que estaba ahí, que su fuego era para él, como su agua le pertenecía a ella, pero no había conseguido más que desconfianza y rechazo. Y, sin embargo, un puñado de frases, que apenas alcanzaban a expresar lo que pensaba y lo que sentía, había bastado para rendirla.

Las mujeres eran criaturas muy extrañas, pero su meiga se llevaba la palma, desde luego.

Solo esperaba que, después de eso, aceptara por fin lo que había entre ellos y dejara de volverlo loco de una vez. Y, para asegurarse, zanjó el tema con un beso que con un poco de suerte los conduciría mucho más lejos. Y desnudos, a ser posible.

Adoraba su sabor. El de la magia en sus labios, sí, pero también el de su piel, el de sus besos, el de su pasión y su inocencia.

Profundizó en el beso y ella se lo devolvió con desenfreno, tan ávida de sus caricias como él lo estaba de las de ella. Y pensar que no hacía mucho tiempo apenas podía mirarlo a la cara sin sonrojarse... Ahora era puro fuego y pura pasión, una mujer que sabía lo que deseaba, que no temía exigirlo y que se entregaba sin barreras. Y capaz de volverlo loco.

Sus dedos buscaron entre la ropa de ella un sendero que lo guiara a su piel desnuda. Podía deshacerse de todos los estorbos con un simple empujón de su voluntad, pero una ocasión como esa merecía tomarse las cosas con calma, en una lenta y deliciosa tortura.

—Aidan nos va a matar si nos retrasamos —gimió ella contra sus labios, cuando él la tumbó sobre el verde tapiz de la hierba para acomodarla bajo su cuerpo.

—Que le den —replicó Niall, sin dejar de besar sus labios, su cuello, la delicada línea de la clavícula—. No va a pasar nada porque nos retrasemos un poco, y yo llevo una eternidad sin tu cuerpo y tu fuego.

—Solo hace dos días —lo contradijo ella entre risas.

—Pues lo que yo decía. Una eternidad.

Niall acalló sus poco entusiastas protestas con un beso que pretendía cortar no solo la palabra, sino también el aliento. Y el que se quedó sin palabras, sin respiración y sin saber siquiera dónde tenía la cabeza fue él. Si ya en el mundo mortal la magia de ambos al unirse durante el sexo era puro éxtasis, en su mundo amenazaba con robarle la cordura, con destruir sus cimientos y reconstruirlos de nuevo al calor de sus besos, de su poder y de su entrega.

¿Se había propuesto ir despacio? Debía de estar loco. Si pasaba un segundo más sin sentirla piel contra piel, sin barreras entre ellos, se envenenaría con su propia impaciencia y acabaría derretido a sus pies, convertido en un charco de lujuria y desesperación.

Era una auténtica tortura y, sin embargo, merecía la pena —y sospechaba que la merecería aún más cuando por fin se hundiera en ella—, por el modo en que la meiga respondía a la languidez de sus caricias, a la minuciosa calma con la que besaba cada centímetro que iba descubriendo poco a poco, apartando la ropa despacio, sin apresurarse. Y, por una vez, sin juegos ni bromas. Solo calor, pasión y la intención de demostrarle con su cuerpo lo que las palabras no llegaban a expresar.

Las manos de ella se perdieron dentro de su camiseta y lo acariciaron con avidez; sus dedos se clavaron en su carne y en su espíritu, apresurándolo, incitándolo, confirmándole que competía con él en excitación, en ansia y en apuro.

—Niall —suspiró entre sus brazos.

Y, de pronto, él se encontró con sus labios —que estaban apartando sin apresurarse la tela del escote de la meiga— sobre piel desnuda. Pero no había sido él quien se había librado de la ropa que le impedía sentirla, sentir su magia y su calor sin que nada los separara.

Alzó la cabeza y se encontró con una traviesa sonrisa de disculpa.

—Eso ha estado muy mal, brujita —rio, apartándole el dorado cabello de la mejilla. Y, como no podía resistir sin besarla, depositó un reguero de besos que seguían el camino que acababan de recorrer sus dedos—. Intentaba tomarme las cosas con calma.

—No quiero calma —protestó ella, buscando sus labios—. Necesito tu magia —exigió con sus palabras y con la muda súplica de su cuerpo arqueándose hacia el de él—. Te necesito a ti. Ahora.

—A mí ya me tienes, pajarito —sonrió, mientras devoraba su cuello con besos lentos—. Me tienes desde el principio. Solo tenías que alargar la mano y tomarme. Justo como estás haciendo ahora —añadió con una risa maliciosa cuando la mano de la meiga se deslizó entre sus cuerpos.

—Pues demuéstramelo de una vez —gimió la meiga cuando los labios de él descendieron hasta alcanzar uno de sus pezones.

Él se movió para proporcionarle a su otro pecho las mismas atenciones que acababa de recibir el primero, y sonrió contra su cuerpo.

—Será un placer.

Estaba a punto de obedecerla y hundirse en su cuerpo, cuando recordó algo. Y, con un esfuerzo que podía pasar a los libros de historia, se detuvo y la miró con seriedad a los ojos, nublados por la pasión.

—¿Por qué te paras? —preguntó ella, en un tono que mostraba a partes iguales desesperación y exigencia.

—Puedo protegernos —dijo—. Si tú quieres.

Transcurrieron unos instantes envueltos de eternidad mientras ella meditaba su respuesta, sin que Niall se atreviera a hacer un solo gesto que la predispusiera a tomar una determinación basándose en lo que él deseaba. Casi se le había escapado entre los dedos por apresurarse, por intentar imponerse, y no iba a cometer de nuevo el mismo error. Sabía esperar, y esperaría, si eso era lo que necesitaba para quedarse con su fuego.

—¿Lo dices en serio? No será un truco de los tuyos, ¿verdad? —preguntó ella por fin.

—Nada de trucos, brujita —respondió con sinceridad—. Sabes lo que quiero, pero si eso va a suponer que te plantees romper el vínculo, esperaré a que tú también lo desees.

—Puede que no lo desee nunca —replicó la meiga.

—Pues será nunca, entonces —dijo sin dudar—. Aunque te advierto que seguiré intentando convencerte, y no pienso jugar limpio.

—Me parece justo —aceptó ella.

—Entonces, ya está decidido, ¿no? Porque no creo que pueda aguantar mucho más desnudo encima de ti y charlando como si no me afectara lo más mínimo —gimoteó.

Ella soltó una risilla maliciosa y la vibración de esa risa en su vientre no lo ayudó en nada a mantenerse quieto. Por fin, lo miró con dulzura.

—Ya está todo decidido desde hace tiempo, Niall. ¿No lo sientes? —preguntó.

La miró sin comprender, esperando una aclaración. Lo último que le apetecía era ponerse a desgranar los millones de significados ocultos que podía tener una simple frase pronunciada por una mujer, cuando su cerebro, privado de sangre y obnubilado por el deseo, a duras penas conseguía mantener las funciones vitales, mucho menos pensar. Como si un hombre pudiera pensar en una situación así, con el cuerpo de su mujer ansioso y desnudo bajo él.

Y, entonces, lo sintió. Era sutil, suave, tenue. Tan delicado que casi resultaba inapreciable si no se estaba buscando. Y, sin embargo, ahí estaba. Enredada entre los hilos de su vínculo, latía una magia nueva, que no era la suya ni la de la meiga, pero

que, a un tiempo, era de ambos.

—¿Desde cuándo lo sabes? —preguntó aturdido, demasiado ensimismado con el latido de esa magia como para reaccionar.

—Acabo de percibirlo —sonrió ella—. Al principio creí que me equivocaba, pero... Es verdad, ¿no? Está ahí.

—Ya lo creo que está —rió él. Nunca le había costado sonreír, pero en ese momento notaba cómo los músculos de su rostro se tensaban hasta lo imposible, deshaciéndolo en carcajadas de pura felicidad—. Y más vale que se quede tranquilo un rato, porque ahora mismo tengo mucho que decirle a su madre. Y no con palabras.

Y se lo dijo.

Se lo dijo con su cuerpo y con su magia; con sus caricias, con sus besos, con sus labios trabados a los de ella y sus lenguas enredadas en un baile que imitaba el de sus caderas al moverse entre sus muslos.

Se lo dijo con el corazón y los sentidos, con su agua acunándola como sus cuerpos se acunaban uno a otro con un ritmo perfecto y único, el ritmo de sus corazones y sus poderes complementándose, moviéndose al unísono en una enloquecedora danza de seducción.

Y ella escuchó y comprendió y, por fin, su fuego fue suyo por completo, como suya había sido siempre su agua.

La magia de la naturaleza, de los elementos y de la vida al Otro Lado del Velo se unió a su ritual pagano de piel, sudor y éxtasis; el mundo a su alrededor mutó en un paisaje que celebraba cada embate, cada estremecimiento, vibrando de pura vida, susurrando las palabras no pronunciadas —las que no querían pronunciar y las que no necesitaban pronunciar en voz alta—, adornándose con todos los colores de la pasión y vistiéndose con la música de la más perfecta de las uniones. Durante una eternidad, cantó el trueno en la distancia, bailaron las llamas al ritmo del vendaval, y cascadas de agua y fuego los rodearon como una cortina que quisiera proteger al mundo de la fuerza de sus sentimientos y a ellos de la envidia del mundo.

Y cuando la copa del placer se llenó por fin hasta derramarse, cuando susurros y jadeos se deshicieron en un grito de liberación final, el vínculo se negó a deshacerse en dos hilos y compuso un tapiz indestructible y eterno, en que agua y fuego serían uno hasta el fin y desde el nuevo comienzo.

Él se acurrucó en los brazos de la meiga, saciado de sexo y magia, y una de sus manos se deslizó hacia el lugar donde crecía la nueva vida que ambos habían creado.

—Aidan va a matarnos —susurró ella, y la sonrisa bailaba en su voz a pesar del tono preocupado que había intentado conjurar con sus palabras—. ¿Cuánto tiempo habremos perdido?

—Si esto te ha parecido perder el tiempo, brujita, voy a tener que empezar de nuevo y esforzarme mucho más —replicó él, con sus dedos trazando espirales distraídas sobre el ombligo de ella.

La vibración de la risa de ella lo sacudió por un instante.

—No creo que tenga fuerzas ahora mismo para que empieces de nuevo —rio, acariciándole el cabello.

Por un segundo, él se dejó llevar por esa caricia inocente, saboreándola, dejando que lo serenara. Su agua nunca había estado tan en paz, tan tranquila y colmada, como si por fin hubiera encontrado los diques que, sin saberlo, ansiaba que la contuvieran. Pero sintió la inquietud en ella, así que se forzó a alzar la cabeza y mirarla a los ojos.

Sonreía, con el dorado cabello revuelto, las mejillas sonrosadas y los labios hinchados por sus besos. Conformaba la perfecta imagen de una mujer que había sido amada hasta el delirio y se sentía satisfecha, saciada y colmada de poder femenino.

—Pues ya puedes reunir fuerzas, pajarito, porque esto ha sido un aperitivo y pienso repetirlo muy a menudo —amenazó sonriente.

—Oh, es terrible. No seré capaz de soportarlo —fingió lloriquear ella, arrancándole una carcajada—. Ahora en serio, ¿no deberíamos apresurarnos?

—No tengo ni idea —reconoció Niall con sinceridad. La mirada escéptica de la meiga le arrancó una nueva sonrisa—. En serio, no tengo ni idea de cuánto nos hemos retrasado, ni si nos hemos retrasado siquiera —intentó explicar. Al ver que ella lo miraba con la confusión pintada en su preciosa carita de muñeca, continuó—. No hemos encontrado una fórmula que nos ayude a entender cómo discurre el tiempo entre ambos lados del Velo. Nadie lo sabe.

—Pero podrás hacer una aproximación —insistió ella.

—No, no puedo —suspiró. Se incorporó hasta sentarse y la atrajo de nuevo a sus brazos porque, sin más, no quería estar sin tocarla y sin sentirla—. He caminado entre dos mundos durante mucho, mucho tiempo, y jamás he comprendido cómo funciona. Puedo intuir si están transcurriendo días u horas, pero no saber con exactitud cuántos días o cuántas horas.

—¿Ni siquiera puedes hacer un cálculo aproximado?

—No —respondió con sencillez—. ¿Recuerdas el solsticio, cuando tuviste ese ataque de ansiedad? —Ella asintió—. Aidan y yo cruzamos a este lado. Sabíamos que pasarían horas, pero no teníamos ni idea de cuántas. Y así fue. Marchamos al atardecer, apenas estuvimos una hora, pero para cuando volvimos ya casi había amanecido. Esta vez sé que pasarán días, pero pueden ser dos o pueden ser veinte.

—Pero, entonces, quizá lleguemos después de *Beltane* —se espantó ella.

—Si es así, reforzarán las ataduras y confiarán que llevemos alguna respuesta que nos sirva en *Lughnasadh*. No te agobies, pajarito —sonrió al ver su cara de preocupación—. El ciclo es eterno. Después de la luz viene la oscuridad, después del día, la noche. Si no es en un paso, será en el siguiente.

—Pero Aidan se pondrá histérico de todas formas, ¿no? —preguntó, más divertida que angustiada.

—Aidan estará demasiado ocupado lamentándose porque se va a convertir en el «tío Aidan» que preocupándose por un nuevo giro en la Rueda —respondió en tono



malicioso. Esperaba que ella le siguiera la broma, o quizá que respondiera con una risa malvada, pero no estaba preparado para la oleada de inquietud que se mostró en su rostro y a través de su vínculo—. ¿Qué ocurre, pajarito? ¿Qué te preocupa tanto?

La meiga dejó escapar una risa amarga, que lo obligó a apartarla de su cuerpo para mirarla a los ojos, exigiéndole una respuesta.

—Estoy asustada —reconoció al cabo de unos instantes debatiéndose en silencio.

—¿Por qué? ¿Sigues sin fiarte de mí? —preguntó él con suavidad, esforzándose por esconder la irritación que le causaba esa falta de confianza—. Te aseguro que no pasará nada malo, pajarito. No habría perdido el tiempo si...

—No es eso —negó la meiga, acurrucándose de nuevo bajo sus brazos—. Es por... Ni siquiera sé quien soy. Hace nada estaba convencida de ser humana, y ahora... —balbuceó, incoherente—. No sé cómo actuar, no sé cómo dominar mi magia, no sé de dónde vengo, no sé... ¿Cómo voy a cuidar de alguien, si no sé ni cuidar de mí misma?

—Aprenderás —la serenó—. Y, mientras tanto, yo cuidaré de los tres.

—Ya he visto cómo cuidas de las gemelas —intentó bromear ella—, así que no creas que me tranquilizas con eso.

Él fingió meditarlo.

—Bueno, pues dejaremos que Aidan y Roi cuiden de todos y que se preocupen por todos —sugirió—. Al fin y al cabo, es su misión en la vida.

—¿Y cuál es la tuya? —preguntó ella, sonriente.

—La mía, y ahora también la tuya, es darles motivos para que se preocupen —afirmó con solemnidad.

La carcajada alegre de la meiga, libre ya de angustia, lo hizo sentir más poderoso de lo que ningún dios sería jamás.

Quizá el tiempo transcurriera de otro modo en ese lado del Velo, pero Marta tenía la sensación de llevar caminando toda su vida a través de ese paisaje insólito y cambiante, y nada parecía indicar que su objetivo se hallara siquiera un milímetro más cerca de lo que había estado horas antes.

Se estaba poniendo de muy mal humor, y el mundo a su alrededor respondía a sus emociones, volviéndose más abrupto e intransitable. Por mucho que Niall intentara bromear con ella, distraerla y ayudarla a cambiar la realidad para hacerla más tolerable, su irritación no hacía más que crecer y crecer, amenazando con asfixiarla. Le dolían los pies, estaba cansada, aburrida y harta de seguir el tirón de la magia que Aidan había conjurado para guiarla hacia algún miembro de su familia.

Su maldita familia debía de vivir en una cueva al final del universo como mínimo, porque no había manera de dar con ellos, y el viaje empezaba a ser más pesado que el de Sam y Frodo hacia Mordor. Y si se encontraban con algo parecido a Ella, la araña, iba a echar a correr y no pararía hasta cruzar de nuevo el Velo y tumbarse frente a una chimenea, con los pies en alto y la espalda acomodada contra todos los cojines que pudiera localizar.

—Pajarito, te estás mosqueando otra vez —sonrió el hada, esquivando de un salto un pequeño géiser que su mal humor había conjurado.

—Estoy cansada, tengo hambre, me duelen los pies y me aburro —enumeró, encaprichada.

—¿Nada más? —ironizó él.

—Sí, quiero un sofá, una chimenea y un masaje —replicó, ignorando su buen humor.

—Me encantaría darte un masaje —aceptó Niall en tono sugerente, enlazando su cintura con un brazo—. Pero entonces nos retrasaríamos otra vez y te enfadarías más. Y no es que me importe, que conste.

—Ah, qué bonito —gruñó ella, intentando sin ningún éxito escapar de su abrazo—. No te importa que me enfade.

—¿Qué quieres? *Me pone* verte enfadada —replicó Niall con esa estúpida sonrisa que parecía partirle la cara en dos.

—A ti *te pone* todo.

—Todo lo que tenga que ver contigo, brujita, sí. Sin duda alguna.

Ella sonrió a su pesar. Si alguien le preguntara, diría que esa era la auténtica magia de Niall: conseguir arrancarle una risa siempre, en todo momento y en todo lugar, sin importar lo malhumorada, nerviosa, triste o irritada que se encontrara. Y no tenía que esforzarse ni que ser especialmente ingenioso. Le bastaba con ser él, con dedicarle una de esas expresiones de felicidad tan suyas, de las que decían que estaba

encantado de estar en el mundo y de haberse conocido.

Y, poco a poco, ella estaba aprendiendo a tener tanta confianza como él. Quizá fuera el descubrimiento de su magia, quizá porque Niall le había enseñado que podía ser ella misma, decir lo que pensaba y hacer lo que deseaba sin sufrir el rechazo de quienes la querían de verdad. Quizá... Quizá fuera solo ese hombre y lo que le hacía sentir.

Lo que ahora sabía que él sentía también.

Sí, era el hombre más testarudo, irritante, manipulador, egoísta e infantil del universo, pero era suyo de la cabeza a los pies. Y estaba loca por él, con todos y cada uno de sus defectos y, sobre todo, por todos y cada uno de ellos.

Quién se lo iba a decir, con todo lo que había luchado para no dejar entrar ninguna emoción, para distanciarse de él, para que no le rompiera el corazón en mil pedazos... Y, durante todo ese tiempo, él solo aguardaba a que aceptara sus sentimientos y a él con ellos, porque, desde el principio, el hada los había asumido como asumía todo: como una nueva aventura que había que disfrutar sin miedos, sin preocupaciones y sin preguntas.

Y ella pensaba hacer lo mismo desde ese momento en adelante, disfrutar de lo que tenían y de lo que iba a llegar sin temores que ya no eran suyos, sino recuerdos de la mujer que nunca había sido en realidad.

Sí, iba a disfrutar de la vida y de su unión, aunque ahora mismo estaba más predispuesta a seguir gruñendo y lamentándose porque estaba harta de caminar sin saber cuánto les faltaba para llegar a su objetivo y si iba a servir para algo todo ese periplo por el Otro Lado.

Tenía que hacer algo para distraerse o el paisaje volvería a cambiar para adaptarse a su creciente mal humor, y se iban a ver envueltos de nuevo en un lío compuesto por llamas y lluvia de fuego. Y como lo único que podía hacer para pasar el rato mientras caminaban era charlar con el hada, buscó un tema de conversación que, al menos, sirviera para conocerlo un poco mejor. Era demasiado humana todavía como para centrarse en conceptos como el «magia es lo que es» que le había enseñado Aidan.

—Niall —llamó. Él se volvió para mirarla con su habitual sonrisa—. ¿Por qué te molestó tanto que te dijera que no confiaba en ti?

La sonrisa del hada mutó hasta convertirse en una mueca molesta, que se apresuró a disimular con un gesto indiferente.

—No me gusta que no confíes en mí, brujita. Tampoco es tan raro —respondió, encogiéndose de hombros—. ¿No dicen las revistas de chicas que la confianza es fundamental en una relación y todas esas chorradas?

—Sí, claro que lo es —replicó Marta. Esquivó una rama caída sobre el suelo, apoyándose en la mano que él le tendió. Alzó la vista para agradecerle la ayuda, y su expresión burlona hizo que rebobinara la frase y la analizara mejor—. Espera. Espera, espera. ¿Lees revistas de chicas? —preguntó, mientras intentaba sin ningún éxito mantener una expresión interesada y dominar su risa.

—Claro —respondió el hada con absoluta seriedad—. ¿Cómo podría vivir sin saber las once cosas que no puedes hacerle a un pene o las doce que quieren los chicos en su primera cita?

—¡Las lees de verdad! —exclamó ella, estupefacta, porque recordaba a la perfección haber visto esos artículos en concreto.

—Y tú también, por lo que parece —se carcajeó Niall—. ¿Qué puedo decir, pajarito? Diana se dejó unas cuantas por casa, y yo me aburro mucho.

—¿Y has aprendido algo? —preguntó, burlona.

No se había olvidado de la pregunta original y de cómo Niall había tratado de esquivarla, pero esa línea de conversación era demasiado divertida como para abandonarla sin más. Ya tendría tiempo para volver sobre el tema, porque por mucho que el hada se escudara en que la confianza era importante, su reacción había sido demasiado brusca y exagerada, y el instinto le decía a Marta que ahí había algo importante sobre lo que indagar.

Niall fingió meditar su respuesta un buen rato, como si le hubiera planteado una cuestión realmente importante.

—En realidad, no. —Su rostro se convirtió en la representación más pura de la malicia—. Pero me he reído mucho imaginándome a Aidan tratando de utilizar los quince consejos para mejorar el sexo en pareja y analizando las veinte señales para saber si el sexo es malo.

—¡Calla! —se escandalizó ella, llevándose las manos a las orejas para enfatizar la petición—. Creo que lo último que me apetece es imaginarme... Nada. Tú solo calla, ¿vale?

—Vale, pero ¿no quieres saber...?

—¡No!

—Solo intentaba ayudar —dijo Niall con un tono inocente más falso que una promesa electoral.

Marta no desaprovechó la oportunidad.

—Puedes ayudar hablándome de eso de la confianza... —sugirió con un parpadeo de fingida timidez.

Niall dejó escapar un hondo suspiro.

—No vas a dejar el tema, ¿verdad? —preguntó con aire resignado.

—Es que te lo tomaste muy mal —repuso ella—. Quiero decir, a nadie le gusta que le digan que no confían en uno, pero tu reacción fue... No sé, ¿desproporcionada? Da igual —se apresuró a añadir, al ver que el hada volvía a hundirse en uno de esos silencios hoscos que siempre eran la antesala de una explosión de mal genio—. No importa, si no quieres hablar de eso, yo...

—Para mí la lealtad es fundamental, pajarito —la interrumpió con su voz convertida en apenas un susurro—. No me importa lo que los demás piensen de mí, no me preocupa lo que digan. Pero jamás he sido desleal. Nunca. Y no hay nada que me haga apartarme más rápido de alguien que el hecho de que no sea leal a los suyos.

—No creo que lo seas, de verdad —se apresuró a aclarar—. Lo entiendo.

—No, no lo entiendes —suspiró él. Se detuvo y la frenó a ella también, poniendo las manos sobre sus hombros—. Y ahora no tengo tiempo de explicártelo y contarte lo que es una larga historia. Pero lo haré, brujita, de verdad. No quiero más secretos entre nosotros. Al menos, no de esos que dices que pueden afectarte —añadió con lo que apenas era la sombra de su habitual sonrisa pícara.

Marta asintió y se aproximó más a él, acurrucándose contra su pecho. Era evidente que el tema lo inquietaba, y no quería que tuviera dudas sobre si ella confiaba en él o no. Niall la estrechó contra su cuerpo y le dio un suave beso en la coronilla. Cuando se apartó, una media sonrisa bailaba de nuevo en su rostro. Pasó el brazo sobre los hombros de Marta y retomaron de nuevo el camino en un cómodo silencio.

Apenas había recorrido un par de metros más cuando Marta sintió una urgencia en su interior. Apresuró el paso y Niall se adecuó a su ritmo, sin hacer preguntas, siguiéndola cuando echó a correr en dirección a un lago de aguas serenas que se distinguía en la distancia.

Cuando por fin alcanzó su destino, una mujer joven y hermosa, sentada en la orilla, se giró para encararlos. Sus rasgos le eran familiares, aunque no podía decir cuándo la había visto antes, o de qué la conocía. Hasta que habló, y en su voz percibió los matices del habla de su abuela.

—Eithne —dijo la mujer en un murmullo reverente.

—Muy apropiado —aprobó Niall—. Significa «pequeño fuego», pajarito —aclaró sonriente, cuando ella lo miró sin comprender—. Creo que te llamaré así a partir de ahora.

—¿Abuela? —preguntó incrédula—. Estás... eres, ¡eres joven!

La mujer que había conocido como su abuela, y que en ese mismo instante parecía más una modelo de Victoria's Secret, rio con suavidad.

—Tenía que parecer vieja para que los mortales no sospecharan nada, niña —explicó, poniéndose en pie para acercarse a ellos—. Pero aquí no necesito de esas ilusiones. Ven aquí, dame un abrazo —pidió.

Temblorosa, ella se deslizó entre los brazos abiertos de la mujer. Y, si bien sus ojos no reconocían lo que veían, su corazón le gritó que ese abrazo le era familiar, como lo era la emoción que lo había provocado, y que esa mujer era su abuela, se vistiera con el rostro que quisiera. Había encontrado a su familia, y no se había dado cuenta hasta entonces de cuánto la había echado de menos. Todas sus dudas, sus miedos y sus reticencias porque la habían abandonado se diluyeron en la fuerza de ese abrazo, en el afecto que contenía y en la sensación de haber vuelto al hogar.

—Cuánto te he echado de menos, niña... —susurró su abuela sin soltarla aún.

—Pero me dejaste. Me abandonaste entre mortales sin decirme quién o qué era —replicó Marta sin poder reprimirse, deshaciendo el abrazo para poder mirarla a los ojos.

En ellos brilló culpabilidad, angustia y un dolor profundo y arraigado que reconfortó su maltratada autoestima.

—No fue culpa mía. Yo nunca quise dejarte —susurró la mujer, en tono contrito, enmarcando el rostro de Marta entre sus manos—. Tienes que creerme, Eithne —la instó con urgencia—. Te lo explicaré, niña. Te lo explicaré todo, pero tienes que creerme.

La sinceridad en sus palabras, en su lenguaje corporal y su mirada era tal que Marta no pudo por menos que concederle el beneficio de la duda, aunque todavía latían en ella el dolor por el abandono y el temor a un nuevo rechazo. Era un latido incómodo, cada vez más tenue, pero la mujer en la que se había convertido no iba a dejar que se apagara sin más antes de tener todas las respuestas a sus preguntas.

Abrió la boca para enunciar una de esas dudas, cuando Niall se aproximó a ellas y miró a su abuela con gesto crítico.

—Todo este reencuentro es muy emotivo —dijo con evidente ironía—, pero tenemos un poquito de prisa y un montón de preguntas.

Su abuela se apartó más de ella para mirarlo con expresión suspicaz. Lo observó de la cabeza a los pies, estudiándolo, para después volverse de nuevo hacia Marta y someterla al mismo escrutinio. Después se giró una vez más hacia el hada.

—¿Y tú quién eres? —inquirió con un tono que sonaba casi grosero—. Y, lo que es más, ¿por qué mi nieta lleva a tu hijo en su vientre?

—Somos nosotros los que hemos venido a hacer preguntas —replicó Niall con su aire más regio.

Su abuela no pareció impresionada en lo más mínimo.

—Qué bonito, todo un príncipe —ironizó—. Muy bien, mi señor —añadió, imprimiéndole al título el tono de un insulto—, tienes dos opciones: contestas a mis preguntas o te vas por donde has venido y sin tus respuestas. ¿Qué me dices?

Marta se preparó para sujetarlo, para detenerlo e impedir que su rabia se desbordara sobre su abuela. Pero debió imaginar que el hada nunca hacía lo que se esperaba de él. Niall apenas vaciló un instante antes de esbozar una enorme sonrisa y tender la mano hacia la mujer.

—Te digo que me caes bien. —Cuando la aludida, sin mostrar ni un ápice de confusión, estrechó la mano que le tendía, la expresión alegre en el rostro del hada se amplió todavía más—. Soy Niall, el compañero de tu nieta. Y uno de los hombres que tienen que resolver todo el embrollo que nos has dejado en el otro lado.

Su abuela, Carmiña, suspiró con resignación y bajó la cabeza como si, de pronto, el hada hubiera dejado caer todo el peso del mundo sobre sus hombros. Por unos segundos, pareció la mujer que había conocido: encorvada por los años, cansada y casi sin fuerzas. Pero la ilusión pasó, la mujer pareció tomar una decisión y alzó de nuevo la cabeza con expresión decidida.

—Está bien —convino—. Si habéis llegado hasta aquí, ya no tiene mucho sentido ocultar las cosas por más tiempo. —Echó a andar en dirección al bosque, guiándolos

a través de un sendero que solo ella podía ver—. Comeréis y descansaréis y, después, hablaremos. Pero no aquí. El bosque tiene ojos y oídos. —Se volvió y miró hacia Niall con picardía—. Y tú también me caes bien, principito.

—Le caes bien —se burló Marta en un susurro, mientras seguían a Carmiña a través del bosque—. Eso sí que ha sido una sorpresa.

—Claro —replicó Niall—. Al final, le caigo bien a todo el mundo.

Niall miró a su alrededor y lo primero que le vino a la mente fue que, al parecer, su meiga no era la única que había pasado demasiado tiempo en el mundo humano. Su abuela había recreado al milímetro la casa que había tenido en el pueblo, con cada mueble, cada detalle, cada pared y cada color copiados a la perfección en un espacio tan minúsculo, abigarrado y asfixiante como el original.

Entendía por qué era así, por supuesto. No se trataba de nostalgia, ni añoranza. Con toda probabilidad, ni siquiera se trataba de un acto consciente por su parte, sino una representación que había conjurado su magia para recordarle que tenía asuntos pendientes al otro lado del Velo, y que algún día esos asuntos volverían a encontrarla, exigiendo que los atendiera, mientras ella suplicaba que eso ocurriera lo más tarde posible.

Ahora, el tiempo de suplicar había terminado, y la prórroga que la mujer se había dado a sí misma había tocado a su fin, porque, si no tenía todas las respuestas, al menos poseía muchas de ellas, y Niall empezaba a estar harto de todo el maldito asunto y de no saber hacia dónde moverse. Quería acabar con esa historia absurda, con los misterios de ese pueblo y con la maldita criatura que no hacía más que escapársele de entre los dedos, y quería hacerlo ya, para poder ocuparse de lo que realmente le importaba: la meiga y su descendencia.

Ella estaba a su lado y agarraba su mano, como buscando su apoyo. Le gustaba esa necesidad que tenía de tocarlo y de sentirlo, le gustaba que por fin hubiera reconocido lo que había entre ellos y no dudara en utilizarlo para serenarse.

Le gustaba todo de ella, a decir verdad. Su magia, su cuerpo, su risa y hasta el nombre que le habían dado antes de esconderla bajo esa anodina apariencia humana.

Carmiña volvió junto a ellos con una fuente de frutas frescas que dejó en la mesa con un golpe seco.

—Así que estás embarazada —dijo sin más preámbulos.

—Sí —contestó la meiga con una sonrisa plácida que a él le calentó las entrañas—. Niall es el padre.

—Ya lo veo, niña —asintió la mujer. Cerró los ojos y él se envaró al sentir el roce de su magia, pero sus siguientes palabras le hicieron olvidar su naciente enfado—. Y es fuego, como tú.

—¿Cómo lo sabes? —exigió saber Niall—. Es demasiado pronto, apenas acaba de mostrarse.

Carmiña esbozó una misteriosa sonrisa, al tiempo que extendía una mano blanca y pequeña para agarrar un racimo de uvas.

—No lo sabes todo, jovencito, por mucho que tú pienses que sí —dijo con un matiz burlón que, por el bien de la meiga, él se esforzó en ignorar—. Es fuego —



afirmó con seguridad—. El fuego se muestra enseguida para quien puede verlo.

—Y tú puedes verlo —comentó Niall—. Está claro que tienes muchas cosas que contarnos y no tenemos mucho tiempo, así que es mejor que empieces cuanto antes.

—No es mucho lo que puedo deciros —suspiró la mujer después de unos segundos meditando en silencio. Se llevó una uva a la boca y la masticó despacio, quizá para darse unos segundos y preparar el guion de una historia que nunca había puesto en voz alta—. Mi familia lleva mucho tiempo vigilando ese pueblo, cuidando el Velo, protegiéndolo.

—¿Por qué? —intervino la meiga—. ¿Protegiéndolo de qué?

—Y, lo que es más, ¿quién os lo ordenó? —medió él, mirándola fijamente.

—Puedo contestar al porqué, pero ¿quién nos lo ordenó? Eso no puedo decírtelo —respondió la bruja, sacudiendo la cabeza con expresión pesarosa—, como no puedo decirte por qué tuve que marcharme.

—Abuela, por favor, necesitamos respuestas —suplicó la meiga.

—No es que no quiera dártelas, pajarito —replicó él—. Cuando dice que no puede, es que no puede. Lo que ya nos dice muchas cosas, ¿verdad, bruja? —sonrió con arrogancia.

Carriña lo estudió largo rato, sin apartar sus impresionantes ojos grises de los de él.

—Tienes suerte, niña —dijo por fin—. No es tan tonto como parece.

—¡Abuela! —se espantó la meiga.

—Gracias —sonrió él, repantigándose en su asiento con actitud indolente—. Tú, sin embargo, eres incluso más borde de lo que pretendes. No me malinterpretes, es un halago.

La mujer mantuvo el rostro inexpresivo hasta que, por fin, se reconoció perdida en el duelo de miradas y estalló en una sonora carcajada.

—Ya veo que mi nieta no te eligió solo por tu cara bonita —aprobo. Dejó las uvas sobre la mesa y volvió a mirarlos despacio, primero a él y luego a ella, sonriendo—. Tu agua es muy fuerte, justo lo que necesita. Y le darás unos hijos guapísimos, de eso no hay duda —añadió con malicia.

—Abuela... —repitió la meiga, con actitud agobiada.

—Es muy guapo, niña.

—Lo soy —afirmó él—. Pero, insisto, necesitamos respuestas, y las necesitamos ya.

—Está bien, os contaré lo que sé, pero paciencia. Hay que empezar desde el principio, y es una larga historia. —Se levantó y trasteó durante unos instantes en la pequeña cocina, para regresar con unas tazas de aromática infusión que dejó frente a ellos. Tomó una para sí y se concentró en sus recuerdos—. Como os decía, nuestra familia lleva mucho tiempo atrapada en el mundo humano, vigilando el Velo. De generación en generación, las mujeres nos hemos hecho pasar por brujas humanas, escondidas bajo el hechizo que nubla el pueblo, manteniendo intacto el paso entre los

mundos.

—Hasta que algo falló —intentó adivinar él.

—Oh, tardó mucho en fallar —respondió Carmiña con arrogancia—. Mientras seguimos las reglas, todo fue bien. —Bajó la vista hacia sus manos, que jugueteaban con la pequeña taza de porcelana, y pareció perdida en sus pensamientos—. Pero, entonces, una de nuestras antepasadas tomó una decisión egoísta, y todo se desmoronó. Eligió al hombre incorrecto y tuvo descendencia de fuego —explicó al tiempo que alzaba la vista para clavarla en los ojos de la meiga.

—Y nadie de tu familia tenía poderes de agua para ayudar a ese fuego —dedujo él, atrayendo la atención de la mujer sobre sí mismo.

—No —confirmó ella, sacudiendo la cabeza en un gesto cargado de angustia—. Tú llevas su nombre, niña, Eithne —sonrió hacia su nieta—. Eres tan parecida a ella... El mismo pelo, los mismos ojos, la misma sonrisa, heredada de su padre.

Niall sintió la inquietud de la meiga incluso antes de que hablara de nuevo, con la voz tomada por un cúmulo de emociones que apenas pudo discernir: miedo, culpabilidad, sorpresa... Apretó la mano que sostenía enlazada a la de él sobre sus muslos para infundirle coraje y apoyo, y ella le dedicó una sonrisa débil antes de volverse hacia la mujer que la había cuidado cuando era un cachorrito humano.

—La vi —susurró su brujita, sobresaltándolo—. Vi una foto suya en el desván del pazo. Estaba fuera, con las gemelas. Y sí, era idéntica a mí.

—Vaya —ironizó él—. Parece que no soy el único que guarda secretos, ¿eh, pajarito?

—Estaba enfadada contigo —respondió a la defensiva.

—No le des explicaciones, niña —ordenó su abuela—. Nadie guarda más secretos que él.

Aguantó la mirada astuta de la mujer sin pestañear, sin mostrar ninguna emoción, ninguna expresión. Había mucho más en ella de lo que parecía a simple vista, pero no en vano él llevaba toda su vida perfeccionando su cara de póquer. Sí, guardaba secretos. Quizá más que la mayoría, quizá no tantos como todos pensaban, pero maldito si le iba a dar la razón sin más ni más.

Como si hubiera atendido al curso de sus pensamientos, la bruja esbozó una sonrisa secreta, cargada de significado e inteligencia, antes de mirar hacia su nieta.

—Eithne adoraba a esas niñas. Y bien saben los dioses que necesitaban de alguien que las adorara —suspiró.

Una oleada de ira lo atravesó. Él también adoraba a las gemelas, y lo que Carmiña pretendía dar a entender con ese tono triste y resignado no auguraba nada bueno. Sabía que lo que iba a escuchar a continuación no le gustaría nada, así que acercó a la meiga más hacia su cuerpo y la acurrucó bajo su brazo. Que no se resistiera ni un poco lo serenó más incluso que la magia en su piel.

—Su padre era un hombre terrible —narró la bruja en un susurro—. Violento, agresivo, borracho... —escupió con desprecio—. Eithne había manipulado a su

madre para que la contratara como institutriz de las gemelas, pensando que así podría protegerlas. Se equivocó... —Su voz se quebró en lo que parecía un sollozo apenas contenido. Tomó aire y continuó hablando con una voz casi inaudible—. Él mató a su mujer en un arrebato de furia. Eithne la encontró al pie de las escaleras, las gemelas lloraban y él trataba de callarlas a golpes. Ella... —Bajó la vista, embargada por la emoción, incapaz de proseguir.

Él le tendió su taza, incitándola a beber de la infusión que ya había identificado como calmante. La bruja le dedicó una sonrisa agradecida antes de cogerla y beber con avidez.

—Ella asistió a la escena, y su fuego se desbocó, ¿verdad? —la animó a retomar su relato.

—Solo quería ayudar —trató de justificarlo Carmiña—. Pero sin agua que la calmara, su fuego, alentado por la rabia, huyó de su control. Quemó al padre, a las niñas y la mitad de la casa. Y a sí misma en el proceso.

»Se hizo lo que se pudo para esconderlo. Las leyendas del pueblo dicen que el hombre se volvió loco, que mató a su mujer y se suicidó, pagando sus pecados con el fuego. Pero mi familia conocía la verdad, y estaba asustada. Y cuando tu madre se enteró de que tú también eras fuego... —Sacudió la cabeza como queriendo borrar los recuerdos.

—Intentasteis que no supiera lo que soy —susurró la meiga.

—No fue entonces, niña. Éramos más fuertes y habíamos aprendido. Atrajimos un poder de agua hasta el pueblo, decidimos educarte con calma... Pero tu fuego era todavía más potente que el de la Eithne original. —Dejó la taza y suspiró de nuevo, con la vista clavada en el fondo, como si pudiera leer la respuesta a sus plegarias en los posos de la infusión—. Un día te escapaste. Querías ir a la playa. Nunca supimos lo que había pasado, pero, para cuando te encontramos, la arena era cristal y el Velo se había debilitado.

—Fue culpa mía —susurró la meiga.

Niall la estrechó más entre sus brazos, besó sus cabellos y envió una oleada de serenidad a través del vínculo. Frente a ellos, su abuela asintió, aprobadora.

—No fue culpa tuya. Quisimos controlarte y retenerte, pero no éramos tan poderosas ni tan sabias como habíamos pensado —dijo en son de disculpa—. Tu madre enloqueció de puro pánico. Abandonó nuestra misión, atravesó el Velo y me obligó a jurar que te criaría como humana hasta que ella descubriera el modo de que alguien te sustituyera.

—¿Y dónde está ahora? —preguntó la meiga con un hilo de voz.

Pero no era eso lo que le interesaba a él, ni lo que lo había enfurecido hasta un punto difícil de resistir. Le importaba muy poco la suerte que había corrido la madre de la meiga, porque lo único que le preocupaba era ella. Y ahora se daba cuenta de lo cerca que había estado de no hallarla jamás.

Carmiña abrió la boca para explicarse, pero él fue más rápido.

—Me importa una mierda dónde está —la interrumpió, dominando a duras penas su mal genio—. Ahora soy yo el que quiere entender por qué la abandonaste. Dejaste solo un poder de fuego. Sin educación, sin ayuda. Le robaste su herencia, el conocimiento de quién y qué era y casi le robas la vida. ¡Pudo consumirse a sí misma, joder! —terminó, incapaz de detenerse por más tiempo, con una sonora palmada en la mesa.

—¡No tuve otra opción! —se defendió la bruja—. ¡Me ordenaron volver y dejarla ahí!

—¿Quién? ¿Quién te lo ordenó? —exigió saber.

Daba igual quién fuera o qué fuera. Quienquiera que hubiera decretado semejante atrocidad iba a pagarlo muy caro, aunque tuviera que dedicar el resto de su vida a localizarlo. Solo pensar lo que podía haberle ocurrido a su meiga si él no la hubiera encontrado a tiempo lo volvía loco de rabia.

—No lo sé —gimió Carmiña—. ¡Sabes cómo es esto! ¡Debo regresar, y no puedo resistirlo! Y no tengo ni idea de dónde está tu madre —añadió con agobio, dirigiéndose a su nieta—. Llevo mucho tiempo buscándola, pero nadie sabe qué ha sido de ella o dónde está.

Él maldijo en silencio, con el cuerpo en tensión y cada célula de su cuerpo ansiando hallar al culpable. Pero la tristeza que embargó a su mujer lo obligó a serenarse.

—La encontraremos —le aseguró mientras le acariciaba el cabello en un gesto tranquilizador—. Cuando todo esto termine, volveremos y la encontraremos, te lo prometo. —Acurrucada bajo su brazo, ella asintió, ofreciéndole una sonrisa tan cargada de confianza que lo removió hasta los cimientos—. ¿Estás bien? —Un nuevo asentimiento y ella bajó la cabeza, para apoyarse contra su pecho—. Hay algo que me intriga... —meditó, hablando ya hacia Carmiña.

—Si puedo ayudarte, lo haré —afirmó la bruja.

—¿Por qué no tener a toda la familia en el mismo lugar? Así habría más de vosotros protegiendo el Velo y...

—No podíamos ser muchos —negó, sacudiendo la cabeza—. Supongo que se trataba de no llamar la atención. No sé si has visto el conjuro de ocultación que esconde al pueblo, pero...

—Lo he visto —confirmó él—. Pero ¿por qué solo las mujeres?

—Bueno, intentábamos impedir que un poder femenino atravesara el Velo, así que...

—¿Un... poder femenino? —balbuceó atónito, con el cerebro procesando a toda velocidad.

—Sí, quienquiera que nos enviara pensó que un poder igual evitaría...

—¿Ese poder está a este o al otro lado del Velo? —la interrumpió, demasiado estupefacto como para respetar los tiempos de la conversación.

—Al otro, por supuesto —replicó la bruja—. Creí que estabais al corriente.

Tratábamos de evitar que ese poder femenino cruzara de nuevo a este lado del Velo.

Espoleada por la inquietud que sentía en Niall, Marta se apartó de su abrazo para poder mirarlo a la cara. De los labios del hada escapó lo que parecía una larguísima maldición en gaélico. O varias encadenadas, de hecho. Se puso en pie como si no fuera capaz de mantener toda su energía nerviosa, y echó a andar por la habitación, gesticulando y hablando para sí mismo.

—Niall, no te entiendo, ¿recuerdas? —rezongó, más preocupada que irritada, aunque su voz decidió por su cuenta y riesgo sonar molesta.

Él se frenó en seco y se volvió hacia ella, aunque algo le dijo a Marta que no la estaba viendo en realidad.

—Debemos regresar —la instó con apremio—. ¡Ahora mismo!

Sin esperar respuesta, se abalanzó sobre Marta, la cogió de las manos y tiró de ella para levantarla.

—¿Has perdido la razón o qué? —exclamó—. ¡Acabamos de llegar y no tenemos respuestas!

—¡Tenemos todas las malditas respuestas! —la contradijo, apresurado—. Al menos, todas las que ella puede darnos. Y hay que volver ya.

—¡Espera! —chilló Marta, librándose de él, que ya la arrastraba hasta la puerta—. Voy a despedirme de mi abuela —explicó cuando la observó con impaciencia.

—Hazlo rápido, pajarito —ordenó—. No podemos perder el tiempo.

—¿Vas a explicarme...?

—Por el camino. Apresúrate —ordenó.

Marta se acercó a su abuela. Era extraño, pero en esa hermosa mujer, joven, esbelta y rubia, podía reconocer sin dudarla a la anciana que la había criado gran parte de su vida, aunque nada en sus rasgos podía recordársela.

Carmiña abrió los brazos y ella se entregó a sus mimos, mientras se esforzaba, sin éxito, en reprimir la melancolía que la estaba dominando. Ya se había despedido de ella una vez, años antes, frente a su tumba, que ahora sabía vacía, pero despedirse una segunda parecía demasiado cruel.

—Volverás —afirmó la abuela con seguridad—. Y encontraremos a tu madre.

La mano de Niall se posó sobre su hombro con suavidad.

—Tenemos que irnos, pajarito —susurró.

Abrazó con más fuerza a su abuela antes de separarse, secándose sin disimulo las lágrimas que no había sido capaz de detener.

—Vete, niña —sonrió Carmiña, empujándola con dulzura hacia la puerta—. Y cruza de nuevo para traerme a mi bisnieto.

—¿Puedo venir yo también? —sonrió Niall con sorna.

—Claro —replicó la abuela con una sonrisa idéntica en intensidad e intención—.

Siempre es un placer recibir a la nobleza en mi humilde morada.

El hada puso los ojos en blanco y sacó a Marta de la casa sin miramientos. Al salir al exterior, se detuvo de forma tan brusca que ella tropezó contra su espalda, mientras él miraba a su alrededor con aire reflexivo.

—¡Niall! —protestó.

—Lo siento, pajarito —se disculpó—. Pero de verdad que el tiempo apremia.

—Ya, eso ya lo has dicho, pero ¿se puede saber qué te pasa? —preguntó con irritación—. Nuestra misión era enterarnos de quién...

—Y ya lo hemos descubierto —afirmó él con una expresión de felicidad tan auténtica que ella no pudo por menos que imitar su sonrisa infantil.

—Lo habrás descubierto tú —replicó.

—Cierto —asintió. Su atención pareció dispersarse de nuevo y su rostro abandonó la sonrisa para inundarse de nuevo con una profunda concentración—. Creo que puedo hacernos cruzar desde aquí —murmuró para sí mismo.

—¡Niall! —exclamó ella otra vez—. ¿Me quieres explicar qué pasa?

—Luego... —respondió distraído.

—Ahora. —Al ver que él seguía actuando como si ella no estuviera presente, soltó su mano y se plantó frente a él con los brazos en jarras—. Niall, dime qué pasa o te juro que me voy con mi abuela y regresas tú solo.

Para su sorpresa, su farol tuvo efecto. Él se volvió a mirarla a la velocidad del rayo, con la ansiedad pintada en el rostro.

—No te atreverás... —dijo, pero su tono era más vacilante que amenazador.

—Ya lo creo que sí —afirmó Marta, aunque sabía muy bien que no sería capaz de dejarlo ahora que por fin ya no tenía dudas sobre él y sobre lo que compartían—. Y me fastidiaría mucho tener a nuestro hijo sola, pero si tengo que hacerlo, lo haré —anunció, cruzando los brazos sobre el pecho en un gesto obstinado.

El hada la observó unos segundos entre preocupado e irritado, para después frotarse la cara con desesperación. Después, la miró con la súplica bailando en sus ojos.

—Sé que no te gusta que te oculte cosas, brujita, pero te juro que no lo hago porque quiera —dijo en tono de disculpa—. Es un secreto de Roi, no mío, y es él quien tiene que decidir qué os cuenta y qué no.

—¿Roi? —se extrañó ella—. ¿Qué tiene que ver Roi en todo esto?

Él dejó escapar un hondo suspiro.

—Todos los que podemos movernos a través del Velo tenemos un objetivo, una misión —explicó en un murmullo, muy despacio, como si valorara cada palabra, como si midiera cada frase para no decir nada más que lo imprescindible—. La nuestra está relacionada con Roi. Nos comprometimos a ayudarlo y por eso llevamos mucho, mucho tiempo investigando en el mundo humano.

Se detuvo y esperó, observando su reacción, como si intentara calcular si ya había dicho lo suficiente.

Ni de lejos.

—Vale —dijo ella, sin entender a qué venía toda esa explicación—. ¿Y? ¿Qué tiene que ver eso con mi abuela y con lo que nos ha contado?

—Pues que creo que, por fin, vamos a encontrar lo que buscábamos —dijo con una enorme sonrisa—. Es justo lo que precisa Roi. Un poder femenino a este lado, uno masculino al otro. Agua y fuego. Y tan fuertes que se necesitó una encomienda de algo tan poderoso como los dioses para proteger el Velo y un conjuro suyo para ocultar al pueblo —enumeró—. Nos queda trabajo por delante, pero por la Diosa que esta vez lo tenemos —canturreó entusiasmado.

—No entiendo... Si dices que ya lo tienes, ¿cómo puede quedarnos mucho trabajo? —preguntó confundida.

—Porque nos hacía falta hallar esto para saber por dónde empezar. ¡Pero ya está! —aplaudí, aunque su entusiasmo no tardó en diluirse para mutar en precaución—. Y ahora no creo que pueda decirte nada más, pajarito. De verdad. —Al ver que ella parecía vacilar, puso las manos sobre sus hombros y la miró con esa extraña expresión de súplica, disimulada apenas por su mejor sonrisa de seductor—. Por favor, brujita, no vuelvas a dejarme. Ven conmigo.

Ella no pudo mantener el farol por más tiempo. Supo que su gesto obstinado se había suavizado y convertido en otro de aceptación cuando la tensión desapareció del rostro del hada y, tras ampliar su sonrisa, la estrechó entre sus brazos y apretó los labios contra su cabeza, como si quisiera retener alguna confesión incómoda.

No hacía falta que dijera nada, que confesara nada. Ahora, por fin, ella lo entendía de verdad. Entendía lo que él jamás le diría con palabras, pero que le demostraría con hechos cada día de su vida. Así que le devolvió el abrazo y sonrió contra su pecho.

—No voy a dejarte, tranquilo —susurró, acariciándole la espalda como a un gato mimoso—. Y me conformo por ahora con eso. Confío en ti —dijo, alzando la cabeza para mirarlo a los ojos.

Y si todavía quedaba alguna duda escondida en su interior, el alivio —y otros muchos sentimientos que sabía que el hada jamás pondría en voz alta— que vio reflejado en sus ojos se la borró para siempre.

Él le dedicó una de esas miradas que le hacían temblar las piernas y la besó con suavidad.

—Pues volvamos, entonces. Ya verás, brujita, va a ser divertidísimo —comentó, ya con el tono burlón del Niall de siempre—. A Roi le va a dar algo, y verás cuando Aidan se entere de que nuestro cachorrito va a ser fuego. ¡Se va a poner histérico!

—Bueno, es su misión en la vida, ¿no? —rió ella, arrastrada por su buen humor.

—Una de ellas, sí. Vamos, cruzaremos por aquí —dijo.

—¿No tenemos que ir al lugar por el que entramos? —dudó ella, sin apartar la vista del lugar en que las dos realidades parecían entremezclarse en una cortina de magia y luz difusa.



—No hace falta. Yo llevo el localizador de serie —explicó, divertido.

La arrastró a través del Velo y ella parpadeó para acostumbrar sus ojos al cambio de luz.

—Es de noche —dijo, incapaz de resistirse a señalar lo obvio.

—Y creo que hemos llegado tarde —gruñó Niall, apuntando frente a ellos.

Le costó unos segundos localizar lo que él quería mostrarle, desconcertada como estaba por el súbito paso de un día radiante a una noche cerrada. Pero, por fin, lo vio. Se encontraban en lo alto de la cala y allí, junto a las olas que lamían la arena, un círculo de seis invocaba algún tipo de magia.

—¿Ya ha llegado *Beltane*? —inquirió desalentada. Niall se limitó a observar el ritual y asentir—. ¿No podemos interrumpirlos?

—No se puede romper el círculo una vez creado. Y ya han acabado, mira —anunció, indicando la hoguera de la playa con la barbilla.

Ella miró de nuevo en esa dirección y vio cómo, poco después, el círculo se deshacía y el cosquilleo de magia que sentía en sus entrañas languidecía hasta desaparecer.

—Al menos, esta vez no han intentado ningún truco —comentó Marta, más para animarse que porque pensara que de verdad eso podía apuntarse en la columna de las victorias.

—Esta vez, Aidan estaba preparado —respondió el hada de forma distraída. Su atención se concentraba en el grupo, pendiente de sus movimientos—. La criatura del Otro Lado estaba atada, y la de este no tiene la fuerza suficiente como para quebrar las protecciones que ha tejido sobre el grupo.

—Entonces, no preveía problemas —meditó ella—. Por eso te dejó marchar aunque sabía que podíamos retrasarnos.

—Me dejó marchar porque era nuestra mejor opción —replicó Niall—. Necesitábamos hablar con tu familia, y si no llegábamos a tiempo, le bastaba con retener también a la criatura de este lado. —Marta abrió la boca para seguir preguntando, pero él ya había perdido el poco interés que tenía en la conversación y tiraba de ella para acercarla al camino que ascendía serpenteando desde la playa—. Por fin se ha dado cuenta de que estamos aquí.

Marta siguió la dirección de su mirada para ver cómo el druida se separaba del grupo con lo que parecían unas explicaciones apresuradas y se dirigía hacia ellos. Los demás ni siquiera miraron en su dirección antes de encaminarse hacia el pazo.

—No nos han saludado —suspiró Marta tras unos instantes—. Deben de estar enfadados por el retraso...

—No nos han visto, brujita —explicó Niall—. Parece que para nuestro druida cada vez es más fácil usar la magia en su propio beneficio y para cosas innecesarias. ¿No es así, *deartháir*? —añadió hacia Aidan, que ya estaba llegando junto a ellos entre bufidos y maldiciones apenas susurradas contra lo inestable del sendero.

—No quiero interrupciones por ahora —gruñó. Con un par de saltos salvó el resto

del camino y se aproximó a ellos—. Así que os he ocultado y he mandado a Roi y a las chicas de vuelta a casa y a Ciara y Cathal a reponerse al bosque. Y así, al menos, podré enterarme de algo antes de que me volváis loco entre todos.

—Práctico, pero no va a servir para nada más que para retrasar lo inevitable —comentó Marta, divertida.

Aidan la observó con un gesto de irónica aceptación. Pero, al mirarla, poco a poco su expresión se fue transformando, mutando hacia la sorpresa, la impresión y, por fin, la desesperación. Sin decir palabra, dirigió su vista hacia Niall, que se limitó a dedicarle la más enorme de sus sonrisas. Durante unos segundos, la vista del druida recayó sobre ambos de forma alternativa, como si siguiera un partido de tenis que solo él podía ver.

Por fin, gimoteó.

—¿Por qué? —dijo con un lloriqueo—. Está claro que los dioses me odian. ¡Y soy uno de ellos! —protestó ultrajado.

—¿Qué le pasa? —preguntó Marta en dirección al hada, en absoluto impresionada por la sobreactuada representación del druida.

—Creo que ha sentido la magia de nuestro cachorro, pajarito —explicó Niall.

—Ah, ya —aceptó ella para dirigirse hacia Aidan a continuación—. ¿No te alegras? Vas a ser tío.

—Claro que me alegro. Me alegro muchísimo —dijo este con un gemido patético, hundiendo la cabeza entre las manos—. Me alegro tanto que voy a esconderme en un armario y a llorar hasta el fin de los tiempos y el nuevo comienzo.

Niall soltó una carcajada y palmeó la espalda de Aidan en un gesto que era más burlón que afectuoso.

—No te desesperes todavía, *deartháir* —comentó con una sonrisa malvada—. Espera a que te diga que el cachorrito es fuego.

Como si la hubieran empujado con un resorte, la cabeza de Aidan se alzó de nuevo para taladrar a Niall con una mirada feroz.

—No bromees sobre esto —escupió de malos modos, aunque Marta se daba perfecta cuenta de que no era más que un teatro habitual entre ellos y que, en el fondo, el druida se alegraba de las noticias—. No bromees —repitió.

—No es broma —intervino Marta, sonriente—. Mi abuela dice que el fuego se muestra enseguida para quien sabe verlo, y nos ha revelado que el bebé es fuego.

Aidan la contempló en silencio unos instantes, como queriendo asegurarse de la veracidad de sus palabras. Después, sacudió la cabeza, contrito, y suspiró.

—No sobreviviremos a esto —dijo en tono monocorde—. En cuanto nazca ese niño, moriremos todos. Un psicópata de fuego. Genial. Esto es genial —añadió, inexpresivo.

—Míralo de esta forma, *fiordhraoi* —intervino Niall, siguiéndole el juego—. Puede que se parezca a su madre.

—¿Y qué? —replicó el druida al instante—. Ella cada día se parece más a ti... —

Marta, lejos de ofenderse, soltó una carcajada a la que Niall no dudó en sumarse. Por fin, Aidan abandonó su pose de héroe trágico y sonrió—. Ahora en serio, me alegro mucho por vosotros, ya lo sabéis.

—Lo sé, *deartháir* —respondió Niall, con un tono cargado de afecto. Pasó un brazo sobre los hombros de Marta—. Lo sabemos —añadió.

Aidan se aproximó a ella y la besó con suavidad en la mejilla. Después, puso una mano en el hombro de Niall y lo estrechó en un gesto cargado de masculino aprecio. El hada usó la mano que tenía libre para estrechar la de él, y le devolvió una sonrisa en la que bailaban cientos de años de amistad, risas, penas y compañerismo.

—Felicidades, *anamchara* —susurró Aidan—. Y bendiciones para ese niño... que nos va a volver locos a todos. —Después de unos segundos, apartó la mano del hombro del hada y adoptó un talante más profesional. O, al menos, todo lo profesional que podía permitirse alguien como él—. En fin, ¿traéis alguna noticia más, o solo os he enviado al Otro Lado para que hicierais la prueba de embarazo más compleja de la historia?

—Traemos un montón de noticias, pero la más importante... —Niall se detuvo para hacer una pausa teatral que el druida soportó con resignación—. La más importante es que puede que nuestra búsqueda por fin haya concluido.

La información tardó un instante en hacer mella en Aidan. Y cuando por fin pareció que entendía el significado de las palabras del hada, abrió los ojos de par en par.

—Explícate —exigió.

—Un poder femenino a este lado. Uno masculino al otro. Agua y fuego, y una ocultación que lleva la firma de los dioses. Lo tenemos, Aidan —sonrió.

Para sorpresa de Marta, Aidan lo consideró solo un instante.

—Por la diosa que sí —aceptó, encantado—. ¡Ya lo creo que sí! —se entusiasmó—. Quiero todos los detalles, pero es mejor que me los contéis cuando ya estemos todos. Vamos —ordenó, dirigiéndose ya hacia el pazo, sin molestarse en comprobar si lo seguían—. Hay que resolver esto cuanto antes y empezar a buscar. Pero vaya si lo tenemos. Lo tenemos —repitió.

Marta buscó la mirada de Niall, no sabía muy bien si para que le aclarara el comportamiento del druida o para que le diera una indicación de cómo actuar a continuación. El hada se limitó a encogerse de hombros y arrastrarla tras Aidan, sin que la sonrisa abandonara su rostro ni por un instante. Caminaron en silencio tras él, que no dejó de murmurar todo el camino en un tono demasiado bajo para que los oídos de Marta pudieran captarlo. Por fin, al llegar a las lindes del bosque, se volvió hacia ellos de nuevo.

—Es mejor que dejéis lo del embarazo para cuando ya hayamos resuelto el resto —pidió en tono de disculpa—. Si en algo conozco a las mujeres...

—Cuando sepan lo del bebé no querrán escuchar nada más, sí —aceptó Niall, sonriente—. No te preocupes, no diremos nada.

—Y no estoy muy segura de querer saber cómo se lo toman las chicas — reconoció Marta.

Aunque, cuando esas palabras abandonaron sus labios, se dio cuenta de lo poco que le importaba en realidad. Ella estaba encantada con la idea y con su relación con el hada, así que sus amigas podían aceptarlo y alegrarse también por ella... o irse al infierno.

Tal y como había esperado Niall, cuando empezó a desgranar los detalles de su aventura con la meiga en el Otro Lado, la cara de Roi pasó de un educado interés a la sorpresa y, por fin, a una esperanza apenas contenida, aunque en sus facciones se mostró con claridad un intenso debate interno, que vacilaba entre la alegría por lo cerca que podía estar el final del camino y la ira por el recuerdo de los ultrajes pasados que lo habían llevado hasta ahí.

Cuando terminó su relato, el silencio cayó a plomo sobre la reunión. Incluso las chicas, que tenían una decidida tendencia a convertir cualquier discusión en un gallinero digno de una tertulia televisiva, permanecían calladas, afectadas por las emociones que flotaban en el ambiente.

Pero él sabía que esa tregua no iba a durar, así que se acomodó en su asiento y atrajo a la meiga hacia sus brazos, esperando. Calculó que la primera en hablar sería la lógica morena, siempre necesitada de un dato más, de una explicación más. Y, por supuesto, acertó.

—Está bien —dijo Laura en un tono más bajo del que solía usar, como si le costara romper ese silencio reverencial que se había adueñado de la reunión—. Así que lo que hemos detenido esta noche es un poder femenino de fuego. Y lo que está encadenado en el Otro Lado, uno masculino de agua. Y eso es lo que lleváis una eternidad buscando. —Aidan asintió sin añadir nada más, aguardando la inevitable pregunta—. Entonces, ¿ya está? ¿Ya lo tenemos todo? —inquirió, esperanzada.

—No va a ser tan fácil —masculló Diana—. Nunca lo es.

—No, no es tan fácil —intervino el druida con prevención—. Sabemos lo que tenemos que buscar, y ahora que sabemos dónde está y que hemos sentido su magia, podemos indagar para revelarlo por fin. Pero nos queda un largo camino por delante.

—Pero si habéis dicho... —insistió Laura.

Aidan se volvió hacia Roi, que aún parecía perdido en sus pensamientos. Y, por una vez, a Niall ni se le pasó por la cabeza meterse en el medio y explicar lo que sabía en pocas y bruscas palabras. El secreto era de Roi, y a él le correspondía contarle como quisiera y del modo en que más cómodo se sintiera con ello. La meiga se revolvió inquieta entre sus brazos, y él la serenó con un suave beso en la frente y una oleada de tranquilidad que hizo vibrar el vínculo que compartían. Ella se acurrucó más contra él en respuesta, y aguardó.

Por fin, Roi pareció salir de su ensimismamiento y los miró uno por uno.

—Lo que os voy a contar es, sin duda, una larga historia —comenzó a narrar en tono bajo y suave—. Una larga y vieja historia, pero que todavía me duele a pesar de su antigüedad. Así que es posible que pierda el hilo en algún momento. Si eso ocurre... —Su mirada se volvió hacia sus amigos.

—Si eso ocurre, te interrumpiré, no te preocupes —intervino Niall—. Ya normalmente me aburro cuando no dices más que una frase, así que no creas que te voy a aguantar un cuento que dure tres horas.

—Gracias, creo —ironizó Roi. Se removió en su asiento y cerró los ojos unos segundos antes de empezar su relato—. Hace mucho, mucho tiempo...

—En una galaxia muy lejana... —susurró la meiga en un tono tan bajo que solo Niall, que estaba pegado a ella, y Roi, con su infalible oído, pudieron escucharla.

Niall no se molestó en reprimir una carcajada, y Roi se limitó a enviarle a Marta una mirada de exasperación similar a las que solía dedicarle él.

—... yo vivía con los míos a este lado del Velo —continuó como si la interrupción no hubiera tenido lugar—. Como ya habréis averiguado, soy un hijo de Míl. Nosotros poblamos Irlanda después de que los *Tuatha Dé* se exiliaran al Otro Lado. Antes de ellos, eran los *Fomore* quienes habitaban esa tierra, pero fueron expulsados por los *Tuatha Dé*.

—Perdona —interrumpió Laura—. Quiero asegurarme de que te sigo —dijo a modo de disculpa. Roi asintió, animándola a preguntar—. Los Hijos de Míl poblaban Irlanda por esas fechas y al Otro Lado estaban los *Fomore* y los *Tuatha Dé*, ¿no? —Roi inclinó la cabeza en un gesto de afirmación y Laura esbozó una breve sonrisa—. Sí, Aidan nos explicó lo que había pasado. Imagino que no les hacía demasiada gracia esa situación, teniendo en cuenta que vosotros sois humanos —meditó—. Porque sois humanos, ¿no? —preguntó inquieta.

—Sí, los Hijos de Míl son humanos —respondió Roi. Las chicas parecieron aceptar esa respuesta, pero Niall se dio cuenta de que a la meiga no se le escapaba el cambio de sujeto en la frase por el modo casi imperceptible en que se tensó bajo su brazo—. Y, una vez más, sí: no les hacía maldita la gracia. Y, precisamente por eso, pasó todo lo que pasó en mi pueblo. Las luchas entre facciones todavía eran muy recientes, y los *Fomore*, o algunos de ellos, al menos, pensaban que, ahora que este lado del Velo lo controlaban los humanos, sería fácil recuperar lo que habían perdido.

—¿Y lo era? —inquirió Diana—. Fácil, quiero decir —aclaró.

—No tanto como ellos pensaban —sonrió Roi—. Quizá fuéramos humanos, pero el mundo era joven, la magia fuerte y nuestros druidas poderosos. Fueron tiempos turbulentos, de alianzas, traiciones y bandos que alteraban su composición con tanta rapidez que resultaba imposible seguirlos.

—Más bien era un «todos contra todos» —comentó Aidan, con una sonrisa carente de humor—. Hasta que las aguas fueron volviendo poco a poco a su cauce.

—En efecto —aceptó Roi—. O, al menos, hasta que en el Otro Lado se dieron cuenta de que no éramos, ni mucho menos, las presas tan fáciles que ellos esperaban.

Hizo una breve pausa, y la variación apenas perceptible en su lenguaje corporal y en la energía que lo rodeaba le dijo a Niall que por fin había llegado a lo verdaderamente importante —y personal— de su relato. Aunque en apariencia, y ante los ojos de cualquiera que no lo conociera tan bien como él, seguía mostrándose

relajado y sereno, no hacía falta más que fijarse para atisbar la tormenta que se fraguaba en su interior. Se sintió tentado a hacer una broma que aligerara el ambiente, pero sabía que eso solo conseguiría retrasar el momento y poner a su amigo todavía más nervioso de lo que ya estaba, así que se obligó a mantener la boca cerrada y aguardar con impaciencia mal contenida.

—El caso es que esa falsa sensación de tranquilidad hizo que nos relajáramos —continuó por fin. En sus ojos el acero bailaba con el oro, dándole un color imposible a su mirada—. Y no importó, hasta que un *Fomore* decidió que había llegado el momento de llevar a cabo un nuevo intento de arrebatar nos lo que, por derecho, ya era nuestro.

—¿Volvieron las guerras? —interrumpió Diana—. ¿Es que no hay un solo ser pacífico en el Otro Lado, o qué?

—¡Eh! —fingió ofenderse Niall, ansioso por relajar la intensidad del momento—. ¡Yo soy un tío muy pacífico!

—Sí, claro. Y Hannibal Lecter es un hombre encantador con una dieta original.

—Por favor, *a'chuisle*, déjale continuar —rogó Aidan.

—Solo quería...

—Solo querías tocarle las narices a Niall, lo entiendo —sonrió el druida—, pero nos queda mucho por hablar y...

—Y a algunos nos gustaría acabar antes de fin de año, sí —masculló Laura.

—Por favor, Roi, ignóralas y sigue —sugirió la meiga con dulzura.

Niall sonrió aprobador al ver que Marta se había dado cuenta, sin que nadie se lo dijera, de que ahora que había empezado a desgranar su historia, Roi necesitaba soltarlo todo y seguir adelante cuanto antes.

—Si les haces caso, no terminarás nunca.

Roi inclinó la cabeza en un gesto de agradecimiento que casi parecía el amago de una reverencia. Cerró los ojos para encontrar el hilo perdido de su relato, y continuó.

—Un *Fomore* localizó y sedujo a una mujer sabia de mi pueblo para que lo ayudara a rasgar el Velo. Lo que le ofreció fue demasiado tentador como para que ella pudiera resistirse, así que la traición se armó en un instante —explicó, perdido en sus recuerdos.

—Perdón por interrumpir, pero necesito una aclaración —intervino Laura en tono de disculpa—. ¿Qué es una mujer sabia?

—¿Y qué le ofreció? —añadió Diana.

—Una mujer sabia es el cargo femenino equivalente a un druida, querida —explicó Roi—. Participan en los rituales y dominan la magia. Y lo que le ofreció... —La meiga se tensó en brazos de Niall al ver que la mirada de Roi se dirigía subrepticamente hacia ella, para volver con rapidez a sus amigas—. Lo que le ofreció fue el dominio de la magia de fuego.

—Ay, dioses —susurró la meiga.

—Ya te expliqué que la magia de fuego es una rareza incluso entre los *sídhe*,

brujita —intentó serenarla Niall—. Es lógico que un humano se viera tentado por ella. Incluso muchos de los nuestros se sentirían tentados.

—Pero el fuego es demasiado intenso para los humanos, ¿no? —preguntó la meiga con un hilo de voz—. Eso me dijisteis, al menos.

—Lo es —reconoció Aidan—. Pero no te imaginas lo que es capaz de hacer alguna gente por acaparar un poco más de poder.

—Y traicionar a los suyos es solo lo más insignificante, me temo —apostilló Roi con un gesto que componía un extraño mosaico de resignación, ira y frustración—. Por supuesto, ella aceptó —aclaró, recuperando el ritmo de su relato—. Pero nuestro druida era fuerte y sabio, y descubrió el cambio en la energía mágica, y sospechó de la traición. Pidió ayuda a los dioses, pero, como de costumbre, estos no escucharon —añadió, esta vez sí, en tono airado.

—A veces lo hacen —intentó justificarse Aidan.

—Sí, cuando no tienen nada mejor que hacer —masculló Roi de malos modos—. Como echarse una siesta, por ejemplo. Lo siento —se apresuró a añadir al ver el rostro ensombrecido del druida—. Lo siento, O’Cleary. No va contigo y lo sabes.

—Ah, qué bonito —replicó Niall sin poder contenerse—. Así que no va con él, pero conmigo sí, ¿no? —Aunque había pretendido hacerse el dolido, no pudo evitar que una sonrisa se dibujara en sus labios. No tenía, ni había tenido nunca, tiempo para preocuparse por afrentas pasadas.

—No, mi querido amigo, no te confundas —replicó Roi de buen humor—. Mis problemas contigo son mérito tuyo y de nadie más.

—Pero siempre es bueno tener más leña que añadir al fuego, ¿no? —arguyó Niall al instante.

—Sabéis que no nos estamos enterando de nada, ¿verdad? —intervino la meiga de mal humor.

—Como de costumbre —rezongó Diana.

—¿Podemos rebobinar, por favor? —medió Laura, en tono práctico—. Porque ahora sois vosotros los que os estáis yendo por las ramas.

Roi mantuvo la mirada fija en Niall unos instantes más, en un reto silencioso que el hada recogió con tranquilidad y la promesa de seguir más adelante, en privado, cuando todo estuviera hablado y resuelto con el grupo.

—Por supuesto, queridas. Disculpad —dijo Roi por fin—. El caso es que los dioses no escucharon, pero alguien sí lo hizo. Una pareja de hadas —explicó, recalcando la palabra «hadas» como si fuera un insulto que Niall decidió pasar por alto—. Engañaron al druida haciéndose pasar por enviados de los dioses, y se aliaron con el *Fomore* para ayudarlo a rasgar el Velo y permitir así que sus huestes asaltaran el mundo humano.

—¡Qué hijos de puta! —exclamó la pelirroja.

Niall no quiso responder. Por una vez, las consecuencias de saltar a la defensiva se representaron en su cerebro antes de que su lengua, mucho más veloz, tomara la



iniciativa y se lanzara al asalto. Se concentró en mantener un obstinado silencio, pero cuando la morena listilla entró al trapo con un nuevo insulto tan ácido como el de la mujer de Aidan, no pudo reprimirse más.

—No lo entendéis. No sabéis lo que significaba para ellos no poder acceder al mundo que creían que les pertenecía. No vivisteis esa época, ni comprendéis su forma de pensar, ni... —Airado, se apartó de la meiga para inclinarse hacia delante en su asiento en un gesto que no pretendía ser amenazador, pero que sabía que lo sería—. Solo sois humanas —escupió con desprecio.

—¿Los estás defendiendo? —replicó Diana, alterada.

—¡No, no los defiendo, joder! ¿Cómo cojones voy a defenderlos? Pero habláis sin saber, sin tener todos los datos. Yo...

—Tú los conocías —murmuró la meiga.

Niall se volvió para mirarla, sorprendido por su astucia, aunque solo tardó unos segundos en entender que ella había percibido mucho más que los demás a través de las emociones que se filtraban en su vínculo. Preocupado por la reacción que ella podría tener si se daba cuenta de todo, se obligó a serenarse, a dejar de enviar esa mezcla de rabia, tristeza y confusión que estaba dominando hasta el último de sus procesos mentales.

Pero ya era tarde.

El rostro de la meiga se ensombreció con una nube de tristeza sin fin, y de una comprensión que iba más allá de todo lo que Niall había conocido hasta ese momento.

—Eran tus padres, Niall —musitó ella en tono angustiado—. Los traidores eran tus padres. —Miró hacia Roi—. Por eso esa tensión entre vosotros. Por eso te crío Ona —empezó a enumerar, ganando velocidad a medida que desgranaba su teoría. Su acertada teoría—. Por eso dices que «ya no son», por eso odias la falta de lealtad —meditó angustiada.

—Brujita, yo... Ellos dejaron de ser cuando llevaron a cabo su traición, y a mí no puedes culparme por...

—¡Claro que no te culpo! —saltó ella al instante—. No te culpo, al contrario —añadió, dulcificando su tono hasta convertirlo en algo que Niall percibió casi como una caricia física—. Supiste superarlo y convertirte en un hombre leal, para el que su familia y sus amigos lo son todo —musitó. Puso una mano sobre su mejilla y él se apoyó en ella, conmovido hasta la médula por su comprensión, que sabía más que auténtica por las emociones que estaba percibiendo de ella—. No eres ellos. No eres de ellos. Eres mío y te elijo a ti, no solo sabiendo lo que sé ahora, sino precisamente por ello.

Si bien lo que sentía por la meiga siempre se había mantenido en una temperatura confortable, en algo que había aceptado y seguía aceptando con facilidad, con la naturalidad con la que daba la bienvenida a todos los cambios en su vida, en ese momento amenazó con desbordarlo.

Una oleada de emociones, más fuerte que cualquier magia, más fuerte incluso que el vínculo que los unía y que ahora compartían con el hijo de ambos, creció en su pecho hasta provocarle una sensación entre la asfixia y la taquicardia. Un calor que causaba escalofríos, un frío que le quemaba en las entrañas y le diluía el corazón.

El corazón que ahora era de ella.

—Es mejor que sigas hablando, *a'chara* —dijo Niall, con su mirada enredada en la de la meiga y el rostro todavía acunado por sus manos—. O eso, o mejor os vais todos a tomar por culo.

—Me parece que no están muy dispuestos a marcharse —comentó ella con una sonrisa dulce, mirándolo también como si no hubiera nadie más en el mundo.

—Pues va a ser que no lo estamos, no —gruñó Aidan—. Aún nos queda mucho por hablar, así que mejor dejáis para después lo que quiera que estéis pensando. Y no, no me lo contéis, por la Diosa —añadió con un gemido.

—Me temo que he perdido el hilo del relato —intervino Roi—. Y, visto lo visto, no sé si me siento capaz de recuperarlo en los próximos minutos.

—Las hadas convencieron al druida para preparar un ritual en la noche de *Samhain*... —apuntó Niall, sin volverse hacia el grupo, deseoso de terminar con esa reunión cuanto antes.

—Sí, exacto —aceptó Roi en tono agradecido—. El druida, sabiendo que necesitaba todo el poder que pudiera reunir, preparó el ritual contando con el apoyo de las mujeres sabias, sin saber que entre ellas estaba la traidora.

—Imagino que salió casi tan torcido como el que hicimos nosotras sin saberlo —intervino Diana en voz baja, acurrucándose contra Aidan como si buscara su apoyo.

—Yo diría que salió bastante peor, *miña dona* —contestó Roi. Sabiendo que llegaba a la parte más dura de su historia, Niall apartó por fin sus ojos de la meiga y se recolocó en su asiento, dispuesto a prestarle atención a su amigo. En el rostro de este se mostraron las señales de un dolor antiguo, al tiempo que bajaba la mirada hasta los puños de su camisa, que atusó con aire distraído—. Fue un auténtico desastre —murmuró—. La traidora se interpuso cuando el druida estaba a punto de derramar la sangre de la elegida para el ritual, y entregó la suya a cambio. Las hadas utilizaron el fuego que el *Fomore* le había otorgado para sellar el conjuro, y, aunque ambos desaparecieron consumidos por su poder —explicó con una mirada compasiva hacia Niall, que este agradeció en lo más profundo—, la barrera entre los dos mundos se tambaleó hasta sus cimientos.

—Y al Otro Lado aguardaban ejércitos de criaturas que jamás han tenido la capacidad de moverse entre dos tierras, dispuestas a reclamar el mundo humano a sangre y fuego —explicó Aidan con lentitud, desgranando cada palabra, como si hubiera presentido que Roi necesitaba un respiro para poder continuar.

Un silencio denso y cargado de malos presagios se extendió sobre el grupo como una mortaja, mientras cada uno de sus componentes analizaba la historia o se perdía en sus recuerdos. Niall observó a Roi, estudiándolo, tratando de descifrar hasta qué

punto poner en voz alta esa vieja historia había llegado a alterarlo. El rostro de su amigo estaba más pálido que de costumbre, y la angustia dibujaba sombras y surcos en su frente, donde, a juzgar por el modo en que pasaba los dedos, debía de estar fraguándose un dolor de cabeza digno de pasar a los libros de historia.

—¿Y qué pasó después? —inquirió la meiga con suavidad—. Nuestro mundo no está invadido ni dominado por los *sídhe*, así que al final todo debió de solucionarse, ¿no?

Roi dejó escapar una carcajada amarga, repleta de sarcasmo, y sacudió la cabeza en un gesto de negación.

—¿Solucionarse? —preguntó, irónico—. Sí, podrías decirlo así... —Cerró los ojos e inspiró profundamente, como si buscara diluir su rabia con el aire que entraba en sus pulmones—. El druida, en un último intento desesperado de revertir el conjuro y sellar el Velo, hizo lo único que podía hacer: entregar no solo la sangre, sino la vida de la auténtica elegida, esperando que así los dioses se mostraran dispuestos a ayudar al fin.

—¡Qué horror! —gimió Diana—. Dime que, al menos, los dioses se dignaron a aparecer por fin.

—Lo hicieron, sí... —respondió Roi, airado—. Pero, para cuando intervinieron, ya se había causado un gran daño. El Velo estaba tambaleándose y el *Fomore* había huido. Y aunque el druida había conseguido con su conjuro privarlo de gran parte de su magia y arrebatarle la capacidad de moverse entre mundos, los dioses no pudieron encontrarlo. Así que se limitaron a reparar en parte el Velo y asegurarse de que, en el futuro, la fisura estaría vigilada y controlada. Y, por supuesto, a impartir justicia — declaró, subrayando con sarcasmo la palabra «justicia».

—¿Y qué justicia podrían impartir si las hadas se habían consumido con el poder del fuego y el causante de todo había huido? —inquirió Laura—. ¿Mataron a la traidora? Porque, si es así, no encaja.

—¿Matarla? —replicó Roi—. Los dioses rara vez son tan benévolo. No, no la mataron. La despojaron de su forma física, la convirtieron en una suerte de espectro, atado a este plano, oculta a los ojos del Otro Lado, capaz de percibir la furia y la desesperación de su amante, sus intentos por hallarla, pero incapaz de llamarlo o encontrarse con él.

—Bien hecho —aprobó Diana, con expresión malévol.

—No todo lo hicieron tan bien, *a'chuisle* —musitó Aidan—. También castigaron al pueblo.

—¿Qué? —se escandalizó la meiga—. ¿Por qué?

—No es justo —comentó Laura, en tono más práctico que indignado.

Roi se limitó a demostrar una falsa actitud de indiferencia, esquivando la mirada de todos, clavada en él, para fijar la suya en una arruga diminuta en sus impecables pantalones.

—Desde su punto de vista, el error fue de todos, y todos debíamos ser castigados

en mayor o menor medida —explicó. Inspiró hondo y ajustó las solapas de su levita, removiéndose en su asiento con evidente incomodidad—. Y ahí es donde, me temo, empieza mi tediosa historia —explicó en un tono ligero que en nada encajaba con el auténtico estado de ánimo que Niall percibía en él—. Mi pueblo fue enviado al Otro Lado, y permanecerá ahí hasta que el *Fomore* sea castigado también. Todo el pueblo. Hombres, mujeres, niños, animales, casas, carros... Hasta el bosque que lo rodeaba. —Su voz iba perdiendo fuerza a medida que explicaba el castigo a su estirpe, pero no rabia. Cuanto más bajaba su tono, más perceptibles eran su furia y su desprecio—. No avanzan ni progresan. No crecen, ni nacen, ni mueren. Sienten hambre, frío, sed..., pero nada puede saciarlos. Y así será hasta que se cumplan los designios divinos. — Calló una vez más, sin duda para intentar serenarse y dirigir sus emociones a un nivel controlable. Tras un largo rato en el que nadie se animó a romper el silencio, quizá porque estaban demasiado conmocionados por el rumbo que había tomado la historia, Roi comenzó a hablar de nuevo, en un tono que pretendía ser animoso—. Pero no todo estaba perdido. Los dioses nos dieron una salida, una oportunidad. Eligieron a uno de nosotros para que intentara encontrar al *Fomore* y, con él, a la mujer que cometió la traición. Si lo consigue antes de que la magia del druida termine por desvanecerse, el pueblo será liberado. Lo que nos da al menos una oportunidad, porque dudo mucho que ellos se molestaran en buscarlo hasta que fuera demasiado tarde.

—Y te eligieron a ti —dedujo Laura—. ¿Por qué?

—Fue una decisión de los dioses, querida —respondió, saliéndose por la tangente, tal y como Niall esperaba que hiciera.

—Los dioses decidieron muchas cosas, ¿verdad? —intervino Diana en dirección a Roi, con el rostro iluminado por una súbita comprensión, entremezclada con una rabia feroz.

«Por supuesto. Ahora sí lo entiendes, calabacita», meditó Niall.

Ella sabía qué escondía Roi. Quizá no todo, quizá no el porqué, pero al unirse a Aidan percibió en sus recuerdos la verdadera naturaleza de su amigo. Y Niall le reconocía que eso no le hubiera llevado a apartarse de él como alma que lleva el diablo. Quizá le gustara discutir con la mujer de Aidan, provocarla o enfadarla, pero si algo bueno se podía decir de ella era que no juzgaba a la ligera, y que otorgaba su lealtad sin dejarse influir. Algo que el hada valoraba y apreciaba sinceramente.

—Así es, *miña dona* —asintió Roi, sonriendo apenas—. Tú lo sabes bien.

Un relámpago de furia atravesó el rostro de la pelirroja, arrancándole una sonrisa complacida a Aidan, que la miró con toda la actitud de estar esperando su inevitable salida de tono.

—Vaya si lo sé —gruñó Diana—. Vaya panda de cabrones desalmados. —Se volvió hacia el druida y lo observó con expresión suspicaz—. Tu madre no habrá tenido nada que ver en eso, ¿verdad?

—¿No preguntas si mi padre ha tenido algo que ver? —sonrió Aidan, con la

expresión de quien sabe que su intento de eludir una pregunta problemática no va a tener ningún éxito.

—Tu padre es un encanto, Aidan... —replicó la pelirroja con su mejor cara de angelito bajado del cielo a pedradas.

—Muy gallega, Diana —sonrió la meiga.

—Sí, ahí ha estado sutil, para variar —apostilló Laura—. Pero, a lo que íbamos, ¿alguien puede explicarnos a los demás de qué estáis hablando? O, al menos, a Marta y a mí, que parece que somos las únicas que no entendemos de qué va todo esto.

Marta sentía un frío helador en los huesos que nada tenía que ver con la agradable temperatura de la biblioteca. Aunque no estaba conectada al grupo como lo estaba a Niall, tenía la impresión de que las emociones que flotaban en el ambiente la afectaban físicamente, como si fuera capaz de tocar la furia, el dolor, el miedo... y congelarse con ellos. Y lo peor era que un instinto adormecido que hasta ese instante no había sido consciente de poseer la advertía de que las cosas solo podían empeorar.

Cuando Laura había pedido más explicaciones sobre lo que estaba ocurriendo, le pareció que un manto de hielo se extendía sobre la reunión, hasta ese momento más o menos animada, a pesar de la montaña rusa de emociones que se había ido filtrando en ella. Miró el rostro circunspecto de Roi, y deseó con todas sus fuerzas que él se negara a hablar; que la mantuviera en su apacible ignorancia, donde no tendría que enfrentarse a una revelación que, sospechaba, podía cambiarla para siempre.

Más de lo que ya había cambiado, incluso.

Niall debió de sentir su ánimo alterado, porque la estrechó todavía más contra su cuerpo y le envió una sonrisa tranquilizadora, a la que ella respondió sin demasiadas ganas.

—No te preocupes, pajarito —susurró—. Yo te guardo las espaldas, ¿recuerdas?

—¿Empatía? —intervino Roi con evidente curiosidad antes de que ella tuviera tiempo siquiera de responder.

—Supongo que sí —reconoció Niall, sorprendiéndola—. Su abuela la domina, desde luego. Y sospecho que, teniendo en cuenta lo que ocurrió con Eithne, su antepasada, debe de ser común a toda la familia.

Agradecida por el respiro que esa línea de conversación le otorgaba, Marta se incorporó un poco en su asiento, mirando a ambos hombres de forma alternativa.

—¿Qué significa eso? —inquirió, aunque, en realidad, no necesitaba una aclaración. Una empatía teñida de magia era la único que podía explicar por qué se sentía tan afectada por las emociones que la rodeaban, incluso cuando las ilusiones funcionaban y creía ser solo humana.

—Que percibes la energía de las emociones y te afectan —explicó Aidan, pensativo—. Supongo que ese don se habrá magnificado al liberar tu magia.

—Conociéndola, tiene mucho sentido —intervino Diana, al tiempo que la observaba como si la viera por primera vez, en lugar de haber compartido con ella gran parte de su vida.

—Sí lo tiene —aprobó Laura—. Marta siempre ha sido la más comprensiva de las tres. Bueno —meditó, apartando un mechón de brillante cabello oscuro de sus hombros—, en realidad, es la persona más comprensiva que he conocido en mi vida.

Marta se tensó al escuchar el tono en que su amiga había hecho esa aclaración, no

como si fuera algo positivo, sino como si su capacidad de comprender a los demás — y justificarlos siempre que era posible— fuera una rareza incómoda que no traía más que problemas.

—Lo que es estupendo para compensar lo tuyo de ser una zorra sin sentimientos, ¿no? —replicó el hada, sonriente, como si en lugar de lanzarle un insulto estuviera felicitándola por un buen chiste.

Marta se tranquilizó sin poder evitarlo, a pesar de que hasta ese momento había sentido la imperiosa necesidad de sacudir a Laura para ver si así le arrancaba a empujones toda esa mala leche revestida de lógica que tanto conseguía irritar a todo el mundo. Porque, aunque no lo había dudado ni por un momento, el modo en que Niall saltó al instante y el tono de divertida advertencia que había en sus palabras le confirmaron que, como él mismo decía, siempre estaría ahí para cubrirle las espaldas.

—¡Oye! —protestó Laura, indignada.

—Niños, por favor —medió Roi, la habitual voz de la cordura en el manicomio que solían ser sus charlas—. Si vamos a pelear, es mejor que sea donde Marta no pueda quemar nada.

—Nada de peleas —gruñó Aidan, apartando con suavidad a Diana para sentarse en el borde de su asiento, con actitud autoritaria—. Aún nos quedan temas por tratar y, por si no lo recordáis, acabo de dirigir un ritual; necesito descansar la cabeza.

—Ay, Aidan, perdona —se lamentó Diana, mirándolo con preocupación—. Ya no interrumpimos más, lo prometo. Si hubieras dicho que necesitabas dormir...

—Dije «descansar la cabeza», *a'chuisse* —replicó el druida con expresión maliciosa—. Dormir después.

—*Vai ó carallo* —protestó indignada, apartándolo de un empujón, mientras Aidan reía a carcajadas.

Marta se volvió hacia Roi, que, perdido en sus pensamientos, se mantenía ajeno a la cómica pelea entre sus amigos, en silencio. Unido al grupo pero apartado de él a causa de sus recuerdos. Y por mucho que su historia la estuviera afectando, se vio obligada a animarlo a continuar y liberarse por fin.

—Termina tu historia, Roi —pidió, ignorando el estremecimiento que la recorrió al pensar en ello—. ¿Qué decidieron los dioses que tiene a Diana tan indignada?

Supo que había hecho la pregunta correcta por el modo en que Niall se tensó, expectante, junto a ella. Pero Roi se limitó a negar con un gesto, y a recubrirse de su habitual fachada de ironía e indiferencia.

—No tiene importancia —replicó con aire displicente—. Al menos, no en lo que respecta a lo que nos traemos entre manos. No os preocupéis por eso ahora. No afecta a nuestra tarea.

—Pero te afecta a ti —insistió Marta—. Y somos tus amigos y te queremos. Estamos aquí para ti, para ayudarte. O para aliviarte, por lo menos.

Un relámpago de agradecimiento atravesó el pálido rostro de Roi, iluminándolo el tiempo suficiente como para que Marta lo captara y se sintiera confortada por él. Sus

hombros se relajaron y la tensión que subyacía bajo su fachada impenetrable pareció descender unos cuantos grados. Le dedicó una sonrisa afectuosa a Marta, que ella devolvió sin reservas, y bajó la mirada, como si estuviera decidiendo qué contar y cómo.

Y, por una vez, la energía de su debate interno debió de ser lo bastante potente como para afectar al grupo y mantenerlo callado, aguardando con expectación el resultado de su lucha interior.

Cuando volvió a hablar, su voz era baja y controlada, pero en el silencio de la habitación resonó como unas campanas tocando a muerto.

—Como os dije, los dioses nos dieron la oportunidad de encontrar a la traidora y, con ella, averiguar quién es el *Fomore* que escapó a su justicia. Pero siempre que los dioses dan, exigen algo a cambio —explicó, esquivando la mirada de todos para fijarla en el suelo, como si quisiera aprenderse hasta la última grieta de la tarima que había bajo sus pies—. Ya que yo no permanecería al Otro Lado, sufriendo el destino de mi pueblo, llevaría en este plano mi propia carga, para no olvidarme de mi misión.

—Como si pudieras olvidarla... —susurró Aidan, contrito, pero con un deje de indignación.

—Sí, como si pudiera olvidarla... —repitió Roi, con una sonrisa en la que no había ni pizca de humor. Suspiró como si se estuviera armando de valor y, por fin, empezó a enumerar—: Me negaron caminar bajo el sol, ya que por culpa de mi pueblo el mundo casi se vio privado de él. Ya que mi misión es perseguir una criatura del Otro Lado, las criaturas del Otro Lado que podrían apoyarlo siempre me perseguirán a mí. Y, para terminar, me despojaron de mi humanidad y dejaron en su lugar a un monstruo inmortal que habita en mi interior, como un recordatorio de la monstruosa mujer que habitaba en mi poblado. Y ese monstruo... —se detuvo, reacio.

—Continúa, por favor —rogó Marta—. Ya has legado muy lejos, no te detengas ahora. No te vamos a juzgar mal por ello, ¿verdad, Laura? —añadió, dirigiéndose a su amiga, que recibió la pregunta con tranquilidad.

—Jamás juzgo mal a la gente por algo que no puede evitar —replicó Laura con esa altivez tan suya—. Ya me dan bastantes motivos con lo que sí pueden.

—Lo que no sé si juega en mi beneficio —intentó sonreír Roi—. En fin... —siguió, antes de darle ocasión a Laura de responder. La sonrisa murió en su rostro, y su voz descendió hasta convertirse en un murmullo apenas audible—. Ese monstruo se alimenta de la sangre de los míos, la misma sangre que casi destruye el Velo. Pero si causa una muerte entre mi estirpe, mi misión habrá concluido y mi pueblo quedará sin esperanza.

A Laura solo le llevó unos segundos procesar la información y, por una vez, su rostro impasible mutó en una máscara de horror, mientras se incorporaba en su asiento de un salto, con los ojos abiertos de par en par.

—¡Eres...! ¿Eres un vampiro? —se espantó—. ¿Existen los vampiros? ¿Eres...?



—Por favor, clichés no —protestó Roi sin alterarse—. ¿He dicho yo que sea un... —Hizo una pequeña pausa y tragó saliva, como si la palabra se le atragantara— un vampiro? —escupió con desprecio.

—Pero tú has dicho...

—Sé lo que he dicho —replicó Roi.

—Tenéis que entender que... —intentó intervenir Aidan.

—Los humanos veis demasiadas películas —medió Niall al mismo tiempo.

—Laura, no te pongas histérica —ordenó Diana—. Roi no...

Fue como si todas las palabras que el grupo había contenido durante el relato de Roi saltaran a un tiempo y se enredaran en un pandemonio de gritos, acusaciones, justificaciones y protestas. La habitación se llenó con el sonido de las exclamaciones de todos, entremezcladas en un cántico incomprensible y agotador. Todos hablaban a un tiempo, todos alzaban sus voces intentando hacerse oír por encima del murmullo de las demás. Y nadie escuchaba a nadie.

Perdida en el medio de ese caos, Marta se limitaba a analizar lo que había escuchado. Sin miedo, sin repulsión y sin juicios apresurados. Y eso le hizo darse cuenta de lo que Roi no les había contado.

—¡Basta! —ordenó con toda la autoridad que fue capaz de reunir cuando sus meditaciones llegaron a su fin. Para recalcar su petición, alzó las llamas de la chimenea para que su crepitar acompañara a su grito.

Para su sorpresa, todos callaron al instante.

—Bravo, pajarito —aprobó Niall, encantado con su demostración de poder.

Por una vez, Marta se limitó a ignorarlo, volviéndose hacia Roi, que aguardaba con serenidad a que ella se dispusiera a hablar.

—No me importa lo que eres —dijo, meditando cada palabra—. Sé *quién* eres, y eso es suficiente.

—Pero, Marta, es... —intentó intervenir Laura.

—Cállate —la interrumpió con brusquedad—. Aidan es un druida. Niall y yo somos hadas. Vivimos con dos fantasmas y un *biosbardo*. ¿En serio crees que me importa clasificarlo? Es quien es, y conmigo siempre ha sido amable y comprensivo y bueno —explicó acelerada—. Eso es lo que me importa. Y lo que te va a importar a ti, ¿entendido? —preguntó en un tono que no admitía réplica.

Si algo bueno se podía decir de Laura era que siempre meditaba con lógica sus reacciones. Lo consideró unos instantes, y Marta estaba convencida de poder oír los engranajes de su implacable cerebro trabajando a toda máquina. Por fin, se apartó el pelo de la frente en un gesto que hizo relucir sus uñas decoradas con una impecable manicura, y asintió.

—Tienes razón —aprobó. Se volvió hacia Roi—. Lo siento. Me porté como una niña histérica.

—No tiene importancia, querida —aceptó este con elegancia—. Es una noticia complicada de aceptar, lo comprendo.

—Entonces, si hemos acabado ya, la meiga y yo... —intervino Niall.

—No hemos acabado —lo detuvo Marta, ignorando la mirada de advertencia que le lanzó el hada—. No nos has dicho por qué te eligieron a ti.

—Eso da igual, pajarito —suspiró Niall—. Déjalo, ya...

—Me gustaría responder, si no te importa, amigo mío —intervino Roi.

—¿En serio? —exclamaron Aidan y Niall a un tiempo.

Roi colgó de su rostro una sonrisa que casi se parecía a su expresión socarrona de costumbre y se ajustó las solapas de su levita.

—Creo que la confianza y la comprensión merecen tener una reacción del mismo calibre, ¿no os parece? —Sin esperar respuesta, miró a Marta como si no hubiera nadie más en la habitación—. Yo fui el señalado por los dioses porque era el que deseaba la venganza con más ansias, querida. La mujer que fue sacrificada en ese desastroso ritual era mi esposa.

—Por la Madre y la Tierra... —susurró Marta cuando consiguió asimilar la información, afectada hasta lo más profundo.

—Cuánto lo siento, Roi... —se lamentó Diana—. No lo sabía, yo...

—Fue hace mucho tiempo —dijo este, restándole importancia. Aunque solo hacía falta echarle un vistazo para saber que todavía, quién sabía cuántos siglos después, esa herida continuaba sangrando en su interior—. No penséis en eso ahora. Pensad en cómo vamos a conseguir la información que necesitamos para acabar con esto por fin.

—¿No hay forma de interrogar a la traidora? Al fin y al cabo, está aquí y Aidan la ha atado, ¿no? —medió Laura.

Marta reprimió el deseo de saltar sobre ella por su falta de compasión. Al fin y al cabo, su amiga se comportaba como siempre lo había hecho: desechando lo que no era capaz de analizar con lógica y tomando el camino más directo para llegar a una solución. Laura era genial resolviendo problemas, porque no permitía que algo tan volátil como las emociones se filtrara en sus procesos lógicos. Y aunque agradecía en ocasiones su sensatez, a veces tenía ganas de abofetearla por su falta de empatía. Sin embargo, a Roi no pareció molestarle, más bien al contrario. Se limitó a mirarla con una sonrisa, como si fuera un enigma que desentrañar con calma, antes de volverse hacia Aidan.

—O’Cleary, creo que esto lo podrás explicar tú mejor que yo —sugirió.

—No hay mucho que explicar —replicó Aidan. Apoyó los codos en las rodillas y entrelazó las manos—. Esto es parecido a lo que os contamos de la ocultación del pueblo. Cuando atas un poder, no lo atas a un lugar físico. La esencia de la traidora está unida al pueblo, pero no sabemos dónde se refugia ni cómo llegar a ella.

—Vamos, que sabemos que está aquí, pero no sabemos dónde —meditó Laura—. Pero lo tenemos mucho mejor que antes, ¿no?

—Sí —intervino Diana—. Al fin y al cabo, sabemos quién es y sabemos que está aquí. Solo tenemos que buscar su refugio o lo que sea.

—Algo así, calabacita —respondió Niall—. Y, aunque no es tan fácil como parece, seguro que a Aidan se le ocurre algo divertido, ¿no es así, *fiordhraoi*?

—Algo se me ocurrirá, sí —sonrió el druida—. Tengo un par de ideas.

—En ese caso, si ya hemos terminado... —dejó caer Roi, mientras se ponía de pie con elegancia, como si quisiera recalcar su necesidad de concluir la reunión por fin.

—Vuelve a sentarte, Roi —ordenó Aidan, risueño—. No todo va a ser buenas noticias. También las hay malas.

—¿Malas noticias? —gimió Diana—. ¿Es que esto no se va a acabar jamás?

Roi lo miró con curiosidad, esperando una aclaración. Pero, al ver que esta no llegaba, volvió a tomar asiento con un suspiro sobreactuado.

—Adelante, O'Cleary —pidió Roi en tono paciente—. Asústanos.

Aidan se limitó a ampliar su sonrisa y mirar hacia Marta, instándola en silencio a dar las noticias. Ella se llevó las manos al vientre en un gesto casi inconsciente y, antes de que pudiera hablar, Niall se le adelantó.

—Vais a ser tíos —anunció con una sonrisa que le partía la cara en dos—. La meiga lleva en su vientre a mi cachorrito. Un cachorrito de fuego.

—¿Estás embarazada? —preguntó Laura. Y, por una vez, su tono parecía reflejar cierta emoción.

—¡Marta! —Diana saltó de su asiento para colgarse del cuello de Marta y cubrirla de besos—. No sé si darte la enhorabuena o el pésame, pero... ¡Es que me alegro mucho! ¡Vamos a ser tías! ¡Laura! —llamó.

Esta se levantó para situarse junto a ellas, empujando a Niall sin mucho disimulo.

—¿Cómo estás? Tenemos que planificar las visitas al médico cuanto antes —lo pensó un segundo—. Aunque, bueno, Roi es médico, ¿no? Supongo que mientras esto no se resuelva, él...

—Laura —la frenó Marta—. ¿No puedes alegrarte por mí y ya? ¿Al menos por ahora?

Laura la miró confusa unos segundos, hasta que una lenta sonrisa se dibujó en sus labios.

—Sí, creo que sí. ¡Vamos a ser tías! —exclamó.

—Y yo me voy a llorar a mi habitación —anunció Roi, levantándose de nuevo y encaminándose hacia la puerta. Al pasar junto al grupo que componían las mujeres emocionadas y un satisfecho Niall, se detuvo y los miró con una serenidad que desmentía su anterior anuncio—. Enhorabuena, Marta —dijo con sinceridad—. Ya hablaremos más adelante de los cuidados de ese bebé. —Ella, perdida entre las atenciones de sus amigas, se limitó a sonreírle en respuesta. Roi se volvió entonces hacia Niall—. Amigo...

Era una sola palabra, pero contenía en ella el afecto y las disculpas de toda una vida. El hada se levantó sin dudarle y se lanzó al cuello de Roi en un abrazo de oso, que este recibió con su habitual afectación.

—Suficiente —declaró tras unos segundos, apartando a Niall para recomponerse el traje—. Mañana hablamos —dijo, sin apartar los ojos del hada, diciendo más con su silencio y su mirada de lo que jamás podría decir con palabras. —Se dirigió de nuevo hacia el grupo, alzando un poco la voz—. Creo que deberíamos dejar sola a la feliz pareja. Si en algo conozco a esta... criatura —comentó, y, por una vez, la palabra no contenía un insulto solapado, solo la habitual broma entre ambos—, terminaremos por enfrentarnos a un espectáculo al que, sospecho, ninguno de nosotros desea asistir.

—En dos o tres minutos, sí —reconoció el hada sin alterarse—. Por mí podéis quedaros, pero...

—No, ya nos vamos —se apresuró a intervenir Aidan, fingiendo un apresuramiento avergonzado que, con toda probabilidad, ni siquiera era capaz de sentir en realidad—. Mañana será otro día —anunció, acercándose a Diana para instarla a acompañarlo.

Todavía hubo unos cuantos besos más, más felicitaciones y más abrazos. Más buenos deseos y más felicidad por la pequeña luz de esperanza que iluminaba un horizonte todavía demasiado oscuro. Hasta que, por fin, todos se retiraron a descansar, dejándolos solos, enredados uno en los brazos del otro.

—¿Y ahora qué? —preguntó Marta.

—Ahora, pajarito, tú y yo vamos a encerrarnos en nuestra habitación —dijo Niall, y el modo en que pronunció «nuestra» le arrancó un escalofrío de puro placer—, y a jugar con nuestra magia durante días.

—¿Solo con nuestra magia? —lo provocó, mientras alzaba la cabeza para ofrecerle sus labios.

—La magia se practica mejor sin ropa, ¿no te lo había dicho? —bromeó antes de apoderarse de sus labios.

Fue uno de esos besos. Uno de esos besos que solo el hada sabía dar. Delicado, pero exigente; dulce, pero apasionado. Cargado de magia, de emoción, de alegría y de vida. Uno de esos besos que decían todo, que confesaban lo inconfesable y detenían el tiempo.

Cuando él abandonó sus labios para deslizarse hacia su cuello, lamiendo y mordisqueando su piel, ella sintió cómo el mundo encajaba una vez más en su lugar.

—Eithne —susurró él contra su piel—. Mi pequeño fuego.

Y ella supo que sería su fuego para siempre, como él era su agua.



SILVIA BARBEITO nació en A Coruña en 1969. Aunque estudió Derecho, en la actualidad trabaja en el sector hostelero, lo que sin duda es una fuente inagotable de inspiración... y desesperación.

El poco tiempo libre que le deja el negocio lo reparte entre leer, escribir, su familia y amigos, sus tres perras y un sinfín de aficiones que cambian tan a menudo como el clima. Su relato «Todo empezó con aquella maldita lavadora» fue seleccionado para formar parte de la antología *Calabazas en el trastero: Peste* (Ediciones Saco de huesos), y su cuento «Patatas» formó parte de la *Antoloxía de contos fantásticos* (Libros de Peto de Asecundega). Ha colaborado también con artículos y microrrelatos en diversos blogs y webs dedicados a la literatura y al fomento de la lectura.